

tú me PERTENECES

ROMANCE CON UN CEO POSESIVO

UNA NOVELA ESCRITA POR

MAYARA DIAS

Tú me PERTENECES

ROMANCE CON UN CEO POSESIVO

UNA NOVELA ESCRITA POR

MAYARA DIAS

Copyright © 2026 MAYARA DIAS

Todos los derechos reservados.

Portada: Gi Designer

Revisión: Andie y Patrícia Suellen

Lectura final: Mayara Dias.

Diagramación: Mayara Dias

Imágenes: Canva y Depositphotos



Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con nombres, fechas y eventos reales es pura coincidencia.

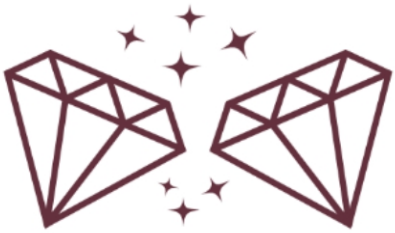
Queda prohibida la copia total o parcial de esta obra sin la autorización expresa y por escrito de la autora.

El plagio es un delito.

La infracción de los derechos de autor es un delito según la Ley n.º 9.610/98, con aplicación legal según el artículo 184 del Código Penal.

Creado en Brasil.

Obra registrada.



RESUMEN

PLAYLIST
SINOPSIS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 01
CAPÍTULO 02
CAPÍTULO 03
CAPÍTULO 04
CAPÍTULO 05
CAPÍTULO 06
CAPÍTULO 07
CAPÍTULO 08
CAPÍTULO 09
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
EPÍLOGO
CAPÍTULO EXTRA - BÔNUS
SOBRE EL UNIVERSO MULTIMILLONARIOS

PLAYLIST

Escucha la playlist perfecta para nuestra pareja, Rafael y Bianca, en Spotify.

Haz clic aquí | Escuchar en Spotify

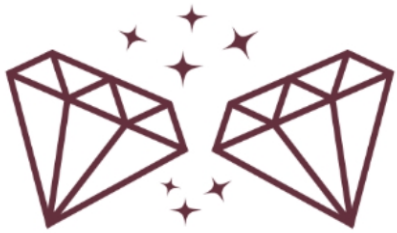
Si lo prefieres, escanea el código a continuación en la app:

A todos los lectores que, como yo,
son amantes de ese buen y viejo cliché,
capaz de dejarnos sin aliento y en las nubes.

¿Ustedes creen en el destino? ¿Creen que dos personas que realmente se aman y que fueron hechas la una para la otra son capaces de encontrarse? O mejor dicho, ¿vivir un amor, aun con todos los obstáculos que puedan encontrar en el camino?

Sí, Rafael y Bianca están destinados, y este libro viene a mostrarles que, sin importar el escenario, ella le pertenecerá a él.

¿Listas para embarcarse conmigo en esta historia?



SINOPSIS

CEO posesivo :: relación intensa :: novela romântica.

Solo tenía un plan: terminar mi posgrado y conquistar un puesto en la empresa de Carlos Mancini, el arquitecto más prestigioso del país. Nada de distracciones, nada de romances.

Pero una noche bastó para destrozar mis reglas.

Una noche… y él.

Rafael Armani.

Arrogante, peligroso, imposible de ignorar. Su mirada me desnuda, su voz me provoca, y cada vez que intento escapar, el destino me lanza de nuevo a sus brazos.

Él no pide. Él toma.

Y cuando decide que me quiere, no hay espacio para rechazos.

Sé que es una tormenta, sé que rendirme podría arrastrarme a mi perdición. Pero su pasión me consume, su obsesión me reclama, y cada caricia me acerca más al abismo.

¿Cuánto tiempo podré resistirme… antes de convertirme en suya por completo?



PRÓLOGO

SEIS AÑOS ANTES

—Amor, ¿dónde estás? —pregunté con la voz contenida, mientras mis ojos estaban fijos en el desgraciado que se encontraba en el área común de una discoteca con una mujer enroscada en su cuello.

—Ya te lo dije, linda, estoy con Andrew. Su madre se sintió mal y...

Sin poder escuchar más, aparté el celular de mi oído y colgué la llamada. La opresión en el pecho se hizo aún más fuerte y tuve que luchar contra las inmensas ganas de llorar.

Estaba en una zona más privada, donde el ruido no era tan intenso. Y desde arriba, pude verlo perfectamente cuando terminó la llamada. Marco simplemente guardó su teléfono en el bolsillo y rodeó con sus manos el cuerpo de la rubia que lo acompañaba.

Entonces, se besaron.

Mi corazón se desplomó al darme cuenta de que no me había equivocado al sospechar. Pero Marco era bueno en eso. Durante tres largos años, el imbécil consiguió hacerme parecer la loca. Siempre que lo interrogaba, peleábamos feo y, al final, llegaba a la conclusión de que todo era cosa de mi cabeza.

Ese hombre juraba con todas sus fuerzas que me amaba incondicionalmente.

Una lágrima solitaria se escapó de mis ojos al darme cuenta de que todo era mentira. Y en ese momento, necesitaba ponerle un fin a eso.

O si no, temía ser su rehén para el resto de mi vida.

Decidida, salí de la zona privada y bajé las escaleras dirigiéndome al lugar donde Marco se encontraba.

Cuando me acerqué, él todavía estaba con los labios en esa mujer.

Me crucé de brazos y esperé a que el hijo de puta me viera. Los miré fijamente, convenciéndome de que este hombre había estado jugando con mis sentimientos durante años.

El imbécil se apartó de los labios de la rubia y empezó a besarle el cuello, pero se quedó paralizado en cuanto sus ojos se encontraron con los míos.

—Bianca... —susurró y se apartó de la mujer, que parecía tan sorprendida como él al verme.

Marco dio unos pasos hacia mí y se detuvo frente a mí. Extendió la mano para tocarme, pero antes de que pudiera, retrocedí.

—No vas a manipularme ahora, Marco. Lo vi con mis propios ojos —dije con la voz entrecortada—. Se me rompía el corazón, pero estaba decidida a poner fin a esta relación tan tormentosa.

Eso no era amor. Nunca lo fue.

—Escúchame, amor, esto... puedo explicar —insistió.

Una sonrisa temblorosa se formó en mis labios.

Él era increíble.

—Ese es el punto; ¡no quiero una explicación! —dije firmemente y negué con la cabeza—. No más. Solo quiero que sepas que nosotros... —señalé con el dedo hacia él, luego hacia mí—. Esto termina aquí y ahora.

En un movimiento desesperado, sus manos fueron hacia mi rostro y, por primera vez, sentí repulsión por su toque.

Puse mis manos sobre las suyas y las aparté.

—Se acabó, Marco —repetí, manteniendo la compostura.

—Te amo, te amo demasiado —dijo con total desesperación.

Desvié la mirada hacia la mujer que estaba con él, que no mostraba reacción alguna. Lo que me llevó a concluir que seguramente ella sabía que ese desgraciado estaba comprometido.

—Yo también me amo, y por eso tengo que alejarme lo más lejos posible de ti; nuestra relación no me ha hecho bien desde hace mucho tiempo —dije mientras volvía la mirada hacia él—. Ten al menos la decencia de no volver a aparecer frente a mí.

Marco estaba visiblemente sorprendido por mi actitud.

Claro, ¿cómo no? Él siempre lograba hacerme ver lo que quería, pero no en este momento... no más.

Sin esperar ninguna reacción de él, me di la vuelta y empecé a caminar por la discoteca sin importarme las miradas que estaban sobre mí.

—Bianca, espera —la voz de Marco resonó, pero pronto fue ahogada por la música. No miré hacia atrás, pero, a través del espejo que bordeaba la barra, pude ver que él venía detrás de mí.

Aceleré el paso, decidida a no darle la oportunidad de alcanzarme. No sé cómo ocurrió, pero cuando mis ojos volvieron una vez más al espejo, pude ver el reflejo de la mano de Marco viniendo con todo hacia mí.

Llegué a cerrar los ojos para sentir el golpe, pero no ocurrió.

—¿No escuchaste lo que ella dijo? Se acabó —una voz ronca y seria resonó en el ambiente, haciéndome estremecer.

En ese mismo instante, me giré y encontré a un hombre de traje sujetando con fuerza el brazo de Marco. El hombre se inclinó y le susurró unas palabras a Marco, lo que hizo que él pusiera los ojos como platos.

No pude ver más que la estatura del hombre de espaldas. Y, aun así, pude sentir toda su imponencia desde donde estaba.

Los ojos de Marco volvieron a mí. Eso me hizo desviar la mirada y seguir mi camino.

No importaba quién fuera el hombre, no importaba ya lo que Marco hiciera con su vida. Solo necesitaba salir de allí, y eso fue exactamente lo que hice. Seguí sin mirar atrás, yendo directamente hacia mi auto. Apenas entré, tomé mi celular y le envié un mensaje a mi amiga Vivian:

Yo: *Gracias por avisarme dónde estaba, no habría podido salir de esto sin ti.*

Al enviar el mensaje, dejé el celular en la consola del auto. Me puse el cinturón de seguridad y, antes de arrancar, escuché sonar mi teléfono. Con curiosidad, lo tomé y confirmé que se trataba de la respuesta de mi amiga.

Vivian: *¿Atrapaste al desgraciado? ¿Qué pasó?*

Suspiré profundamente, mientras la escena de Marco besando a otra se mantenía fija en mi mente.

El sonido de otro mensaje entrando me devolvió a la realidad; Me di cuenta de que Vivian estaba en línea esperando mi respuesta

y había enviado algunos signos de interrogación.

Fue entonces cuando decidí contestarle:

Yo: *Se acabó, por fin me liberé de todos los sentimientos que tenía por él.*

Yo: *Prometo contarte todo mañana, no quiero hablar de esto ahora, solo necesito estar sola.*

Vivian: *Está bien, amiga, sabes que estoy aquí cuando me necesites.*

Sonreí levemente y volví a escribir...

Yo: *Gracias, por eso es que te quiero.*

Al responderle, puse el celular en silencio y lo guardé en la bolsa; luego encendí el auto, lista para irme. Sabía que la noche sería larga; me permitiría llorar por ese desgraciado esta noche, solo esta noche. No podía creer que había estado posponiendo mi sueño de estudiar Arquitectura en una de las mejores universidades del mundo por un hombre que ni siquiera me daba el valor que merecía.

Pero, a partir de este momento, sería diferente.

Estaba dispuesta a hacer mis maletas mañana mismo y seguir únicamente mi sueño. Ningún hombre valía ese sacrificio. Esa noche me enseñó una gran lección: nunca volver a confiar en una cara bonita. No me dejaría engañar, no me permitiría enamorarme de ningún hombre.

Nunca más.



CAPÍTULO 01

Era bueno estar en casa.

Desde que me fui al extranjero a estudiar, he vuelto a Brasil algunas veces. Pero la sensación de volver siempre era reconfortante.

—*Le ayudo, señorita* —se ofreció el conductor de la aplicación. Sonreí justo cuando tomó mi maleta y la colocó en el maletero.

—*Gracias* —respondí y enseguida caminé hacia la puerta del pasajero, acomodándome mientras él daba la vuelta al auto y tomaba el volante.

Abrí la ventana y suspiré profundamente, sintiendo la agradable brisa del mar. Entonces, me permití disfrutar de las playas por las que pasábamos, mientras me dirigía a la casa de mi madre. Búzios era realmente un lugar increíble, extrañaba ese clima especial.

Salí de mi trance cuando el conductor me avisó que ya habíamos llegado. Como el viaje se cobraría en la tarjeta, me ayudó con la maleta y me deseó una buena estadía.

Una vez más, le agradecí y me dirigí al edificio donde vivía mi madre.

llevaba muchos años allí, pronto me reconoció y me permitió entrar. Entré al ascensor ansiosa, extrañaba mucho a mi madre.

Toqué el timbre y solo esperé hasta que mi mamá apareció, con la mirada totalmente sorprendida al verme.

—¡Oh, Dios mío, querida! —dijo mi madre mientras me rodeaba con los brazos, abrazándome fuertemente.

Correspondí el cariño con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Cuánto te extrañé, mamá! —dije y ella se apartó. Con ambas manos en mis brazos, me examinó con la mirada.

—¿Por qué no me avisaste que venías? Te habría ido a buscar al aeropuerto.

—Quise hacer una sorpresa —respondí, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Esta vez, me quedaré tres meses.

—Eso es perfecto —dijo con la voz entrecortada.

La abracé una vez más antes de entrar. Mamá dijo que prepararía un café para nosotras, mientras tanto, fui a mi cuarto a guardar mi maleta. Aunque ya no vivía aquí, mi madre mantenía todo exactamente igual.

Cuando fui a la cocina, ella estaba poniendo la mesa con frutas, tostadas y mermeladas. Todo lo que sabía que me gustaba. Me senté y empecé a servirme, mientras la admiraba preparar todo con tanto cariño. Cuando terminó, mi madre se sentó en la silla frente a mí y empezó a tomar café conmigo.

—Estoy tan feliz de que esta vez te quedes más tiempo —dijo después de un tiempo, haciendo que mi boca se curvara en una sonrisa.

Fue entonces cuando el sonido de mi celular llamó mi atención. Lo tomé y recibí la mirada seria de mi madre.

—Solo un momento, doña Lilian, es Vivian —dije, y en ese momento mamá puso una mueca.

—¡Ustedes dos! Apuesto a que le contaste que venías —fingió indignación.

—Quería hacerte una sorpresa —dije y luego me levanté. Fui hacia ella y le di un beso en la frente.

—Vuelvo en unos minutitos.

Mi mamá sonrió y movió la cabeza afirmativamente, mostrando que solo estaba molestándome un poco. Con una sonrisa en el rostro, caminé hacia el balcón del departamento.

—¿En serio llegas hoy? —preguntó Vivian tan pronto atendí.

—Hola, para ti también —dije y me reí.

—Hola... ¿entonces?...

—Ya estoy en la casa de mi madre, llegué hace unos cuarenta minutos*.*

—¡Ah, maravilloso! Tenemos que celebrarlo —dijo, animada. *— Nena, te veo esta noche, ¿no?*

Negué con la cabeza ante el entusiasmo de Vivian.

— ¿Qué planes tenemos para hoy? —pregunté, rindiéndome fácilmente.

—Voy a trabajar, pero nada que me impida tomar unos tragos y dar unas escapadas.

—¡Eres increíble, en serio*!*

—Bueno, hmm... Solo tenemos un pequeño problema —dijo y fruncí el ceño, sintiendo el temor en su voz.

—¿Qué sería?

—Me ascendieron a gerente, y eso es genial, lo sé, pero... —escuché un suspiro profundo del otro lado de la línea.

—Suéltalo, Vivian —pedí, sin paciencia para toda esa vuelta que mi amiga estaba dando.

—Me transfirieron al Garden Club Night. Ya sabes, la discoteca donde pillaste a Marco aquella vez con...

—Eso es pasado —la interrumpí firmemente.

Si había algo que ya no me afectaba, era el idiota de mi exnovio.

—Entenderé si no quieres ir.

—¿Nos vemos a las 8 p.m.? —pregunté, ignorando totalmente la preocupación innecesaria.

El silencio se hizo presente por unos instantes, y solo esperé que Vivian entendiera el mensaje.

—¡A las 8 p.m. está perfecto! —respondió finalmente y yo sonreí.

Desvié la mirada hacia la sala y noté que mi madre me observaba. —Genial, ahora necesito colgar antes de que doña Lilian quiera matarnos a las dos, un beso, amiga —dije y aún pude escuchar su risa del otro lado de la línea antes de terminar la llamada.

Guardé el celular en la bolsa y fui al encuentro de mi madre.

—Ya que los planes para la noche están hechos, ¿Qué te parece si salimos por la tarde a hacer unas compras? —preguntó, mientras una sonrisa se formaba en mis labios.

—Eso me parece un plan excelente.

Los pantalones y la chaqueta de cuero negra, el crop top rojo y unos tacones de medio tacón.. Me gustaba mucho el look. Para terminar, hice rizos en las puntas del cabello y un maquillaje ligero. Entonces, estaba lista para disfrutar la noche.

Después de revisar una vez más el look, me dirigí a la sala y le di un gran beso a mi madre, que sabía exactamente lo que quería: Las llaves del auto.

Aunque reacia al saber que seguramente iba a beber, mamá me las entregó después de llenarla de besos. Ella llamaba a eso oportunismo; yo prefería usar la palabra amor.

Conduje cerca de veinte minutos hasta estacionar en el área reservada para clientes de la discoteca. Entré al edificio y me dirigí al ascensor, seleccionando el último piso. La particularidad de esa discoteca era esa: Estaba ubicada en la azotea de uno de los edificios más altos de Búzios. Así, teníamos una vista panorámica de la ciudad, a través de sus ventanales de vidrio, que iban de pared a pared.

Cuando se abrió la puerta, noté una fila a la derecha para entrar, pero me dirigí al guardia de seguridad, tal como Vivian me había indicado. Al decir mi nombre, él revisó brevemente una lista y me permitió entrar.

El lugar estaba muy concurrido y seguía exactamente como lo recordaba. Y a pesar del miedo de Vivian sobre lo que podría sentir al estar aquí, tenía que admitir que la sensación era de libertad.

Aquí fue donde tomé la decisión más importante de mi vida, así que, sí, no podría estar más feliz. La música electrónica dominaba el ambiente, la energía era contagiosa. Extrañaba lugares así, pues durante el tiempo que estuve en el extranjero, casi nunca salía a divertirme. Desviar el enfoque estaba fuera de cuestión.

—*¡*Ay, Dios mío*!* —gritó Vivian en el momento en que llegué al área del bar. —Estás tan hermosa.

Mi amiga salió de detrás de la barra y se acercó a mí. Mi boca se curvó en una sonrisa y di una vueltita para darle una vista completa de mí. Después de una risa mutua, abrí los brazos hacia ella y la abracé fuertemente.

—¡Cuánto te extrañé! —dije en el momento en que nos separamos.

—Tienes que buscar la manera de volver definitivamente.

—Y lo haré —dije, y ella me examinó con la mirada.

—Pero ahora solo quiero una cosa:

Llevé la mano cerca de la boca e hice el gesto de girar un vaso invisible hacia mi boca.

—En seguida —dijo con entusiasmo y empezó a caminar hacia el bar.

Me senté en un taburete frente a Vivian y solo esperé a que me sirviera un trago. Me quedé así un buen rato, hasta que ella encontró una oportunidad para que fuéramos a la pista de baile.

Movía mi cuerpo al ritmo de la música. Y aunque recibí algunos coqueteos, los ignoré por completo. No buscaba ese tipo de aventura; lo único que quería era disfrutar del ambiente y bailar. Me encantaba bailar. Necesitando más bebida, Vivian y yo decidimos volver al bar.

Me senté en el mismo taburete y, después de servirme un cóctel, ella fue a ayudar a las chicas, ya que el movimiento había aumentado. Cada vez que Vivian tenía un momento, venía hacia mí para que charláramos un poco.

Y mientras esperaba, simplemente seguía disfrutando de ese ambiente. Sentí que el taburete a mi lado fue ocupado otra vez, pero al igual que las otras veces, no me molesté en mirar. Simplemente seguí tomando mi trago mientras esperaba a que Vivian regresara.

—He estado preguntándome por un tiempo... —una voz ronca y sexy flotó en el ambiente, haciéndome estremecer.

—¿Qué lleva a una mujer bonita como tú a beber sola tanto tiempo?

Simplemente me congelé cuando volví la atención al dueño de esa voz, y mis ojos encontraron los ojos profundos e intensos de ese hombre sobre mí. Fue inevitable no observarlo por completo. El cabello estaba perfectamente peinado, sus ojos tenían un tono grisáceo, totalmente diferente y llamativo. La boca carnosa y la barba incipiente lo hacían extremadamente sexy. Llevaba un traje de alta costura, y toda su postura emanaba dinero y poder.

Me sentía intimidada por su presencia tan imponente y, al mismo tiempo, excitada por los pensamientos que rondaban mi mente.

—¿Y entonces? —preguntó, devolviéndome a la realidad.

La sonrisa muy segura que se formó en sus labios denunciaba perfectamente que era consciente del efecto que causaba en mi mente.

—¿Qué le puedo servir, guapo*?* —la voz de Vivian resonó en el ambiente. Pero el hombre siguió con la mirada fija en mí.

—Una mujer tiene derecho a disfrutar la noche sola —respondí y desvié la atención hacia mi bebida.

La llevé a la boca y di un sorbo, mientras intentaba no sentirme tan afectada por el hombre.

—Un Jim Beam, por favor —finalmente pidió.

—Te lo traigo en un momento —dijo Vivian y la acompañé con la mirada mientras se alejaba. No me atreví a mirar hacia un lado, pero pude sentir perfectamente la mirada cálida del hombre sobre mí.

—Puede ser aún más agradable con la compañía adecuada —dijo, con firmeza.

Mi corazón estaba descompasado, y me sentía como en la adolescencia, nerviosa por la presencia de un hombre. Eso

ciertamente no era bueno.

—¿Y quién sería la compañía adecuada? ¿Tú? —pregunté, intentando no mostrar cuánto me afectaba su presencia.

Una sonrisa ladeada se dibujó en sus labios, y antes de que pudiera responder, Vivian se acercó y entregó el vaso de bourbon. Y como no había clientes esperando, supuse que vendría hacia mí. Pero no, la descarada me lanzó una mirada indecente antes de darse la vuelta e ir a conversar con una de las chicas que trabajaba con ella en el bar.

—¿Por qué no? —preguntó, atrayendo nuevamente mi atención.

Toda su imponencia me hizo sentir como si el aire no fuera suficiente. Necesitaba alejarme de él urgentemente, o terminaría cediendo ante él.

—Bueno, ya disfruté lo suficiente por hoy —dije y desvié la mirada de él.

Tomé mi trago y bebí lo que quedaba de un solo sorbo. Luego saqué algunos billetes de la bolsa y los puse sobre la barra, colocando el vaso encima para apoyar. Mis ojos se dirigieron a Vivian, que siguió mi movimiento con una sonrisa maliciosa. Me levanté y comencé a caminar hacia la salida, decidida a terminar la noche. Afortunadamente, no tardó mucho en llegar el ascensor. Entré y presioné el botón de la planta baja. La puerta estaba a punto de cerrarse cuando unas manos grandes la detuvieron. Mi corazón casi se me salió del pecho al notar que era el hombre de hace unos minutos. Él entró al ascensor y presionó el botón para que las puertas se cerraran.

El hombre permaneció en silencio, y yo intenté mantener la calma. Era solo un ascensor, pero un espacio extremadamente tentador y pequeño, ¿no?

¡Maldición!

En cada piso, la ansiedad aumentaba. Hasta que cuando llegamos a la planta baja, él trabó la puerta, lo que me hizo estremecer.

—¿Qué quieres? —pregunté en un hilo de voz, cuando sus ojos intensos se encontraron con los míos.

—A ti —dijo con autoridad, haciendo que mi corazón se descompasara por completo. No satisfecho, dio algunos pasos hacia mí, eliminando totalmente la distancia entre nosotros.

—Te quiero a ti.

Sin pedir permiso, sus manos fueron a mi cintura y me presionó contra la pared del ascensor.

—¡Dios mío! —resoplé, sin saber cómo actuar en tal situación.

—Esto... no es nada apropiado.

—No lo sería, si tú no quisieras —dijo y me midió con la mirada.

Sentí sus manos en mi cintura, dejándome completamente sin aliento.

—¿Y quién dijo que quiero?

—Di que no quieres, entonces no daré el siguiente paso. —Su voz ronca envió una ola de excitación por todo mi cuerpo.

—Yo... hmm...

Debí decir que no quería, pero mi corazón traicionero anhelaba toda esa intensidad que casi me consumía. Él se inclinó y rozó sus labios suavemente contra los míos. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo, y en un movimiento involuntario llevé las manos a su pecho para sentir perfectamente sus músculos firmes. Y teniendo la certeza de que tenía mi permiso, tomó mis labios para sí. En un beso intenso y tan dominante que encajaba perfectamente con él.

Cuando me di cuenta, estaba abriendo espacio para que explorara mis labios por completo. Sentí sus manos envolver mi

cintura, y entonces juntó aún más nuestros cuerpos. Un sentimiento que no me había visitado en muchos años se hizo presente; Quería más de ese hombre. Eso era peligroso. Y se volvió aún más peligroso cuando sentí su dureza contra la tela de mis pantalones. Llevé mis manos a su pecho firme y lo empujé suavemente, obligándolo a terminar el beso.

Sus ojos oscuros llenos de deseo se posaron en mí, midiendo mi reacción con la mirada.

—Yo... necesito irme...—dije, jadeando. Él arqueó las cejas, revelando lo sorprendido que estaba por mis palabras.

Mis manos fueron al panel del ascensor y lo desbloqueé, haciendo que la puerta se abriera.

—Y yo necesito verte de nuevo.

Mis labios se curvaron en una sonrisa y lo miré por un momento antes de salir de sus brazos.

—Estoy segura de que nos veremos por ahí.

Al decir esas palabras, pasé junto a él y me dirigí a la salida. Parecía segura, pero en realidad mi corazón estaba descompasado, y la única certeza que tenía era que definitivamente debía mantenerme lo más alejada posible de un hombre como él.

Ese es el tipo de hombre con el que te jodes en el instante en que permites que esté dentro de ti.

Y joderme era lo último que necesitaba en ese momento.



CAPÍTULO 02

Sabía que no sería una buena idea tener algo con el tipo de ayer. Además de invadir mis sueños, simplemente no podía dejar de pensar en el beso intenso que nos dimos en el ascensor.

Pero por un momento me arrepentí de no haberle dado al menos mi número.

—*¡Maldición!* —dije entre un suspiro mientras me levantaba de la cama.

No iba a pasar ni un segundo más pensando en lo que no debía. Hice mi aseo matutino y salí del cuarto. Encontré a mi madre sentada en el sofá de la sala.

—Oh, querida. ¿Todo bien? Ayer llegaste tarde —dijo mientras me miraba.

—Un poco —respondí y me incliné para darle un beso en el cabello.

—Buenos días. Imagino que te divertiste bastante —comentó y señaló con el dedo hacia el mueble de la tele.

—Pensé que podrías necesitar un kit para la resaca.

Caminé hasta allí y encontré exactamente el kit milagroso. Me giré hacia ella con una sonrisa en el rostro.

—¿Ya te dije que te amo? —pregunté, arrancándole una sonrisa.

Fui hacia la cocina y tomé un vaso con agua, lista para hacer buen uso de aquellas pastillas; al fin y al cabo, mi cabeza me estaba matando.

Aproveché para desayunar. Tomé una taza y serví el café, esperando que estuviera bien fuerte para ayudarme a aliviar la sensación de resaca que me dominaba.

¡Y Dios! El café estaba perfecto.

Me senté y empecé a devorar lo que había sobre la mesa.

—¿Qué piensas hacer después de terminar el posgrado, querida? —preguntó mi madre, atrayendo mi atención.

Se sentó en la silla frente a mí.

—Voy a volver a Brasil —dije, en ese mismo instante, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Eso es tan bueno... Admito que tenía miedo de que quisieras quedarte allá —dijo dulcemente—. Sé que es bueno para ti, pero te extraño.

—Yo también, mamá... Y siento que mi lugar está aquí. Solo estoy aprovechando para estudiar en una de las mejores universidades del mundo, pero tengo planes de construir mi carrera aquí —fui sincera.

—Eso es genial. ¿Ya tienes algo en mente? —preguntó, curiosa.

Tomé el termo y serví un poco más de café. Luego volví a mirarla.

—Sí, quiero trabajar en CWR Arquitectura —dije, arqueando las cejas al notar que mi madre parecía desconcertada—. ¿Qué pasa,

doña Lilian?

—No sé, querida, ¿no crees que sería mejor empezar con menos ambición? Tal vez en una empresa más pequeña —sugirió y yo negué con la cabeza de inmediato.

—De ninguna manera, mamá. Me estoy esforzando para conseguir las mejores calificaciones y los mejores conocimientos precisamente para empezar en una empresa reconocida —dije con firmeza—. Carlos Mancini, dueño de CWR, es uno de los mejores arquitectos del mundo; su nombre es una referencia indiscutible en la arquitectura. Para mí, sería un gran sueño trabajar con alguien como él.

Mi madre suspiró al escucharme.

Dejé la tostada sobre la mesa y la miré con atención.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada... yo solo... —suspiró.

Me sentí sumamente molesta al notar que quizá mi madre no confiaba en mi potencial. Era soñadora, sí, pero también sabía que era capaz.

—¿Sabes qué? Aún falta un poco más de un año para que realmente me mude aquí... Podemos hablar de esto en otro momento —dije, sintiendo la mirada desconcertada de mi madre sobre mí.

—No es eso, hija. Debes seguir tus sueños, yo te apoyaré —dijo, y yo forcé una sonrisa para no hacer que el ambiente se volviera incómodo.

Como si no hubiera momento más oportuno, mi celular comenzó a sonar.

Llevé la mano hacia él y confirmé que se trataba de Vivian. De inmediato rechacé la llamada.

Vivian: *¿Crees que vas a poder evitarme por mucho tiempo? Nena, necesito información. El bombón fue justo detrás de ti. Dime que no me estás contestando porque estás demasiado ocupada en su cama.*

Negué con la cabeza y bloqueé el celular. Estaba decidida a ignorarla por el momento. Sabía que me llenaría de preguntas y me reprocharía por no haber aprovechado la noche al lado de un hombre como aquel. Sin embargo, no estaba dispuesta a pasar ni un segundo más pensando en el tipo de ayer.

En el fondo, estaba tentada a preguntarle si era un cliente frecuente. Pero intentaba mantenerme racional; después de todo, pronto volvería a Nueva York para terminar mis estudios, y no sabía si podría lidiar con una aventura así en medio del camino.

Al fin y al cabo, con solo un beso me había sentido completamente fuera de mi eje. ¿Qué podría haber pasado si hubiera cedido a los encantos de ese hombre?

Era algo que ni siquiera quería imaginar.



CAPÍTULO 03

—¡Eres una perra! —dijo Vivian en el momento en que sus ojos se encontraron con los míos.

Mi boca se curvó en una sonrisa, con todo el descaro del mundo, después de haberla evitado toda la semana.

—No exageres, solo déjame entrar —dije, mientras ella ponía los ojos en blanco.

Abrió un poco más la puerta y me dio espacio para pasar. Sin perder tiempo, entré.

Vivian cerró la puerta y yo seguí caminando por la sala, rumbo al sofá.

—¿Pensaste que el tiempo me haría olvidar?

—¿Tratándose de ti? Claro que no —dije entre risas y luego me senté—. Solo que no quería hablar del tema, pero la curiosidad me está matando.

—Dime —dijo sentándose a mi lado. Su entusiasmo dejaba claro que la muy perra ya me había perdonado por haberla ignorado.

—Ese hombre... ¿es un cliente frecuente? —pregunté, haciéndola esbozar una sonrisa.

—No llevo mucho tiempo trabajando ahí, pero ya lo he visto algunas veces. Siempre va acompañado de unos dioses griegos —suspiró—. Además, parece llevarse muy bien con el dueño del club, que también está buenísimo.

—No se te escapa una, mujer —dije, haciendo que la muy perra se encogiera de hombros.

—Pero cuéntame, ¿qué pasó con el bombón ese día?

—Nada —respondí vagamente. Vivian frunció el ceño y me examinó con la mirada.

—Quiero decir, después de que salí del bar, él fue detrás de mí y... puede que nos hayamos besado un poco, pero...

—¡Ah, Dios mío! Dime que fuiste a su casa.

—En realidad, no. Lo dejé en el ascensor y, sinceramente, espero no volver a verlo nunca más.

—Ajá —me examinó con la mirada.

—¿Qué pasa?

—¿Por eso estabas preguntando si era un cliente frecuente? ¿Por qué no quieres volver a verlo? —Vivian soltó una risita.

—Me voy en menos de tres meses, tengo que concentrarme en terminar mis estudios, no puedo…

—¡Bianca, es solo una follada! —me interrumpió—. ¿Hasta cuándo vas a privarte?

—No me privo… a no ser que el tipo diga cosas como: "voy a joderte desde el momento en que esté dentro de ti."

—¡Ay, amiga! —se rio—. Pero literalmente, eso es lo que pasará cuando él esté dentro de ti, ¿sabes? Él te va a joder.

Llevé la mano hacia uno de los cojines del sofá y se lo lancé a la muy perra, que levantó la mano frente a su rostro para protegerse de inmediato.

—¡No quiero hablar más de esto! Cuéntame de ti… ¿Como están las cosas?

Vivian puso una mueca al escucharme, pero no protestó ante mi pedido. Pronto, el tema se centró en ella, mientras me contaba cada detalle sórdido de su vida en los últimos meses.

Siempre estábamos en contacto, pero la conversación en persona no tenía comparación. Me quedé allí por un largo rato, hasta que llegó la hora en que mi amiga debía arreglarse para el trabajo.

Vivian me dejó en la entrada del edificio de mi madre y siguió su camino.

Permanecí observando a la loca arrancar el auto e irse, plena como siempre. Una sonrisa jugó en mis labios y una voz llamó mi atención, haciéndome mirar hacia ella.

No conocía al hombre que se acercaba hacia mí. Parecía tener unos cincuenta años, con el cabello canoso y los ojos grises.

—¿Sí?

—Disculpe que la aborde de esta manera —dijo—, me llamo Marcelo Armani, soy el abogado de Carlos Mancini, y me gustaría hablar con usted unos minutos. ¿Sería posible?

Sin duda lo habría rechazado, de no haber mencionado un nombre que me resultaba tan familiar. Carlos Mancini era mi mayor inspiración como arquitecta.

—Claro, podemos ir a una cafetería que está en la esquina —dije, solícita.

La expectativa de ser una posible recomendación en el área hizo que la ansiedad se apoderara de mí mientras nos dirigíamos al lugar que había sugerido.

Al llegar, la mesera nos atendió de inmediato. Yo pedí solo un jugo de naranja, él optó por un café.

—Entonces, ¿cuál sería el motivo de este contacto? —pregunté en cuanto la mesera nos dejó a solas.

—¿Sabe quién es Carlos Mancini?

—Sí, conozco muy bien su trabajo —respondí, con una sonrisa —. ¿Es sobre eso, verdad?

—En realidad, no —dijo, serio. Solo entonces noté el semblante cansado del hombre frente a mí.

—Bueno, doctor Marcelo… ¿Sobre qué sería entonces?

Antes de que pudiera responder, la dependienta regresó con nuestros pedidos. La agradecí y volví la mirada hacia Marcelo.

—No hay una forma fácil de decir esto… Carlos Mancini falleció en un accidente, usted es la única heredera y…

—¿Cómo? —lo interrumpí, sin saber qué parte me había impactado más.

¿Murió? ¿Única heredera?

—El funeral será mañana; imagino que querrá al menos despedirse.

—Señor… creo que me está confundiendo con alguien.

—No lo estoy, Bianca Martins, hija de Lilian Martins —arqueó las cejas—. ¿Correcto?

—Sí, pero… —mi voz salió entrecortada—. Mira, mi madre no tiene idea de dónde está mi padre, y creo que si fuera él, ella me habría… —interrumpí la frase al instante en que la expresión que tuvo al mencionar el nombre de Carlos Mancini volvió a mi mente—. ¡Dios mío!

—Lamento que lo descubra así, pero no tengo dudas de que él es su padre —dijo, serio—, y mis ojos se llenaron de lágrimas

mientras asimilaba la posibilidad de que todo eso fuera real.

—¿Cómo? Si él sabía dónde encontrarme, ¿por qué…? —mi voz se quebró. Ni siquiera sabía qué preguntar.

—Eso es algo que tendrá que hablar con su madre; lamentablemente, no soy la persona indicada para contárselo.

—¡Oh, Dios! Él… ¿Él murió? —pregunté. Marcelo solo asintió con la cabeza.

—¿Cómo? ¿Qué pasó?

—El helicóptero que pilotaba se estrelló en un bosque. La caída provocó un incendio, así que…

—¡Dios mío! —me llevé la mano a la boca, completamente impactada por la información.

—El funeral se realizará en la capital, que es donde residía —dijo, y yo solo asentí con la cabeza en señal de acuerdo—. Mañana iré para allá por la mañana; puedo darte un aventón hasta allí.

—Está bien… Yo… —suspiré, intentando asimilar todo—. Necesito hablar con mi madre.

Marcelo asintió y sacó una tarjeta de su cartera, que luego me extendió.

—Puedes llamarme a este número.

Miré el jugo frente a mí, y solo de pensar en beberlo, mi estómago se revolvió.

—No puedo tomar nada ahora —me levanté y volví a mirarlo—. Pagaré la cuenta y me tomaré el resto del día para pensar. Me pondré en contacto.

—Puedes ir, yo me encargo de la cuenta —dijo, y antes de que pudiera protestar, el hombre sacó un billete de su cartera, suficiente para pagar mucho más de lo que habíamos pedido, y lo colocó sobre la mesa.

Lo miré por un momento, antes de darme la vuelta y salir de la cafetería.



Lo primero que hice fue buscar las noticias del día.

Lamentablemente, eso no había sido un delirio de aquel hombre. La noticia ya estaba en todos los medios: Carlos Mancini había sufrido un accidente de helicóptero y fallecido.

Me senté en el sofá y pasé cerca de una hora sin moverme, esperando a que mi madre llegara a casa.

Llegó con la energía de siempre, pero su sonrisa se desvaneció al instante cuando sus ojos se posaron en mí.

—Oh, querida… ¿pasó algo? —preguntó preocupada, acercándose a mí.

—¿Conoces a Carlos Mancini? —pregunté, con seriedad. Mi madre se detuvo en seco; su expresión me dio la respuesta que necesitaba.

Obviamente, sí.

—Como tú misma dijiste… es un arquitecto renombrado. ¿Por qué esa pregunta tan de repente?

—Murió en un accidente anoche —fui directa.

Más de lo que debería.

De repente, mi madre se llevó la mano a la cabeza y corrí hacia ella, sosteniéndola antes de que cayera al suelo.

—¿Está todo bien? —pregunté, preocupada.

—Oh, Dios mío, hija… necesito sentarme.

Al escucharla, la llevé hacia el sofá. La senté y fui a la cocina a preparar un vaso de agua con azúcar.

Lo tomó y bebió; yo solo observé hasta que se estabilizó.

—Creo que debemos hablar; no parece que él sea solo un arquitecto —dije, mirándola fijamente.

Ella no terminaba de aceptar la idea.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, hace aproximadamente una hora su abogado me buscó y me contó una historia bastante curiosa.

—¿Fue Marcelo? —preguntó, ignorando mi última frase.

—Sí, fue él —confirmé—. Dijiste que no sabías quién era mi padre.

—Perdóname por eso, querida —dijo con la voz entrecortada.

—¿Fue él quien no quiso hacerse cargo de mí, o tú quien no lo dejaste?

—Fue una decisión mía; prometo contarte todo, solo espero que no me odies por lo que hice.

—Bueno, voy a ir al funeral. Hablaremos de esto cuando regresé —dije, levantándome—. Marcelo dijo que podría darme un aventón hasta la capital, ¿es de confianza?

—Sí, lo es.

—Está bien, voy a preparar mis cosas —avisé y me dirigí a mi cuarto.

—Bianca —llamó, haciendo que me girara por última vez hacia ella—. Perdóname.

Solo pude asentir con la cabeza antes de seguir hacia mi cuarto. Estaba molesta; después de todo, mi madre sabía cuánto quería conocer a mi padre.



—¿Hablaste con Lilian? —preguntó Marcelo, llamando mi atención hacia él.

—Sí, todavía no sé los motivos que lo llevaron a mantenerse distante, pero…

—Tu padre te amaba —interrumpió mi frase—. Carlos celebraba cada logro tuyo, acompañó cada paso de tu vida.

—No entiendo por qué no se acercó.

—Hay cosas que simplemente no tienen explicación. Son cosas que solo deben sentirse.

Esbocé una sonrisa débil y volví mi atención a la carretera, mientras reflexionaba sobre sus palabras.

Estaba feliz de descubrir que al menos él había seguido mi vida de lejos.

La verdad era que nunca entendí cómo mi madre lograba sostenerme tan bien; incluso teniendo una tienda, las ventas no eran suficientes para costear mi estadía en el extranjero.

Así que sí, ciertamente había sido su ayuda la que lo hizo posible.

Conversando un poco más con Marcelo, descubrí que la relación de él con mi padre no era solo de abogado y cliente. Eran buenos amigos, lo que me hacía sentir aún más cómoda en su presencia.

Al llegar, me encontré sin lugar. Era casi la hora programada para el funeral y, lamentablemente, el ataúd estaba sellado.

Marcelo explicó que esto se debía a la forma en que ocurrió el accidente: el helicóptero se incendió, lo que convirtió el entierro en

algo simbólico. Después de un tiempo, me dejó sola para que pudiera despedirme.

Y así lo hice.

Llevé la mano sobre el ataúd y susurré:

—Gracias, papá, por cuidarme. Aunque haya sido desde lejos, sé que te debo mucho.

Al decir aquellas palabras, me alejé. No quería llamar la atención ni responder preguntas sobre quién era.

Me fui a un lugar apartado y observé todo desde la distancia.

—El mundo es realmente pequeño —una voz ronca y extrañamente familiar resonó a mi lado.

Estremecí al mirar hacia esa voz y darme cuenta de que quien estaba a mi lado, mirando hacia un punto lejano, era el mismo hombre que, en los últimos días, había invadido mis pensamientos sin permiso.

Llevaba gafas de sol y su semblante era serio.

—Que lo diga yo —concordé, aún sin creer que aquel hombre ciertamente conociera a mi padre.

Desvió la mirada hacia mí y, por un momento, simplemente me estudió. Mi corazón dio un salto en el instante en que preguntó:

—Entonces, ¿eres realmente la hija de Carlos Mancini?



CAPÍTULO 04

—¿Cómo… tú…?

—¿Cómo lo sé? —sus labios se curvaron en una débil sonrisa —. Tengo mis contactos.

—¡Dios mío!¡Cómo puede ser tan cruel la vida! —una voz desesperada llamó nuestra atención. Alcé las cejas al notar a una mujer desplomándose sobre el lugar donde Carlos había sido enterrado apenas unos minutos antes—. ¡No, no, no… necesitaba más tiempo!

La mujer siguió llorando de manera desesperada.

No tardaron en acercarse algunos guardias. La sujetaron por los brazos y la levantaron.

—¡Suéltenme! —gritó, atrayendo aún más miradas. —¡Tengo derecho a despedirme de mi padre!

Quedé simplemente en shock. ¿Tenía una hermana?

Los guardias la soltaron, y Marcelo de inmediato se dirigió hacia ella.

—Bueno, parece que no soy la única —dije, mirándolo de reojo antes de caminar hacia ellos.

Quería observar más de cerca toda aquella situación.

Marcelo intercambió algunas palabras con la mujer, que seguía llorando. Tras unos minutos, los guardias la llevaron hacia un lugar reservado. Luego, los ojos de Marcelo se posaron en mí y, en un instante, comenzó a acercarse.

—Bianca… —dijo al detenerse frente a mí.

—Gracias por contarme sobre Carlos; me alegra haber tenido la oportunidad de despedirme, al menos —dije suavemente—. Pero ahora necesito regresar a casa.

—Yo la llevo —se ofreció.

—No es necesario, llamaré a un conductor de la aplicación.

—Necesito hablar contigo sobre la herencia —dijo, y yo solo negué con la cabeza.

—Lo que quería era tenerlo presente en mi vida. Reconozco que debe haber hecho mucho por mí, pero no estoy interesada en recibir una herencia.

—Es tu derecho, Bianca.

—Bueno, no soy hija única. Estoy segura de que la mujer con la que habló hace unos minutos administrará bien las cosas.

—¿Puedes acompañarme hasta el auto?

—Claro —respondí, aunque sin entender del todo.

Marcelo comenzó a caminar y lo seguí hasta llegar al lugar donde había estacionado el auto.

Lo observé abrir la puerta y sacar un cuaderno personalizado de allí. Luego, me lo extendió.

—¿Qué es esto? —pregunté mientras lo tomaba.

—Es una especie de diario. Tu padre escribió durante años para ti… quería entregártelo en vida, pero… —su voz se quebró—. Bueno, verificaré la situación de esa joven. Dijo que hace dos semanas Carlos la buscó al descubrir tu existencia.

—Gracias —dije, levantando el diario y moviéndolo ligeramente —. Lo leeré todo.

—El asunto es que, como te dije, siempre fui muy cercano a tu padre. Y él siempre me habló de ti como su única hija. Carlos soñaba con el día en que tomaras el control de la empresa que construyó. ¿Vas a dejar todo eso?

—Necesito pensar. Voy a casa, necesito hablar con mi madre… —suspiré, sin saber qué hacer—. Me pondré en contacto contigo en los próximos días, ¿de acuerdo?

—Claro, tómate el tiempo que necesites.

Al escucharlo, di un paso hacia él y lo abracé.

—Gracias por todo.

Cuando me separé, él esbozó una sonrisa amable. Estaba agradecida por todo, pero necesitaba volver a casa y poner mi cabeza en orden.

—De nada, querida. Esperaré tu contacto.



Aproveché para empezar a leer el diario mientras iba camino a casa. Y no estaba segura de si había sido una buena idea.

Había numerosos mensajes de mi padre para mí; quedaba claro su deseo de estar en mi vida. Lloré al verlo celebrar cada uno de mis logros. También reí cuando expresaba claramente su felicidad por el fin de mi relación con Marco.

Marco no era el indicado para mí, pero mi padre no podía hacer nada al respecto; solo esperar a que yo abriera los ojos. Y así fue.

También había felicitaciones y expresiones de orgullo.

—¿Está todo bien, señorita? —preguntó el conductor, llamando mi atención.

—Sí, es solo que… —respondí, con la voz contenida. Levanté el diario y lo moví ligeramente.

—¿Una historia triste? —preguntó, mirándome por el espejo retrovisor.

—Mucho.

Decidí cerrar el diario y tomar un momento de pausa.

Seguramente, a estas alturas, el hombre ya me debía considerar una loca. Después de todo, llevaba un buen rato soltando pequeñas risas entre lágrimas.

Mi mente viajó con lo que acababa de leer durante el resto del camino. Al llegar, agradecí al conductor y me dirigí a casa; solo quería entender más sobre la historia de mis padres.

—Hija, ¿cómo fue? —preguntó mi madre con tono preocupado en cuanto abrí la puerta.

—Intenso… no sé qué pensar, solo quiero entender.

Ella dio un golpecito al lado vacío del sofá. Sin protestar, cerré la puerta y me dirigí hacia ella.

Me senté y sentí su abrazo fuerte. Fue entonces cuando rompí a llorar; el diario me había tocado profundamente.

Mi madre continuó abrazándome con firmeza, susurrando todo el tiempo: *"perdóname, hija".*

Cuando me calmé, mamá se levantó y buscó un vaso de agua para mí.

—¿Te sientes mejor?

—Un poco.

—Éramos jóvenes… amaba mucho a tu padre —comenzó a hablar, seria, como si estuviera reviviendo el pasado.

—¿Qué cambió?

—Las cosas cambiaron a partir del momento en que él no confió en mí. Carlos era demasiado terco y… prefirió creer en alguien externo antes que en mí, la mujer que decía amar.

—Ustedes no funcionaron —concluí—. Pero, ¿por qué mi padre no pudo formar parte de mi vida?

—Es muy complicado, querida, no sé si serás capaz de entenderme.

—Solo intenta.

—Cuando descubrí que estaba embarazada, apenas nos habíamos comprometido; en algún momento, llegó a él la información de que lo estaba engañando con un amigo cercano. Pero, en lugar de hablar conmigo, creyó ciegamente en una mujer que solo quería algo que Carlos no percibió —sonrió amargamente —. Vino a mí convencido de que lo engañaba y exigió una prueba de ADN. Le dije que la haría, pero que, independientemente del resultado, tendría que prometer que se mantendría alejado de mí y de mi bebé. Ese fue el castigo que le di por exponerme a tal humillación.

Intenté encontrar mi voz mientras asimilaba aquella información. Entendía a mi madre y su actitud, pero al mismo tiempo sentía que su castigo no solo había afectado a Carlos, pues yo crecí sin saber lo que era recibir el amor de un padre.

Creía que mi padre simplemente no quiso asumirnos y nos había abandonado. Pero no, él sabía todo el tiempo dónde estaba, y respetó la decisión de mi madre.

—Sé que fue injusto contigo, por eso te pido que me perdones. Estuve a punto de contártelo varias veces, pero mi orgullo habló más fuerte —volvió a decir ante mi silencio.

—Juro que estoy intentando entender, pero es todo tan…

—Lo sé, querida. Podemos hablar de esto cuando te sientas lista. No puedo hacer más que pedirte disculpas.

—Gracias por contarme —dije, inclinándome para abrazarla una vez más—. Después te contaré cómo fue todo; ahora solo necesito descansar.

Mi madre asintió. Me levanté del sofá y la miré una vez más antes de dirigirme a mi cuarto.

Había mucho en qué pensar; necesitaba este tiempo a solas antes de cualquier cosa.



CAPÍTULO 05

Después de pensar mucho durante los últimos días, decidí que seguiría la voluntad de mi padre. En varias partes de su diario, era evidente su deseo de verme en CWR Arquitectura. Y no era un secreto para nadie cuánto siempre había querido trabajar allí.

Me senté en la cama y, decidida, tomé el celular y busqué el número de Marcelo en mi agenda.

—Hola, Bianca, ¿cómo has estado? —atendió al primer toque.

—Muy pensativa, para ser sincera. Pero decidí que quiero seguir la voluntad de mi padre —informé.

—No sabes la felicidad que siento al escuchar eso.

—Bueno, la cuestión es que tengo que volver a Nueva York para terminar mi posgrado, pero todavía me quedan un poco más de dos meses antes de eso. Espero que podamos resolver todo para entonces.

—Sí, iremos organizando todo.

—Perfecto, ¿cuál sería el próximo paso?

—Ahí está la cuestión —dijo con un suspiro—, lo ideal sería que vinieras a la capital, así podemos agilizar las cosas. Mi idea inicial era que te mudaras a la casa que tu padre tiene aquí, pero con una nueva heredera en juego, no podemos hacer eso todavía.

—Eh… veré qué puedo hacer. ¿Cuál es el precio promedio del alquiler?

—El promedio aquí en la capital de un departamento es de R$2.000 más los gastos de condominio, pero si prefieres estar cerca de la empresa en Leblon, ese valor puede duplicarse o triplicarse.

Estremecí al escucharlo. Aunque tuviera una buena situación económica, era un gasto que no había planeado. Después de todo, todavía tendría que viajar de la capital a Búzios en algunas ocasiones.

—¿Tienes idea de cuánto sería el condominio?

—Mira, Bianca… si no te importa, mi hijo tiene un ático de lujo aquí en la capital, pero lo usa poco, ya que no vive aquí. Hagamos así: vienes para acá y te acomodas allí por ahora.

—No quiero incomodar, ya has hecho tanto por mí.

—No incomodas, solo recuerda que eres hija de un gran amigo. Me alegra poder ayudarte.

—Muchas gracias, Marcelo.

—¿Cuándo puedes venir?

—Hm… ¿mañana, puede ser?

—Perfecto, querida, dejaré todo listo y esperaré por ti.

¿Impactada? Esa era la palabra que me describía en ese momento.

Verifiqué una vez más la dirección que Marcelo me había dado, confirmando que estaba en el lugar correcto.

El penthouse en el que me alojaría estaba ubicado en Leblon. Y como si eso no fuera suficiente, el lugar era extremadamente lujoso.

—¿Te fue difícil llegar hasta aquí? —la voz de Marcelo resonó en el ambiente.

Miré hacia dónde venía y lo encontré con una sonrisa mientras caminaba hacia mí.

—Increíblemente, no —dije—, el conductor sabía exactamente dónde era.

—Perfecto. ¿Y cómo estás?

—Bien, todavía leyendo el diario que dejó mi padre, entendiendo cada vez más sobre él.

—Eso es bueno, Carlos estaría muy feliz si estuviera aquí.

—Yo también —sonreí tristemente—. Ojalá hubiera recibido esto antes.

Marcelo solo asintió con la cabeza en señal de acuerdo. En esa situación, no había mucho que decir.

—Vamos a entrar, te mostraré el lugar para que puedas acomodarte.

Se inclinó y tomó el mango de mi maleta.

—Oh, déjalo. Puedo llevarla yo.

—Déjamelo a mí, vamos —dijo, sin darme oportunidad de replicar.

Me rendí y lo seguí hacia aquel edificio que parecía más un sueño.

Pasamos junto a dos guardias, a quienes Marcelo me presentó antes de continuar hacia el penthouse.

—La contraseña es 3502 —dijo cuando llegamos frente a la puerta.

Lo miré por un momento antes de dirigirme a la cerradura electrónica y marcar la contraseña que acababa de hablar.

La puerta se abrió, sonreí y la empujé.

Quedé sin palabras al contemplar la belleza y sofisticación del lugar. Sin duda, un hombre vivía allí. Los tonos eran neutros, pero muy acogedores. Di un paso adelante, admirando todo un poco más de cerca.

Marcelo cerró la puerta y dejó mi maleta en la sala. Luego, me dio un recorrido por el lugar, mostrándome lo que era verdaderamente un paraíso.

Me enseñó la cocina, el área privada y, por último, el balcón, que tenía una vista panorámica de la ciudad y una piscina enorme.

No debía pensar en eso, pero fue imposible no imaginar a Vivian haciendo una fiesta conmigo allí.

—Espero que te sientas como en casa durante el tiempo que estés aquí —dijo Marcelo, llamando mi atención.

—Aquí es simplemente increíble. Espero no causarle problemas.

—De ninguna manera, como dije, mi hijo no viene mucho por aquí.

—Está bien.

—Te dejaré descansar por hoy; mañana temprano comenzaremos con una conversación en mi oficina, ¿de acuerdo?

—Claro, solo pásame la dirección y estaré allí.

—Te la enviaré más tarde. Hasta mañana, Bianca —dijo amablemente.

Luego lo acompañé hasta la puerta.

—Eh… Marcelo, gracias —dije, arrancándole una sonrisa sincera en él.

Él asintió con la cabeza y siguió su camino.

Fue entonces cuando me permití relajarme. Estaba realmente cansada; después de avisarle a Marcelo que vendría, tuve que hacer mis maletas nuevamente y hablar con mi madre sobre el asunto.

A ella no le gustó mucho, claro. Imaginaba que me quedaría todo el tiempo a su lado. Pero le prometí que la visitaría con frecuencia. Después de todo, era por un buen motivo.

Tomé mi maleta y la llevé a uno de los cuartos de huéspedes. Marcelo me dijo que no habría problema si quería quedarme en la habitación principal, pero no me atrevería; al fin y al cabo, era el cuarto que su hijo utilizaba.

El cuarto de huéspedes era tan grande y cómodo como cualquier otro. Y para mi felicidad, también era una suite.

Saqué lo básico de mi maleta y lo dispuse sobre el mueble del baño para tenerlo al alcance: maquillaje e productos de cuidado personal.

Cuando terminé, decidí darme una ducha para relajarme.

Lavé mi cabello y lo sequé; luego, me envolví en la toalla y fui al cuarto. Me dirigía a la maleta para escoger ropa cómoda cuando mi celular comenzó a sonar.

Me acerqué y vi en la pantalla que era Vivian, haciendo una videollamada.

—Hola, amiga —dije, enfocando la cámara en mí.

—¿Quién atiende una videollamada envuelta solo en una toalla? —preguntó, haciéndome reír.

—Fuiste tú quien me llamó; acabo de salir de la ducha —encogí de hombros—. Pero habla conmigo.

—Hasta ahora no puedo creer esta historia. ¿Es una broma que decidiste hacerme? —preguntó, y no pude evitar reír ante sus palabras.

Esa era Vivian, desconfiada como siempre.

—Es verdad. De hecho, estoy en este momento en el penthouse donde me quedaré los próximos días para resolver algunas cosas —dije, girando lentamente para que viera bien todo el lujo del lugar.

—En serio, no puedo creerlo.

—Es todo un poco loco, ¿no?

—No solo eso… Piensa en cómo el destino nos juega bromas. Un día admiras al tipo. Dijiste que es tu mayor inspiración en arquitectura, ¿verdad?

—Exactamente eso.

—Pues bien, ¿quién imaginaría que de la noche a la mañana descubrirías que ese tipo es tu padre?

—Realmente, amiga, hasta ahora estoy tratando de digerir todo esto.

—Tendré que darle la razón a tu amiga —una voz grave y extremadamente sexy irrumpió en el ambiente.

—¿Qué? —preguntó Vivian, sin entender nada.

Estremecí al dirigir mi mirada hacia la puerta y encontrar esos mismos ojos grisáceos fijos en mí: el mismo hombre misterioso del que quería huir a toda costa.

—El destino realmente nos juega bromas a veces.

En un movimiento rápido, colgué la videollamada y ajusté la toalla, sintiendo su mirada intensa sobre mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él esbozó una sonrisa ladeada, y *¡maldita sea! ¡Eso fue increíblemente sexy!*

—Soy yo quien debería preguntarte eso. Después de todo, ¿qué haces tú en *mi* penthouse?



CAPÍTULO 06

Bianca Martins.

Así que ese era el nombre de la mujer que había quedado grabado en mis pensamientos, incluso cuando intentaba evitarlo, desde hace seis años.

Y el destino parecía realmente estar a mi favor, porque pensé que nunca volvería a verla, hasta que la encontré nuevamente en la discoteca. Claro, no dejaría pasar la oportunidad de besar esos labios deliciosos.

Su sabor era increíble.

Aunque huyera de mí, seguía siendo atraída hacia mi camino como si un imán la atrajera hacia mí.

¿Cuál sería el significado de todo esto?

—*Eh… Rafael* —la voz de mi padre resonó desde el otro lado de la línea, sacándome de mis divagaciones—. *¿Estás escuchando lo que te estoy diciendo?*

Me enderecé en el asiento y, por un momento, solo intenté recordar cuál era lo último que había dicho sobre aquella princesa.

Cierto, me estaba diciendo que la mujer necesitaba un lugar donde quedarse en la capital.

—Claro, papá, no veo ningún problema en que se quede en el penthouse —dije, mientras imaginaba diversas formas de tenerla ante esa situación.

—¿Me estás ignorando a propósito? —preguntó en un tono más serio de lo normal.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba más distraído de lo que debía. Pero, ¿cómo no estarlo? Estábamos hablando de esa mujer.

—¿Qué?

—Dije que, para que Bianca se sienta más cómoda, no aparezcas por allí por ahora.

—Ah, sí —respondí, vagamente.

—La dejaría en nuestra casa, pero creo que será mejor que tenga un espacio solo para ella. Así que, si necesitas venir a la capital, quédate con nosotros.

—De acuerdo, ¿cuándo llega?

—Hoy. Creo que ya está en camino. Voy a mostrarle el lugar y dejarla cómoda.

Fue tentador escuchar eso y no ofrecerme para hacer ese recorrido. Pero sería demasiado descaro de mi parte.

—Está bien, haz lo que quieras —dije, como si no me importara—. Cualquier cosa, solo llámame.

Al decir esas palabras, terminé la llamada.

Una sonrisa se dibujó en mis labios al imaginar a esa morena en mi penthouse.

Tomé el celular y abrí la agenda, marcando el número de Caio, mi socio.

—*Oye, ¿qué pasa?* —respondió él, animado.

—Cambio de planes. Confirma mi presencia en la reunión de mañana.

—¿No dijiste qué harías una videoconferencia desde Búzios?

—Tienes razón, pero creo que debo participar un poco más en las reuniones de la empresa —dije con una sonrisa traviesa—. Nos vemos mañana.

Colgué la llamada y me levanté; tenía algunos planes que poner en marcha. Así que, con toda la tranquilidad del mundo, fui a mi vestidor y saqué una maleta grande.

Empecé a separar algunas prendas, algunos artículos de cuidado personal y los guardé en la maleta. Cuando todo quedó listo, la llevé al auto y aproveché para resolver un par de cosas pendientes.

Poco después, recibí un mensaje de mi padre informándome que Bianca ya se había instalado. Aquella fue la señal que necesitaba para ponerme en camino.

Seguramente me mataría cuando descubriera que estaba en la capital, pero pensaba aprovechar la situación mientras pudiera.

Estaba llegando a la ciudad cuando mi teléfono empezó a sonar. Miré la pantalla del auto y confirmé que se trataba de Rodolfo Belmont.

—Dime, hermano —respondí al contestar.

—¿Todo listo para esta noche?

Fruncí el ceño, recordando perfectamente que habíamos quedado en ir al club más tarde.

—No voy a poder. Tuve que salir de la ciudad para resolver unos asuntos personales.

—¿Vas a dejar pasar esa oportunidad? Podría encontrarme con tu morena por allá —dijo, y solté una carcajada al escucharlo. —¿Lo

dudas?

—No lo harás, porque estará conmigo.

—¿Asuntos personales… hmm? —soltó una carcajada—. *Eres un hipócrita.*

—Amigo mío, esa mujer será mía. Ya verás.

—Sabes lo que pienso de eso, pero… sigue tus instintos.

—Claro que sí, los seguiré, no me dejo influenciar por ti.

—Eso me ofende, ¿sabías? —respondió, y ambos soltamos una carcajada.

—Te llamo luego, estoy en la carretera —dije después de unos segundos.

—De acuerdo, hermano, buena suerte.

Colgué la llamada negando con la cabeza. Si había un tipo que nunca se comprometería con nadie, ese era Rodolfo.

No pasó mucho tiempo antes de que estacionara en el garaje del penthouse. Tomé mi maleta como si nada y me dirigí al ascensor, seleccionando el último piso.

Al abrir la puerta, pude oír cierto movimiento. Dejé la maleta en la sala y comencé a avanzar sigilosamente hacia esa voz que me volvía loco que resonaba por el lugar.

Estaba en la habitación de huéspedes.

Me apoyé en el marco de la puerta y la escena que vi fue mejor de lo que imaginé. Bianca estaba envuelta solo en una toalla mientras hablaba con alguien por videollamada. Pronto identifiqué que se trataba de una mujer; curiosamente, hablaban sobre el destino.

Resultaba gracioso, a estas alturas.

Permanecí con la mirada fija en ella y, en cuanto tuve un momento, busqué la forma de llamar su atención hacia mí. Fue

delicioso ver su expresión cuando dije que sería yo quien debería preguntar qué hacía en mi penthouse.

Bianca no parecía haber entendido, así que esperé hasta que asimilara la información.

—Espera… ¿eres el hijo de Marcelo? —preguntó, sorprendida. Mis ojos se dirigieron a la maldita toalla, que la hacía increíblemente atractiva.

—Bianca, esa debería ser tu última preocupación en este momento —dije, serio. Sus ojos recorrieron mi cuerpo, y no había duda de que notó el volumen en mis pantalones.

No hice ningún esfuerzo por ocultarlo.

—¡Oh, Dios! —resopló de forma tan seductora que me hizo directamente en mi verga.

En un abrir y cerrar de ojos, Bianca vino hacia mí. Sus manos suaves se dirigieron a mi pecho, y tuve que ejercer un autocontrol fuera de lo común para mantener la racionalidad.

Me empujó fuera del cuarto y cerró la puerta.

—Saldré en unos minutos —gritó.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras esa escena deliciosa se repetía en mi mente.

Me dirigí a la sala totalmente decidido: la tendría cueste lo que cueste.

La forma en que reaccionó ante mí delataba perfectamente que el sentimiento era recíproco. Así que no escatimaría esfuerzos para conseguir lo que quería.

Parecía que mi estadía en la capital sería mucho más interesante de lo que había pensado.



CAPÍTULO 07

Golpeé mi cuerpo contra la puerta, pensando que el destino solo podía estar jugando conmigo.

¿El hombre era hijo de Marcelo? ¿Qué probabilidades había?

Cerré la puerta y me dirigí a mi maleta. Elegí unos jeans y una blusa de tirantes. Luego caminé al baño y recogí todas mis cosas que allí estaban.

Poco a poco, guardé todo en la maleta y, cuando terminé, la cerré.

Tomé mi celular y vi que Vivian me había llamado. Solo le envié un mensaje explicándole que hablaríamos más tarde.

Abrí la puerta y salí del cuarto.

Caminé por el penthouse hasta llegar a la sala. El hombre estaba sentado en el sofá, apoyando los codos sobre las rodillas y ligeramente inclinado.

Sentí mariposas en el estómago cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—¿A dónde vas? —preguntó, con expresión seria.

—A buscar algún lugar para quedarme. Marcelo me dijo que casi no apareces por aquí y… solo no quiero incomodar, ¿ok?

—De ninguna manera dejaré que salgas de aquí así —dijo, levantándose. Entonces, empezó a acercarse. —Mi padre me llamó varias veces, pero no contesté porque venía camino para acá.

—Ah… —Asentí con la cabeza, como en señal de acuerdo. —El penthouse es tuyo.

—Sí, pero si mi padre dijo que podrías quedarte, soy yo quien tiene que salir —dijo, con firmeza. —Puedo quedarme en un hotel… —Esas palabras quedaron en el aire; luego abrió y cerró la boca varias veces antes de continuar hablando. —A menos que no te importe que compartamos el lugar. Estoy aquí por trabajo y casi no estaré. Si no es un problema para ti.

—Ciertamente será un problema para mí.

Solo me di cuenta de que lo había dicho en voz alta cuando lo encontré con las cejas arqueadas hacia mí.

—Es un lugar bastante grande —comentó, y yo solo asentí con la cabeza.

¿Qué podría salir mal?

—Bueno, creo que podemos hacer eso —dije, aunque ya sabía la respuesta a mi única pregunta.

Todo podría salir mal, pero ahí estaba yo diciendo que sí.

—Tenemos un acuerdo —dijo, serio—. Voy a darme una ducha y acomodarme.

Al decir esas palabras, se volteó.

—Oye… —dije, llamando su atención una vez más—. Al menos deberías decirme tu nombre, ya que vamos a compartir el mismo techo, aunque sea de manera provisional.

El hombre caminó hacia mí y tomó mi mano. Sentí una electricidad intensa con el simple toque.

Inmediatamente quise romper el contacto, pero no me lo permitió; llevó mi mano a su boca y rozó la barba suavemente, causando escalofríos por todo mi cuerpo. Y como si eso no fuera suficiente, besó el dorso de mi mano lentamente. Luego, sus ojos intensos se posaron en mí.

¡Dios! Fue extremadamente sensual y delicioso.

—Me llamo Rafael Armani, un placer conocerte.

Retiré mi mano para romper el contacto y di algunos pasos hacia atrás.

—Bianca Martins —dije, y él asintió—. Pero creo que ya lo sabes.

—Siéntete como en casa, Bianca —dijo, y luego se dirigió hacia la puerta.

Lo seguí con la mirada mientras tomaba la maleta que estaba en la esquina y se dirigía al cuarto principal.

¡Dios mío! ¿Qué estaba haciendo con mi vida?



Me desperté temprano al día siguiente.

Marcelo me había enviado la dirección de su oficina y quería resolver todo lo antes posible; al fin y al cabo, mi tiempo aquí estaba contado.

Me vestí con un conjunto compuesto por un short de sastre, un blazer color marsala y una blusa blanca. Para completar, calcé unos tacones altos y dejé el cabello suelto.

Salí del cuarto, sentí el aroma delicioso del café en el ambiente. Cuando me di cuenta, estaba entrando a la cocina, buscando confirmar si realmente provenía de allí.

Para mi sorpresa, sí.

Rafael estaba preparando el café, pero no fue eso lo que llamó mi atención. Más bien, el hecho de que vestía solo un bóxer blanco, dejando al descubierto su espalda ancha, su trasero firme y los músculos tonificados de sus muslos...

—¿Te gusta lo que ves? —Su voz ronca llamó mi atención, delatando que me había atrapado.

—Deberías ponerte algo de ropa —dije, girándome, tratando de salir lo más rápido posible de allí.

—¿No vas a tomar café? —Su voz estaba demasiado cerca, lo que delataba que ciertamente estaba detrás de mí.

No me atreví a mirar; solo llevé la mano a la puerta y la desbloqueé.

—Lo tomaré en la calle, gracias —respondí y salí, pero no sin antes escuchar la carcajada deliciosa de ese hombre.

Debería buscar otro lugar para quedarme, ¡sin duda, debía hacerlo!

Fui a una cafetería y compré café; luego tomé un taxi hacia la dirección que Marcelo había indicado, y aunque no quisiera, me era imposible no recordar la escena de la mañana.

Por un momento, mi mente traicionera llegó a imaginar cómo sería pasar la noche con Rafael. Pero, ciertamente, era una muy mala idea.

Solo una follada, eso no era lo mío.

Deseché esos pensamientos y me concentré en lo que realmente debía. El taxi me dejó frente a un edificio elegante.

Verifiqué la dirección y, una vez segura de que era allí, me dirigí a la oficina de Marcelo.

Fui recibida por una mujer amable, que enseguida anunció mi llegada y me condujo hasta la sala.

—Buenos días, Bianca, ¿lograste descansar bien? —preguntó Marcelo con una sonrisa simpática.

—Hm… sí, gracias —mentí.

—Entonces vamos a lo que importa. Por favor, siéntese.

Marcelo señaló la silla frente a él. Me dirigí hacia ella y me acomodé; luego, mis ojos se encontraron con los de él.

—En ausencia de su padre, quien está tomando las decisiones dentro de la empresa es su tío, Luiz Mancini. Tiene experiencia en el área y, por ahora, creo que puede aportar mucho a su conocimiento.

—Está bien.

—Ahora, respecto a los asuntos legales, lo que sucede… con la aparición de una nueva heredera, tendremos que hacer todo el inventario. Para que las cosas no queden paralizadas, usaré su conocimiento para nombrarla curadora de Carlos.

—¿Cómo se llama… mi hermana? —pregunté un poco desconcertada.

—Melanie.

—¿No cree que esto pueda causarle problemas con ella?

—Mira, Bianca, solo estoy actuando conforme a la voluntad de su padre. Sé que en la división de bienes todo se repartirá equitativamente y no habrá problema. Solo quiero confirmar los hechos que ella me presentó antes, ya que yo solo conocía su existencia.

—Te entiendo completamente, entonces hagamos así.

—Tan pronto como tenga los documentos listos, te avisaré.

—Está bien, ¿y cuál será el próximo paso?

—Estuve conversando más temprano con el equipo que se encarga de relaciones públicas y marketing de la empresa; me informaron que los medios están especulando mucho sobre las herederas de Carlos. Están pensando en organizar un baile para presentarlas formalmente en una semana. ¿Crees que sería posible?

—No estoy acostumbrada a los medios —fui sincera.

—Pero es necesario —explicó, y yo asentí—. Con este evento, podrás conocer un poco de la familia de tu padre; creo que sería una propuesta interesante para considerar.

—Está bien, en una semana está perfecto.

—Perfecto, llamaré hoy mismo.

Una sonrisa se escapó de mis labios y me levanté. Marcelo me acompañó hasta la puerta y, luego, nos despedimos.

Como ya estaba en la calle, decidí ir al centro comercial a almorzar. Después, pasé por algunas tiendas para conocerlas.

Por último, le pedí al conductor que me dejara frente a un parque ubicado en el barrio donde estaba viviendo.

La noche estaba simplemente increíble. Caminé sola por un buen rato, mientras procesaba el giro que había dado mi vida en los últimos días.

Era una explosión de emociones.

Cuando me sentí cansada, caminé hasta llegar al edificio. No tardé mucho, ya que el parque estaba bastante cerca de donde me encontraba.

Al llegar a casa, todo estaba iluminado con una luz tenue. Aunque no estaba completamente claro, pude distinguir la silueta de Rafael en el balcón.

Fui hacia él y me detuve en la puerta, pudiendo notar una botella de whisky sobre la mesa mientras él tomaba un trago.

Al notar mi presencia, Rafael se giró hacia mí.

—¿Qué haces aquí solo en la oscuridad? —desvié la mirada hacia sus manos.

Rafael llevó el vaso a sus labios y dio un sorbo. Luego, sus ojos se fijaron en mí.

—Te estaba esperando.



CAPÍTULO 08

Mi corazón casi se me sale del pecho con esas palabras. Intentaba encontrar mi voz cuando él dio unos pasos hacia mí.

—Tardaste, estaba preocupado —dijo, con semblante serio.

—Estaba por ahí, conociendo un poco la ciudad —expliqué.

—¿Aceptas un poco? —Rafael agitó el vaso de whisky en el aire.

—Por favor—dije, extendiendo la mano hacia él.

El día había sido largo, mi mente iba mil por hora. Un poco de whisky caería muy bien.

Rafael llevó el vaso a sus labios y dio otro sorbo; luego, en lugar de entregarme el vaso, sentí su mano libre sobre la mía.

En un abrir y cerrar de ojos me atrajo contra su cuerpo y tomó mis labios con voracidad. El sabor del whisky invadió mi boca y estremecí ante su actitud. Alcancé a notar vagamente cuando dejó el vaso sobre la mesa de al lado; enseguida sentí su mano rodear mi cintura, pegándome aún más a su cuerpo.

No me aparté.

Rafael comenzó a guiarme por la terraza; yo simplemente lo seguí. Mi cuerpo respondió al suyo cuando se sentó en el sillón suave y, luego, me atrajo para que me sentara en su regazo.

Mis manos se posaron en su cuello, mientras él aumentaba la presión en mi cintura. Un leve gemido se escapó de mis labios al sentir, a través del fino tejido de mi ropa, lo duro que estaba.

Sus manos recorrieron mi espalda, dejando un delicioso rastro de escalofríos.

Entonces sus labios dejaron los míos y, después, empezó a descender los besos, haciendo un camino por todo mi cuello. Su actitud provocó una ola de excitación tan grande que estaba a punto de matarme.

Al llegar a mis senos, no cruzó los límites. Sus ojos, oscuros de deseo, se encontraron con los míos.

—Te deseo… —susurró Rafael, y su agarre alrededor de mí se volvió más fuerte—. ¡Dios! Cómo te deseo ahora.

Una ráfaga de racionalidad cayó sobre mí al darme cuenta de lo que estaba a punto de pasar. Llevé mi mano a su pecho, impidiendo que volviera a besarme.

—Rafael… —dije con la voz entrecortada—. Yo… yo no puedo.

—¿Por qué no? —sus ojos, llenos de confusión, se clavaron en mí.

Intenté salir de su regazo, pero sus manos firmes en mi cintura no lo permitieron. Sus ojos siguieron fijos en los míos, esperando una respuesta.

—No soy lo que buscas.

—Eres exactamente lo que busco, Bianca.

Sentí mi corazón descompasarse con aquella afirmación. Pero no podía dejarme llevar, sobre todo porque conocía muy bien a

hombres como él.

—No lo soy —dije, intentando no perder la compostura—. Tipos como tú buscan sexo y diversión.

—¿Eso es lo que crees que quiero contigo? —preguntó con tono autoritario.

Lo observé detenidamente y decidí devolverle la pregunta.

—¿Qué es lo que quieres conmigo?

—Más que una noche de sexo y diversión —volvió a ejercer una deliciosa presión en mi cintura—. Te estoy diciendo que quiero más que eso contigo.

La forma en que esas palabras salieron de su boca me hizo estremecer. Tuve que ser muy racional para responderle, o acabaría cediendo fácilmente ante frases como esa.

—No es suficiente para mí.

—¿Y qué sería suficiente para ti, Bianca?

—Me gusta el romance —dije con una sonrisa débil, decidida a ser sincera—. Me gusta el sexo y la diversión, pero necesito algo más. Necesito sentirme conectada con la persona... necesito amor.

—Quieres el paquete completo —me recorrió con la mirada, y pude ver el brillo en sus ojos ante aquella afirmación—. Me gusta eso.

Me gusta eso.

¡Dios! ¿Este hombre no tenía ningún límite?

—Me apego con facilidad —fui aún más clara; quería que entendiera el tipo de mujer que era.

Sabía que a los hombres no les gustaban ese tipo de cosas, así que estaba convencida de que lo haría desistir simplemente siendo sincera sobre cómo funcionaban las cosas para mí.

—Me encantaría tenerte apegada a mí —susurró con una sonrisa sexy, como si aquello fuera realmente algo interesante.

—No sabes de lo que hablas —una sonrisa incrédula se formó en mis labios mientras negaba con la cabeza, incapaz de creer que tuviera idea de lo que eso significaba.

—Créeme cuando te digo que sé exactamente de lo que hablo —dijo, con un brillo en los ojos que parecía hipnotizado por la idea.

—¿Y por qué debería creerte?

—¿Quieres saberlo? No hay... Solo hay una forma de que descubras la verdad.

—¿Acostándome contigo? —pregunté, arqueando las cejas.

—Permitiéndote —Rafael aflojó el agarre en mi cintura—. Te deseo, y por eso estoy dispuesto a esperar hasta que te sientas segura.

Mordí mi labio inferior, y su mirada siguió el movimiento.

—No hagas eso, no me hagas romper una promesa justo después de hacerla —pidió con voz ronca.

Sabiendo que aquella era mi oportunidad, me apoyé en él y me puse de pie.

—Buenas noches, Rafael.

Me di la vuelta, dispuesta a ir lo más lejos posible de ese hombre que me confundía cada vez más con sus palabras.

Estaba pasando por la sala cuando sentí sus manos suaves en mi brazo y, en un instante, me encontré frente a él.

Suspiré profundamente, tratando de controlar el corazón traidor que insistía en latir con fuerza cada vez que nuestras miradas se cruzaban.

—No estoy renunciando a ti, ni tampoco estoy dispuesto a dejar de intentar persuadirte para que te entregues a mí —llevó la

mano a mi rostro, atrapando mi mirada en la suya—. El paquete completo, voy a dártelo... solo quiero que estés lista para eso, porque en el momento en que seas mía, no voy a dejarte ir.

Al decir aquellas palabras, Rafael se inclinó y dejó un beso breve en mis labios sin pedir permiso. Luego, se apartó.

Seguí con la mirada el momento en que se dio la vuelta y caminó hacia el cuarto principal.

No sabía qué pensar, no sabía qué sentir. Solo tenía una certeza ante todo.

Estaba a punto de enloquecer.



CAPÍTULO 09

—Mi niña, estás tan crecida, tan hermosa.

Quiero que sepas que estuve en tu graduación, vi todo desde lejos para no llamar la atención.

Daría mi vida ahora mismo para poder abrazarte y felicitarte por haberte graduado. Ni siquiera necesito decir lo orgulloso que estoy de que, sin ninguna influencia, hayas elegido la misma profesión que la mía.

Te deseo todo el éxito del mundo, te amo.

Cerré el diario entre sollozos; no podía leer ni una línea más.

Tomé mi celular y marqué a mi madre.

—*Querida, ¿estás bien?* —La dulce voz resonó al otro lado de la línea tras dos tonos.

—Mamá... —dije con la voz entrecortada.

—*¿Pasó algo?* —Su voz se tornó preocupada.

—En mi graduación, mi padre estaba allí... estaba orgulloso de que siguiera su profesión. ¿Por qué? —dejé esa pregunta en el aire.

¿Qué estaba haciendo? Eso no haría que las cosas cambiaran.

—Fallé contigo, mi amor, perdóname.

Mi voz simplemente desapareció.

El silencio se apoderó de todo por un largo momento antes de que finalmente colgara la llamada.

Mi padre estaba muerto, no había nada que hacer al respecto. Quería mucho entender los motivos de mi madre, pero lo único que venía a mi mente era que ella no tenía ese derecho.

Crecí bien, mi madre hizo un buen trabajo. Pero, aun así, fue difícil crecer creyendo que había sido abandonada.

Me levanté de la cama, dejé el diario sobre el mueble de al lado y fui al baño a lavarme el rostro. Luego de estabilizarme, salí del cuarto para tomar un vaso de agua.

Durante todo el camino hacia la cocina, rogaba en silencio que Rafael no estuviera en casa. No quería verlo, no en ese estado.

Por suerte, mis oraciones fueron escuchadas. Sin querer abusar de la suerte, después de beber el agua, regresé al cuarto y volví a cerrar la puerta.

Mi cabeza me estaba matando; si seguía allí, iba a enloquecer. Pensando en cambiar el rumbo de las cosas, tomé el teléfono y llamé a Vivian.

—¡Eh, nena! —contestó, animada— ¿Novedades con el bombón?

Puse los ojos en blanco al escucharla. Sabía que a partir del momento en que le contara el motivo por el que colgué apresurada aquel día, esa sería sin duda su primera pregunta cada vez que habláramos.

—¿Y entonces? —volvió a preguntar cuando no respondí.

—Te dije que solo vamos a compartir el lugar por un tiempo —dije, sintiendo un rubor mientras ocultaba el hecho de que nos

habíamos besado *otra vez.*

—*Ajá… ya veo* —su tono sonó desconfiado.

—¿Vas a trabajar hoy? —pregunté sin rodeos.

—*Sí, ¿por qué?*

—Necesito distraerme un poco.

—*Me encantaría ayudarte con eso* —dijo, animada. Sonreí mientras negaba con la cabeza.

—Perfecto, nos vemos en la noche entonces.



—¡Viniste de verdad! —gritó Vivian, animada.

—Te dije que vendría —respondí con una sonrisa en el rostro. Luego, me senté en el taburete vacío frente a ella.

—¿Qué vas a beber?

—Tequila, por favor.

Vivian arqueó las cejas hacia mí.

—¿Estás segura, amiga? Digo, es una bebida fuerte para empezar la noche.

—Es exactamente lo que necesito.

Después de mirarme fijamente, Vivian me sirvió lo que había pedido.

Mi boca se curvó en una sonrisa y bebí el trago de un solo golpe.

El líquido bajó quemando, y me gustaba esa sensación.

Me quedé sentada en el taburete, conversando con Vivian en los momentos en que había pausas. Ella estaba animada y, como

siempre, era una excelente compañía.

—Lo mínimo que puedes hacer después de ocupar mi lugar es presentarme a esta bella dama —una voz masculina resonó en el ambiente.

Volteé en su dirección y me encontré con un rubio que tenía los ojos fijos en mí.

—¡Ay, Arthur! —dijo Vivian con impaciencia—. Bianca no es para ti.

—Eso es algo que solo ella puede responder —dijo sin apartar la mirada de mí.

¡Dios! ¿De verdad estaba coqueteando conmigo?

Mi atención se centró en la mano de Vivian en el momento en que puso otro trago de tequila frente a mí.

—Vete con todo, amiga, vas a necesitar otro de estos para contestar —dijo.

Sonreí y lo tomé de la misma manera que el primer trago. Luego levanté el vaso hacia el rubio.

—Estoy muy bien aquí, solo disfrutando de un tequila —dije y dejé el vaso vacío sobre la barra, sin darle oportunidad de responder, me giré y fui hacia la pista de baile.

Lo último que quería era estar con alguien.

Después de ayer, sabía que mis pensamientos irían directamente hacia Rafael. Sería imposible no compararlo, y tenía la certeza de que el rubio no causaría ni un tercio del caos que aquel hombre había provocado en tan poco tiempo.

¡Maldita sea!

Negué con la cabeza y, a continuación, comencé a disfrutar de la música que sonaba. Sincronizaba cada movimiento con los ritmos, sintiéndome ligera.

No estaba segura de si la sensación era por el tequila, pero quería más de eso. Entonces, después de rechazar a algunos chicos y bailar cuatro canciones, me dirigí a la barra, porque quería tomar otro trago.

No debería beber demasiado, pero estaba disfrutando la sensación.

Volví a la pista de baile y, por unos momentos, pude disfrutar algunas canciones con mi amiga. Sin embargo, el movimiento de hoy no permitió que ella se quedara mucho tiempo.

Cuando ella volvió al bar, cerré los ojos y simplemente seguí moviendo mi cuerpo al ritmo de la música.

Sentí una mano suave en mi cintura y abrí los ojos, encontrándome con el rubio de antes intentando algo que ya estaba más que claro que no iba a funcionar.

Llevé mis manos sobre las suyas y las aparté de mí.

—¿Qué? ¿Crees que no soy para ti? —preguntó, intentando acercarse una vez más—. Puedo demostrarte que estás equivocada.

—Como te dije... estoy muy bien solo con mis tequilas.

Sin permiso, sus manos fueron otra vez a mi cintura y me atrajo contra él.

—Eh... —llevé mi mano a su pecho, intentando apartarlo—. ¡Ya te dije que no!

El idiota no me soltó.

Sentí unas manos fuertes acercarse a mí, al mismo tiempo que el cuerpo del idiota frente a mí era lanzado hacia atrás.

Parpadeé varias veces, intentando enfocar la vista y asimilar lo que acababa de pasar. Mi corazón casi se me salió por la boca al constatar la imagen seria e imponente de Rafael a mi lado.

¡Dios! Sin duda había bebido demasiado.

—¿Cuál es tu problema, tío? —preguntó Arthur, alterado.

Entonces llegó la confirmación de que no estaba alucinando, con la voz autoritaria de Rafael resonando en el ambiente.

—¿No has aprendido que cuando una mujer dice que no, es no?



CAPÍTULO 10

—¡Me da igual! —dijo el idiota, levantando las manos en el aire —. Quédate con ella, de todos modos, no vas a conseguir nada.

Luego se dio la vuelta y empezó a abrirse paso entre la gente.

¡Dios! Golpearía a ese imbécil sin dudarlo, si no fuera porque las suaves manos de Bianca tocaron mi brazo.

Mis ojos fueron hacia ella; su mirada sobre mí parecía un poco desorientada.

—Gracias —susurró.

—¿Estás bien? —pregunté, recorriéndola con la mirada.

—Sí, solo necesito otra dosis de tequila —respondió y comenzó a abrirse paso entre algunas personas, dirigiéndose hacia el bar.

Deslicé las manos hacia ella y la atraje hacia mí.

—Ya has bebido demasiado —dije, aún sin creer que pretendiera seguir bebiendo en el estado en que se encontraba.

—Estoy bien.

—Voy a llevarte a casa —advertí en un tono autoritario. Arqueé las cejas cuando una sonrisa traviesa se formó en sus labios.

—¿Qué es tan gracioso, princesa?

—¿Princesa? —preguntó, visiblemente sonrojada.

La escena hizo que una sonrisa se dibujara en mis labios.

—Sí. ¿No te gusta? —pregunté, y Bianca solo mordió su labio inferior. Deslicé la mano hasta su cintura, decidido a llevarla a casa.

—Tengo que avisarle a mi amiga.

—Un amigo se encargará de eso —dije, desviando la mirada hacia la mesa en la que había estado hacía unos minutos; solo le hice una seña a Rodolfo con la cabeza.

Al fin y al cabo, lo había dicho en el momento en que vi al imbécil acercarse a Bianca: la llevaría a casa. Solo necesitaba que él avisara a su amiga y se encargara de la cuenta.

Él sonrió y se levantó.

—¡Ah! —exclamó Bianca cuando comencé a guiarla hacia la salida.

Seguimos en silencio hasta el estacionamiento. Cuando abrí la puerta del pasajero, Bianca me lanzó una breve mirada, pero no protestó al entrar en el auto.

Di la vuelta y me acomodé en el asiento del conductor. Mis ojos se dirigieron hacia ella, notando que ni siquiera se había puesto el cinturón de seguridad.

Me incliné y llevé la mano hacia él, colocándolo sobre Bianca mientras intentaba mantener el control al sentir su respiración cálida tan cerca de mí.

—Eso... estás demasiado cerca —comentó, mientras una sonrisa se formaba en mis labios.

—No deberías beber tanto —dije y me aparté.

Permanecí con los ojos fijos en ella por unos instantes antes de ponerme el cinturón y encender el auto.

La sonrisa fue inevitable cuando mi mente volvió a la escena de minutos antes de que el imbécil se acercara a Bianca. Su cuerpo delicioso se movía al ritmo de la música, como si sintiera cada nota.

Estaba jodidamente sexy, y yo estaba disfrutando de la escena.

—¿Me estás siguiendo? —La voz de Bianca resonó en el ambiente, sacándome de mis pensamientos.

—También frecuento esta discoteca, lo sabes —mentí. Ella solo asintió con la cabeza.

La verdad era que yo estaba en casa de Rodolfo cuando el desgraciado me mostró, a través de las cámaras de seguridad, la imagen de Bianca en el bar. Preguntándome si era ella, la mujer que había buscado para mí en las cámaras de seguridad hacía unos días.

No lo pensé dos veces en pasar por casa, darme una ducha y venir directo aquí.

—Sabes... —volvió a llamar mi atención—. No recuerdo haber dicho que sí.

Desvié la atención del tráfico por un instante, encontrándome con sus ojos fijos en mí.

—No dijiste que no —respondí seriamente, y luego volví la atención al frente.

La verdad era que Bianca era una mujer intrigante. Ella nunca decía que no, pero, en cambio, su cuerpo claramente decía que sí todo el tiempo.

—¿Quién te diría que no? —preguntó, y en ese mismo instante esbocé una sonrisa de lado.

—Tú lo hiciste, anoche. —Bianca soltó una risa deliciosa.

¡Dios! Esa risa fue contagiosa.

—Dije que no, ¿verdad? —preguntó, atrayendo nuevamente mi mirada. Asentí con la cabeza.

—¡Dios mío! Creo que he perdido el juicio.

—¿Por qué crees eso? —pregunté, mientras me detenía en el semáforo.

—¿Quién, en su juicio perfecto, te diría que no?

—Solo tú puedes hacerlo —respondí más serio de lo que hubiera querido.

Aunque la conversación era ligera y divertida, realmente hablaba en serio sobre eso.

—¿Puedo? —su voz salió en un susurro.

—Pero no por mucho tiempo. —Le eché una última mirada antes de volver a poner el coche en marcha.

—Deberías dejar de hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Este juego… me está confundiendo. No puedes decir cosas como*: "te voy a dar el paquete completo"* o *"solo tú puedes hacer esto".*

Esbocé una sonrisa, pensando en lo divertido que sería verla sobria por la mañana.

Estacioné frente a mi casa y desvié la mirada hacia ella.

—¿Y por qué no puedo hacer eso?

—Porque mi corazón casi se me sale del pecho cada vez que mientes tan bien… —llevó la mano al rostro y la deslizó hasta el cabello—. Vas a volverme loca.

Mi sonrisa se amplió; era extremadamente delicioso tener esa información.

Salí del auto y me dirigí a la puerta del pasajero. Abrí la puerta y extendí la mano para que se apoyara en mí.

Así lo hizo. Al salir del auto, sus ojos recorrieron todo el entorno.

—¿Dónde estamos?

—En mi casa, no sería prudente conducir a esta hora hasta la capital —justifiqué y cerré la puerta del auto. Luego, deslicé la mano por su espalda y la guié hacia la entrada.

Bianca sonrió al llegar frente a la puerta, llevó la mano a la cerradura electrónica y digitó el código 3502. Cuando la puerta se abrió, sus ojos se volvieron hacia mí.

—Deberías ser más creativo, Rafael, ¿la misma contraseña?

—Solo tú lo sabes —dije, haciendo que su sonrisa deliciosa desapareciera.

No debería haberme dicho que no hiciera esas cosas, porque, después de descubrir lo que eso provocaba, era lo único que quería hacer.

Totalmente satisfecho con su reacción, simplemente la llevé dentro de la casa. Cerré la puerta y la guíe hacia mi cuarto.

Me dirigí a mi clóset y saqué uno de mis pijamas cómodos. Luego se lo llevé a Bianca.

—Imagino que querrás usar algo cómodo para dormir —dije, dejándolo sobre la cama.

Sus ojos permanecían fijos en los míos; sentí su nerviosismo.

—Gracias —susurró, dando algunos pasos hacia mí.

Eso era una señal clara de que debía salir de allí lo antes posible.

—Si necesitas algo, puedes llamarme a cualquier hora. Estaré en el cuarto de al lado —dije, caminando hacia la salida.

—Rafael... —volvió a hablar.

Me giré hacia ella y simplemente la observé acercarse a mí.

Sus manos fueron directo a mi corbata, y luego me atrajo hacia ella con un movimiento ágil.

—Yo… yo te quiero —dijo con un tono meloso, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera.

Llevé mi mano a su rostro y, sin poder controlarlo, mordí su labio inferior. Luego, mis ojos oscuros de deseo se encontraron con los de ella, sintiendo sus manos deslizarse por mi pecho, enviando sensaciones directamente a mi verga.

—¿Por qué no?

—No estás en tu sano juicio, no quiero que te arrepientas por la mañana. —Al decir esas palabras, le di un beso breve en los labios y me aparté. —Buenas noches, Bianca.

Sin pensarlo demasiado, me dirigí al cuarto de huéspedes.

Tomé una toalla del armario y fui al baño. Necesitaba una ducha fría urgentemente.

Esa, sin duda, sería una larga noche.



CAPÍTULO 11

Me desperté con un leve dolor de cabeza.

Aún desorientada, me senté en la cama y me froté los ojos. Al abrirlos, me di cuenta de que no tenía idea de dónde estaba.

Me levanté de debajo del edredón y, en ese momento, noté que llevaba puesto un pijama masculino.

¡Oh, maldición! Esto no era nada bueno.

Recorrí el cuarto con la mirada en busca de alguna pista de dónde me encontraba. Fue entonces cuando mis ojos se posaron sobre la mesita de al lado de la cama: un vaso de agua, una pastilla y lo que parecía ser una prenda de ropa.

Sobre ella había una nota escrita a mano. Extendí la mano y la tomé.

"Admito que no veo la hora de verte sobria, toma la medicina y ponte este vestido que he separado para ti. Te esperaré para desayunar, princesa."

Mi corazón casi salió por la boca al leer esa palabra: *princesa.*

¡Mierda, mierda, mierda, mierda!

Di un salto de la cama mientras los recuerdos de anoche empezaron a venir con todo a mi mente.

Un rubor cayó sobre mí al recordar a Rafael llamándome princesa y lo mucho que me gustó eso.

¡Dios! ¿En qué estaba pensando?

Tomé la pastilla que estaba sobre el mueble, con la intención de aliviar al menos uno de los dolores de cabeza.

Tenía ganas de meterme en un agujero y no salir nunca más.

Pero, por desgracia, eso estaba lejos de la realidad.

Sabiendo eso, tomé la prenda de ropa, constatando que era un vestido delicado.

Quité la etiqueta y fui al baño.

Me eché agua en el rostro mientras trataba de recuperar un poco de mi dignidad. Me sorprendió encontrar cepillos de dientes nuevos y toallas limpias.

Decidí aprovechar para darme una ducha.

Me demoré lo más que pude en salir del cuarto, mientras le pedía al cielo que Rafael no estuviera allí. Pero su nota era clara: me estaría esperando.

Recorrí un pasillo enorme y bajé las escaleras que me llevaban al piso de abajo. La casa era deslumbrante, lo que me hizo preguntarme si realmente vivía solo en ese lugar tan inmenso.

Mi atención se dirigió a algunos portarretratos distribuidos por la sala.

Caminé hacia uno de los muebles para ver mejor esas fotos. Rafael estaba en todas ellas.

En una estaba con Marcelo y una mujer, que debía ser su madre. Había una de graduación, mostrando que también se había

graduado en Harvard.

Me acerqué a otro mueble y pude ver otras fotos.

En ellas aparecía en discotecas, siempre de traje, y con algunos hombres tan atractivos como él. Tomé una en la que estaba solo.

¿Y qué podía decir? Estaba increíblemente sexy.

—Te despertaste. —La voz de Rafael resonó en el ambiente, haciéndome dar un salto. En el mismo instante, dejé el portarretratos de nuevo sobre el mueble. —No te habrías asustado si no estuvieras husmeando.

Me giré hacia él, encontrándome con esa misma mirada intensa sobre mí.

—Hm... perdón por lo de anoche.

Rafael caminó hacia mí y se detuvo justo frente a mí. Di un paso atrás, sintiendo la necesidad de huir.

—No tienes por qué disculparte. —Sus manos fueron a mi rostro, atrapando mi mirada en la suya. —Me gustó absolutamente todo.

¡Dios! ¿Le gustó?

—Rafael... —susurré, con la voz entrecortada.

—No te estoy mintiendo, Bianca. Estoy siendo completamente sincero cuando digo que voy a darte el paquete completo.

—¿Por qué? —Lo miré, esperando una respuesta.

Su mirada no vaciló ni un segundo. Eso debía ser una buena señal, ¿no?

—No lo sé, simplemente quiero. Desde hace más tiempo del que puedas imaginar.

Suspiré profundamente y llevé mi mano sobre la suya. Luego la retiré; necesitaba interrumpir el contacto.

—Tengo que irme.

—Vamos a tomar café, te dejo donde quieras después de eso —dijo, y yo solo asentí.

Una vez más, sentí sus manos firmes sobre mi cintura sin permiso. No protesté; al contrario del toque del tipo de anoche, me gustaba el contacto de este hombre. Más de lo que quisiera admitir.

Me llevó a la cocina y tiró de una banqueta para que me sentara frente a la isla que había allí.

Estaba llena de opciones para el desayuno. Rafael sirvió una taza de café y la colocó frente a mí.

—Siéntete libre de comer lo que quieras.

—Gracias.

Esbocé una débil sonrisa y tomé unas tostadas. No perdí la oportunidad de comerlas con las tres mermeladas diferentes que había allí.

Evitaba mirar a Rafael, pero aún sentía su mirada sobre mí en todo momento.

—Mi padre me contó sobre el baile que están organizando para el fin de semana —comentó Rafael, atrayendo mi atención.

—Hm… sí. Parece ser la mejor opción para acabar con tantas especulaciones.

—Es una buena estrategia.

La mirada de Rafael hacia mí se volvió más intensa. Mi corazón traidor se descompuso mientras luchaba por no mostrar cuánto me desconcertaba una simple mirada de ese hombre.

—¿Qué pasa? —pregunté, desconcertada, cuando él no decía nada.

—Una cita —sugirió, manteniendo los ojos fijos en mí.

—¿Una cita?

—Sí, déjame acompañarte a ese baile como tu pareja.

Me sentí demasiado vulnerable, así que desvié la mirada y llevé la taza de café a la boca.

Cuando volví a mirarlo, él seguía esperando una respuesta.

—Bueno… —me levanté—. Voy a pensarlo, pero ahora… realmente tengo que irme a casa.

Él sonrió.

Maldita sea, esa sonrisa ladeada era extremadamente sexy.

—Tienes hasta el sábado para decidir —dijo y se levantó—. Tendré que viajar, así que no nos veremos hasta entonces, pero esperaré ansioso tu respuesta.

—Está bien.

Comencé a caminar por la cocina y me dirigí hacia la sala. Rafael me acompañó.

—¿Vuelves a la capital? —preguntó mientras tomaba la cartera y las llaves del mueble de la sala.

—No… pasaré por la casa de mi madre.

Rafael asintió.

—Espera solo cinco minutos, me pondré un blazer y te llevo allí.

No esperó respuesta. Solo lo observé girarse y dirigirse hacia las escaleras, subiendo al segundo piso.

En menos de cinco minutos, estaba de vuelta. Y, como siempre, sus manos descaradas fueron a mi espalda mientras me guiaba hacia la salida.

Como era de esperarse, su auto era uno de esos que quitan el aliento.

Un Lykan HyperSport negro.

Como un perfecto caballero, abrió la puerta para mí y luego asumió la conducción.

Le di la dirección del edificio donde vivía mi madre y permanecí en silencio durante todo el trayecto.

La cabeza estaba a mil, el corazón saltando ante la posibilidad de un encuentro con Rafael.

—Llegamos —dijo, llamando mi atención.

Sonreí y llevé la mano a la puerta del auto.

—Gracias… hm… por todo.

—Bianca —me llamó antes de que yo saliera.

Su mano buscó la mía y, con un movimiento suave, la tomó. La llevó a sus labios, dejando un beso delicado en el dorso.

¡Dios! Fue tan intenso que me desestabilizó por completo.

—Esperaré ansioso tu respuesta.

Asentí con la cabeza y salí del auto, teniendo la certeza de que sería imposible decirle que no.

¿Qué estaba haciendo con mi vida? No tenía idea, al fin y al cabo, estaba yendo en contra de todo lo que quería.

Pero parecía que cuanto más intentaba alejarme de ese hombre, más el destino me empujaba hacia él.

Esa era la verdad.



CAPÍTULO 12

El sábado finalmente llegó. Pasé la semana en Búzios, en el departamento de mi madre.

No había necesidad de quedarme en la capital, después de todo, hasta el evento no tendría que encontrarme con Marcelo.

Pero, en ese momento, necesitaba volver. Al fin y al cabo, el baile se llevaría a cabo allí.

—Mamá, ¿realmente no quieres ir? Marcelo dijo que no habría problemas —pregunté por última vez.

—De ninguna manera, querida. Esto… sería extraño —dijo, y yo solo me reí.

Llevé mi mano hacia ella y la abracé.

—Te amo —dije, sabiendo que aún estaba aprensiva, incluso después de que habíamos conversado.

La verdad es que realmente me pareció injusta su actitud. Sin embargo, no había nada que hacer. Lamentablemente, mi padre ya no estaba aquí y ella era mi única familia.

Entonces, decidí que, aunque me sintiera triste, no volvería a cuestionarla.

Me aparté y su mano fue hacia mi rostro.

—Te amo, hija mía —dijo.

Asentí y sonreí.

—Bueno… necesito irme.

—¡Que tengas muy buena suerte, querida, y cualquier cosa llámame!

—¡Gracias!

Después de darle un último abrazo, pedí un conductor por aplicación y recogí mis cosas. También llevaba uno de los vestidos de gala de mi madre. Sentía mariposas en el estómago; no sabía qué esperar del día de hoy.

Y con esa sensación, recorrí todo el camino hacia la capital.

Cuando llegamos, el conductor me ayudó con el equipaje hasta la portería del edificio. Le agradecí y me dirigí al ascensor.

—¿Señorita Martins? —una voz femenina llamó mi atención.

—¿Sí? —pregunté, mientras una de las jóvenes de la recepción se acercaba a mí.

—¿Estará en el penthouse durante la próxima hora?

—Sí, ¿por qué?

—Hay una entrega para usted, pediré a Richard que la entregue en unos instantes —sonrió dulcemente.

—Hm… ¿la entrega es para Bianca Martins?

—Exactamente.

—Está bien, gracias.

La joven solo me hizo un gesto con la cabeza y se dio la vuelta, regresando a la recepción.

Confusa, seguí caminando hacia el ascensor.

Estaba curiosa, pues pocas personas sabían que yo estaba allí. ¿Sería algo de Marcelo?

Llegué al penthouse y encendí las luces; todo estaba oscuro, exactamente como lo dejé a principios de la semana. Lo que confirmaba que Rafael no había estado por aquí.

Fui al cuarto y guardé mis cosas. Luego, comencé a separar el maquillaje y los accesorios que pensaba usar esta noche.

No pasó mucho tiempo antes de que sonara el timbre. Con pasos apresurados, fui hacia la puerta para descubrir qué entrega sería esa.

—Hola, señorita. —El hombre que supuse era Richard me extendió una caja elegante.

La tomé y sonreí.

—Gracias.

—A su disposición —Me hizo un gesto con la cabeza antes de darse la vuelta y dirigirse al ascensor.

Levanté las cejas y entré con esa enorme caja en las manos.

Fui a mi cuarto y la dejé sobre la cama. Desaté la cinta del lazo, revelando una nota escrita a mano.

Reconocí inmediatamente la letra. Era de Rafael.

"No pude dejar de pensar en ti cuando vi este vestido. Úsalo en el baile esta noche, estaré ansioso por verte.

Paso por ti a las 7."

Me mordí el labio inferior y leí la nota una vez más, la sonrisa fue inevitable.

Rafael no había dado señal alguna durante toda la semana, pero esa nota era una promesa de que estaría aquí.

Y por más que no quisiera admitirlo, la verdad era que no veía la hora,



Me miré una vez más en el espejo para revisar cómo me veía. Tenía que admitir que Rafael había acertado por completo.

Me gustaba mucho el vestido que había tomado de mi madre, pero no tenía dudas de que el regalo de Rafael parecía hecho a medida para mí.

El modelo era de hombros descubiertos, marcando el busto y adaptándose perfectamente a mi cuerpo. Era negro brillante, con una abertura lateral demasiado sexy.

Estaba hermosa.

Para completar el look, me hice un moño con algunos mechones sueltos y un maquillaje ligero. Así, combinaba a la perfección con el par de pendientes y el collar de brillantes que también venían con el vestido.

El sonido del timbre llamó mi atención. Tomé el celular y vi que eran las 7:00.

—Es realmente puntual —dije para mí misma y agarré la bolsa.

Guardé el celular y caminé hacia la puerta.

Tenía que admitir que a cada paso, el corazón casi me salía del pecho. Abrí la puerta y tuve una de las vistas más impactantes que había presenciado. Rafael estaba aún más hermoso.

El cabello perfectamente peinado, la barba arreglada y un esmoquin elegante.

—Buenas noches, Bianca —dijo, haciendo que mis ojos buscaran los suyos.

Sentí su mirada quemándome con tanta intensidad que tuve que esforzarme para disimular cuánto me afectaba su presencia.

¡Dios! No tenía idea de que eso fuera posible.

—No dije que aceptaría tu invitación.

—Pero estás aquí —dijo, con los ojos fijos en mí y extendiéndome la mano.

Mi boca se curvó en una sonrisa, sabiendo que no tenía a dónde escapar. —Sí, lo estoy —dije y le entregué mi mano. —Estás deslumbrante.

Rafael sostuvo mi mano, se inclinó y dejó un beso suave en la comisura de mi boca, haciendo que mi corazón perdiera el ritmo con ese simple gesto.

Era aterrador cómo lograba afectarme. Sentía que toda esa intensidad iba a consumirme, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

Al fin y al cabo, en el fondo, lo estaba deseando.

—Gracias —respondí con la voz contenida.

Rafael deslizó la mano hacia mi espalda y me guio hasta el ascensor. Y pensar en estar sola con Rafael en un lugar tan pequeño nunca había sido tan aterrador como en ese instante.

Agradecí al cielo cuando la puerta se abrió, revelando a una pareja de ancianos que también bajaba al estacionamiento. Temía que, si estuviéramos solos, no podría controlar las ganas que tenía de besarlo.

Fuimos en silencio hasta el auto. Al igual que el otro día, era el Lykan negro. Rafael abrió la puerta y sus ojos permanecieron fijos en mí mientras me acomodaba. Luego rodeó el auto y tomó el volante.

—Hm… un poco nerviosa. No estoy acostumbrada a tratar con los medios y… —Mi boca se curvó en una sonrisa y mi atención se

dirigió hacia él—. No sé qué esperar del día de hoy. Parece que esto decidirá si las acciones seguirán bajando o se estabilizarán.

—Estaré allí contigo —dijo, desviando la mirada hacia mí por un breve instante—. Todo saldrá bien, solo necesitas seguir siendo la mujer increíble y decidida que eres.

Fruncí el ceño al escucharlo. No recordaba que Rafael hubiera presenciado algún momento en que yo fuera de la manera que decía.

—¿De qué hablas?

—Del día en que te conocí —dijo, seguramente notando mi confusión, pues volvió a hablar mientras revisaba el retrovisor y estacionaba el auto—. Hace aproximadamente seis años, en esa misma discoteca. Atrapaste al idiota con quien estabas con otra mujer y lo dejaste sin pensarlo dos veces, no te permitiste engañarte y fuiste firme hasta el final —sus ojos se encontraron con los míos—. Eso fue admirable.

Mi corazón estaba a mil mientras asimilaba sus palabras. Intenté recordar cualquier momento que involucrara a Rafael, hasta que sucedió.

Fruncí el ceño al recordar la imagen del hombre autoritario que detuvo a Marco cuando intentó agredirme. No había visto su rostro, pero al recordarlo en ese momento, no tenía dudas de que esa silueta era de Rafael.

—¿Fuiste tú? ¿El tipo que no dejó que viniera tras de mí?

—Sí —respondió, su semblante denotaba seriedad. Asentí con la cabeza mientras mi mente giraba.

Él volvió a mirar hacia adelante y comenzó a maniobrar el auto.

—Hace unas semanas... cuando fuiste hasta mí en el bar, ¿sabías que yo era esa mujer?

Rafael sacó las llaves del encendido y sus ojos se volvieron hacia mí una vez más. Una sonrisa de lado se formó en sus labios, revelando cuánto disfrutaba la confusión que estaba causando en mi corazón.

—Bueno... ¿qué crees tú?



CAPÍTULO 13

Rafael no esperó una respuesta, salió del auto y, en pocos instantes, abrió la puerta para mí.

Acepté su ayuda para bajar, y enseguida sentí su mano deslizarse por mi espalda, provocando un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. Solté un suspiro y mis ojos se encontraron con los suyos.

—Sé tú misma —dijo, y asentí con la cabeza.

Con una presión deliciosa, Rafael empezó a guiarme hacia la entrada. El valet esperaba unos metros más adelante. Rafael le entregó las llaves del auto y lo saludó brevemente antes de que nos dirigiéramos a la alfombra roja.

Había reporteros en la entrada, que no perdieron tiempo en tomar fotografías mientras nos acercábamos. Intenté apartarme, pero Rafael me atrajo aún más hacia él.

Mis ojos se encontraron con los suyos, y él simplemente me guiñó un ojo.

¡Dios! Definitivamente quería matarme.

Pasaron algunos instantes antes de que continuáramos hacia la entrada. Rafael simplemente dijo nuestros nombres al guardia, quien de inmediato nos permitió pasar.

Imaginaba que sería un evento lujoso, pero aun así me sorprendí cuando entramos al salón.

Todo era muy elegante. Había una enorme lámpara de cristal en el centro y mesas distribuidas por todo el lugar.

Tampoco pude evitar notar las miradas que se posaban sobre mí y Rafael.

—¿Está todo bien? —preguntó Rafael, llamando mi atención.

—Sí... Hm...—lo observé de arriba abajo—. Las personas no dejan de mirar, y estoy segura de que no es por mí, al fin y al cabo, nadie sabe todavía quién soy.

Una sonrisa ladeada se formó en sus labios y se inclinó hacia mí.

—Estás equivocada—susurró cerca de mi lóbulo, provocándome un suspiro involuntario—. La gente te está mirando a ti; después de todo, hace al menos siete años que no aparezco acompañado en ningún evento.

Me aparté un poco para mirarlo a los ojos.

—¿Por qué no? —pregunté, sintiendo su mano tensarse en mi espalda.

—Es una larga historia—dijo vagamente, desviando la mirada.

—¿Vinieron juntos? —La voz de Marcelo resonó en el ambiente. Tardé unos segundos en mirarlo.

—No sabía que se conocían.

—Pensé que sería mejor que viniéramos juntos—respondió Rafael, escueto.

—Hiciste bien, debí pensarlo yo también—dijo Marcelo, mirándolo de arriba abajo antes de volver su atención hacia mí—. ¿Cómo estás, Bianca?

—Bien, ¿y tú?

—Bien. Tu hermana llegó hace unos minutos. ¿Te gustaría conocerla antes de avisarle al equipo que todo está listo para presentarlas a todos?

—Claro, sería bueno.

—Entonces, vamos —sonrió y se dio la vuelta, caminando lentamente por el salón.

Mis ojos se encontraron con los de Rafael.

—Hm... te veo en un rato —dije y me giré para seguir a su padre.

En un instante, sentí sus manos en mi cintura. Luego me atrajo hacia él, dejándonos muy cerca.

—Rafael... —susurré, sin fuerza de voluntad para pedirle que se detuviera. Los ojos intensos permanecieron sobre mí. Sentí su mirada descender lentamente hacia mi boca, antes de volver a encontrarse con mis ojos.

—Te esperaré.

Asentí con la cabeza. Él se alejó en el instante siguiente, así que simplemente me giré y aceleré el paso para alcanzar a Marcelo por el salón.

Subimos algunos escalones y llegamos al escenario. Luego, entramos por una puerta que revelaba una sala privada.

—Melanie, tu hermana ha llegado —dijo Marcelo, atrayendo la mirada de la rubia hacia nosotros.

—Hola, Melanie, es un placer conocerte —dije y caminé hacia ella. Melanie se levantó y me estudió con la mirada.

—No debería serlo —dijo, claramente incómoda con mi presencia. Eso fue realmente embarazoso, para alguien que no me conocía.

—¿Por qué no?

—¿No sabes quién es mi madre? —arqueó una ceja—. Por lo visto no... necesito ir al baño y volveré para que Marcelo nos presente a todos.

Al decir esas palabras, Melanie pasó junto a mí y a Marcelo. Miré hacia él sin entender nada.

—¿Quién es su madre? —pregunté, incrédula.

—La madre de Melanie se llama Suellen, pero no tengo idea de qué la llevó a actuar de esa forma —explicó Marcelo, tan confundido como yo.

—Cierto... eso fue extraño. ¿Ella es realmente mi hermana?

—Sí, el examen de ADN es válido y pude confirmar a través de fotos que su madre realmente era cercana a tu padre, así que... —dejó las palabras en el aire.

—Está bien. ¿Qué falta para que empecemos? Es evidente que me odia, así que no veo motivos para intentar ser su amiga —dije, firme.

—Tiene sentido, perdón por eso.

—No había forma de que lo supieras.

—Sí... voy a decirle al equipo de relaciones públicas que ya están listas.

—Perfecto, gracias —dije, mientras Marcelo salía de la sala.

Me dirigí hacia una de las sillas para sentarme.

Fueron largos diez minutos hasta que todo estuvo listo. Diana, la mujer encargada de relaciones públicas, vino hasta nosotras, nos explicó cómo sería y subió al escenario para dar inicio al baile.

No me tomé la molestia de intentar hablar con Melanie. Me levanté y fui hacia la puerta para tener una mejor vista del escenario.

—Buenas noches a todos. Sé que muchos están aquí para entender mejor las especulaciones de los últimos días y que están preocupados por el destino que tendrá CWR Arquitectura tras el fallecimiento de Carlos. Después de todo, las acciones han caído tras revelarse la existencia de dos herederas que, a ojos de quienes disfrutan inventar chismes, no serían capaces de dirigir la empresa —hizo una pausa, mientras los flashes caían sobre ella—. Bueno... quiero decirles de forma clara que esas personas están equivocadas. En la empresa hay arquitectos reconocidos y experimentados que siempre estarán allí para ayudar en lo que sea necesario. Un ejemplo de ello es Luiz Mancini, quien se comprometió a continuar como responsable de cada proyecto. No solo eso, ustedes no lo saben, pero una de las hijas de Carlos se graduó en arquitectura por la Universidad de Harvard, y será la administradora temporal de patrimonio de Carlos hasta que todo se resuelva.

Los murmullos se hicieron presentes en todo el ambiente, mientras yo asimilaba aquella información. No tenía idea de que usarían mi título para intentar suavizar las cosas, y no solo eso... en ese momento, podía entender el rostro serio de Melanie hacia mí. ¿Sería por eso?

—Entonces, nos gustaría que dejaran de lado los rumores infundados y confiaran en nuestras manos. Todo encajará, aunque lamentablemente Carlos ya no esté entre nosotros —el tono de su voz era visiblemente triste. Luego de un pequeño suspiro, continuó: —Sin más preámbulos, llamaré a las dos herederas para que puedan hablar brevemente con ustedes —dijo Diana y miró en nuestra dirección.

Sentí a Melanie pasar junto a mí como si yo no estuviera allí. Suspiré y la seguí hacia el escenario.

Como era de esperarse, Melanie tomó el micrófono primero.

—Hola, me llamo Melanie Backer. Hija y heredera de Carlos Mancini, haré lo mejor que pueda para no decepcionarlos. Haremos todo lo posible para que la empresa siga teniendo buenos ingresos, así que no hay nada que temer —dijo, y los aplausos se hicieron presentes.

Pasaron algunos instantes, hasta que vino hacia mí y me entregó el micrófono.

—Es un inmenso placer conocerlos a todos —comencé, con la voz suave y tranquila—. Me llamo Bianca Martins y necesito decir que me hubiera encantado tener el placer de conocer a Carlos Mancini, pero lamentablemente no tuve esa suerte. Sin embargo, sé qué gran hombre fue, pues lo admiraba mucho antes de saber que era su hija. Y, créanlo si quieren, siempre fue mi sueño trabajar con Carlos. Lamentablemente, no fue posible, pero prometo dar lo mejor de mí y usar todo mi conocimiento para que su nombre sea siempre recordado como el increíble arquitecto que fue.

Además de los aplausos, pude escuchar algunos silbidos provenientes de quienes nos escuchaban. Los flashes estaban presentes en todo momento mientras hablábamos.

Sin querer añadir nada más, le entregué el micrófono a Diana y mis ojos se dirigieron hacia las personas, encontrando la mirada de Rafael sobre mí.

Él aplaudía junto a los demás, y su semblante era como si estuviera orgulloso de lo que había escuchado. Extrañamente, eso provocó una sensación agradable en mí.

Diana hizo algunas anotaciones antes de agradecer la presencia de todos y liberarnos para disfrutar del baile.

—Bianca —me llamó Melanie, mientras yo bajaba las escaleras. Miré en su dirección y simplemente esperé a que hablara.

—No pienses que tendrás ventaja por haber estudiado en la misma área que Carlos, eso no te dará más derechos que a mí.

Por un momento, no podía creer que estuviera diciendo algo así. En realidad, no lograba entender cuál era el problema de esa chica.

—No es una competencia —dije, seria—. Si te sientes incómoda, aún estás a tiempo de estudiar arquitectura. Eres joven... puedes hacerlo también.

Al decir esas palabras, seguí mi camino sin esperar una respuesta. Esa situación solo podía ser una broma.

A pesar de ser visiblemente un poco más joven que yo, no era motivo para un berrinche tan grande. No era una guerra para ver quién mandaba más, y tampoco estaba dispuesta a entrar en una pelea como esa.

—Mira nada más —una voz muy familiar flotó en el ambiente, llamando mi atención—. No puedo creer que te encontré aquí, ¿será el destino?

Me giré, aún sin creer que era realmente quien imaginaba.

—Ay, ¡Alexandre! —solté una risa suave—. ¿Todavía no dejaste esos piropos baratos?

Se acercó y llevó la mano a mi cintura, al mismo tiempo que dejaba un beso en mi mejilla. Luego se apartó para mirarme.

—No sonaba así cuando nos encontrábamos en algún pub —dijo con la misma sonrisa descarada de siempre. Sentí su mirada descender descaradamente por mi cuerpo, antes de que sus ojos se encontraran con los míos una vez más—. Estás hermosa.

—¡Basta! —le di una palmada en el hombro. Él continuó con su sonrisa descarada, mientras sus ojos seguían fijos en mí.

Alexandre era un mujeriego de los peores. Siempre que nos encontrábamos, no perdía la oportunidad de coquetear. Pero a pesar de eso, me caía bien.

—Entonces, eres hija de Carlos.

—¿Lo conocías? —pregunté, curiosa.

—Mi empresa es la que se encarga de las relaciones públicas, el marketing y la publicidad de CWR.

—Guau... el mundo es realmente pequeño —dije, sorprendida por aquella información.

Mi corazón casi se salió por la boca al sentir unas manos fuertes rodear mi cintura y alejarme suavemente de Alexandre. Mi cuerpo se apoyó con demasiada facilidad en un pecho firme y extremadamente delicioso.

—Yo que lo diga... el mundo es realmente muy pequeño —la voz seria de Rafael flotó en el ambiente, haciéndome estremecer.

—Rafael —respondió Alexandre con el mismo tono, mientras lo medía con la mirada—. Cuánto tiempo sin verte.



CAPÍTULO 14

—Sí, mucho tiempo —coincidió Rafael.

Intercalé mi mirada entre ellos, percibiendo una tensión palpable en el aire.

—¿Están juntos? —Alexandre dirigió la pregunta hacía mí.

—Sí, lo estamos —respondió Rafael antes de que yo tuviera tiempo de pensar cómo contestar—. Si nos das permiso, me la llevaré.

Alexandre simplemente intercambió una mirada con Rafael antes de dirigir toda su atención hacia mí.

—Bianca, fue un gusto hablar contigo. Creo que nos veremos más veces, ya que me encargaré personalmente de CWR a partir de ahora.

—Qué bueno verte, Alexandre, nos vemos por ahí —respondí y le di una sonrisa amable.

Rafael me guió por el salón con sus manos firmes en mi espalda. Sin decir una palabra, simplemente me condujo hacia la pista de baile.

Había algunas personas que ya comenzaban a bailar, en medio de una canción que acababa de empezar.

Cuando Rafael me atrajo, pasé las manos alrededor de su cuello y lo medí con la mirada, esperando que dijera algo sobre lo que acababa de ocurrir, pero no lo hizo.

—¿Qué fue eso? —pregunté en un hilo de voz, atrayendo sus ojos serios hacia mí.

Con la mirada fija en la mía, comenzó a conducirme en un baile lento, al ritmo de la música que sonaba.

—¿De dónde conoces a Alexandre? —preguntó, ignorando por completo mi pregunta.

—Hm... Nueva York —fui sincera—. Nos encontramos algunas veces en pubs, ya que teníamos algunos amigos en común.

Rafael asintió y continuó guiándome en aquel baile. Por un momento, empecé a preguntarme cuál era el problema entre esos dos, porque sin duda había uno.

—¿Tú... estuviste con él? —preguntó de repente.

—No, nunca tuvimos nada —respondí y lo estudié con la mirada—. ¿Y tú... lo conoces bien?

Rafael se apartó y, en un movimiento suave, me hizo girar. Cuando mi cuerpo chocó contra el suyo, me envolvió completamente en sus brazos y se inclinó, llevándome con él. Mi corazón se descompasó al sentirlo tan cerca.

—Más de lo que quisiera —susurró—. Pero no hablemos más de él, hay cosas mucho más interesantes de las que hablar, como... lo hermosa que eres —me midió con la mirada—. Y extremadamente sexy.

Rafael me atrajo en el instante siguiente, acomodando nuestros cuerpos. Estábamos tan cerca, que bajar la mirada hacia sus labios carnosos fue inevitable.

—Oh... —dije con la voz entrecortada.

—No hagas eso, Bianca —dijo en tono autoritario, haciendo que todo mi cuerpo reaccionara.

—¿No hacer qué? —pregunté en automático, llevando la mirada de vuelta a sus ojos.

—¿No lo sabes? —apretó mi cintura—. ¿De verdad no lo sabes?

Me mordí el labio inferior y le di una sonrisa. No era una mujer ingenua, sabía perfectamente lo que no debía hacer.

Sin decir una palabra, me aparté, antes de que pudiera llevarlo a tener una actitud que no correspondía, estando en un salón lleno de gente.

Entonces, ¡ahora tenemos dos integrantes más en la familia! —una voz masculina nos sacó de inmediato del trance. Mis ojos se dirigieron hacia un lado, notando a un señor de cabello gris con una sonrisa amable para mí. —Es un placer conocerte. Soy Luiz Mancini, creo que a partir de ahora trabajaremos mucho juntos.

—Hola... Espero que podamos ser buenos amigos —dije con una sonrisa en el rostro, mientras lo saludaba con un apretón de manos.

—Claro, al fin y al cabo, somos familia —dijo, y su sonrisa se amplió—. En otro momento te presentaré a mi hija Patricia. Será bueno tener a alguien casi de tu edad para salir y conocer un poco más la ciudad.

—Oh, será un placer —dije y sonreí.

Luiz desvió su atención de mí hacia Rafael.

—Tendrán mucho tiempo para conocerse —dijo Rafael, y Luiz simplemente asintió con la cabeza.

—Rafael —lo saludó con un apretón firme—. Disfruten del baile, todo está muy bien.

—Gracias —agradecí y seguí a Luiz con la mirada, mientras caminaba por el salón.

Fue entonces cuando noté la mirada de Melanie sobre mí.

—Ella es tan extraña...

—¿Quién? —preguntó Rafael, haciéndome notar que había pensado en voz demasiado alta. Desvié mi atención hacia él.

—Melanie, mi hermana.

—Quiere atención, lo noté desde el primer momento, cuando llegó al entierro gritando desesperada.

Asentí con la cabeza al recordar aquella escena. Melanie realmente estaba buscando llamar la atención ese día.

—Bueno... no vamos a perder el tiempo hablando de eso. Ella me odia y está bien —dije, soltando una pequeña risa.

—Si tú lo dices —respondió, y su mirada se dirigió a un punto al frente. Lo seguí con la mirada, constatando que Marcelo venía hacia nosotros. —Quería tu atención para mí, pero seguramente tendrás que conocer a algunas personas en la próxima hora.

—Por supuesto —respondí, y seguí observando hasta que Marcelo se detuvo frente a nosotros.

—Bianca, me gustaría presentarte a algunas personas —dijo Marcelo, y yo simplemente miré brevemente a Rafael antes de asentirle con una sonrisa en el rostro.

Y tal como Rafael había dicho, sucedió.

Marcelo me presentó a algunas personas que consideró importantes, y fue interesante. Conocí a algunos socios de la empresa, así como a algunos parientes que estaban curiosos por saber más sobre mí.

Seguí el consejo de Rafael y simplemente fui yo misma. Debo admitir que me gustó el resultado que conseguí en cada momento. Fue una experiencia única, aunque un poco agotadora.

Por eso, agradecí mentalmente cuando Rafael aprovechó una oportunidad para llevarme a una zona un poco más reservada, cerca de la salida.

—¿Qué te parece si terminamos la noche aquí? —preguntó Rafael, y una sonrisa apareció en mis labios.

Ciertamente, esa no era la idea de cita que Rafael tenía en mente. Después de todo, fueron pocos los momentos en que estuvimos a solas. Siempre había alguien queriendo nuestra atención.

—Creo que sería genial —respondí, y en el instante siguiente sentí sus manos sobre mí.

Rafael me llevó hacia la salida sin preocuparse por despedirse de nadie. Cuando el valet nos vio, trajo el auto de Rafael sin demora.

Siendo todo un caballero, Rafael abrió la puerta para mí y esperó a que me acomodara antes de rodear el auto y tomar el volante.

El camino hacia el penthouse fue silencioso. Yo estaba ansiosa, sin saber cómo terminaría la noche.

Sabía que no debía estar pensando en otra opción que no fuera terminar en mi cama, sola. Sin embargo, era inevitable.

Cuando llegamos a la puerta del penthouse, llevé la mano el pomo para destrabarla, pero fui detenida al instante.

La mano de Rafael se posó sobre la mía, y luego dio un paso hacia mí. Su actitud hizo que mi corazón palpitara con fuerza. Sus manos grandes rodearon mi cintura y me atrajo hacia él, sin ningún pudor.

—Estás jodidamente increíble esta noche —su voz salió ronca y aún más sexy de lo normal—. Tuve que luchar mucho para mantener el control.

—Rafael... —susurré, perdida en su mirada.

—Necesito probar tu sabor, y no voy a pedir permiso para hacerlo —susurró antes de eliminar por completo la distancia entre nosotros. Yo no lo detuve.

Entonces, sus labios estaban sobre los míos, reclamándome con una intensidad tal, como si le perteneciera. Una de mis manos fue a su cuello, mientras la otra se posó sobre su pecho, tocando sus músculos firmes.

Me vi cediendo a cada avance de aquel hombre, dejándolo explorarme por completo. Sus manos fuertes se deslizaron hacia mi trasero, y una ola de excitación recorrió todo mi cuerpo al sentir lo duro que estaba.

Era aterrador cómo mi cuerpo reaccionaba a cada toque, a cada movimiento.

Rafael terminó el beso, dando una mordida deliciosa en mi labio inferior. Luego, sus ojos se dirigieron a los míos.

—¿Me vas a invitar a entrar? —preguntó con la voz cargada de deseo.

—Pero... tú vives aquí —dije con la voz entrecortada.

—Si entro, te llevaré directamente a mi cuarto. Así que necesito que me digas... ¿me vas a invitar a entrar?

Mi corazón se descompasó ante una pregunta tan directa. Permanecí con los ojos fijos en él por un momento, con una sola certeza ardiéndome en el pecho.

Lo quería, aquí y ahora.

—Sí... —susurré, sin apartar la mirada—. Quiero que te quedes.



CAPÍTULO 15

Necesitaba desesperadamente sentir a esa mujer. Y por eso fui sincero al decir lo que pasaría si me quedaba en el penthouse esa noche. Tenía plena certeza de que sería incapaz de controlarme.

Cuando Bianca dijo que quería que me quedara, no perdí tiempo. Llevé la mano a la cerradura y coloqué mi huella digital y empujé la puerta hacia adentro.

En cuanto la puerta se cerró detrás de nosotros, mi cuerpo estaba contra el suyo. La envolví completamente entre mis brazos y la besé con necesidad y fervor. Sus manos fueron a mi cuello, sentí su lengua deliciosa recorrer mi boca, dejando claro que estaba tan desesperada como yo por aquello.

Mis manos se deslizaron por su cuerpo, luego las guié por debajo de la abertura del vestido, ansiando tocar su piel.

Con las manos en sus caderas, la levanté del suelo. Sin romper el beso, caminé con ella en brazos hacia mi cuarto.

Cuando llegamos, la bajé al suelo y terminé el beso. Sin decir una sola palabra, la giré de espaldas hacia mí y llevé las manos a la

cremallera del vestido.

Lo bajé lentamente, revelando su piel desnuda. Cuando terminé, deposité un beso suave en la curva de su cuello y la giré para enfrentarme a ella.

Estaba sonrojada y, increíblemente, sexy.

Le quité el vestido y, enseguida, me arrodillé para quitarle las bragas. Mis labios buscaron su piel suave y comencé a deslizar la prenda con calma, dejando un rastro de besos por todo su cuerpo.

Me levanté y di unos pasos hacia atrás, deseando admirar por completo a esa mujer.

—¡Dios! Eres jodidamente deliciosa —solté un leve gruñido, haciéndola sonrojar aún más.

Caminé hacia ella y le acaricié la cara con las manos, manteniendo su mirada fija en la mía. Deslicé mi mano hacia su nuca y la besé al mismo tiempo que mi cuerpo se empujaba contra el suyo, haciéndola dar unos pasos hacia atrás hasta llegar al borde de la cama.

Separé mis labios de los suyos y la animé a sentarse. Luego, le puse la mano en los deliciosos senos y la guié para que se tumbara en la cama, y así lo hizo.

Era evidente que le gustaba ser dominada, y yo no podía estar más feliz con eso. Porque era exactamente así como me gustaría follarla.

Me arrodillé y le tomé los tobillos con las manos, luego apoyé sus pies sobre la cama, dejándola completamente abierta para mí.

¡Y guau! Esa visión era extremadamente sexy y exótica.

Mis ojos se posaron en ella en el momento en que mi pulgar se dirigió hacia su concha empapada. Mi verga palpitó y casi pierdo el control ante la escena.

—¿Te gusta eso, princesa? Mira cómo estás empapada para mí —dije con autoridad, haciendo que inmediatamente desviara la mirada hacia mis dedos. Luego lo deslicé por su concha, haciendo movimientos circulares en su clítoris.

—Ah... eso... —soltó un gemido contenido.

Sintiendo la necesidad de tenerla completamente derretida en mis brazos, sustituí mi dedo por mi boca.

Pasé mi lengua por toda su concha, ella gimió de forma pícara, haciendo que mi verga se estremeciera. Eso solo me dio un incentivo para continuar. Comencé a saborearla con movimientos constantes, chupándola, y succioné con intensidad, evaluando con atención cada reacción que esbozaba en cada avance.

Sentí que su cuerpo se tensaba, Bianca llevó su mano a mi cabello y jaló, mientras se liberaba en un grito extremadamente sexy, enviando una deliciosa electricidad directamente a mi verga.

—Quiero verte correrte una vez más —susurré, alucinado, atrayendo sus ojos hacia mí.

—¡Dios mío! —jadeó cuando mi lengua se encontró con su deliciosa concha una vez más.

Empecé con movimientos suaves y, unos instantes después, introduje un dedo en ella.

Bianca echó todo su cuerpo hacia atrás cuando la penetré con otro dedo.

A medida que su sensibilidad disminuía, volví a chuparla con constancia, mientras la follaba con mis dedos. La sorpresa me golpeó cuando, en muy poco tiempo, se retorció en mi boca en medio de un grito, delatando que estaba teniendo un segundo orgasmo.

Me alejé y solo la seguí con la mirada fija, admirando la escena.

—Qué sensible… —susurré, totalmente eufórico y sorprendido.

Sin poder esperar ni un minuto más para poseerla, me levanté y empecé a quitarme la ropa. Con cada prenda que me quitaba, mis ojos estaban fijos en ella, observándola completamente fuera de sí.

Era delicioso sentir cómo su cuerpo reaccionaba a cada toque.

Caminé hacia el mueble junto a la cama y cogí un condón. Bianca todavía temblaba cuando me tumbé sobre ella.

Pasé mis manos por debajo de su espalda y la acerqué un poco más a la cama. Presioné mi verga contra su abertura y luego comencé a esparcir su lubricación.

Sus piernas rodearon mi cintura, sus manos se posaron en mi espalda.

Bianca pasó sus uñas por mi piel, enviando chispas de electricidad por todo mi cuerpo.

¡Dios! Cómo deseaba estar dentro de ella en ese momento.

Empujé mi verga, pero no fui capaz de penetrar tan profundamente.

Dios, estaba jodidamente apretada.

La saqué lentamente y, una vez más, la penetré, haciéndola emitir sonidos extremadamente sensuales.

Me estaba volviendo loco con cada gemido delicioso. Tendría que controlarme para no correrme antes de tiempo, porque ella era increíble.

Con cada deslizamiento, iba más profundo, deseando que se ajustara a mí. Y cuando sucedió, comencé a moverme con el ritmo que sabía que necesitaba.

No solo ella, yo necesitaba follarla con fuerza. Sentir su concha apretada contra mi verga, llevándonos exactamente donde queríamos estar.

Mis labios se encontraron con los suyos y la besé con fervor mientras continuaba con movimientos profundos e intensos en cada

embestida.

—Yo... voy a correrme —dije entre gemidos.

—Eso, princesa. Ven para mí.

El orgasmo de Bianca la golpeó de lleno, en un grito sensual. Me uní a ella al momento siguiente, gritando su nombre en un éxtasis intenso, preguntándome si Bianca estaba sintiendo lo mismo que yo.

Para mí, ese momento fue el más intenso que he tenido con cualquier mujer.

Sabía que sería increíble, pero era como si nuestros cuerpos se pertenecieran el uno al otro.

Era eso, la sensación que me invadió fue exactamente esa. Como si ella me perteneciera por completo.

—Dios mío, eso fue... —jadeó unos instantes después.

—Increíble... —completé la frase con los ojos fijos en ella—. Y lo mejor de todo es que apenas estamos comenzando la noche.



CAPÍTULO 16

Me moví en la cama, sintiendo el calor de Rafael cerca de mí. Me giré lentamente y lo encontré durmiendo tranquilamente a mi lado. Después de entregarme por completo a su intensidad, me envolvió en sus brazos y yo me sentía tan agotada que pronto me quedé dormida.

Todo había sido increíble.

Sentí el corazón golpeándome el pecho, mientras los recuerdos de cada momento comenzaban a rondar mi mente. Estaba deliciosamente dolorida y deseando más de todo lo que habíamos experimentado.

Una sonrisa se dibujó en mis labios al recordar una de sus confesiones. *¿Realmente se había acercado a mí en la discoteca porque se acordaba de mí?*

Cuando me di cuenta del sentimiento que prevalecía con ese pensamiento, salté de la cama con un solo deseo. Tomar mis cosas y salir inmediatamente de ese cuarto.

Rafael era muy intenso y me estaba confundiendo. No debía desear más, no debía dejar que mi corazón se acelerara tanto cuando mis ojos se encontraban con los suyos.

Me incliné para recoger las bragas del sillón y me las puse, luego caminé hacia el mueble donde estaba mi vestido.

Casi di un salto al sentir unas manos fuertes rodeando mi cintura. En un abrir y cerrar de ojos, estaba contra el pecho de Rafael.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó con voz somnolienta y los ojos fijos en mí.

—Hm... tengo algunas cosas que hacer hoy.

—¿En pleno domingo? —Frunció el ceño.

—Sí, tengo que ver a mi madre.

Rafael me miró fijamente, luego sus manos se dirigieron a mi rostro y se inclinó para depositar un beso en mi frente, luego siguió dejando un beso en la punta de mi nariz y, por último, besó mis labios.

—¿Qué estás haciendo? —susurré, atrayendo una mirada confusa hacia mí. No sabía realmente qué significaba ese gesto, pero era tan íntimo que me dejó totalmente desconcertada.

Retiró las manos de mi rostro, pero siguió mirándome, de modo que no pude descifrar lo que esos ojos querían decir.

—Nada... no estoy haciendo nada —respondió finalmente, y tuve la sensación de que si estuviera convenciéndose a sí mismo—. Ve a arreglarte, voy a preparar el desayuno para los dos.

No dije nada, solo asentí con la cabeza y me di la vuelta para coger mi vestido. A continuación, me dirigí a mi cuarto.

Dejé el vestido sobre la cama y fui directamente al baño. La ducha fue larga.

Siempre fui una mujer decidida, que sabía lo que quería, pero en ese momento no tenía ni idea. Quizás por el hecho de que Rafael era diferente a los chicos con los que estuve después de mi relación con Marco, lo cual era aterrador.

Para no torturarme más, cerré el grifo y salí de la ducha. Después de secarme, colgué la toalla y fui al cuarto. Me puse un conjunto compuesto por unos pantalones cortos negros de sastrería y un top blanco. Opté por unas sandalias planas a juego y me peiné.

Cuando salí del cuarto, pude oler el aroma del café en el aire. Me dirigí a la cocina y encontré a Rafael colocando un plato sobre la encimera.

Me apoyé en el marco de la puerta y me limité a admirarlo. Solo llevaba unos pantalones de chándal negros, dejando al descubierto los músculos de su pecho.

¡Estaba delicioso, Dios! Extremadamente delicioso.

—Espero que te gusten los waffles —dijo al darse cuenta de mi presencia. Disimulé el hecho de que lo estaba devorando con la mirada y me enderecé.

—Me encantan —respondí, lo que le hizo esbozar una sonrisa.

—Entonces siéntate.

Asentí y me dirigí hacia la encimera, me senté en uno de los taburetes mientras me servía una taza de café.

—¿Tienes planes de volver hoy? —preguntó, colocando la taza delante de mí.

—No estoy segura —respondí vagamente—. Mañana tengo pensado ir a la empresa, así que...

Rafael se limitó a asentir. Le dediqué una débil sonrisa y di un sorbo al café antes de tomé un plato para servirme el gofre.

Le puse un poco de miel y algunas fresas picadas encima, antes de llevarme una generosa cucharada a la boca.

Y tenía que admitirlo, estaba delicioso.

—¿Has pasado todos estos años en Nueva York? —preguntó Rafael, llamando mi atención.

Necesité unos instantes para terminar de comer antes de responderle.

—Prácticamente sí, vine algunas veces a Brasil, pero no me quedaba mucho tiempo por la universidad.

—Por eso no pude volver a verte.

—¿Y querías hacerlo? —pregunté, curiosa.

—¿Por qué no? —me miró fijamente—. Necesitaba saber que realmente no habías vuelto con ese idiota.

—¡Ah, no! —respondí, cogiendo otra cucharada de gofre—. Marco intentó hablar conmigo algunas veces, pero me fui esa semana. Ya no tenía motivos para posponer la beca que había ganado.

—Eso es genial —dijo con los ojos fijos en los míos.

—Deberías comer algo también.

Rafael asintió y, a continuación, comenzó a servirle una taza de café.

Aproveché la oportunidad para apartar la mirada y seguir comiendo. Y aunque no lo miraba, sentía su mirada estudiándome en todo momento.

Solo cuando estuve satisfecha volví a mirarlo.

—Gracias, estaba realmente delicioso —dije y me levanté. Rafael siguió midiéndome con la mirada.

Sin saber muy bien cómo actuar, salí de la cocina y me dirigí a mi cuarto. Fui al baño a cepillarme los dientes, pedí un conductor de aplicación para Búzios y cogí mi bolsa, lista para salir.

Cuando llegué a la sala, me di cuenta de que Rafael estaba sentado en el sofá ligeramente inclinado con los codos apoyados en las rodillas.

—Bueno... me voy —dije, llamando su atención.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó y se levantó, caminando hacia mí.

—Ah, no hace falta... ya he pedido un conductor de aplicación.

Cuando Rafael se detuvo frente a mí, yo estaba indecisa, después de todo, no tenía ni idea de cómo actuar después de la intensa noche que habíamos pasado ayer.

Pero Rafael parecía saber exactamente cómo actuar, porque al minuto siguiente sus manos estaban en mi cara, fijando mi mirada en la suya.

—Princesa, no bromeaba cuando dije que, desde el momento en que fueras mía, no te dejaría ir... —susurró, haciendo que mi corazón se descompasara.

—Oh... —Suspiré profundamente.

Al instante siguiente, sus labios estaban contra los míos. Y, carajo, corresponderle era inevitable. Sentí cómo todo mi cuerpo reaccionaba mientras me besaba sin reservas.

Sus manos se deslizaron hasta mi cintura y me envolvió con sus brazos. En un movimiento involuntario, mi mano se posó contra su pecho, dejándome llevar por completo.

Cuando terminó el beso, me quedé sin aliento. Sus intensos ojos se encontraron con los míos y su deliciosa boca se curvó en una sonrisa.

¡Oh, Dios mío! Sabía perfectamente lo que estaba haciendo conmigo.

—Vete y tómate tu tiempo, pero ten por seguro que estaré aquí esperándote.



CAPÍTULO 17

—Nena, por tu tono de voz, algo muy bueno te ha pasado —dijo Vivian con tono travieso y me miró de pies a cabeza.

Suspiré profundamente y la sonrisa de la descarada se amplió al mismo tiempo que me hizo espacio para que entrara. Sin decir ni una palabra, pasé junto a ella.

Mi intención era ir directamente a casa de mi madre, pero necesitaba hablar con alguien sobre Rafael o me volvería loca. Así que ahí estaba yo.

Me senté en el sofá y esperé a que ella se sentara a mi lado. Me miró con seriedad.

—¿Pasó algo en el baile ayer? ¿Qué te preocupa?

—No te lo conté, pero... —hice una pequeña mueca—. Después de la discoteca, Rafael me besó de nuevo y le dije que no era la mujer adecuada para él. Fui tan sincera sobre lo apegada y romántica que soy que pensé que pronto se daría por vencido.

—¿Pero?

—Dijo que le encantaría que me apegara a él y que me daría el paquete completo.

—¡Dios mío! —abrió mucho los ojos y empezó a abanicarse con la mano—. ¿Y entonces?

Me eché a reír, mientras la muy tonta parecía encantada con todo aquello.

—Ayer las cosas fluyeron tan bien entre nosotros, el coqueteo fue tan agradable que decidí seguir tu consejo y, bueno, pasamos toda la noche juntos.

—Vaya, qué bien, Bianca —sonrió—. No me digas que estás preocupada por eso.

—Es demasiado intenso... eso me asusta. Tanto que estoy aquí, sin saber qué hacer cuando me dijo que me tomara mi tiempo, pero que me estaría esperando.

Vivian me miró fijamente, entonces, su mano estaba sobre la mía.

—Amiga, ¿quieres saber lo que pienso sinceramente?

—Claro, por eso estoy aquí.

—Creo que no deberías preocuparte tanto ni tener miedo de enamorarte. Sé que Marco se aprovechó de tu amor por él para engañarte, pero eso no significa que todos los hombres lo hagan. Han pasado seis años, así que tienes que superar ese miedo a entregarte —me acarició la mano y yo le sonreí, mientras asimilaba sus palabras—. Permítete, no por Rafael, sino por ti.

—Ay, Dios mío... mira cómo has madurado —dije, tratando de contener las lágrimas que insistían en caer.

Vivian me abrazó.

—Te quiero, amiga, gracias.

En ese mismo instante, la loca se apartó y me miró con ojos impacientes.

—No me des las gracias, quiero los detalles de esa noche en mi mesa ahora mismo.



Después de pasar la siguiente hora en casa de Vivian, me despedí y me fui a casa de mi madre, que no esperaba que fuera hoy, ya que había pasado toda la semana con ella. Pero allí estaba yo.

Le conté lo sucedido, ocultando solo la parte en la que me acompañaba un hombre extremadamente delicioso e intimidante. Le conté cómo a la gente le había gustado saber que soy arquitecta y cómo todos se habían acercado a felicitarme amablemente.

Evité al máximo hablar de mi hermanastra. Pero eso era algo que ya no se podía evitar, cuanto más lo pensaba, más extraño me parecía.

—Mamá... —dije de pronto, pensando en cómo preguntarle algo tan vago.

—¿Sí, hija?

—¿Conoces a alguna Suellen? —le pregunté, sintiendo cómo su expresión cambiaba al instante.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es el nombre de la madre de Melanie. —Frunció el ceño.

—¿Estás segura? —preguntó con voz contenida. Yo solo asentí. —Ella fue la mujer que le dijo a tu padre que yo le estaba engañando.

—¿Entonces fue ella quien se lo inventó todo para separarlos?

—Sí, querida, y fíjate... —Sonrió incrédula—. Tu padre me dijo que nunca tuvo nada con esa mujer.

—Bueno... parece que mintió —respondí con voz contenida—. ¿Cómo te sientes al respecto?

—Solo sorprendida. Lo que vivimos tu padre y yo es cosa del pasado, ya no me afecta —dijo escueta.

—Eso está bien —dije, mirándola fijamente.

Conocía a mi madre lo suficiente como para saber que era sincera al respecto, lo que me tranquilizaba mucho.

—¿Qué te parece si hacemos para cenar los ñoquis que tanto te gustan? —preguntó, y yo acepté.

—Oh, sería perfecto.

Sonreí, dispuesta a dejar el tema. Era cosa del pasado y darle vueltas no serviría de nada.

No voy a negar que descubrir que mi padre se había quedado con la mujer que arruinó su relación me dolió. Realmente esperaba que algo así no hubiera sucedido.

Fui con mi madre al mercado a comprar los ingredientes que faltaban para los ñoquis y pasamos el resto de la tarde disfrutando de de nuestra compañía.

Todavía estaba asimilando la conversación que había tenido con Vivian y eso me llevó a decidir pasar la noche en casa de mi madre.

Tenía que levantarme temprano al día siguiente, ya que había quedado en ir a la empresa para conocerla un poco más de cerca. Así que, después de despedirme de mi madre, pedí un conductor de aplicación y bajé a esperar.

Mi madre me había sugerido que me quedara con su auto, al fin y al cabo, esos viajes no eran baratos, pero no quería dejarla sin medio de transporte, así que le prometí que buscaría una agencia para alquilar un auto.

—Entonces, como imaginaba, estás aquí. —Una voz extrañamente familiar llamó mi atención.

Sin creer en la audacia de ese desgraciado, me di la vuelta y vi que la persona que estaba allí era Marco, mi maldito exnovio.

—¿Qué quieres? —le pregunté sin paciencia.

—Tranquila, preciosa, ¿no me extrañas?

—¿Sinceramente? Ni un poco —dije y desvié la atención hacia la calle, esperando que el conductor llegara pronto.

—Vi las últimas noticias y las fotos... —dijo, pero simplemente fingí no estar escuchando—. Hija de un multimillonario, quién lo diría, ¿verdad?

Sin darse por vencido, Marco dio un paso hacia mí, obligándome a mirarlo.

—¿Qué haces aquí, Marco? —le pregunté entre suspiros. Entonces vi al conductor estacionando delante —¿sabes qué? No importa. Espero no volver a verte nunca más, idiota.

Al decir esas palabras, pasé junto a él y le empujé, haciendo que diera un paso atrás. Entré en el auto y ni siquiera me molesté en mirar al muy estúpido.

Lo único que me faltaba, además de todo lo demás, era tener que lidiar con el imbécil de mi ex.

Eso estaba fuera de discusión.



CAPÍTULO 18

Suspiré profundamente con la mirada fija en la fachada de la empresa.

CWR Arquitectura estaba ubicada en una lujosa casa en Leblon, su fachada era de concepto abierto con enormes ventanas de vidrio de un extremo al otro. Y el lugar estaba totalmente destinado a la empresa.

Sin querer esperar más, me dirigí hacia la puerta y la abrí, encontrándome con una recepción justo en la entrada.

—Buenos días, señorita —me saludó la recepcionista con una sonrisa—, ¿en qué puedo ayudarla?

—Buenos días, soy Bianca Martins.

—Oh, Bianca —la sonrisa de la chica se amplió—. Luiz me avisó que vendría, solo un momento y le diré que está aquí.

—Muchas gracias —dije y me dirigí hacia una de las sillas para sentarme.

Mientras la recepcionista llamaba a Luiz, eché un vistazo a todo el lugar. Había una escalera que llevaba al segundo piso y, a la

izquierda, una puerta que seguramente conducía a alguna de las secciones de la empresa.

Estaba curiosa, pero esperé unos cinco minutos hasta que Luiz bajó las escaleras con una sonrisa amable en el rostro.

—Hola, Bianca —dijo al mismo tiempo que me levantaba—. De verdad viniste.

—Sí, estaba deseando conocer la empresa —dije y le tendí la mano para saludarlo con un apretón firme—. ¿Cómo estás?

—Mejor. He reservado la mañana para enseñarte la empresa, ¿qué te parece?

—Perfecto.

—Genial, empecemos por el piso de arriba —dijo, y yo asentí con la cabeza.

A continuación, seguí a Luiz, le sonreí a la recepcionista y subí esas escaleras.

Luiz comenzó a explicarme que esa zona era donde se encontraban los arquitectos que necesitaban un lugar más tranquilo y reservado para trabajar. Por lo general, junto con mi padre, cuatro personas ocupaban ese lugar.

Me mostró todas las salas, incluida la de mi padre.

Luiz me dejó sola unos minutos y yo observé cada detalle de la sala. Quería conocer un poco más sobre su personalidad.

Sonreí al abrir el cajón de su escritorio y encontrar una foto mía allí.

Las lágrimas brotaron sin que pudiera evitarlo. Aunque no conocía a Carlos, a través de su diario e incluso por detalles como una simple foto en el cajón, me di cuenta de que realmente se preocupaba por mí.

—Bianca... —la voz de Luiz resonó por la sala—. ¿Podemos continuar?

Me llevé las manos a la cara, limpiándome las lágrimas que insistían en caer sin permiso, y cerré el cajón antes de mirar hacia la puerta.

—Claro —esbocé una sonrisa forzada y caminé hacia él.

Luiz me dedicó una sonrisa amable y me guió por el pasillo del piso.

—Pensé que tal vez querrías redecorar la sala y usarla. Dejaré la decisión en tus manos.

—Hm... por ahora la dejaremos como está. No me quedaré aquí mucho tiempo, tengo que volver al extranjero para terminar mi posgrado.

—Está bien, querida, tú decides —dijo, y yo solo asentí.

Bajamos las escaleras y Luiz me guio hacia la puerta de la izquierda.

Cuando entramos, noté que había más movimiento. Había salas privadas, pero en el centro había mesas individuales con computadoras y personas concentradas en sus portátiles.

—Buenos días, chicos —dijo Luiz, llamando la atención de todos—. Me gustaría presentarles a Bianca Martins. Es una de las hijas de Carlos y pronto se unirá a nosotros. Creo que aquí podrá adquirir mucha experiencia en el área.

Recibí sonrisas y algunas personas incluso aplaudieron.

—Gracias a todos, espero que nos llevemos bien —dije con una sonrisa tímida en el rostro.

Luego, Luiz y yo seguimos adelante. Pasamos entre algunas personas, que volvieron a concentrarse en su trabajo, el ambiente era agradable y tranquilo.

Luiz me llevó hasta una puerta a la derecha, donde había una mesa enorme. Sin duda, era allí donde se llevaban a cabo las reuniones.

Continuamos el recorrido hasta el fondo, donde pude ver una cocina enorme y muy espaciosa.

—Vaya, esto es realmente increíble —comenté.

—¿Quieres un café? —preguntó Luiz, y yo negué con la cabeza.

—Un vaso de agua, por favor.

—Quédate a gusto, cariño —dijo y señaló un purificador de agua.

Sonreí y me dirigí al fregadero, cogí un vaso y me serví un poco de agua.

—Por la tarde visitaré una obra en la que empezaremos el proyecto en los próximos días, por si estás por aquí y te apetece acompañarme —sugirió, llamando mi atención.

—Sería increíble, de verdad —dije, animada—. ¿También harán el paisajismo?

—Sí, por eso te llamo. El propietario quiere que se haga el paisajismo en la azotea del edificio. Imagino que te resultará interesante acompañarnos.

—Claro.

—Entonces te espero a las tres para que nos acompañes. Siéntete cómoda, yo estaré en mi despacho.

—Gracias —dije, y él solo asintió con la cabeza antes de salir.

Mientras bebía agua, apoyé mi cuerpo en la encimera. Y aunque eso era lo último que debía hacer, mi mente se fue a Rafael.

Había salido de casa de mi madre con unos pantalones palazzo y una blusa recatada, precisamente para no tener que pasar por el penthouse.

Sí, lo estaba evitando. ¿Pero hasta cuándo? No podía huir para siempre.

De hecho, ni siquiera sabía si quería huir.

—Me enteré de que estarías aquí —mi corazón casi se me sale de la boca por el susto que me dio al escuchar esa voz familiar.

Mis ojos se dirigieron a la puerta y me encontré a Alexandre con una sonrisa pícara y los ojos fijos en mí.

—¡Dios mío! ¿Quieres matarme? —le pregunté, lo que le arrancó una carcajada. Me di la vuelta, tiré el resto del agua en el fregadero y lavé el vaso.

Luego me di la vuelta y lo encontré en el mismo lugar.

—Realmente eres una mujer interesante —dijo, y yo negué con la cabeza.

—¿Qué haces aquí?

—Te dije que me encargaría de todo personalmente a partir de ahora —dijo mientras me acercaba a él—. Estaba en una reunión con Patricia.

—No es la mejor forma de coquetearme, Alexandre —le dije con una sonrisa, conociendo bien esa jugada.

Alexandre nunca perdía la oportunidad de encontrarme por casualidad mientras estábamos en Nueva York. Parecía que aquí no iba a ser diferente.

—¿Quizás tengas una amiga? —sonrió—. Es tan injusto, pero siento que ahora te has convertido en territorio prohibido para mí.

Arqueé las cejas y lo miré fijamente.

—Dime, ¿cuál es tu relación con Rafael? No parecen ser mejores amigos y, por eso, no entiendo por qué soy territorio prohibido.

—Es complicado —su sonrisa era triste—. Pero dime, ¿están juntos?

—Hm... no exactamente —fui sincera. Entonces, mis ojos se dirigieron a la morena que entró en la sala al momento siguiente.

—Ahí estás —dijo con la mirada fija en Alexandre. Luego la desvió hacia mí—. Tú debes de ser Bianca.

—Sí. ¿Y tú eres?

—Patricia —me tendió la mano—. No nos conocemos porque estaba en una reunión con Alexandre.

—Oh... es un placer conocerte —respondí y la saludé con un apretón de manos firme.

—Igualmente —sus ojos se posaron alternativamente en mí y en Alexandre—. Veo que ya se conocen.

—Mucho —dijo Alexandre, y yo negué con la cabeza.

—Un poco.

—Esto es bueno —esbozó una sonrisa forzada—. Bueno, no quiero ser grosero, pero tengo que terminar de discutir un asunto con Alexandre para que se vaya de aquí.

—Como quieras —sonreí y le indiqué la puerta con la mano.

—Nos vemos, Bianca —dijo Alexandre, y yo solo asentí con la cabeza. Entonces sacó una tarjeta de su bolsillo y me la entregó—. A ver si salimos algún día.

—Claro —respondí mientras cogía su tarjeta de visitas.

Patricia me hizo un gesto con la cabeza antes de arrastrar a Alexandre con ella.

Los seguí con la mirada hasta que entraron en una de las salas privadas de la planta, justo la que Luiz no me había enseñado, seguramente porque sabía que estaban en una reunión.

Mis ojos se posaron en la tarjeta que Alexandre me había dado. La guardé en la bolsa y decidí pasar por casa, al fin y al cabo, aún quedaba mucho tiempo antes de las 3 de la tarde.

Con eso en mente, me dirigí hacia la salida.

Y aunque intenté no ser tan curiosa, fue inevitable preguntarme qué había pasado entre Alexandre y Rafael.

Por más que él hubiera sido completamente vago, sentía que, fuera lo que fuera, no era nada bueno.



CAPÍTULO 19

Durante todo el camino hasta la azotea, recé mentalmente para que Rafael no estuviera allí. La verdad era que no sabía cómo reaccionar, y mi traicionero corazón se dejaba llevar fácilmente por él.

Admitía que, por mucho que lo negara, me sentía decepcionada. Empecé a reírme de mí misma, con la confusión que yo misma estaba creando en mi interior.

Como tenía tiempo, pedí comida por la aplicación y esperé en casa a que llegara. Después de almorzar, fui a mi cuarto y me quedé allí un rato hasta que llegó la hora de arreglarme.

Eran las 14:54 cuando llegué a la puerta de la empresa.

Al entrar, me encontré con Luiz, que estaba hablando con la recepcionista.

—Qué puntual eres —dijo Luiz cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—Siempre —dije mientras cerraba la puerta detrás de mí. Luego caminé hacia él.

—Mi hija nos acompañará, voy a buscar mi cartera y vuelvo para irnos.

—De acuerdo —dije, y él se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras.

Sonreí a la recepcionista y me dirigí a uno de los sillones para sentarme.

Cogí mi móvil y empecé a mirar las redes sociales. Estaba distraída cuando dos personas entraron hablando en la recepción. Dirigí mi mirada hacia ellas y vi que se trataba de Patricia y Melanie.

—Hola, Bianca... Acabo de encontrar a tu hermana en la entrada —dijo Patricia cuando sus ojos se encontraron con los míos —. Como mi padre dijo que nos acompañarías, la llamé para que viniera con nosotros.

—Genial —respondí, tratando de disimular mi incomodidad—. Hola, Melanie.

Me levanté y ella me dedicó una sonrisa forzada. No sabía qué hacía allí, al fin y al cabo no era su área. Pero Melanie estaba claramente tratando de marcar territorio. ¿Quién era yo para cuestionarlo?

Patricia miró hacia la escalera y luego desvió la mirada hacia la recepcionista.

—¿Mi padre está en la sala?

—Sí, ya baja —respondió. Patricia asintió y se volvió hacia Melanie.

—Bueno, solo nos queda esperar entonces —desvió la mirada hacia mí—. ¿Es la primera vez que haces una visita así?

—No, hice algunas durante la universidad —respondí, y ella solo asintió con la cabeza.

—No teníamos ni idea de que Carlos tuviera algún heredero y, al final, aparecieron dos —una voz prepotente se oyó detrás de

nosotros.

—Hola, ¿quién eres? —pregunté, esbozando una sonrisa forzada.

—Me llamo Ricardo Mancini —dijo, tendiéndome la mano.

—Bianca —respondí con frialdady le estreché la mano con firmeza.

A continuación, se volvió hacia Melanie y la saludó de la misma manera.

—Es un placer conocerte, Ricardo —dijo Melanie, y él solo asintió con la cabeza.

—¿Cómo es descubrir que te has convertido en multimillonaria de la noche a la mañana? Apuesto a que no es algo que les cause tristeza —preguntó de forma grosera.

—¡Tío! —le reprendió Patricia, conteniendo la risa—. No seas así, ¿qué van a pensar de ti?

Tuve que contenerme para no ser grosera, el tipo era simplemente un descerebrado.

—Siempre tuve el sueño de trabajar aquí, pero no de esta manera. Descubrir que Carlos era mi padre y que no tuve la oportunidad de conocerlo fue lo que más sentí al descubrirlo —dije, sin querer escucharlo más.

—Me lo imagino —me miró de arriba abajo—. Entonces, hagan buen uso de todo el dinero; si creen que no pueden con ello, es mejor vender la empresa que arruinarla.

Ricardo habló y, al instante siguiente, se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras.

—No le hagas caso —dijo Patricia, llamando mi atención—. Ricardo es un viejo amargado que está ahí para atormentar nuestra paz.

—Parecía decepcionado porque Carlos tenía dos herederas —murmuré, siguiéndolo con la mirada.

—¿Qué? —preguntó Patricia. Miré alternativamente a ella y a Melanie.

—Nada... Luiz viene —dije y señalé con la cabeza hacia las escaleras.

Ellas se dieron la vuelta para acompañarlo. Luiz saludó a su hija y a Melanie, y luego fuimos todos juntos a la obra.

Esa era una razón más para alquilar un auto para mí, ya que tuve que ir detrás con Melanie, que apenas me dirigía la palabra.

Durante todo el trayecto, Luiz intercambió algunas palabras con nosotros. Pero mi mente no dejaba de dar vueltas a las palabras de Ricardo.

Nadie sabía que Carlos tenía herederas. Entonces, si le pasaba algo, ¿quién se quedaría con la fortuna? Sin duda, los hermanos.

Llegamos al lugar unos quince minutos después. El edificio era nuevo, los constructores parecían estar dando los últimos retoques.

Nos llevaron a la azotea, donde el responsable le explicó directamente a Patricia lo que quería que se hiciera en ese espacio. Mientras Melanie estaba ajena a todo, yo presté atención a cada palabra, al fin y al cabo, esa era el área en la que me estaba especializando, así que era emocionante para mí.

—De acuerdo, señor Oswaldo. Prepararé dos opciones según sus deseos y la semana que viene podremos empezar si aprueba uno de los proyectos —dijo Patricia con una sonrisa amable.

El hombre le devolvió la sonrisa, y yo ansiaba el momento en que yo también empezaría a elaborar proyectos. Era una sensación agradable saber que mi trabajo podía proporcionar a las personas momentos únicos en ambientes cómodos y acogedores.

Apenas había comenzado, pero yo estaba ansiosa por verlo recibir todo listo. Esperaba profundamente que ese lugar estuviera

listo antes de que yo regresara a Nueva York.

Después de despedirnos del cliente, Luiz le dio algunos detalles a Patricia mientras nos dirigíamos al auto.

—Les agradezco el aventón, pero voy a aprovechar para irme directamente a casa —dije llamando la atención de Luiz, Patricia y Melanie.

Ya había visto suficiente y estaba cansada de las miradas de Melanie.

—¿Estás segura? Podemos dejarte en casa —dijo Luiz amablemente.

—No hace falta, muchas gracias —dije y forcé una sonrisa—. Nos vemos pronto.

—Está bien, querida, hasta luego.

—Bianca —Patricia me llamó la atención—. ¿Quieres seguir paso a paso este proyecto? Yo me encargaré de él hasta el final.

—Claro, sería perfecto —dije sin poder disimular la sonrisa.

—Genial, te espero mañana... Podemos hacerlo.

—Gracias.

—A mí también me gustaría ver cómo queda todo —dijo Melanie, llamando nuestra atención—, y quizás me ayude a decidir qué carrera estudiar.

—Genial, eres bienvenida —dijo Patricia. Yo solo las saludé con una sonrisa antes de darme la vuelta.

Empecé a caminar por la avenida en la que estábamos. Por lo que había investigado, por aquí había una agencia de autos. Tenía intención de alquilar uno para poder quedarme durante el próximo mes.



¡Estaba agotada!

Después de caminar un poco, encontré la agencia de autos y, tras mirar algunas opciones, decidí dejarlo para más tarde. El alquiler mensual era más caro de lo que pensaba, así que quizá fuera mejor seguir usando la aplicación.

Con eso en mente, me fui a casa.

Cuando abrí la puerta, vi que las luces estaban encendidas y noté un olor diferente que venía de la cocina. De inmediato, me sentí ansiosa al saber que Rafael estaba en casa.

Cerré la puerta y, sin pensarlo mucho, me dirigí al cuarto.

—Me alegró darme cuenta de que estuviste aquí durante la tarde —la voz ronca resonó en el cuarto en el momento en que mi mano tocó la manija de la puerta.

Tratando de disimular la reacción inmediata de mi cuerpo hacia él, lo miré y le dediqué una débil sonrisa.

—Te dije que volvería —susurré.

—Sí, lo dijiste —dijo mirándome fijamente—. ¿Estás bien?

—Sí, solo un poco cansada.

—Estoy haciendo pasta con salsa blanca. ¿Te gustaría acompañarme?

Negué con la cabeza.

—Gracias, pero lo único que quiero ahora mismo es estar tranquila.

—Está bien... si cambias de opinión, la invitación sigue en pie.

Solo asentí con la cabeza y abrí la puerta del cuarto. Entré sin saber muy bien qué pensar. Tenía tantas emociones diferentes que

estaba a punto de volverme loca.

Fui directamente a la ducha para intentar relajarme un poco.

Mi corazón se agitaba por ese hombre de una manera inexplicable. Al mismo tiempo, sentía el dolor de perder a alguien a quien no conocía personalmente, pero que me había dado el mundo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo estuve bajo la ducha. Pero cuando salí, me puse un babydoll y me acosté sobre la cama, con ganas solo de dormir.

Di vueltas en la cama durante un rato, antes de conciliar finalmente el sueño. Había tantas cosas que me afligían que ni siquiera sabía en qué concentrarme. Eso hizo que me despertara varias veces, pero en una de ellas sentí que mi corazón se aceleraba al percibir un movimiento diferente en el cuarto.

Me di cuenta de que alguien se estaba acostando a mi lado, estaba a punto de saltar de la cama, sin embargo, sentí el olor de Rafael cerca de mí. Al minuto siguiente, me envolvió en sus brazos y me atrajo hacia él.

No lo impedí.

Debería haberlo empujado y decirle que no debía hacerlo, pero la verdad es que sentir su olor, extrañamente, me tranquilizó. No entendía qué pretendía con ese gesto, pero me permití simplemente disfrutar de la paz que me transmitía.

Me moví entre sus brazos y me giré para mirarlo.

—No quería despertarte, princesa —susurró.

—¿Qué estás haciendo?

—No parecías estar bien… Estaba preocupado, así que… —se rió suavemente, y sentí con ese gesto que ni siquiera él entendía exactamente lo que estaba haciendo; sus manos firmes ejercieron una mayor presión sobre mi cintura—. Aquí estoy, contigo.



CAPÍTULO 20

—¿Aún no te has dormido? —preguntó Rafael cuando me moví una vez más.

—No —susurré.

Sentí sus manos en mi cabello y, al minuto siguiente, lo estaba acariciando suavemente.

—¿Qué te preocupa?

Abrí los ojos y lo miré. Estaba oscuro, pero aún así podía sentir sus ojos sobre mí.

—Sé que esto puede parecer extraño, pero ¿de verdad crees que lo que le pasó a mi padre fue un accidente?

—¿Por qué lo preguntas? —preguntó, visiblemente confundido.

—No lo sé, estaba pensando que todo el mundo creía que no tenía ningún heredero... Y el mundo está tan confuso que eso se me ha pasado por la cabeza durante todo el día.

—Lo que sé es que volvía de un evento en Nueva York y tuvo el accidente. Todavía están investigando, pero no se ha planteado

ninguna hipótesis en ese sentido.

—Entendido.

—Si puedo darte un consejo al respecto, es... Nunca confíes al cien por cien en nadie. Ni siquiera en aquellas personas que parecen amables.

—Gracias —dije y volví a recostar mi cabeza sobre él.

No tenía ni idea de lo que estábamos haciendo, pero me gustaba la sensación de tenerlo así, más de lo que debería.

En algún momento, me quedé dormida, lo último que recuerdo es sentir las manos de Rafael sobre mí, diciéndome que debía dormir un poco.

La sensación fue extrañamente agradable.

Me sorprendió despertarme y sentir que seguíamos en la misma posición. Rafael tenía los brazos alrededor de mí, mientras dormía tranquilamente.

Mi corazón casi se me sale por la boca, algo a lo que ya debería estar acostumbrada, después de todo, era exactamente lo que sucedía cuando él estaba a mi lado. Pero, en ese momento, era diferente. No era solo por el deseo sexual o la excitación que sentía por su actitud autoritaria y extremadamente sexy.

La razón por la que mi corazón estaba descompasado era porque sentía que algo era diferente cuando lo miraba. Por primera vez, no veía a un hombre que solo buscaba sexo, como yo pensaba.

¿Hasta qué punto podía ser eso cierto?

Volví a la realidad cuando el sonido del timbre resonó en el cuarto. Rafael pareció despertarse un poco asustado por el ruido.

—Es el timbre —susurré, atrayendo su mirada.

—¿Cómo estás? —preguntó, mirándome de arriba abajo.

—Preguntándome quién podría ser a estas horas —sonreí—. ¿Estás esperando a alguien?

—Hm... no —respondió con voz somnolienta.

Me separé de sus brazos para dejarle espacio. Rafael se sentó y me miró un instante antes de levantarse.

—Voy a ver quién es —dijo y se dirigió al baño.

El timbre sonó una vez más.

Me levanté y fui a la maleta, decidí ponerme ropa cómoda y luego fui al baño a cepillarme los dientes y arreglarme un poco. Rafael pasó junto a mí en el momento en que entré.

No debería ser tan curiosa, pero en cuanto salí del baño fui hacia la sala para intentar descubrir quién era. Rafael aún no había abierto la puerta, estaba parado frente al visor. Suspiró profundamente y se enderezó. Esa actitud solo hizo que mi curiosidad aumentara.

Di algunos pasos con la intención de ver mejor. Rafael llevó la mano a la manija y abrió la puerta, revelando a la última persona en el mundo que habría querido ver allí.

Marcelo.

—Rafael... —su tono de voz era totalmente sorprendido—, ¿qué haces aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? —preguntó Rafael, tranquilo—. Es mi penthouse, tuve que venir a la capital hace unos días... es un lugar grande, dos personas pueden convivir aquí sin problemas.

—Hijo —Marcelo lo midió con la mirada—. Sé muy bien lo que hablamos antes de que Bianca viniera para acá; lo ideal sería dejarla tranquila. —Suspiró—. No sé qué estás tramando, pero sé que no eres un niño, así que espero que no estés usando lo que tienes para...

—Lo dijiste bien, papá —lo interrumpió sin dejar margen para réplica—. Yo sabía que Bianca estaría aquí, pero no soy un niño que va a usar eso para jugar con ella.

La sorpresa me invadió con aquella información. No sabía exactamente qué pensar al respecto, pero de inmediato, simplemente quería matarlo.

¿Había sido tan descarado como para saber que yo estaba aquí y venir como el buen chico fingiendo que no sabía nada?

—Sí, lo sé. —Marcelo volvió a hablar, trayéndome de regreso a la realidad—. ¿Está Bianca?

Al hacer esa pregunta, sus ojos recorrieron el ambiente, y antes de que pudiera salir de su campo de visión, me encontró.

Me quedé congelada, sin saber exactamente cómo actuar.

Rafael miró en la misma dirección que su padre, encontrándome allí. Luego se volvió hacia él y simplemente le dio espacio para que entrara. Y así lo hizo.

Rafael cerró la puerta y lo siguió.

Me acerqué a ellos y me detuve frente al sofá. Primero, mis ojos se dirigieron a Rafael, que me observaba con atención. Entonces desvié la mirada hacia Marcelo.

—Buenos días, Marcelo, ¿todo bien? —pregunté, forzando una sonrisa.

—Buenos días, todo bien, ¿y tú? ¿Estás cómoda con Rafael aquí?

La preocupación de Marcelo me hizo sonreír, me gustó sentir su cariño hacia mí.

—Nos hemos adaptado bien, como él mismo dijo. —Mis ojos volvieron hacia Rafael, que solo me devolvió una sonrisa con la cara más descarada del mundo—. El espacio es amplio.

—Eso es un alivio —dijo Marcelo, ajeno a la situación.

—Bueno... ¿necesitas hablar de algo conmigo? —pregunté, mientras me sentaba en el sofá a su lado.

—Sí...

—Voy a dejarlos a solas, estaré en la cocina —dijo Rafael, y Marcelo simplemente asintió. Entonces, comenzó a caminar hacia la cocina.

—Esta mañana se finalizaron algunos documentos —dijo Marcelo, con seriedad—. Por eso decidí venir hoy, para saber cómo estabas y para informarte que ahora eres la curadora de Carlos.

—Eso es muy bueno. ¿Crees que pronto todo estará resuelto?

—Estoy haciendo lo posible, pero en los próximos días probablemente no necesitaré que estés en la capital, así que... si crees que es mejor regresar a Búzios, te aviso cuándo debes volver para que hablemos —dijo, amable.

—Estaré por aquí unos días más, quedé en acompañar a Patricia en un proyecto y estoy bastante entusiasmada.

—Eso es perfecto, me alegra que ya te estés familiarizando con la empresa.

—Sí, ayer estuve allí para conocer un poco... Y es un sueño, me encantaría que mi padre estuviera aquí para poder aprender con él.

—Oh... estaría muy orgulloso, créeme. —Marcelo esbozó una sonrisa débil—. Carlos tenía miedo de que no lo perdonaras.

—Su única falla fue no haberse acercado —dije, y él simplemente asintió.

—Ya que te quedarás un tiempo más, ahora que eres curadora puedes usar uno de los autos de tu padre durante este período...

—Ah, no... —negué antes de que terminara de hablar—. Lo último que quiero son problemas con Melanie, lo usaré solo para decisiones relacionadas con la empresa.

—Queda a tu criterio, pero debe ser difícil estar sin auto todo este tiempo.

—No te imaginas lo mucho más difícil que sería lidiar con Melanie y su idea de que tengo ventaja en todo —fui sincera.

Marcelo sonrió y negó con la cabeza.

—Voy a hablar con ella después, ambas tienen los mismos derechos.

—No hace falta... sinceramente no tengo ganas de pelear por eso, solo quiero tener la certeza de que la empresa que mi padre construyó tan bien se mantenga en su mejor estado.

—Como dije, derechos iguales —enfatizó Marcelo.

Asentí con la cabeza y, antes de que pudiera decir algo, mi atención se dirigió a Rafael, que venía hacia nosotros.

—El café está listo, ¿qué tal si conversan en la cocina?

—Gracias, hijo, pero tengo una reunión esta mañana —dijo Marcelo y se levantó—. Bianca, ¿quedó alguna duda sobre lo que te dije?

Me levanté y negué con la cabeza.

—Todo claro.

—Perfecto, te enviaré los detalles por correo electrónico. —Sonrió con amabilidad y se volvió hacia Rafael.

—Cuidaré de ella, no te preocupes —dijo Rafael, haciendo que mi corazón palpitara. Entonces, sus ojos se dirigieron hacia mí.

—Me alegra saberlo —dijo Marcelo y simplemente alternó la mirada entre Rafael y yo—. No hace falta que me acompañen, los veré pronto.

Sin esperar respuesta alguna, se dirigió hacia la puerta. Permanecí con los ojos fijos en Marcelo, hasta el momento en que salió del penthouse, dejándonos a solas.

Fue entonces cuando mis ojos se dirigieron hacia él; arqueé las cejas justo cuando dio algunos pasos en mi dirección.

—Cuando llegaste aquel día... —Di un paso hacia atrás, poniendo una pequeña distancia entre nosotros—. ¿Ya sabías que yo estaría aquí?



CAPÍTULO 21

—Parece que descubriste mi secreto más oscuro —dijo Rafael y dio otro paso hacia mí.

—¿Oscuro? Yo diría sucio —interrumpí mi frase al sentir sus manos grandes rodeando mi cintura. —Rafael...

—Sí, lo sabía —susurró, con los labios cerca de los míos—. ¿Y quieres saber algo aún peor?

—¿Qué? —pregunté, atrapada en la intensidad de su mirada.

—Lo haría todo de nuevo, sabiendo que al final estarías en mi cama. —Rafael llevó la mano a mi rostro, atrapando mi mirada en la suya—. Te rodearía hasta que te dieras cuenta de que me perteneces.

—No deberías hacer esto... —dije con la voz entrecortada.

—Lo sé, pero ni siquiera puedo arrepentirme de pensar en algo así. No cuando se trata de ti.

—¿Qué... quieres?

—Que seas mi novia —dijo, haciendo que mi corazón se descompasara.

—Oh...

—Quiero algo serio, quiero estar contigo. Entonces, ¿aceptarías ser mi novia?

—¿Qué tipo de hombre eres tú, Rafael? —pregunté, mi voz salió apenas como un susurro—. Pensé que eras uno de esos niños mimados que solo quieren una buena follada.

—Quiero una buena follada, pero no solo eso... —Su pulgar acarició suavemente mis labios—. No contigo.

—¿Y por qué yo?

—Simplemente porque te quiero a ti.

—Eso es demasiado vago...

—Siempre tuve en mente que el día en que encontrara a la mujer que sacudiera mi mundo, no la dejaría escapar. Y eso es exactamente lo que siento por ti, has sacudido mi mundo de una forma que ni te imaginas, princesa.

—¿No vas a dejar escapar? —pregunté, sintiendo su mano deslizarse hacia mi nuca.

—No lo haré, así que lidia con eso —dijo con tono autoritario, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera.

Mis manos fueron a su pecho firme en un movimiento involuntario. Entonces, sus labios estaban sobre los míos.

La lengua pidió espacio y yo fácilmente me rendí a sus embestidas. Una ola de excitación me recorrió en el momento en que sus manos grandes se deslizaron por mi cuerpo, deteniéndose en mi trasero.

Rafael acercó mi cuerpo al suyo y me levantó del suelo.

Pasé mis piernas alrededor de su cintura y mis manos fueron a su cuello. Poco después, estaba caminando conmigo en brazos por la azotea. Estaba tan envuelta que no me di cuenta cuando entramos en el cuarto, solo lo noté cuando se sentó al borde de la cama, manteniéndome sobre su regazo.

Apoyé mi rodilla en el colchón, mientras sus labios deliciosos dejaban los míos. Rafael deslizó la mano hasta el borde de mi blusa, se apartó y sus ojos encontraron los míos llenos de deseo.

Levanté mis manos y él deslizó la blusa por mi cabeza. Luego, sus manos estaban en mi sostén, desabrochándolo. Entonces, dejó mis senos totalmente libres.

—Tan perfectos. —Un gemido escapó de mis labios al sentir sus manos grandes rodeando mis senos por completo.

Mientras sujetaba mis senos, Rafael se inclinó y empezó a besar entre ellos, siguiendo un camino húmedo de puro deseo, retiró una mano y la sustituyó por su boca.

Lo devoró con ganas, haciendo que gemidos contenidos escaparan de mis labios. Y eso lo animó a succionarme con una presión tan deliciosa que estaba a punto de enloquecer.

Sus labios dejaron mi pecho, y luego le dio la misma atención al otro, causando escalofríos intensos con sus toques, mientras su barba rozaba mi piel sensualmente.

Con un movimiento preciso, Rafael se levantó llevándome con él, y luego me colocó sobre la cama. Entonces, sus manos fueron a mis pantalones cortos, desabrochándolos y quitándomelos al instante siguiente.

Jadeé cuando sus manos firmes encontraron el borde de mi tanga. Elevé mi cadera y lo ayudé a quitármela. Después de dejarme completamente desnuda, se apartó y empezó a quitarse su pantalón de chándal.

Mis ojos siguieron cada movimiento, y la excitación aumentó aún más cuando liberó su verga. De manera indecente, llevó la

mano sobre ella y la acarició, con la mirada fija en la mía.

—Oh… necesito sentirte. —Jadeé, incapaz de resistir tanta provocación.

Una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios mientras caminaba hacia el mueble al lado de la cama. Lo observé mientras tomaba un condón y se lo colocaba.

Cuando regresó, sus manos fueron a mis tobillos y me atrajo hacia él. Luego, Rafael abrió mis piernas, y sus dedos fueron a mi concha.

Me moví justo cuando sentí sus dedos deslizar por toda ella.

—Estás tan mojada para mí. —Dejó un pequeño gruñido—. Tan mojada que temo no poder comportarme.

Gemí al sentir su pulgar hacer movimientos circulares sobre mi clítoris.

—Por favor… no te comportes —pedí con la voz entrecortada.

—No me lo estás poniendo fácil —gimió mientras me acercaba un poco más. Sonreí satisfecha cuando llevó sus manos a mis piernas y las apoyó sobre cada uno de sus hombros.

Después de arrodillarse, puso una de sus manos sobre mi muslo, apoyándose firmemente. Entonces, pude sentir aquello que tanto había deseado.

Rafael empezó a pasar su verga por mi entrada, torturándome un poco más.

—Rafael… —gemí, casi suplicando que siguiera.

Fue cuando se enterró en mí, causando un choque intenso por todo mi cuerpo.

—¡Carajo! —gruñó y pude sentirlo retroceder.

Luego, arremetió una vez más, abriendo espacio y entrando aún más profundo.

¡Y carajo! Esa era una de las torturas más deliciosas e increíbles que había sentido en mi vida. Mis gemidos se intensificaban con cada choque de cada embestida.

Rafael se inclinó sobre mí, mis piernas lo acompañaron, dando espacio para que viniera con su cuerpo sobre el mío.

Intenté rodear su cuello con mis manos, pero antes de que pudiera, sentí sus manos sobre las mías, sujetándolas por encima de mi cabeza.

—Ah, princesa… —gruñó mientras me follaba de manera intensa, llevándome fácilmente al borde del abismo—. Tenía tantas ganas de sentirte una vez más que estaba a punto de enloquecer.

Incapaz de responderle, solo dejé escapar un gemido meloso que mostraba perfectamente cuánto me estaba gustando.

Sus movimientos se volvieron aún más intensos y fuertes. Mi sexo vibró de manera loca cuando sentí el clímax alcanzarme de lleno, tan intenso que fue imposible contener el grito que escapó de mis labios.

—Me vas a matar así —gruñó al mismo tiempo que me rendía por completo.

Vagamente sentí los labios de Rafael sobre los míos, al mismo tiempo que dio un gruñido delicioso, alcanzando su propia liberación. Fue entonces cuando cerré los ojos y me permití desplomarme por completo.

Eso había sido increíble.

Solo lo sentí salir de mí un tiempo después y su cuerpo caer a mi lado sobre el colchón. Luego, sus manos estaban en mi cintura, atrayéndome hacia él.

Estaba rendida, pero recibí su abrazo alrededor de mí con una sonrisa, mientras intentaba estabilizar la respiración.

No tengo idea de cuánto tiempo permanecimos así, pero cuando finalmente abrí los ojos, sentí su mirada intensa sobre mí.

Sin decir una palabra, me atrajo para colocar mi cuerpo sobre el suyo. Abrí mis piernas y las acomodé alrededor de su cintura.

Entonces, me incliné y apoyé el codo en la cama, quedando muy cerca.

—¿Cuál es la sensación de pertenecerme? —preguntó, dejándome desconcertada.

—¿Pertenecerte?

—Sí, princesa, pertenecerme —dijo con tono autoritario, haciendo que mi corazón se descompasara.

No tenía ni idea de adónde nos llevaría eso, pero la verdad era que involucrarme era inevitable.

—La sensación... es mejor de lo que imaginé —respondí, suavemente.

Y en el instante siguiente, Rafael eliminó la distancia que había entre nosotros, tomó mi boca en un beso distinto a todos los que me había dado.

Era un beso lento y tan intenso, que me provocó mariposas en el estómago.

Estaba involucrada, más de lo que me gustaría.

Entonces, simplemente me permití creer que sí, que podríamos seguir con esto. Y por más que quisiera creerlo, sabía que pronto volvería a Nueva York.

¡Dios! ¿Esto realmente podría funcionar?



CAPÍTULO 22

—¡Oh, Dios mío! —di un grito al sentir las manos de Rafael sobre mí, justo cuando salía del baño. Él sonrió, al mismo tiempo que me hacia girar hacia él.

En el instante siguiente, Rafael estaba presionando mi cuerpo contra la pared.

—¿Estás bien? —preguntó, recorriéndome con la mirada.

—Aparte del hecho de que casi me mataste del susto, sí.

—No era mi intención —dijo, y yo arqueé las cejas, haciendo que su sonrisa se ampliara.

—¿En serio?

La mano de Rafael fue a mi cabello, llevó un mechón detrás de mi oreja. Luego, comenzó a acariciar mi rostro con el pulgar.

—¿Qué pasa? —pregunté, sintiendo que su cara se volvía seria.

—Claramente me has estado evitando desde que hicimos el amor —comentó, haciendo que mi corazón palpitara—. Estuviste

callada durante todo el desayuno y luego viniste al cuarto, como si quisieras evitarme.

—Tengo que ir a la empresa, vine a prepararme —mentí.

Obviamente Rafael era más astuto que eso, su mirada lo delataba perfectamente: no estaba convencido.

—Todo fue demasiado intenso... ha sido así, en realidad.

—¿Eso te asusta? —preguntó con los ojos fijos en los míos.

Di un suspiro profundo mientras pensaba en una respuesta.

La verdad era que tenía miedo, sabía que toda esa intensidad me estaba consumiendo poco a poco. El sentimiento era distinto a todo lo que había experimentado antes y, en este momento, eso me asustaba. Mucho.

—Tú... sabes que dentro de menos de dos meses tendré que volver a Nueva York, ¿cierto?

—Pensé que ya te habías graduado. ¿Por qué necesitas volver?

—Sí, ya me gradué, pero empecé el posgrado y necesito terminarlo, así que solo volveré a Brasil dentro de un año.

—¿De forma definitiva?

—Sí, definitivo.

—Entonces, no pensemos demasiado... ¿de acuerdo? —preguntó, y fui incapaz de responder.

¿Cómo no pensar demasiado? Era lo único en lo que podía pensar después de sentirme tan conectada a él. Al fin y al cabo, no lograba creer que las relaciones a distancia realmente funcionaran.

—¿Princesa? —llamó cuando no le respondí.

—¿Sí? —me obligué a preguntar.

—Solo... deja que las cosas pasen, veremos la mejor solución cuando tengas que irte.

—Hm... está bien.

Rafael se inclinó, dejó un beso rápido en mis labios antes de alejarse para volver a mirarme.

—Tengo que irme... —susurré.

—Te espero en la sala, te llevo a la empresa —dijo, firme.

—No hace falta, puedo ir sola —respondí rápido.

—No vas a huir otra vez, ¿verdad?

Una sonrisa se escapó de mis labios. Le diría que no estaba huyendo, pero claramente eso fue lo que hice el domingo.

—¿Por qué huiría de mi... novio? —pregunté, con la voz entrecortada, sintiendo su mirada intensa sobre mí.

Rafael me dio una sonrisa enseguida, dejando claro lo satisfecho que estaba al escuchar eso.

—¿Cena esta noche?

—Me encantaría.



Rafael era intenso y autoritario.

Manejaba la situación para que ocurriera exactamente como él quería, eso era un hecho. Pero aunque no quisiera admitirlo, me gustaba.

Me gustaba la forma en que estaba lidiando conmigo en cada momento, ese modo firme, imponente, y la sensación que su autoridad provocaba en todo mi cuerpo.

Sí, me gustaba todo eso.

Y fue por eso que, cuando llegué a la sala y lo encontré ya vestido, simplemente esperándome, no protesté.

Acepté que me llevara, y cuando llegamos frente a la empresa, me dio un beso antes de que saliera del auto.

¡Dios! Pensar que realmente estábamos haciendo esto me provocaba mariposas en el estómago.

Negué con la cabeza, intentando contener la sonrisa, y entré en la empresa.

—Buenos días, Bianca —me saludó la recepcionista mientras yo cerraba la puerta.

—Buenos días, ¿Patricia ya llegó?

—Sí, está en su oficina... puedes pasar.

—Gracias —dije y me dirigí hacia la entrada del lado izquierdo.

Recibí algunos saludos mientras caminaba hacia las oficinas privadas. Luego, toqué la puerta que supuse era la de Patricia, al fin y al cabo, fue la única en la que Luiz no entró conmigo, seguramente porque ella estaba con Alexandre.

—Adelante. —La voz de Patricia resonó en el ambiente.

Llevé la mano el pomo y abrí la puerta. Patricia simplemente me miró de arriba abajo y forzó una sonrisa.

—Buenos días —la saludé.

—Viniste —dijo en el momento en que cerré la puerta detrás de mí.

Entonces, me dirigí hacia ella.

—Jamás rechazaría una invitación así.

—Siéntate, por favor —señaló la silla frente a ella.

—Gracias —dije y me senté enseguida.

—Estuve pensando... tú eres arquitecta paisajista, ¿cierto?

—Así es.

—Como acordé hacer dos proyectos con el señor Oswaldo, ¿qué te parece encargarte de uno de ellos? —Arqueó una ceja. —Imagino que sería toda una experiencia.

—Oh... ¡sería perfecto! —dije, entusiasmada.

La verdad era que, por más que estuviera perfeccionándome, no veía la hora de poner en práctica todo lo que había aprendido.

—Perfecto, lo haremos así entonces. Te pasaré la información y, si quieres, siéntete libre de estar donde te resulte más cómodo.

—Está bien.

Sonreí, sin poder ocultar la emoción por la propuesta de Patricia. Ella pasó la siguiente hora explicándome algunos puntos importantes, me dio una copia de varios archivos y la planta del lugar.

Después de eso, reuní todo y decidí trabajar en el piso de arriba, en la oficina de mi padre. Quería sentirme más cerca de él y, al mismo tiempo, tener paz para comenzar el proyecto.

Estaba entusiasmada; el único momento en que me detuve fue para almorzar. El resto del día lo pasé metida en la oficina de Carlos, queriendo explorar más sobre el proyecto.

Pero claro, el corazón traicionero, de vez en cuando, me llevaba a pensar en Rafael. Y fue en uno de esos momentos que mi celular vibró, atrayendo mi atención.

Era un mensaje de un número desconocido.

Rafael: *Princesa, ¿sigues en la empresa?*

Curiosa, hice clic en la foto de perfil, revelando al único que podría haberme enviado ese mensaje. Llevaba una camisa de vestir negra, con algunos botones abiertos. Un collar de oro en el cuello y una mirada seria.

¡Dios! ¿Ya mencioné lo increíblemente delicioso que es?

Porque sí, definitivamente sería mi perdición.

—¿Ocupada? —La voz femenina en el ambiente me hizo dar un salto en la silla.

—Oh, lo siento, no quería asustarte.

Miré hacia la puerta y encontré a Patricia allí.

—Ah... hola —dije y bloqueé la pantalla del celular. —Adelante.

—Bueno... vine para decirte que ya me voy, deberías irte también.

—Sí, ya voy —dije y cerré la carpeta que estaba sobre la mesa.

Luego, dirigí mi atención al portátil, lo puse a apagar y tomé mi bolsa.

—Quería preguntarte algo —dijo Patricia, llamando mi atención hacia ella.

—Adelante.

—No pude ir al evento porque estaba de viaje, pero vi en algunas fotos que estabas acompañada por Rafael Armani.

—Oh... sí —dije, forzando una sonrisa, y luego me levanté—. Me acompañó al baile.

Los ojos de Patricia me siguieron y, por un momento, tuve una sensación extraña con su mirada sobre mí.

—¿Ustedes acaso... están juntos?

—És hijo del abogado de mi padre —respondí, sin querer alargar su pequeño interrogatorio.

Definitivamente no estaba lista para contarle cuál era mi relación con Rafael.

—Como lo imaginé —dijo Patricia y, por un momento, pareció distante.

—¿Perdón? —me hice la desentendida, llamando su atención de nuevo hacia mí.

—Nada. —Sonrió dulcemente—. Te veo mañana, Bianca.

Sin esperar respuesta, Patricia se dirigió a la salida. Yo permanecí con los ojos fijos en ella, mientras intentaba entender su repentino interés en el asunto.

¿Patricia podría tener algún interés en Rafael?



CAPÍTULO 23

Abrí la puerta del penthouse y un aroma deliciosamente intenso invadió el ambiente. Solo entonces me di cuenta de cuánto hambre tenía.

Entré y cerré la puerta detrás de mí, luego encendí la luz de la sala. Y unos instantes después, tuve la visión de Rafael saliendo de la cocina.

¡Oh, Dios! ¿Estaba alucinando?

Porque la imagen frente a mí mostraba a Rafael con el cabello recién lavado, vistiendo solo un pantalón de vestir negro y un delantal.

—Princesa —dijo, haciendo que mi mirada se encontrara con la suya—. Podría haber ido a buscarte.

—¿Y arruinar esto? —Le señalé con el dedo, moviéndolo de arriba abajo, señalando su aspecto. —Vine en un transporte por aplicación.

—Espero que tengas hambre —dijo al mismo tiempo que caminaba hacia mí.

Simplemente asentí con la cabeza, temía que, si hablaba, todo sonara a doble sentido, tal como estaba mi mente en ese momento.

Rafael se detuvo frente a mí y sus manos fueron a mi rostro. Se inclinó y dejó un beso delicioso en mis labios. Cuando lo terminó, mordió mi labio inferior y lo jaló suavemente, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera.

El gemido contenido fue inevitable.

—Estoy terminando la cena, así que... —su voz estaba más ronca de lo normal—. Ve a darte una ducha y te esperaré en el balcón. —Hm... está bien —susurré.

Me recorrió con la mirada antes de alejarse. Aproveché el momento para girarme e ir hacia mi cuarto.

Cerré la puerta detrás de mí y, después de dejar mi bolsa sobre el mueble al lado de la cama, me dirigí al baño.

La ducha debería haber sido relajante, pero la expectativa por la cena me tenía ansiosa. Lo cual era curioso, al fin y al cabo, no era la primera ni la segunda vez que estaría con Rafael. Pero ese era el poder que él tenía sobre mí.

Cuando terminé, me sequé y fui hacia la maleta. Después de aplicarme crema hidratante corporal, tomé un conjunto de lencería roja y un vestido sencillo, pero al mismo tiempo elegante.

Como estaríamos en casa, me hice un maquillaje muy ligero y me puse unas sandalias cómodas. Luego salí del cuarto, sintiendo un aroma aún más delicioso por todo el ambiente.

Tal como me había dicho Rafael, fui hacia el balcón. La iluminación era tenue, había una mesa perfectamente posicionada para disfrutar de la vista de la ciudad, los platos estaban servidos junto a las copas y una rosa roja.

Sonreí, al darme cuenta de que él había preparado todo aquello para nosotros, pudiendo simplemente pagarle a alguien o llevarme a uno de esos restaurantes elegantes.

Una música ambiental comenzó a sonar, llamando mi atención. Me giré y allí estaba Rafael, sin el delantal y con una camisa de vestir para completar el look.

—Estás preciosa —dijo, caminando hacia mí.

—Gracias.

Rafael se detuvo frente a mí y llevó su mano hacia la mía. La acercó a su boca y dejó un beso suave en el dorso, con los ojos fijos en los míos.

—¿Lista para esta noche, princesa?

—Definitivamente no... —respondí, haciendo que él sonriera de lado—.

—Me gusta esa sinceridad —dijo, con seriedad.

—Oh... —murmuré, desconcertada.

Rafael llevó su mano a mi espalda y me condujo hacia la mesa. Como un perfecto caballero, me acercó de la silla para que me sentara.

Lo observé mientras servía dos copas de vino para nosotros. Luego fue hacia una mesa pequeña colocada al lado y destapó las bandejas que había allí, revelando el aroma aún más intenso y delicioso que había sentido desde que llegué.

—Espero que te guste el ñoqui, el filete mignon y las papas rústicas —dijo Rafael, atrayendo mi atención.

—Uno de mis platos favoritos.

—Eso es perfecto —sonrió, satisfecho. Luego se sentó en la silla frente a mí.

—Estoy intrigada por algo —dije, midiéndolo con la mirada.

—Cuéntame, Bianca, ¿qué te intriga?

—Hm... —tomé la copa de vino y la llevé a la boca. Después de saborear el vino, la dejé sobre la mesa una vez más—. ¿Qué más

sabes hacer?

—Más de lo que imaginas —respondió con los ojos intensos sobre mí—. Cuéntame más sobre ti.

—Bueno... creo que deberíamos empezar con que tú cuentes más; al fin y al cabo, estoy en desventaja aquí: tú ya sabes mucho sobre mí —dije, mientras lo observaba tomar un sorbo de vino.

De repente, sus ojos intensos se fijaron en mí y sentí que el aire me faltaba por un momento.

—No lo suficiente —dijo, serio—. Creo que nunca será suficiente, porque al igual que tú, Bianca, yo lo quiero todo.

Su tono autoritario y esa confesión tan repentina hicieron que mi corazón diera un salto.

—¿Haces esto con frecuencia? —pregunté, intentando encontrar algún indicio de que debía tener cuidado con la intensidad de mis sentimientos.

Rafael me recorrió con la mirada, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo.

—Princesa, no soy un príncipe encantado. Tampoco soy un hombre que suele preparar cenas como esta, ni decir que quiere algo serio —dijo, con firmeza—. Este tipo de plan normalmente no me agrada, todo lo que estoy haciendo es solo por ti.

Arqueé las cejas, asimilando aquella información. ¿Cómo podía creer que él nunca había hecho algo así antes?

—¿Por qué?

—Ya te lo dije, nunca me interesó tener esto con nadie. Tú fuiste clara al decir que querías romance, yo estoy siendo claro al decir que quiero el paquete completo, así que te lo daré.



La cena estaba siendo increíble.

Rafael parecía sincero, así que me permití disfrutar del momento con él y compartir un poco de mi vida.

Mientras cenábamos, le conté más sobre mí, sobre mis años en Nueva York y también sobre lo que sabía de mi padre antes de descubrir que era Carlos.

Tenía que admitir que el momento con él estaba siendo demasiado agradable. La comida estaba divina, tuve que controlarme para no comer en exceso.

Cuando terminamos, Rafael recogió los platos y me pidió que esperara un momento. Luego apareció trayendo dos copas con postre que hicieron que mis ojos brillaran.

—¿Has probado banoffe de fresas? —preguntó, y negué con la cabeza. —No lo hice yo, y aunque no soy muy fanático de los postres, este es uno de los mejores que he probado.

Rafael colocó una de las copas frente a mí y me guiñó un ojo. Luego se sentó en la silla frente a mí.

Sin perder tiempo, tomé la copa y probé un poco del postre con la cuchara. Saboreé lentamente el bocado que llevé a mi boca, sintiendo la combinación perfecta de fresa, crema de chocolate blanco y Nutella.

—Perfecto —dije, y sin demora, tomé un poco más, llevé la cuchara a la boca para disfrutar una vez más de ese sabor delicioso.

—Princesa... —Rafael llamó mi atención.

—¿Sí?

—Tendré que estar fuera aproximadamente una semana para cerrar dos alianzas. Nueva York y Los Ángeles —comentó—, ¿qué te

parece acompañarme en este viaje?

Arquee las cejas ante la propuesta repentina.

—Eh... ¿cuándo te vas?

—Mañana.

Sonreí al pensar en ir con él y disfrutar un poco del viaje, pero negué con la cabeza.

—Acepté participar en un proyecto en la empresa, quiero seguirlo de cerca antes de regresar.

—Una semana —remarcó, y mi sonrisa se amplió.

Me estaba gustando eso, definitivamente me estaba gustando.

—Estaré aquí cuando regreses, Rafael.

Como si deseara más contacto, Rafael se levantó y, después de unos pasos, se detuvo frente a mí. Acepté cuando extendió la mano hacia mí. Con un movimiento rápido, me atrajo hacia él y sus manos rodearon mi cintura. Sus ojos intensos estaban sobre mí.

—¿Sería incorrecto querer persuadirte de lo contrario? —susurró.

—Oh, sí. Definitivamente no deberías hacer eso.

—¿Por qué no?

—Estoy decidida a quedarme, simplemente disfrutemos el tiempo que tenemos hasta que te vayas.

Rafael dejó escapar un pequeño gemido y sus manos fueron a mi trasero. En un abrir y cerrar de ojos, me levantó del suelo.

Mis manos fueron a su cuello y pegué mi cuerpo completamente al suyo, con un solo pensamiento en mente.

Aquella sería una noche larga.



CAPÍTULO 24

—*¿De verdad vas a venir?* —La voz de Vivian resonó al otro lado de la línea justo en el momento en que atendí.

—Claro, ya te dije que sí —respondí mientras bajaba las escaleras.

—*Si me vuelves a dejar plantada, voy hasta allá a buscarte.*

—Estoy saliendo de la empresa ahora, voy a casa para arreglarme. —Mis ojos se dirigieron al frente, encontrando a Alexandre y a Patricia conversando en la recepción—. Bueno, te veo más tarde, besos.

Cerré la llamada sin esperar respuesta y me dirigí hacia los dos.

—Alexandre, tú por aquí —dije con una sonrisa.

—Patricia no se conforma con verme todos los días, tiene que hacerme venir hasta aquí también —dijo, y arqueé las cejas—. Vivimos en el mismo edificio.

—Ah, sí. —Sonreí y miré a Patricia—. ¿Se conocen desde hace mucho?

—Nos conocemos desde niños, pero nos acercamos de verdad en la época de la universidad —dijo Patricia, y luego sonrió. —Estudiamos en Harvard.

—Oh, qué bien.

—Lo dices porque no eres tú quien tiene que aguantarla todo ese tiempo —dijo Alexandre con una sonrisa pícara en el rostro. Patricia lo fulminó con la mirada.

—Como siempre, provocador —dije a Alexandre y desvié la mirada hacia el reloj—. Me alegra verte, pero tengo que irme.

Sonreí y comencé a caminar hacia la salida.

—¿Planes para hoy? —La voz de Alexandre me hizo detenerme y mirarlo una vez más.

—Voy a una discoteca con una amiga, en Búzios. —Lo medí con la mirada, recordando que me había preguntado si tenía una amiga para presentarle, y sonreí. —Deberías ir también.

—¿Es una invitación? —arqueó las cejas.

—Sí... y no —enfaticé, haciendo que esa misma sonrisa pícara apareciera. —Te voy a presentar a mi amiga.

—Mándame la dirección, estaré allí —dijo, y asentí. Luego me dirigí hacia la salida.

Caminé hacia el auto y lo abrí, enseguida lo puse en marcha para ir hacia el penthouse.

Rafael había insistido en que me quedara con su auto, y claro, no quería uno que llamara tanto la atención como el Lykan, así que me dejó una Mercedes un poco más discreta.

No lo rechacé, al fin y al cabo, no había nada mejor que estar motorizada.

Estaba llegando a casa cuando mi teléfono vibró. Después de estacionar en el garaje, lo tomé, comprobando que era un mensaje.

Rafael: *Princesa, ¿cómo están las cosas por ahí? Hoy te llamaré más tarde.*

La sonrisa tonta de siempre fue inevitable. Aunque estuviera lejos, Rafael no dudaba en llamarme todos los días, y eso era realmente delicioso.

Fueron varios mensajes a lo largo de la semana, como: *"Debería estar trabajando, pero no puedo dejar de pensar en ti."* También recibí algunos más atrevidos y ardientes, como: *"Necesito follarte desesperadamente."*

Y la sonrisa tonta estaba presente en todos ellos, así como en este instante.

Sin perder tiempo, escribí una respuesta.

Yo: *Todo bien, estoy yendo a la discoteca donde trabaja mi amiga Vivian, vamos a disfrutar un poco la noche, así que hablamos cuando esté en casa.*

La semana no había traído muchas novedades. Me concentré en el proyecto y tuve el disgusto de tener a Melanie encima algunos días, al fin y al cabo, ella no creía justo que yo estuviera en la oficina de Carlos.

El dolor de cabeza era tal que, a veces, sentía ganas de simplemente dejar que ella se encargara de todo. Pero entonces pensaba en cada palabra de mi padre para mí en el diario.

No podía hacer eso.

Mi celular vibró una vez más, llamando mi atención. Fruncí el ceño al ver que ya había respondido.

Rafael: ¿Noche de chicas?

Dudé en cómo responder. Rafael claramente tenía algún problema con Alexandre, y yo no había pensado en eso cuando lo invité.

Hice una pequeña mueca y decidí ser vaga, al fin y al cabo, no sabía si él realmente aparecería y no estaba haciendo nada malo, no veía problema en ocultar un pequeño detalle.

Así que, antes de dirigirme al penthouse, le respondí.

Yo: *Más o menos.*



Vi a Vivian en el bar, sirviendo un trago a un cliente. En ese momento, me dirigí hacia ella.

—Por favor, no me digas que estás trabajando hoy —dije, atrayendo su mirada hacia mí.

—No lo estoy —respondió, mirándome de arriba abajo. —Estás demasiado guapa con ese vestido.

—Gracias —dije, y enseguida me senté en uno de los taburetes del bar. —Invité a un amigo para que viniera hoy.

Vivian arqueó las cejas, pero no respondió. Colocó una botella de tequila y dos vasos frente a nosotras. Luego rodeó el bar y cruzó algunas palabras con una de las chicas que estaban sirviendo antes de venir hacia mí.

Se sentó a mi lado y sirvió un trago para cada una.

Vivian sin duda se sentía de la misma manera, así que podía decir que éramos el dúo perfecto. Y cuando estábamos juntas, no dábamos espacio a los idiotas que intentaban acercarse con todo.

—Mira nada más... ardiente como siempre. —La voz masculina flotó en el ambiente, y aunque estaba amortiguada por la música, pude identificar que se trataba de Alexandre.

Me giré hacia él, y enseguida mis ojos se dirigieron detrás de él, encontrando a Patricia a pocos metros de distancia.

—Ah, hola... —dije, y volví la mirada hacia él.

—Ella insistió en venir conmigo, espero que no te moleste —dijo Alexandre, y forcé una sonrisa.

—Estamos aquí para divertirnos un poco. —Hice una mueca.

Entonces, mi mirada fue hacia Vivian. La descarada tenía los ojos fijos en Alexandre.

—Amiga, déjame presentarlos. —La atraje más cerca. —Alexandre, ella es mi amiga Vivian. —Mis ojos se dirigieron a ella. —Vivian, él es Alexandre y mi prima Patricia.

—Es un placer conocerlos —dijo Vivian, y extendió la mano hacia Alexandre. Luego saludó a Patricia. —¿Qué les parece si empezamos por la barra?

La boca de Alexandre se curvó en una sonrisa de sinvergüenza, al mismo tiempo que sus ojos se posaban sobre Vivian.

—Me encantaría.



—¡Por favor, bésense ya! —dijo Patricia, y solté una carcajada.

En la última hora, el coqueteo entre Vivian y Alexandre había sido evidente. Nos turnamos entre la pista de baile y terminamos tomando una mesa privada para estar más cómodos, pero el beso entre ellos aún no había ocurrido hasta ese preciso momento. Así que solo podía estar de acuerdo con Patricia.

Tomé otra dosis de tequila y la bebí de un solo trago. Serví una más en el vaso, pero justo cuando coloqué la botella sobre la mesa, la mano de Alexandre fue hacia mi vaso, atrayendo mi atención.

Él bebió esa dosis, y yo hice una mueca.

—No deberías beber más, Bianca, el tequila es fuerte y ya llevas cuatro dosis —dijo, y en ese instante pensé en Rafael.

Solté una risa al darme cuenta de que él seguramente haría lo mismo.

—¡Hombres! —dije y desvié la atención hacia mi bolsa, sintiendo el teléfono vibrar.

El nombre que apareció en la pantalla dejaba claro cuán fuerte era nuestra conexión.

—Nada de teléfonos ahora, no me vas a dejar aquí de espectadora con estos dos —dijo Patricia, y en un movimiento rápido tomó mi celular.

—Hey... —llamé su atención, justo cuando sus ojos fueron hacia la pantalla.

—¿Es Rafael Armani? —preguntó, curiosa.

Me limité a asentir, y enseguida ella rechazó la llamada, silenció mi celular y lo guardó en mi bolsa.

—Sin celular.

Estaba a punto de tomar el aparato, pero sabía que insistir en atender solo haría que me llenara de preguntas. Y como Rafael sabía que no estaba en casa, opté por llamarlo más tarde.

—Al menos deberíamos bailar entonces —dije, y me levanté, yendo hacia la pista de baile.

Una vez más moví mi cuerpo al ritmo de la música deliciosa. Y a pesar de haber tomado cuatro copas de tequila, me sentía bien.

Pasé las siguientes canciones evitando cualquier contacto con Patricia. Siempre que intentaba acercarse, me iba hacia el lado de Vivian y Alexandre.

Y todo iba bien, hasta que Patricia pareció haber visto un fantasma. Estaba a punto de girarme para mirar en su dirección,

cuando sentí unas manos fuertes envolver completamente mi cuerpo.

Al minuto siguiente, estaba contra músculos firmes. Mi mirada subió lentamente y encontré los ojos serios de Rafael sobre mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté con la voz entrecortada.

—Vine a buscarte, princesa.



CAPÍTULO 25

—Rafael... —La voz de Patricia llamó nuestra atención.

—Hola, Patricia —dijo, serio, y enseguida sus ojos se volvieron hacia mí.

—¿Dónde está tu teléfono? —preguntó, midiéndome con la mirada.

—En mi bolsa —respondí, y recorrí a todos con la mirada. Encontré a Vivian con un brillo en los ojos, Alexandre simplemente observando y Patricia totalmente desconcertada.

—Vamos... a hablar en otro lugar.

—Está bien, vamos.

Me giré rápidamente hacia los tres que me miraban.

—Sigan divirtiéndose, yo... vuelvo en unos minutos —dije, y antes de que pudieran decir algo, ya estaba siendo llevada por Rafael fuera de la pista de baile.

No sabía realmente qué sentir. Era deliciosa su imponencia, cómo me arrancó de allí, y al mismo tiempo, sabía que había sido

descubierta por no haber contado que Alexandre también estaría allí.

Rafael me llevó hacia la zona de la terraza. Cuando llegamos, noté que había pocas personas en el ambiente, y entonces Rafael siguió llevándome un poco más lejos.

La vista en ese punto era más bonita, aunque seguía siendo una zona reservada del local.

—No podemos... —dije cuando me atrajo hacia un área restringida.

—Puedo estar aquí, no te preocupes —respondió. Entonces, sus ojos se posaron en mí. —¿No olvidaste contarme algún detalle sobre la noche de chicas, Bianca?

—No dije que sería una noche de chicas —dije, aunque sabía que había sido vaga al respecto.

Rafael asintió con la cabeza.

—Rechazaste la primera llamada e ignoraste las demás. ¿Crees que esa fue una actitud correcta? Pensé que algo estaba mal y, por eso, vine lo más rápido que pude hasta aquí.

—Fue Patricia... hm... ¿Cuándo llegaste?

—Hace cerca de una hora. Como sabía que estabas en Búzios, vine directo para acá. —Me examinó con la mirada. —¿Qué hay entre tú y Alexandre?

—Ya te dije que nada, es un amigo, nunca pasó nada y tampoco va a pasar.

—¿Amigo? —arqueó las cejas. —¿Me estás diciendo que tu relación con él siempre fue de amistad?

No respondí a su pregunta.

Sabía muy bien que no era así como funcionaban las cosas. A pesar de que nunca pasó nada con Alexandre, coqueteamos algunas veces. Por otro lado, no ocurrió nada precisamente porque yo estaba demasiado concentrada en mis estudios.

—Te lo dije, princesa. —Dio un paso hacia mí, y en un movimiento involuntario, di un paso hacia atrás, apoyando mi cuerpo contra la pared. —Eres mía.

Mi corazón se descompasó al escuchar esas palabras salir de forma tan autoritaria de sus labios.

—Sí, lo soy —susurré, sintiendo una oleada de excitación recorrer mi cuerpo. —Solo tuya, Rafael, no quiero a nadie más que a ti.

En un abrir y cerrar de ojos, las manos de Rafael estaban sobre mí. Las deslizó por mi cuerpo y me atrajo hacia él, haciéndome sentir cuán duro estaba.

Un gemido contenido escapó de mis labios cuando llevó la mano a mis piernas y me levantó del suelo. Sus labios encontraron los míos, y enseguida, un beso voraz, lleno de intensidad y deseo, se apoderó de nosotros.

Mis manos fueron a su cuello, mientras daba espacio para que su lengua explorara la mía, enviando descargas deliciosas por todo mi cuerpo.

Cuando terminó el beso, estaba completamente sin aliento. Bajé las piernas y él me colocó en el suelo. Mi corazón casi se me salió por la boca cuando sus manos calientes deslizaron hacia mi braga.

—Rafael… —susurré, atrayendo su mirada hacia mí—. No estamos solos aquí.

—Por eso tenemos que ser rápidos —su voz ronca me hizo estremecer—. Necesito estar dentro de ti, princesa; si no quieres… este es el momento de pedirme que pare.

Debería decir que estaba loco, pero en lugar de eso, solo le di espacio para que siguiera; esa adrenalina, en realidad, era demasiado excitante.

Resoplé al sentir sus dedos en mi chocho.

—Estás tan mojada —gruñó—. Te gusta, ¿verdad? La adrenalina te está volviendo loca, igual que a mí.

Incapaz de responder, solo dejé escapar un gemido contenido cuando sus dedos encontraron mi clítoris. Cerré los ojos y me concentré en esa sensación.

Pero entonces, Rafael se detuvo.

—Necesito sentir tu sabor —dijo—, y abrí los ojos. Al segundo siguiente, estaba arrodillándose.

Llevó la mano al borde de mi braga y, sin pedir permiso, me la quitó. Luego la puso en el bolsillo de su pantalón.

—¡Oh! Dios… —gemí—, cuando llevó la mano a una de mis piernas y la pasó sobre su hombro.

Recorrí con la mirada el lugar, constatando que al menos allí estábamos solos. Clavé mi uña en su hombro al sentir su lengua suave deslizarse por toda mi concha.

—Deliciosa, como siempre —dijo con la voz contenida, antes de volver toda su atención a mi concha.

Eché la cabeza hacia atrás y me entregué a un orgasmo intenso y torturante. Sentí mis piernas temblar y, al minuto siguiente, las manos de Rafael estaban sobre mí mientras intentaba recomponerme.

Cuando finalmente logré apoyarme sola, abrí los ojos y encontré los oscuros ojos llenos de deseo de Rafael sobre mí. Entonces, solo escuché el sonido de la hebilla de su cinturón al abrirse.

¡Y carajo! Ese sonido fue increíblemente excitante.

La ansiedad por tenerlo dentro de mí solo aumentó.

—Es mejor que digas que usas algún método anticonceptivo, porque estoy sin preservativos —dijo, atrayendo mi mirada—. Mis exámenes están todos al día, pero si dices que no…

Sus ojos estaban fijos en los míos, solo estaba esperando mi permiso.

—Sí, tomo pastillas… —respondí—, y también tengo los exámenes al día, solo deseando que siguiera.

Rafael sacó el pene, lo vi palpitar, mientras sus manos calientes venían hacia mí. Me levantó y mis manos fueron a su cuello, solo sintiéndolo hundirse en mí.

Gemimos juntos con el delicioso choque que el movimiento provocó, y luego lo repitió una vez más.

—¡Dios! —gruñó Rafael, apoyando mi espalda contra la pared.

Rafael comenzó a moverse, y yo apoyé la cabeza en la curva de su cuello, mientras mordía su hombro, intentando contener el gemido.

Lo apreté con fuerza cuando empezó a intensificar sus embestidas; estaba a punto de volverme loca cada vez que se deslizaba dentro de mí, enviando ondas de excitación por todo mi cuerpo, mientras un delicioso escalofrío recorría mi piel.

La sensación era única, el momento y la intensidad alucinantes.

No me importó en lo más mínimo que Rafael me estuviera follando en una terraza, donde podríamos ser sorprendidos en cualquier momento. Lo único que quería era más de esa sensación de tenerlo dentro de mí.

—Mírame, princesa —ordenó. Levanté la cabeza y llevé la mirada hacia él. —Así, quiero que me mires mientras te follo.

Sus movimientos aumentaron, a un ritmo rápido y constante, alcanzando mi punto sensible, llevándome al borde del abismo.

Mi corazón casi se salió por la boca con la intensidad. Ya no podía controlar la sensación que me invadía. Sentí mi sexo apretarse y, una vez más, estaba clavando las uñas en su hombro mientras me rendía por completo.

En un instante, sus labios estaban sobre los míos mientras me presionaba contra la pared, uniéndose a mí en un rugido contenido de su propia liberación.

Estábamos jadeando, y nos tomó un momento estabilizarnos después de un orgasmo tan intenso. Cuando se apartó para mirarme, sentí un rubor por lo que acabábamos de hacer.

Rafael salió de mí y me colocó en el suelo. Luego sacó un pañuelo del bolsillo del blazer y, con cuidado, me limpió.

Lo observé mientras lo hacía; al minuto siguiente se limpió y abrochó los pantalones. Luego se dirigió hacia un bote de basura que estaba un poco más adelante.

Yo todavía intentaba recomponerme.

Cuando Rafael se acercó, sus ojos se posaron en mí y apareció una sonrisa ladeada.

—¿Qué pasa? —pregunté, examinándolo con la mirada.

—El cabello despeinado, el rostro sonrojado y esa expresión tan hermosa —dijo, acortando la distancia que quedaba entre nosotros—. Nadie dudará de lo que estábamos haciendo aquí.

—¿Intentas marcar territorio, Rafael? —pregunté con un claro tono de provocación.

Él negó con la cabeza.

—No, solo quiero que recuerdes que eres mía.

Rafael sacó mis bragas del bolsillo, luego se agachó para ayudarme a ponérmela. Cuando se puso de pie, sus ojos se quedaron fijos en mí, con un brillo diferente. Entonces se inclinó para susurrarme al oído:

—Siete veces, princesa.

—¿De qué hablas?

—Son las veces que te llamé y no respondiste, siete veces.

—Ah... —murmuré, con la voz entrecortada. Entonces se apartó un poco y volvió a mirarme.

—Pero ese número no solo significa eso... Dos ya fueron, faltan cinco.

—¿Qué? —pregunté, con la respiración aún agitada.

¿Había entendido bien?

—Ese será el número de veces que te haré correrte cuando lleguemos a casa... Solo tenlo presente.

Mis manos fueron a su camisa, y mi corazón latía descompasado.

—No creo que pueda, Rafael...

—Hoy te voy a demostrar que sí, que puedes ir más allá —dijo, alejándose un poco y recorriéndome con la mirada. Luego, en un tono aún más autoritario, continuó—: Arréglate, vamos a despedirnos de tus amigos y te llevaré a casa.



—¡Míralos! —dijo Vivian en el momento en que Rafael y yo nos detuvimos frente a la mesa reservada.

Le hice una pequeña mueca a la descarada.

—Tardaron —Patricia llamó mi atención.

—Ah... estábamos conversando un poco —respondí, desconcertada, mientras mi mente viajaba por lo que acabábamos de hacer.

—Lo sé... —Vivian nos lanzó una mirada sugestiva—, se nota en tu cara, nena; la conversación fue muy dura.

Mi mirada se volvió hacia Vivian y quise matarla, mientras ella me lanzaba una sonrisa pícara.

—Rafael... —Alexandre saludó a Rafael con seriedad, quien solo hizo un gesto con la cabeza. Enseguida, sentí su mano ejercer más presión sobre mi cintura.

Solté un suspiro contenido, sintiendo cómo mi cuerpo traidor reaccionaba de inmediato.

—Me la voy a llevar más temprano, espero que no les moleste —dijo Rafael, sin dejar espacio para que alguien dijera lo contrario.

—¿Están juntos? —preguntó Patricia de repente.

Mis ojos volvieron a ella; su interés por saber si Rafael y yo estábamos juntos comenzaba a incomodarme más de lo normal.

—Lo están... no puedo creer que no lo supieras —respondió Alexandre, y yo simplemente asentí con la cabeza.

Mis ojos se dirigieron a Rafael, que claramente estaba ignorando la pregunta de Patricia.

Sin querer prolongar el momento, simplemente miré hacia todos.

—Bueno, los veo por ahí —dije, y recibí la sonrisa de Alexandre. Enseguida, me incliné y tomé mi bolsa sobre la mesa.

—Disfruta el resto de la noche, nena, te llamo después —dijo Vivian, y yo solo asentí con la cabeza.

En ese mismo instante, Rafael hizo un gesto con la cabeza hacia todos, y sus manos firmes comenzaron a guiarme hacia la salida de la discoteca.

—Rafael... —llamé su atención en el momento en que las puertas del ascensor se cerraron.

En un abrir y cerrar de ojos, ya me estaba presionando contra aquella pared.

—Me gusta mucho este ascensor —dijo, arrancándome una sonrisa. Entonces se inclinó, pero antes de que pudiera besarme, mi mano fue a su pecho, impidiéndolo.

—Necesito preguntarte algo.

—Dime, princesa.

—Es sobre Patricia —dije, sintiendo cómo su expresión cambiaba—. Parecía demasiado interesada en saber si estábamos juntos, ¿la conoces de algún lugar?

—Sí, Patricia y Alexandre siempre están juntos —susurró al mismo tiempo que llevó la mano a mi trasero y me atrajo hacia él, dejándome sentir cuán duro estaba—. Pero hablar de ella es lo último que quiero en este momento.

—Oh... yo también —respondí, totalmente envuelta.

En el instante siguiente, la puerta del ascensor se abrió. Rafael se apartó un poco y llevó la mano a la puerta para mantenerla abierta, pero sus ojos permanecieron fijos en mí.

—Espero que estés preparada para esto, princesa, porque esta noche voy a llevarte al límite.



CAPÍTULO 26

Ella me estaba volviendo loco.

Bianca seguía sacudiendo mi mundo de una manera que ni siquiera imaginaba. A estas alturas, no esperaba que alguien pudiera lograrlo. Pero allí estaba, quitándome el poco juicio que me quedaba.

En el momento en que la puerta se cerró detrás de nosotros, Bianca se acercó a mí con todo su cuerpo. Saber que ella me deseaba con la misma intensidad que yo era increíblemente excitante.

La envolví en un beso abrumador mientras la guiaba por la casa, hacia mi cuarto. Entre tropiezos, nos detuvimos varias veces en el camino, mientras de manera apresurada le retiraba algunas prendas de ropa.

Bianca no se quedó atrás, sentí su mano en mi pantalón, quitando el cinturón y, al minuto siguiente, lo bajó junto con mi calzoncillo, liberando mi verga.

—Deliciosa —gruñí al sentir su mano acariciar la base de mi verga.

Ella dio una sonrisa traviesa y se apartó, luego se arrodilló y terminó de quitar esas prendas. Llevé la mano a mi camisa social y comencé a desabrocharla, con los ojos fijos en la morena atractiva.

Bianca se levantó y, tras arrojar esas prendas al suelo, se giró y se dirigió al baño. Por un momento, permanecí solo siguiéndola con la mirada, para admirar su trasero mientras se movía frente a mí.

Cuando pasó por la puerta, tiré la camisa al suelo y la seguí.

—Necesito una ducha —dijo, midiéndome con la mirada.

—Vamos a tomarla —respondí y me dirigí a la mampara para unirme a ella.

Abrí la ducha, controlé la temperatura del agua y la ajusté correctamente. Con los ojos fijos en Bianca, tomé un poco de jabón líquido en mi mano. Luego me acerqué un poco más y llevé mis manos a su cintura, subiendo lentamente hasta su abdomen y luego hasta sus senos deliciosos.

—¿Qué haces? —preguntó con la voz entrecortada.

—Shhh... disfrútalo —dije, intentando contener la respiración mientras la enjabonaba sensualmente.

Bianca cerró los ojos y siguió disfrutando cada toque. Yo seguí admirándola, sintiendo mi verga palpitar con cada gemido reprimido que escapaba de sus labios.

Toqué cada centímetro de su cuerpo, hasta que se metió en la ducha para enjuagarse. Aproveché para enjabonarme, o al menos intentarlo. Finalmente, la mano de Bianca se posó sobre la mía y me quitó el bote de jabón líquido.

—Ahora me toca a mí —dijo Bianca, vertiendo el jabón en su mano. Y, al igual que yo, empezó a enjabonarme lentamente,

prestando especial atención a mi verga, que ya dolía, ansiando estar dentro de ella.

Bianca me empujó suavemente bajo la ducha y, mientras terminaba de enjuagarme, se arrodilló frente a mí.

¡Dios! Definitivamente no me esperaba esto.

Bianca se dejaba llevar cada vez más, y era tan satisfactorio. Algo absolutamente delicioso.

Mi cuerpo tembló cuando esas deliciosas manos agarraron mi verga por la base con un movimiento delicioso. Entonces me miró fijamente y se la devoró con ganas, provocando un suspiro de deseo que se me escapó de los labios.

Había soñado innumerables veces con esa deliciosa boca, exactamente así, sobre mi verga. Y, debo decir, la sensación fue incluso mejor de lo que había imaginado.

—¡Deliciosa! —gruñí mientras le pasaba la mano por el cabello, admirándola mientras me chupaba con tanta pasión.

Tenía que contenerme para no tomar las riendas de la situación.

Lo que quería en ese momento era follar esa deliciosa boca. Pero no lo hice; la agarré del cabello con más fuerza y dejé que guiara mis movimientos.

Y, Dios, me estaba volviendo loco con la forma atrevida en que me miraba, mientras su lengua acariciaba la punta de mi verga a la perfección.

Bianca empezó a alternar movimientos, llevándome cada vez más adentro, y sabía que si seguía a ese ritmo delicioso, me correría muy pronto.

Le aparté un poco el cabello y retiré mi verga de su deliciosa boca.

—¡Ay, princesa... Me vas a matar así! —gruñí cuando intentó agarrarme de nuevo.

—¡Quiero más! —dijo, mordiéndose el labio.

La toqué y la giré de espaldas.

—¡Apoya las manos en la pared, princesa!

Cuando me oyó, hizo exactamente eso y levantó su trasero delicioso. Puse mi mano sobre su trasero y lo acaricié un instante; pude ver su cuerpo temblar. Al instante siguiente, le di una palmada fuerte.

—¡Ay, Rafael...! —gimió, haciendo palpitar mi verga.

—¿Te gusta? —pregunté, y volví a acariciarle el otro lado.

—¡Mucho…! —respondió con un gemido mientras le daba otra palmada.

Pero este era un juego que no podía ganar; estaba a punto de volverme loco. Así que agarré mi verga y comencé a deslizarla en su entrada.

Me deslicé dentro de ella, sintiendo que el espacio se abría, mientras un pequeño gruñido escapaba de mis labios.

Me aparté y me hundí de nuevo, provocando un suave gemido de Bianca.

Poco a poco, comencé a aumentar mis movimientos. Llevé la mano en su cabello y lo recogí en una cola de caballo, presionando su cuerpo contra el mío. Y en esa posición extremadamente excitante, me hundí más y más.

Sus gemidos aumentaron considerablemente, y su deliciosa concha comenzó a apretarse alrededor de mi verga.

Aumenté mis embestidas aún más, viéndola perder el control cada vez más.

—Yo... carajo —gimió Bianca, entregándose a un orgasmo intenso.

—Tres... —susurré cerca de su oído.

Entonces solté su cabello, con una mano en su pecho y la otra en su clítoris.

No estaba dispuesto a parar.

Seguí enterrándome en ella sin pudor, sintiendo con cada movimiento que daba en el punto justo.

—Por Dios, Rafael... —suplicó Bianca, lo que solo me animó a seguir. Y unas cuantas embestidas después, se desplomó en un grito alucinante entre mis brazos una vez más.

Sin poder contenerme, la acompañé con un rugido, desatando todo mi placer en fuertes chorros.

Permanecimos en esa posición unos minutos. Había sido demasiado intenso.

La giré para que me mirara, y la sonrisa fue inevitable al notar lo blanda que estaba.

—Cuatro, princesa —dije, con la respiración irregular.

Bianca me dedicó una débil sonrisa y luego la llevé de nuevo a la ducha. La enjaboné y luego hice lo mismo. Después de secarme, la levanté en mi regazo para sacarla del baño.

Bianca me rodeó el cuello con las manos y la llevé a mi cama. Sus ojos se posaron en mí, completamente perdidos.

—Descansa un poco —susurré.

Ella simplemente cerró los ojos y me acosté a su lado, permitiéndome admirarla por un momento.

Mis manos se posaron en su cabello, y lo único que deseaba era tenerla a mi lado, como había pensado en ella toda la semana estando lejos.

Sin duda había sido una semana larga.

Nunca había sentido tanta necesidad de estar con alguien, nunca había anhelado una cita como esta, ni había sentido algo así cada vez que pensaba en esta morena deliciosa.

La verdad era que, por mucho que no quisiera admitirlo tan pronto, me estaba enamorando.

Quizás, inconscientemente, ya había estado sintiendo algo durante los últimos seis años, cada vez que me preguntaba cómo estaría o cada momento que anhelaba volver a verla.



CAPÍTULO 27

La experiencia había sido tan intensa que en algún momento me quedé dormida sin darme cuenta.

Abrí los ojos aún aturdida, encontrando el cuarto oscuro, lo que indicaba que aún no había amanecido.

Me giré de lado y encontré a Rafael a mi lado, durmiendo serenamente.

Me mordí el labio inferior y el corazón dio un salto en el pecho, mientras recordaba lo perfecta que había sido la noche después de una semana sin verlo.

Llevé mi mano hacia él y me permití acariciar su rostro por un momento.

—Despertaste —susurró, haciendo que apartara mi mano en un movimiento involuntario.

Sus ojos se encontraron con los míos y sus manos grandes pasaron por mi cintura. Rafael me atrajo hacia él.

—¿No dormiste? —pregunté, observándolo con atención.

—Me preguntaba si debería ser un caballero y dejarte dormir un poco más, o si debería despertarte pasando mi lengua por tu deliciosa concha —dijo, haciéndome sonrojar.

Al darse cuenta, una sonrisa ladeada se formó en sus labios. Incluso en la oscuridad, pude ver claramente su intensa mirada fija en mí. Permanecimos en esa posición durante unos minutos, mientras él seguía alterándome por dentro más de lo debido.

—¿Por qué yo? —susurré, deseando oírlo hablar de nuevo.

En un movimiento rápido, Rafael se lanzó sobre mí, haciéndome quedar de espaldas al colchón suave.

Sus ojos encontraron los míos, y casi perdí el aliento por tanta intensidad.

—No eres superficial... al contrario, eres una mujer decidida y fuerte —susurró mientras sus manos comenzaban a deslizarse por mi cuerpo—. Me gusta eso, me gusta el hecho de que no dejaste que la decepción te derrumbara, te hizo más fuerte... fuiste al extranjero, estudiaste y te graduaste. Eso es jodidamente excitante.

—¿Te gusta eso? —pregunté con la voz entrecortada.

—Eres una mujer increíble, Bianca —dijo, y enseguida se inclinó para hablarme al oído—. Y más vale que te acostumbres a la idea, porque serás mi mujer.

Mientras decía esas palabras, Rafael me mordisqueó la oreja y empezó a dejar besos húmedos por mi cuello.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al sentir la combinación perfecta de sus labios deliciosos y su barba rozándome sensualmente.

Sin prisa, en una deliciosa tortura, acercó sus labios a mis senos y los chupó, prestándoles especial atención, antes de continuar hacia abajo.

Rafael apartó la sábana, me separó las piernas y se inclinó, colocándolas a ambos lados de su hombro mientras se acomodaba

entre ellas.

Un suave gemido escapó de mis labios al sentir cómo su lengua recorría mi concha.

Rafael empezó a chuparme con movimientos tan precisos que estaba a punto de volverme loca.

La forma en que me conducía era única. El momento fue increíblemente ardiente y profundo. Y sabía que, a ese ritmo, no tardaría en llevarme a uno de los mejores orgasmos que jamás había tenido.

Mis gemidos se hicieron más fuertes mientras me lamía sensualmente, llevándome al límite al instante.

Un gemido incontrolable escapó de mis labios mientras temblaba en su boca.

¡Oh, carajo! Había sido demasiado intenso.

—Eso fue tan jodidamente sexy —gimió Rafael, con la respiración visiblemente afectada—. Necesito verte correrte en mi boca otra vez.

—¡No puedo! —Jadeé al sentir la boca de Rafael sobre mí de nuevo.

Sus ojos no se apartaron de los míos; mientras me chupaba el clítoris, sentí que me penetraba con un dedo. Enrosqué los dedos en la sábana y los apreté con fuerza, dejando que esa deliciosa sensación me invadiera.

No tardó mucho en introducir otro, penetrándome con avidez, explorándome por completo con su boca.

Y pensé que no podía soportarlo más cuando sentí una explosión de sensaciones invadir mi cuerpo, acompañada de un grito que describía a la perfección lo que sentía.

—Seis —jadeó, acelerándome el corazón.

Incluso aturdida, noté que Rafael se levantaba; al minuto siguiente, me acomodó en la cama.

—No... —Mi voz se apagó. —No creo que pueda aguantar otro.

—Aguanta, princesa, lo dijiste hace unos minutos, y mírate —dijo con autoridad, haciéndome temblar el cuerpo.

Su cuerpo se posó sobre el mío y sus ojos no dejaban de analizarme. Sonreí, dándole justo lo que esperaba.

La verdad era que, aunque mi cuerpo gritaba que no podía, lo anhelaba cada vez más.

Envolví mis piernas alrededor de su cintura, dándole la libertad que necesitaba para continuar.

Rafael colocó su pene en mi entrada y comenzó a extender mi lubricación.

—¿Cómo estás? —preguntó, con la mirada fija en la mía.

—En las nubes —respondí con un gemido de anticipación. En ese momento, se deslizó dentro de mí.

El gemido se hizo más intenso con esa deliciosa invasión.

Apreté un poco las piernas a su alrededor mientras él se apartaba y se hundía una vez más.

—Ahora, princesa, me hundiré en ti lentamente, hasta que te desplomes completamente en mis brazos. Te seguiré después, y solo entonces dormiremos.



CAPÍTULO 28

Despertamos tarde a la mañana siguiente.

La noche había sido demasiado intensa y apenas podía creer cómo estaba sucediendo todo entre nosotros. La intensidad de Rafael me provocaba mariposas en el estómago con solo recordarlo.

Con una sonrisa tonta en el rostro, estaba recordando la noche anterior. El cuerpo caliente de Rafael sobre el mío, mientras confirmábamos esa conexión inexplicable que cada vez se hacía más presente entre nosotros.

—Daría todo por saber en qué piensas tanto en este momento. —La voz de Rafael flotó en el ambiente, haciéndome mirar alrededor del cuarto.

Estaba apoyado en el marco de la puerta del baño, mientras me miraba fijamente.

Me pasé la lengua por los labios, humedeciéndolos, y me levanté, caminando hacia él. Me puse de puntillas al mismo tiempo que pasaba mis brazos alrededor de su cuello para darle un beso rápido.

—Buenos días —dije, mientras él envolvía sus brazos alrededor de mí.

—¿Qué quieres hacer hoy? —preguntó con los ojos fijos en los míos.

—No lo sé... Hm, tengo pensado pasar por la casa de mi madre, aparte de eso, no tengo nada en mente.

—Está bien, vamos a desayunar y luego podemos cambiarnos e ir a ver a tu madre —dijo, haciendo que mi corazón diera un salto —. ¿Qué te parece?

—¿Nosotros... podemos? —pregunté un poco desconcertada.

—Sí, entonces después de saludarla, podemos conocer un poco de Búzios. —Me guiñó un ojo y casi muero.

¿Cómo podía tratar algo así con tanta naturalidad?

Rafael pareció notar mi desconcierto, pero no se molestó en preguntar al respecto. Se inclinó y besó mis labios, luego me llevó hacia la cocina.

Mi mente era un torbellino, así que no protesté cuando él me sentó en la encimera y comenzó a servirme el café.

Durante el desayuno, sentí las miradas de Rafael sobre mí. Parecía analizar cada una de mis reacciones, y eso solo lograba ponerme más nerviosa.

Lo cual no era común, pero era el poder que él tenía sobre mí.

Cuando terminamos, Rafael dijo que se encargaría de la cocina y que mis cosas estaban en el vestidor. No me sorprendió, había dejado todo en el auto y el guardia lo había recogido allí.

Fui al cuarto, usé el baño y me puse un vestido ligero que había elegido para pasar el día de hoy.

Terminé de cambiarme y me giré, encontrando a Rafael en la puerta.

—¿Estás lista?

—No tienes que hacer esto —respondí, ignorando por completo su pregunta.

Rafael comenzó a dar pasos hacia mí.

—¿Hacer qué? —preguntó y se detuvo frente a mí.

—Ya sabes, ir conmigo a casa de mi madre y...

—Quiero hacerlo. —Su tono hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo.

—Hm... está bien entonces —dije y asentí.

Rafael fue hacia el vestidor y volvió unos minutos después, vestido con ropa casual pero sexy. Una camisa de vestir negra y una bermuda de mezclilla.

Era la prueba viva de que ese hombre se vería delicioso con cualquier cosa.

—¿Vamos? —preguntó, atrayendo toda mi atención.

Su sonrisa sexy delataba perfectamente que me había pillado, ¿pero a quién le importaba?

Asentí y él tomó mis cosas, vino hacia mí, entrelazó nuestras manos y me llevó hacia la salida.

Después de guardar mis cosas en el auto, Rafael abrió la puerta para mí y luego se puso al volante. Le pasé la dirección de mi madre mientras sentía cómo el corazón se aceleraba más y más a medida que nos acercábamos al edificio donde ella vivía.

Cuando llegamos, Rafael continuó guiándome de la misma forma, hasta que nos detuvimos frente a la puerta.

Con un movimiento suave, solté la mano de Rafael y toqué el timbre. Esperé ansiosa hasta que mi madre abrió la puerta.

La expresión de ella fue una mezcla de felicidad y sorpresa, no supe identificar cuál había predominado.

—Hola, mamá... él es alguien que me gustaría que conocieras —dije y desvié la atención hacia Rafael. Entré en pánico al darme cuenta de que no habíamos acordado nada—. Él es, bueno...

Rafael esbozó una sonrisa ladeada, como si se divirtiera con la situación, y entonces extendió la mano hacia mi madre.

—Es un placer conocerla, Lilian, soy Rafael Armani, el novio de Bianca.

—¿Novio... hmm? —Mi madre me miró con una expresión llena de picardía, lo que me hizo sonrojar de inmediato—. Pensé que se había ido a casa de Vivian, pero ahora lo entiendo todo.

—Mamá... —dije, haciendo que soltara una suave carcajada.

—Pasen, por favor —dijo, y nos hizo espacio para entrar.

—Voy a preparar algo rico para nosotros.

—De ninguna manera, antes de salir de casa contacté con un restaurante que me gusta mucho y pedí que prepararan algunos platos y los trajeran aquí, así podemos conversar con tranquilidad y disfrutar del día. Espero que no le moleste —dijo Rafael, sorprendiéndome incluso a mí.

—Hija... —mi madre me miró—. Tengo que decir que ya me cae muy bien.

—Me lo imagino, mamá —sonreí y negué con la cabeza.

—Ya que tendremos tiempo suficiente, díganme... ¿cómo y cuándo se conocieron?

Al oír aquella pregunta, mis ojos fueron automáticamente hacia Rafael.

—Conocí a Bianca en la discoteca, que intentó huir de mí... claro. —Esbozó una sonrisa ladeada y mi madre arqueó las cejas—. Pero como el destino estaba a mi favor, Bianca terminó en mi penthouse después de que mi padre se lo ofreciera.

—Oh... ¿eres hijo de Marcelo? —preguntó, sorprendida.

—Sí, mamá, lo es.

—Entonces has acompañado de cerca cómo ha estado Bianca —dijo sin poder ocultar la sonrisa. Rafael y yo asentimos al mismo tiempo. —No sabes cuánto me alegra saber que Bianca tiene a alguien en quien confiar.

—Puedes estar segura de eso, Lilian, haré todo lo que esté a mi alcance por ella —dijo Rafael, haciendo que mi corazón vacilara una vez más.

Empecé a preguntarme si algún día me acostumbraría a toda esa intensidad.

Unas dos horas después, llegó la comida que Rafael había pedido. Nos sentamos a almorzar y seguimos conversando, saciando toda curiosidad que doña Lilian pudiera tener.

Luego de un postre y tanto, y de un buen rato más de charla, Rafael y yo nos despedimos de ella, prometiendo que volveríamos juntos más veces. Después de todo, mamá había quedado encantada con él.

Dejé que Rafael me guiara como siempre, pero cuando en vez de ir hacia el auto tomó la dirección opuesta, mis ojos fueron inmediatamente hacia él.

—¿A dónde vamos? —pregunté, atrayendo su mirada.

—La playa está a unos minutos de aquí... —Me midió con la mirada—. Pensé que podríamos dar una vuelta antes de volver a mi casa y pasar el resto del día allí.

—Oh... —respondí sin poder ocultar la sonrisa al darme cuenta de que Rafael realmente quería pasar más tiempo conmigo—. Claro, podemos hacerlo.



CAPÍTULO 29

El sonido insistente de mi celular hizo que despertara más temprano de lo planeado.

Mis ojos fueron hacia el lado y encontré a Bianca mirándome.

—Perdón por eso, vuelve a dormir —le susurré, y ella solo me dio una sonrisa melosa.

Llevé la mano al mueble junto a la cama para tomar el celular y lo llevé al oído.

—¿Hola? —contesté somnoliento.

—*Rafael, ¿dónde estás?* —La voz de mi padre al otro lado de la línea me hizo sentarme en la cama.

—¿Todo bien? —pregunté, alerta.

—*Sí, pero necesito hablar contigo con cierta urgencia.*

Al escucharlo, mis ojos fueron al reloj en la pared, constatando que eran casi las 06:00.

—Estoy en Búzios, pero iré a la capital en aproximadamente una hora —respondí, y mis ojos volvieron a Bianca, que se había

sentado en la cama y mantenía la mirada fija en mí.

—De acuerdo, te esperaré en casa para conversar personalmente.

—Está bien, papá, nos vemos antes de las 10 —dije y terminé la llamada.

Volví a dejar el teléfono en la mesa al lado de la cama y me giré hacia Bianca, que me miraba adormilada. Le puse la mano en la cintura y la senté en mi regazo.

—¿Pasó algo? —preguntó, colocando las piernas sobre mí.

—Después de este fin de semana tan delicioso, parece que es hora de volver a la realidad —susurré mientras pasaba las manos por debajo del tejido de su babydoll, acariciando su piel desnuda.

El domingo había sido increíble.

Después de conocer a la madre de Bianca y dar una vuelta por la playa, volvimos a mi casa y nos concentramos en cosas simples, como ver una película, simplemente recuperándonos de toda la intensidad y disfrutando un poco de la compañía del otro.

Y tengo que decirlo: fue increíble.

Pude conocerla un poco más, y al mismo tiempo fue delicioso tener finalmente un momento nuestro, sin que ella quisiera huir de mí.

—Hm... —gimió Bianca, melosa, inclinándose hacia mí. Me rodeó el cuello con los brazos y me dio un beso rápido en los labios. —Tengo que revisar el proyecto para presentárselo al cliente hoy, así que deberíamos irnos.

—¿Cómo puedes preguntarme eso después de gemir así? —-gruñí suavemente, provocando una sonrisa en sus labios.

—¿Y si es urgente? —preguntó, mientras la atraía hacia mí, frotando su deliciosa concha contra mi verga, que ansiaba poseerla.

—¿Más urgente que eso? —pregunté con la voz más ronca de lo habitual. Bianca se estremeció, lo que me hizo sonreír. —Princesa, ayer solo dejé que te recuperaras, pero necesito sentirte antes de volver a la rutina.

—Eres... un pervertido —dijo con la voz entrecortada.

Una sonrisa se dibujó en mis labios y me apreté más fuerte contra ella, haciéndola gemir placenteramente.

—¿No quieres? —provoqué.

—Me gusta cómo me has estado corrompiendo, Rafael —susurró, moviéndose suavemente contra mi regazo.

Deslicé mi mano por su espalda y la atraje hacia mí, deseando sentirla de nuevo.

Ella era increíble; sabía que nunca me cansaría de tenerla.



—¿Estás segura de que no quieres que te lleve? —pregunté al mismo tiempo que desviaba la atención hacia Bianca. Acababa de estacionar frente al edificio.

—No, voy a tardar un poco revisando el proyecto, así que puedes ir tranquilo, pediré un auto por aplicación —respondió con firmeza.

—Voy a pedirle a mi guardaespaldas que traiga el auto para ti —dije, y pude ver el rubor en su rostro.

Eso me hizo esbozar una sonrisa ladeada.

—Gracias. —Llámame si necesitas cualquier cosa —dije, y llevé la mano a su rostro. Bianca solo asintió con la cabeza.

Deslicé mi mano hacia su nuca y la atraje para un beso lento. Su mano suave fue a mi brazo mientras correspondía con la misma intensidad.

Terminé el beso dejando algunos besos rápidos en sus labios, y después de regalarme una sonrisa sexy, llevó la mano a la manija del auto y salió.

Permanecí con los ojos fijos en ella mientras se dirigía a la entrada del edificio. Cuando por fin desapareció de mi vista, encendí el auto y me dirigí a casa de mi padre.

Él no solía llamarme así, así que sabía que algo había pasado.

Unos diez minutos después, estacioné en el garaje de la casa de mis padres. Llegué y toqué el timbre, siendo recibido con un abrazo apretado de mi madre.

—Oh, querido, cuánto te extrañé —dijo cuando nos separamos.

—Yo también, mamá —respondí y pasé por el espacio que me dejó para entrar—. Tengo una noticia que te va a animar.

Doña Sonia cerró la puerta y comenzamos a caminar hacia la sala.

—Tu padre me contó, la hija de Carlos es tu novia —dijo con total entusiasmo, haciendo que mi boca se curvara en una sonrisa—. No te imaginas la alegría que me dio al saberlo, pensé que nunca volverías a tener una relación seria después de Raquel... —Mi madre llevó la mano a la boca en el instante en que hice una mueca.

—Está bien, mamá, vamos a concentrarnos en las cosas buenas.

—Perdón, realmente me emocioné. —Me dio esa sonrisa característica de cuando cometía algún desliz, lo que me hizo acompañarla.

—¿Papá está en la oficina? —pregunté, cambiando el rumbo de la conversación.

—Sí, querido, te está esperando —dijo y se detuvo para mirarme—. Llevaré un café para ustedes en unos minutos.

Solo asentí con la cabeza y le di un beso en la mejilla antes de dirigirme al despacho.

Di unos golpecitos en la puerta antes de abrirla, encontrando a mi padre concentrado en su portátil.

Sus ojos se dirigieron hacia mí cuando cerré la puerta detrás de nosotros.

—Rafael... —dijo, y se levantó. Luego fue hacia los sillones que estaban al lado izquierdo del despacho. Yo caminé hacia él—. Siéntate.

—¿Qué está pasando, papá? —pregunté y me senté en el sillón frente a él.

—Ni te imaginas —dijo, pareciendo un poco distraído—. Dame solo unos instantes y lo descubrirás.

Arqueé las cejas y simplemente lo observé desviar la atención hacia el celular por unos momentos. Poco después, mi teléfono comenzó a sonar.

Lo saqué del bolsillo, constatando que era un número desconocido. Rechacé la llamada, pero al minuto siguiente volvió a sonar.

—Contesta —mi padre pidió, y yo solo lo miré por un momento antes de seguir su indicación.

—*Rafael...* —La voz que flotó al otro lado de la línea me hizo sentir un escalofrío.

Mis ojos fueron hacia mi padre, y me vi incapaz de responder. Después de todo, no podía ser la persona que vino a mi mente al escuchar aquella voz.

—*Es exactamente quien estás pensando* —el hombre volvió a hablar en el momento en que no respondí.

—¿Carlos? —pregunté, incrédulo. Mi corazón casi se me salió por la boca—. ¿Cómo es que…?

—Es una larga historia, Rafael, y te prometo que te la contaré pronto —dijo, serio—. *Por ahora, solo necesito que sepas algo muy importante.*

—Te escucho —dije, y me enderecé en el sillón, sintiendo la mirada de mi padre sobre mí.

—Desde que todo ocurrió, estoy en Nueva York. Necesitaba confirmar que mi accidente en el helicóptero fue provocado —dijo, haciendo que arqueara las cejas—, *y ahora que tengo todo en mis manos, estoy regresando. Además, supe por tu padre que tú y Bianca están juntos. Necesito que la prepares para esto.*

Me levanté del sillón.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana... Quería contárselo a Bianca en persona, pero no sé cómo reaccionaría al descubrir que estoy vivo. Confieso que tengo miedo. Ni siquiera sé si realmente debería prepararla —esbozó una sonrisa débil.

—¿Estás bromeando? El sueño de Bianca era haberte conocido... puedo sentirlo cada vez que habla de ti —me aseguré de enfatizarlo, no tenía dudas de que Bianca nunca lo juzgaría—. Ella necesita saberlo.

—Tienes razón —concordó unos instantes después.

—Entonces déjamelo a mí, yo me encargo de todo por aquí.

—Gracias, amigo mío —dijo Carlos, y sentí una alegría fuera de lo común al escuchar esas palabras—, *estoy realmente feliz de saber que tú y Bianca están juntos.*

—Es bueno escucharte llamarme así otra vez —dije, desviando la mirada hacia mi padre, que tenía una sonrisa en el rostro.

—Nos vemos pronto —dijo Carlos, y terminé la llamada.

Mi padre se levantó del sillón y vino hacia mí.

—¿Hace cuánto tiempo sabes esto? ¿Cómo... cómo pasó?

—Lo descubrí hoy —respondió mi padre—. Estoy tan feliz y sorprendido como tú.

—Dios mío... Esto... —dije, aun intentando asimilarlo.

—César Augusto estaba con Carlos y lo rescató en la caída. Todos lo dieron por muerto, y él simplemente dejó que siguiera así, plantando pruebas para que esa teoría se confirmara, ya que el helicóptero se incendió.

—Qué locura. ¿Y por qué Carlos tardó tanto en aparecer?

—Te lo contaré todo, siéntate, hijo —dijo mi padre, y yo simplemente asentí.

Estaba realmente en shock con aquella información, y entonces escuché con atención la explicación de mi padre.

Pude entender los motivos que llevaron a Carlos a tardar tanto en aparecer, y descubrí que, al final, Bianca tenía razón cuando sospechó que, tal vez, algo podría estar mal en aquel accidente.

Realmente lo estaba.

Aquello era una locura, pero me sentía feliz por Carlos, un viejo amigo, y por Bianca, que podría tener la oportunidad de conocer al gran hombre que era su padre.

Después de todo el impacto, me despedí de mis padres y me dirigí hacia mi auto.

Estaba listo para irme cuando noté que Bianca me había enviado un mensaje. Lo abrí y fruncí el ceño al leerlo.

Bianca: *Necesitamos hablar, pero tendré que ir al edificio para presentar el proyecto al señor Oswaldo y así finalizar la obra. Entonces, estaré en casa. ¿Cuándo volverás?*

Ese mensaje era demasiado serio.

Miré el reloj, constatando que eran poco más de las 12:30. Según mis cálculos, Bianca aún estaba ocupada con el proyecto que había mencionado.

Tomé el teléfono y la llamé, pero no respondió. Entonces busqué en mi agenda el número de Luiz y lo marqué al mismo tiempo que encendía el auto.

—*¡Grande, Rafael!* —dijo Luiz al contestar.

—Luiz, ¿estás con Bianca? —pregunté sin rodeos.

—*Ah, no... ella fue con Patricia y Melanie a la obra para presentar el proyecto al cliente.*

—De acuerdo, ¿puedes enviarme la dirección?

—*Claro, en un instante* —respondió Luiz, y yo simplemente colgué la llamada.

Unos instantes después, recibí el mensaje de Luiz con la dirección. Por suerte, estaba cerca de donde yo me encontraba, así que seguí conduciendo hasta allí.

Ya estaba desesperado por hablar con ella sobre todo lo que acababa de descubrir, y después de aquel mensaje tan serio, sentí que algo no estaba bien. Y si realmente era así, necesitaba averiguarlo.



CAPÍTULO 30

Rafael era un hombre increíble.

No recordaba haberme sentido tan bien en compañía de otra persona, no recordaba haber sentido el interés total de un hombre por mí y por todo lo que me rodeaba, como lo había hecho Rafael en tan poco tiempo.

El domingo, se dedicó por completo a mí, y eso me gustó mucho.

Después de que me dejó en el penthouse, tomé mi portátil y me concentré en revisar las diapositivas para la presentación del proyecto.

Patricia había acordado con el señor Oswaldo que nos encontraríamos en el edificio a las 11:30 para que pudiéramos presentar los proyectos que habíamos preparado.

Estaba entusiasmada con eso.

Totalmente concentrada en la pantalla del portátil, me llevé un susto cuando sonó el timbre.

Mis ojos fueron hacia el reloj de la sala, constatando que eran casi las 11:00. Me levanté y fui hacia la puerta.

Me detuve frente al visor para ver quién era, pero estaba apagado. Entonces presioné varios botones intentando encenderlo sin éxito. Cuando el timbre sonó una vez más, opté por la opción más rápida.

Llevé la mano a la manija de la puerta, y antes de abrirla, se escucharon algunos golpes.

—Rafael, sé que estás ahí —escuché una voz femenina y extrañamente familiar.

Fruncí el ceño y abrí la puerta, confirmando mi sospecha. Quien estaba allí no era otra que Patricia.

—¿Hola? —dije, arqueando las cejas hacia ella.

—Hm... ¿qué haces aquí? —preguntó, visiblemente sorprendida.

—¿Estás viviendo con Rafael? —añadió enseguida, y yo solo asentí con la cabeza, midiéndola con la mirada.

—Él tuvo que salir, ¿quieres dejar algún recado?

—No... ¿Te veo entonces en la empresa en unos minutos? —preguntó, desconcertada.

—Nos vemos en la obra, iré directamente allí.

—De acuerdo... Entonces, te veo allá —dijo Patricia y se dio la vuelta enseguida, yendo visiblemente afectada hacia el ascensor.

Permanecí allí observándola hasta que desapareció de mi vista, y aquello definitivamente fue extraño.

Hasta el momento, pensaba que Patricia tenía interés por Rafael, o una gran atracción, pero de repente, al verla aparecer aquí de esa manera, me hizo pensar que había algo más en esa historia. Algo que Rafael no había querido contarme.

Con eso en mente, entré y cerré la puerta. Fui hacia el portátil, asegurándome de que todo estuviera listo para la presentación, y después de enviar una copia al correo de Patricia, lo apagué.

Luego fui a cambiarme para ir a la empresa.

Cuando terminé, tomé mi bolsa, lista para ir al lugar acordado. Pero antes de salir de casa, tomé mi celular para pedir un conductor de aplicación, y al finalizar, decidí enviarle un mensaje a Rafael.

No podría hablar con él en ese momento, pero necesitaba que supiera que algo no estaba bien.

Yo: *Necesitamos hablar, pero tendré que ir al edificio para presentar el proyecto al señor Oswaldo y así finalizar la obra. Entonces, estaré en casa. ¿Cuándo volverás?*



Estaba cansada.

El conductor que había solicitado tuvo un problema y canceló el viaje, y el que vino después parecía usar la aplicación como un pasatiempo solo para pasear. Después de todo, el hombre iba a unos míseros 30 km por hora.

Para empeorar, tuve que subir veinte pisos por las escaleras.

Cuando entré por la puerta de la terraza, vi a Patricia, Melanie, el señor Oswaldo y una señora conversando en el centro.

Me apresuré para ir al encuentro de ellos.

—Estábamos esperándote —dijo Melanie cuando sus ojos se fijaron en mí.

—Oh, discúlpenme, el conductor se retrasó un poco —dije, jadeando. Patricia me midió con la mirada.

—No hay problema, querida, estas cosas pasan —dijo el señor Oswaldo—. Permíteme presentarte. Esta es mi esposa, Lurdes.

—Hola, es un placer, doña Lurdes —dije y la saludé con un apretón de manos.

—Bien, podemos comenzar ahora —dijo Patricia, atrayendo la atención de todos.

—¿Luiz no vino? —pregunté al recorrer el lugar con la mirada una vez más.

—No, tenía una reunión —respondió con seriedad—. Hoy seremos solo nosotras. Melanie quiso acompañarnos para ver cómo funcionan los proyectos.

—Perfecto —dije y forcé una sonrisa.

El señor Oswaldo y doña Lurdes caminaron por la terraza y se sentaron en las sillas frente a un proyector que estaba posicionado.

Melanie permaneció de pie, apoyada en una pared cerca del escenario, mientras Patricia encendía el portátil y, unos minutos después, comenzaba a presentar a todos su idea de proyecto para el lugar.

Patricia se centró en los detalles elegantes y los accesorios lujosos.

Algo que, personalmente, no me gustó, ya que no se diferenciaba mucho de lo que Oswaldo vería en todo el edificio.

Todo demasiado sofisticado.

Al montar mi proyecto, tomé en cuenta la confesión de Oswaldo cuando estuvimos aquí: este espacio estaba siendo diseñado para que él y su esposa pudieran tener un lugar solo para ellos.

Y pensando que era un señor de poco más de sesenta años, opté por una decoración más sencilla y acogedora, sin perder la elegancia. Pero, desde mi punto de vista, no podía ser solo eso.

Después de todo, lo bonito de tener un espacio abierto era el contacto con la naturaleza, era sentirse bien y en casa, aunque no se estuviera completamente en un jardín.

Y eso fue lo que quise transmitir en el proyecto, y expliqué en cada detalle cuál era mi intención.

—¡Querido, esto es perfecto! —dijo doña Lurdes, animada—. Era exactamente lo que yo quería; este lugar hará que mis días sean mejores.

—Tú decides, mi amor. Confieso que yo también quedé muy satisfecho —dijo el señor Oswaldo, y su esposa simplemente asintió.

Buscando darles más privacidad, me dirigí hacia Patricia y Melanie.

—Hiciste un buen trabajo —dijo Patricia, forzando una sonrisa.

A pesar de intentar disimular bien su descontento, para mí era bastante evidente.

—Gracias —dije, con seriedad, y miré a Melanie—. ¿Qué te ha parecido este trabajo?

—Parece interesante —Melanie me midió con la mirada—. Yo también optaría por algo acogedor y más cercano a la naturaleza.

Estudié a Melanie con la mirada cuando dijo esas palabras, pero antes de que pudiera responderle, mi teléfono comenzó a sonar.

Abrí la bolsa y constaté que se trataba de Rafael.

—Chicas —la voz del señor Oswaldo flotó en el aire. Silencié el aparato y le di una última mirada a Melanie antes de girarme hacia él.

—Estoy muy satisfecho con el proyecto. Mi esposa y yo optaremos por el segundo. Definitivamente, será una bendición tener un espacio tan acogedor.

—Bien... —dijo Patricia, llamando nuestra atención—. Nos alegra que hayan elegido nuestra empresa. Evaluaré con cautela y en los próximos días podré dar una respuesta sobre finalizar el paisajismo el mismo día en que se entregue la obra.

—Ha sido un placer —dijo el señor Oswaldo.

Luego, su esposa se acercó.

—Gracias, chicas, esperaremos con ansias —dijo doña Lurdes, y nosotras simplemente asentimos con la cabeza en señal de acuerdo.

—Melanie —dije, atrayendo su atención hacia mí.

—¿Sí? —¿Puedo preguntarte algo antes de irme?

—Dime —respondió, con seriedad.

Patricia simplemente se alejó y fue hacia la mesa donde estaba su portátil.

Entonces volví a mirar a Melanie.

—La primera vez que te vi... —comencé, mientras la escena que hizo en el velorio flotaba en mi mente—. Hm... dijiste que necesitabas más tiempo con nuestro padre. ¿Hace cuánto lo conocías? —pregunté, sintiendo cómo su mirada cambiaba.

Me di cuenta de que, a pesar de su intento de acercamiento, no debería haber preguntado sobre ese tema.

—Una semana... ¿Por qué esa pregunta de repente? —me midió con la mirada.

—Yo no lo conocí, quería saber un poco más sobre él.

—No te perdiste de mucho —dijo, y fruncí el ceño.

—¿Cómo así?

—Lo vi y una semana después recibí la noticia de que había muerto, así que fue mejor no haberlo conocido —dijo con el mismo tono grosero de siempre.

Algo en su voz me incomodó. No sabía si estaba volviéndome loca, pero podía jurar que la pregunta la había puesto nerviosa.

—Discúlpame, pero no quiero hablar de eso. Aún es demasiado reciente, así que dejemos esta conversación para otro momento —continuó diciendo unos instantes después.

Luego se dirigió hacia Patricia.

Sin querer dar espacio a los pensamientos inciertos que querían atormentarme, caminé hacia Patricia y Melanie con la intención de salir de allí.

—¿Ya se van? —pregunté, atrayendo su atención hacia mí.

—Haré algunas observaciones con Melanie sobre la obra, puedes irte si quieres —dijo Patricia, y fruncí el ceño.

Patricia realmente era una mujer extraña. Cambió completamente su comportamiento conmigo después de descubrir que Rafael y yo estábamos juntos.

No había motivos para eso, y quería decírselo. Sin embargo, decidí contenerme. Primero quería hablar con Rafael.

Entonces, forcé una sonrisa, haciendo la vista gorda.

—Claro, me voy a casa... Cualquier duda sobre el proyecto, puedes llamarme.

—De acuerdo —dijo Patricia, y yo simplemente asentí y me di la vuelta.

Caminé hacia las escaleras, pensando solo en los miles de escalones que tendría que bajar.

—Deberías usar el ascensor, Bianca. Escaleras y tacones altos no son una buena combinación —la voz de Melanie resonó, atrayendo mi atención.

Me giré, encontrando su habitual seriedad. —Pensé que aún no estaba habilitado —dije, mirándola.

—Lo usé para subir, quitaron el cartel —respondió, y simplemente dirigí la mirada, notando que, efectivamente, ya no había avisos sobre el ascensor.

—Gracias —dije y presioné el botón para activarlo.

No tardó en abrirse la puerta. Y en ese instante, mi teléfono volvió a sonar. Lo saqué de mi bolsa y decidí contestar.

—Rafael... —dije en voz baja, lo suficiente para que las chicas no me escucharan, y entré en el ascensor.

—*¿Dónde estás?* —preguntó sin rodeos. Fruncí el ceño, y antes de que pudiera responder, un golpe hizo que mi cuerpo se fuera hacia adelante.

—¡Oh, Dios mío! —dije, sintiendo el corazón descompasado al percibir otro golpe.

—*¿Bianca?* —La voz desesperada de Rafael llamó mi atención.

—Estoy en el ascensor, algo está muy mal... Él... él... —mi voz se quebró al escuchar un ruido extraño.

—*Princesa, háblame.* —La voz de Rafael sonó con desesperación.

—Dios mío, el ascensor está cayendo, Rafael. —Fue lo último que logré decir antes de caer al suelo, con las manos sobre el piso.

Tomé el celular, desesperada, y constaté que el maldito se había apagado.

Llevé la mano a los botones del ascensor e intenté abrir la puerta. Pero fue un intento en vano: hizo el movimiento para abrirse, pero se trabó con una pequeña rendija.

El ruido se volvió más fuerte y el pánico se apoderó de mí.

Me obligué a levantarme, miré mis manos temblorosas y sentí que mi vista se volvía cada vez más borrosa. Necesitaba mantenerme firme y consciente.

Pude oír el sonido de algo siendo forzado contra el ascensor y, como una gran alucinación, de forma vaga, vi la puerta siendo arrancada.

Frente a mí estaba el único hombre que deseaba ver, con una palanca haciendo todo el destrozo antes de venir hacia mí.

Dios mío, sin duda estaba teniendo una de las mejores alucinaciones. Eso fue lo que pensé, antes de desmoronarme en los brazos del único que podía salvarme.

Mi válvula de escape.



CAPÍTULO 31

En el momento en que Bianca contestó el teléfono, yo estaba llegando al piso doce por las escaleras, a punto de rendirme al imaginar que aún me quedaban muchos escalones por subir.

Pronto, la desesperación presente en la voz de Bianca me aterrorizó.

Empecé a correr como un loco cuando dijo que algo estaba mal con el ascensor, maldiciendo la seguridad de la obra por no dejar eso claro. Después de todo, fue una de las primeras cosas que el portero me informó.

El maldito ascensor necesitaba ajustes.

Mi cabeza daba vueltas y el pánico se apoderó de mí en el momento en que la llamada se cortó. Sin saber exactamente qué había pasado, subí los escalones lo más rápido que pude.

Cuando mis ojos vieron una palanca y un martillo en uno de los pasillos, los tomé y seguí hacia el último piso.

Abrí la puerta de la terraza y vi enseguida a Patricia y Melanie cerca del ascensor.

—¡Quítense del medio! —grité mientras corría hacia ellas.

Agradecí al cielo por haber pensado rápido y tomar la palanca cuando la vi. Porque fue exactamente con ella que la forcé en la rendija de la puerta y ejercí toda mi fuerza para intentar abrirla.

Por un momento, pensé que no lo lograría, pero el grito desesperado de Bianca me hizo apoyarme con toda la fuerza y arrancar la puerta, de una forma que ni siquiera pensé que fuera posible.

Segundos después, Bianca se desplomó en mis brazos. La tomé y la saqué del ascensor.

—¡Dios! —exclamé, asustado, al ver que la cabina comenzaba a descender descontrolado, mientras el freno intentaba detenerlo.

Fue cuestión de segundos, hasta que un golpe realmente fuerte lo impactó.

Mis ojos se dirigieron con desesperación hacia Bianca, y llevé la mano a su rostro.

—Princesa... por favor, despierta —pedí con angustia, luego miré hacia donde estaban Patricia y Melanie, inmóviles. —Necesito alcohol, ahora.

—Aquí tenemos —dijo Patricia, y en unos instantes me entregó un frasco de alcohol al 70%.

Rocié un poco en la manga de mi blazer y lo llevé hacia la nariz de Bianca.

Unos instantes después, dos de los tipos que estaban en la portería aparecieron agitados.

—¿Qué pasó? —preguntaron, llamando la atención.

—Yo... yo... —Melanie comenzó a tartamudear—. Pensé que... Pensé que el ascensor estaba funcionando.

—Dios mío, señorita, estamos avisando constantemente que el acceso es solo por las escaleras o por el ascensor del otro lado, en el

piso inferior.

—Oh... me confundí —respondió, desesperada.

—¿Pero esto podría pasar? Digo, ¿cómo pueden descuidar algo así? —pregunté, sin paciencia.

—No debería, señor. El equipo no está debidamente instalado, pero esto no tendría que haber ocurrido. Lo investigaremos —explicó el guardia, con seriedad.

En el instante siguiente, mis ojos se dirigieron hacia Bianca, que tosió un poco y me miró desorientada.

—¿Qué pasó? —preguntó con voz débil—. Rafael...

—Sí, princesa, estoy aquí —dije y la acomodé en mi regazo.

Bianca se sentó y parpadeó varias veces.

—¿Cómo te sientes?

—Creo que fue la tensión del momento, pero estoy bien —respondió y recorrió el lugar con la mirada.

—Voy a llevarte al hospital —dije, firme, y la animé a levantarse.

Bianca se puso de pie, apoyándose en mí mientras recuperaba el sentido.

—No hace falta, estoy bien... fue solo un susto.

—Necesito estar seguro de eso, así que no discutas conmigo —insistí, con autoridad.

Bianca me miró y una sonrisa se formó en sus labios.

Entonces, mis ojos se dirigieron a los guardias que seguían allí. Saqué una tarjeta del bolsillo y se la extendí.

—Este es mi contacto. Quiero que investiguen todo y se comuniquen conmigo —dije, serio, mientras miraba a Melanie y Patricia, que estaban pálidas — ¿y ustedes dos, qué hacían aquí?

—Bianca fue primero, nosotras aún íbamos a echar un vistazo al lugar... Patricia quería mostrarme cómo es el trabajo de una paisajista desde el principio.

Miré a Bianca, y ella simplemente asintió con la cabeza, confirmando la información.

—Por favor, llévame a casa, realmente no quiero ir a un hospital —pidió Bianca, y yo la observé con atención.

—Está bien, princesa, pero llamaré a un médico de confianza para que te examine.



—Entonces, doctor, ¿cómo está ella? —pregunté aún con el corazón en la mano.

El doctor Rogers sonrió amablemente y desvió la mirada hacia mí.

—Bianca está bien, Rafael. No se golpeó la cabeza y sus signos vitales están perfectos. Seguramente se desmayó por el susto, así que hoy solo déjala descansar.

—¿Está seguro? —pregunté, y él asintió con la cabeza.

—Te lo dije, estoy bien —dijo Bianca, atrayendo mi atención.

—Eso es, jovencita, ahora solo mantente lejos de los peligros —dijo el doctor Rogers, haciéndola reír suavemente.

Fue entonces cuando mi corazón encontró paz. Ella realmente estaba bien.

—Gracias, doctor —dije, y él me saludó con un gesto de cabeza.

—Estoy a disposición si me necesita. Nos vemos por ahí, Rafael —se despidió, y luego miró a Bianca—. Cualquier cosa, no dudes en contactarme.

—Gracias —respondió.

Luego acompañé al médico. Una vez más, confirmé que todo estaba bien antes de que se fuera, con una sonrisa en el rostro.

Estaba regresando al cuarto cuando mi teléfono comenzó a sonar. Lo tomé, constatando que era Carlos. Mis ojos se dirigieron hacia Bianca y contesté, sabiendo que, por la distancia en la que estábamos, ella no podría oír la conversación.

Necesitaba decirle que todo estaba bien, después de todo, ya le había informado sobre lo ocurrido.

—*¿Cómo está ella?* —la voz preocupada de Carlos resonó en el momento en que llevé el celular al oído.

—Bien, no te preocupes... te mantendré informado —respondí, serio.

—*Está bien, una vez más gracias, Rafael* —dijo Carlos, y simplemente finalicé la llamada.

Luego caminé hacia la cama. Bianca se sentó y sus ojos permanecieron fijos en los míos.

Me senté a su lado y tomé su mano.

—¿Qué pasa? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Princesa, hay algo que tengo que contarte... algo que es increíble, pero estoy seguro de que, al mismo tiempo, será la mejor noticia que recibirás.

Bianca suspiró ansiosa y sus manos apretaron las mías.

—Por favor, cuéntamelo ya, no aguanto este suspenso —dijo, forzando una sonrisa.

—Es tu padre, Bianca... Carlos está vivo.



CAPÍTULO 32

Mi corazón casi se salió por la boca al escuchar las palabras de Rafael.

—¿Qué dijiste? —pregunté, con la voz entrecortada.

La mano de Rafael vino hacia mi rostro y, luego, lo acarició suavemente con el pulgar. Sentí una opresión en el pecho, junto con una sensación que casi no podía contener.

—Tenías razón al sospechar sobre el accidente de tu padre. Realmente fue algo criminal y... —interrumpió sus palabras en el momento en que me fue imposible contener lo que sentía.

—¿De qué estás hablando, Rafael? —pregunté mientras las lágrimas invadían por completo mi rostro—. No... no juegues conmigo así.

—Es en serio. Hablé con Carlos hoy... Está vivo.

Llevé ambas manos al rostro mientras lloraba entre sollozos. No podía creer que eso estuviera realmente ocurriendo. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía estar vivo?

Sentí las manos de Rafael rodearme por completo. Me dio exactamente lo que necesitaba: un abrazo fuerte, mientras me derrumbaba en sus brazos.

Después de un tiempo incalculable, me aparté de Rafael. Coloqué las manos en su pecho y busqué su mirada con desesperación.

—¿Él realmente está vivo? —pregunté en un susurro casi inaudible.

Por un momento, sentí esperanza de poder conocer de verdad a mi padre. Y para conmoverme aún más, Rafael asintió con la cabeza.

—Creo que él te explicará todo, pero necesito que guardes este secreto. Nadie lo sabe, solo mi padre, tú y yo.

—Oh... por eso Marcelo te llamó —concluí.

—Sí.

—¿Dónde está? Necesito verlo —dije, haciendo fuerza para levantarme, pero Rafael me lo impidió.

—Está en Nueva York —respondió Rafael, luego se inclinó y dejó un beso en mi frente.

Entonces, sus ojos volvieron a posarse en mí.

—Por ahora, solo descansa, princesa. Mi padre ha convocado una reunión con todos en la empresa mañana, y será allí donde Carlos aparecerá.



Estaba ansiosa.

Durante la noche, mi cabeza fue un torbellino de emociones. Aún no podía creer que mi padre realmente estuviera vivo. Mi mente solo lo aceptaría cuando lo viera con mis propios ojos.

Tenía tantas preguntas y solo quería entender de verdad lo que había pasado, por eso desde las doce y media ya estaba lista, simplemente esperando. La reunión había sido programada para las 2 y apenas pude comer.

Faltando treinta minutos, Rafael y yo nos dirigimos a la empresa. Al llegar, saludamos a Marcelo y entramos.

—Hola, Bianca, debo decir que estoy curioso por saber qué están tramando —dijo Luiz con una sonrisa amable.

Entonces, mis ojos se dirigieron a Ricardo, que, igual que la última vez que nos vimos, me miraba con desdén.

Volví la mirada hacia Luiz y simplemente le forcé una sonrisa antes de seguir con Rafael y sentarme. En ese momento, no confiaba en nadie.

Rafael había sido claro al decir que el accidente de mi padre había sido criminal, y yo creía que la persona responsable ciertamente estaba en esa sala.

Así que, tal como Rafael dijo aquella noche, no me permití confiar en nadie.

Recorrí la sala con la mirada, observando las sillas casi todas ocupadas. Había algunos parientes que no llegué a conocer, accionistas y figuras importantes de la empresa.

Unos minutos después, entraron por la puerta Patricia y Melanie. Ambas caminaron juntas y se sentaron en las sillas vacías.

Parecían más unidas que nunca.

Era extraño, quizá deberíamos ser nosotras dos juntas en ese momento, celebrando la vida de nuestro padre. Pero creía que eso nunca ocurriría.

Nuestra relación, sin duda, sería limitada, incluso con Carlos de regreso.

—Hola, buenas tardes a todos —dijo Marcelo, atrayendo la atención de los presentes—. Como todos están aquí, podemos comenzar la reunión.

—Marcelo, ¿de qué se trata exactamente esto? —preguntó Ricardo, y un suspiro escapó de mis labios—. Sabes que el tiempo es dinero, espero que no sea alguna tontería. —Solo espera, Ricardo, pronto lo sabrás.

—El suspenso es grande —dijo Patricia, y sus ojos se dirigieron hacia mí y Rafael.

Intenté no enfocarme en eso.

Rafael entrelazó nuestras manos debajo de la mesa y lo miré, antes de volver mi atención hacia Marcelo. Sus ojos recorrieron a todos en la sala, luego caminó hacia la puerta y la cerró con llave.

—Todo listo, ya puedes entrar —dijo Marcelo en voz alta y clara.

Algunas personas se mostraron confundidas, pero en el instante siguiente, la puerta de acceso del lado opuesto se abrió.

Mi corazón se descompasó mientras el hombre que había visto en fotos, periódicos y revistas entraba en aquella sala, de forma audaz y triunfal.

Se hicieron presentes murmullos, mientras yo simplemente lo admiraba sin poder creerlo.

Debía admitirlo: estaba exactamente igual que en las fotos.

Quizá un poco más delgado, pero aparentaba tener unos cuarenta y cinco años, sin contar que llamaba la atención sin esfuerzo alguno, con un traje de alta costura y gafas oscuras.

—¡Ay, Dios mío! —fue Patricia la primera en pronunciarse—. ¿Cómo... cómo es posible?

—Buenas tardes a todos —dijo, se quitó las gafas y las enganchó en el cuello de la camisa.

Luego, sus ojos recorrieron a todos en la sala, deteniéndose por más tiempo en mí.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y estaba a punto de derrumbarme. Aunque no pronuncié una sola palabra, sentí que todo lo que estaba en aquel diario era real: su amor por mí.

Carlos desvió la mirada y continuó su recorrido por todos los presentes en la sala.

—Sé que muchos se están preguntando cómo es posible esto, y lo voy a contar, pero necesito que guarden silencio —pidió con seriedad.

Pronto, los murmullos cuestionadores e incrédulos fueron cesando.

—Estaba regresando de Nueva York cuando ocurrió el accidente, pero todo fue muy extraño. Para desgracia de quien quería que muriera en ese accidente, estaba acompañado por César Augusto, un amigo y el mejor detective privado que conozco. Entonces, al darse cuenta de que lo que vivimos no fue una simple falla mecánica, logró sacarme de allí antes de que el helicóptero explotara. Pensó rápido, no sé si yo habría actuado así. Me llevó a una casa en medio del bosque donde caímos y consiguió ayuda sin levantar sospechas. Allí, mientras yo estaba inconsciente, él cuidó de mí.

Carlos comenzó a caminar por la sala, mientras todos permanecían atentos a sus palabras.

—Estuve dos semanas en coma. Un médico de confianza de César me atendió hasta que desperté. Fue entonces cuando tomé conciencia de cómo estaban las cosas. Noticias que desconocía, como una mujer que nunca había visto alegando ser mi hija —su mirada se dirigió con dureza hacia Melanie, y mi corazón vaciló.

—Melanie, no sé cuáles fueron tus motivos, pero creo que por codicia, ya sea por dinero o poder. Pero puedo asegurarte de que pagarás por todo: por falsedad ideológica y por intento de asesinato.

—¿De... de qué estás hablando? —preguntó Melanie, con la voz entrecortada—, tú conocías a mi madre.

—Nunca estuve con ella, nunca —enfatizó.

—¡Dios mío! —susurré, sintiendo el apretón de Rafael en mis manos aún más fuerte.

—¿Creíste que no descubriría que estuviste en contacto con el chico del equipo que inspeccionó mi helicóptero? ¿Creíste que no encontraría las transferencias de dinero o que no lograría una confesión? No te hagas la inocente, Melanie. Tu destino ya está marcado.

Mis ojos se dirigieron hacia Melanie, mientras las personas en la sala comenzaban una vez más los murmullos. Ella se levantó, parecía fuera de sí.

No pude contener las lágrimas al descubrir que la culpable de todo era la mujer que había llegado gritando en el velorio, diciendo lo injusto que era que Carlos muriera de esa forma.

En el instante siguiente, Carlos abrió la puerta por donde había entrado y dos policías pasaron por ella.

—No... no me van a arrestar —gritó, dando algunos pasos hacia atrás.

Pero fue en vano. Los policías se acercaron a ella y, sin demora, la esposaron.

—¡Tú...! —volvió a gritar al pasar junto a Carlos—, eres un desgraciado. Un desgraciado que no se preocupa por los sentimientos de las personas. Por eso hice lo que hice.

—¿De qué estás hablando, muchacha? —preguntó sin paciencia.

—No tienes ni idea, ¿verdad? Tú eres el culpable de la muerte de mi madre.

—Oh... no tengo nada que ver con eso. Supe del accidente y lo siento, pero eso no te librará de...

—Ella se suicidó. Después de intentar hablar contigo, ella... —Melanie comenzó a llorar, y yo simplemente me quedé sin palabras ante tal revelación—. Pero a ti no te importa, ¿verdad? Tu única preocupación es tu querida hija con esa mujer que nunca te valoró.

—Por favor, solo llévensela de aquí —pidió Carlos, visiblemente afectado por aquella declaración.

Entonces, sus ojos se dirigieron a todos.

—Sé que muchos esperan hablar conmigo, pero daré por terminada esta reunión, y conforme me vaya adaptando, hablaré con cada uno de ustedes.

Al decir esas palabras, Carlos miró a Marcelo, quien abrió la puerta de salida. Las personas que estaban allí comenzaron a salir aturdidas, siguiendo lo que Carlos había dicho, sin intentar acercarse.

Él se apoyó en la pared, observando a la gente pasar, y yo reuní el valor para levantarme con la ayuda de Rafael.

Aquello había sido demasiado intenso.

Estaba caminando hacia la puerta cuando sus ojos se encontraron con los míos. Me detuve a mitad de camino y pude ver sus ojos llenos de lágrimas.

Mordí mi labio inferior, intentando contener las lágrimas, cuando vino hacia mí. Rafael se apartó y, en el momento siguiente, sentí las manos de Carlos abrazarme con fuerza.

—Mi niña —dijo con la voz entrecortada—, mi querida niña, perdóname por hacerte pasar por esto.

—Papá... —lo llamé entre lágrimas—. Estoy feliz... feliz de finalmente conocerte.

—No sabes la paz que me da saber eso —susurró.

—Señor Mancini. —Una voz masculina llenó el ambiente, llamando nuestra atención. Me aparté y juntos miramos hacia la puerta.

Había uno de los policías allí, mirándonos.

—¿Sí? —respondió Carlos.

—Disculpe la interrupción, pero debemos continuar... —dijo el hombre, y Carlos simplemente asintió.

Entonces, sus ojos se dirigieron a mí.

—Necesito ocuparme de la situación con Melanie —dijo, y asentí con la cabeza, aún recomponiéndome. —Iré con ustedes en cuanto termine con los policías.

—Está bien —respondí con una pequeña sonrisa.

Carlos se inclinó y dejó un beso en la parte superior de mi cabeza, luego se apartó.

Después de mirarme una última vez, se dirigió hacia Rafael, lo abrazó y le susurró algo antes de acercarse al policía.

Yo permanecí en el mismo lugar, simplemente siguiéndolo con la mirada.

La realidad aún no terminaba de caerme en cuenta. Era una locura, pero era real.

Mi padre estaba vivo.



CAPÍTULO 33

—¿Están diciendo algo sobre lo ocurrido? —preguntó Rafael en el momento en que cerró la puerta entre nosotros.

—No tienes idea —dije, girándome hacia él. Luego, extendí mi celular para que lo viera.

La noticia sobre "El regreso de Carlos Mancini" ya estaba en todos los medios.

Estaba perpleja al ver lo rápido que se había difundido. Pero claro, el hombre que todos pensaban muerto, había vuelto. Había varias especulaciones e información de fuentes confiables sobre lo que había dicho en aquella sala.

—No pierden el tiempo —comentó Rafael, y yo asentí con la cabeza mientras volvía a tomar el celular.

—Voy a llamar a mi madre y darme una ducha.

—Hazlo —dijo Rafael, dando unos pasos más hacia mí.

Sonreí cuando se inclinó y besó mi frente. Luego, dejó un beso en mis labios.

No debería gustarme tanto, pero era inevitable.

Fui hacia el cuarto con una sonrisa tonta, simplemente agradecida por tener a Rafael en ese momento.

Después de cerrar la puerta, me senté en la cama y tomé el celular. Permanecí unos instantes mirando el contacto de mi madre. Estaba preparándome para llamarla cuando mi teléfono comenzó a sonar. Fruncí el ceño al constatar que no era ni más ni menos que la propia doña Lilian.

—Mamá... —dije al contestar.

—*Oh, querida... ¿cómo estás?* —Pude sentir la preocupación en su voz.

—¿Ya te enteraste, verdad?

—*Estaba en el salón cuando empezaron a hablar del asunto... esto es tan loco.*

—Loco, pero bueno —dije, con una pequeña sonrisa.

—*Estoy feliz por ti, querida. Perdóname por haberte privado de esto antes. Ahora, al menos podrás pasar tiempo con él y... conocerlo mejor.*

—Gracias, mamá —dije mientras negaba con la cabeza. Era evidente que no sabía muy bien qué decir.

—*¿Ya lo viste?*

—Sí... más tarde tendremos la oportunidad de hablar mejor, pero estuve en la reunión donde todo ocurrió.

—*De acuerdo, solo quería decirte que estoy aquí, así que cualquier cosa, llámame.*

—Está bien —respondí, y después del silencio que se formó, terminé la llamada.

Me dejé caer hacia atrás, me recosté sobre el colchón suave y comencé a pensar en todo lo que había ocurrido.

No podía creer que Melanie estuviera detrás de todo, mucho menos que culpaba a Carlos por la decisión de su madre de suicidarse. Mi madre tenía razón cuando dijo que todo era demasiado loco.

Con la cabeza a mil, me levanté y decidí ir al baño a darme una ducha. No tenía idea de cuánto tiempo estuve allí, simplemente pensando en todo lo que había pasado desde ayer hasta hoy.

Solo salí de esos pensamientos en el momento en que el sonido del timbre se hizo presente.

Apagué la ducha y me sequé. Luego fui al cuarto, me vestí y me dirigí a la sala.

Al llegar, encontré a Carlos sentado en el sofá, conversando con Rafael. Los ojos de ambos se dirigieron hacia mí, y se levantaron al mismo tiempo.

—Carlos, imagino que tendremos mucho tiempo para conversar. Voy a dejarlos a solas y aprovecharé para hacer algunas llamadas —dijo Rafael, dando unos pasos hacia mi padre y dándole unas palmaditas en el hombro—. Si necesitan algo, estaré en mi cuarto.

Luego, Rafael se acercó a mí y dejó un beso en mi frente.

—Gracias —susurré para que solo él pudiera escuchar. Rafael sonrió y se dirigió a su cuarto.

Entonces, mis ojos se dirigieron a mi padre.

—Sé que no debería ser lo primero que diga, pero estoy realmente feliz de ver que él no fue hacia el cuarto del que tú saliste —dijo Carlos, y solté una risa contenida.

—No te entusiasmes tanto, al fin y al cabo, estamos viviendo juntos —dije, y mi padre hizo una mueca.

Caminé hacia él y, una vez más, lo abracé con fuerza.

Aún era difícil creer que mi padre estaba aquí. Y a pesar de no haber convivido con él, a través del diario sentí una conexión profunda, como si lo conociera de toda la vida. Esa era la sensación.

Nos apartamos y, una vez más, pude sentir su amor por mí, solo con una mirada.

Sonreí con total desconcierto y lo acompañé cuando se sentó en el sofá.

—Leí tu diario —dije con la voz contenida, luchando para que las lágrimas no llegaran demasiado pronto—. Cada línea... sentí que, a pesar de todo, tú estabas allí, siempre allí.

—Perdóname por hacerte pensar que no estaba —respondió con seriedad—. Quise tanto... tanto acercarme.

—Hablé con mi madre... sé que fue algo complicado entre ustedes dos, y aunque no estoy de acuerdo con la decisión que tomaron, he intentado entenderla desde que lo descubrí.

—Era joven e inmaduro —admitió—. Lo mínimo que podía hacer era respetar la decisión de Lilian.

—¿Qué va a pasar con Melanie? —pregunté, recordando perfectamente que todo comenzó con su madre.

—Melanie va a pagar por los crímenes que cometió... culparme por la decisión de su madre de quitarse la vida no es motivo para hacer lo que hizo —dijo, y por un momento pareció distante—. No puede culparme por querer mantenerme alejado de una mujer que solo destruyó mi vida.

—El pasado realmente fue complicado —dije, atrayendo su mirada hacia mí—. ¿Qué tal si simplemente lo dejamos allí?

—Tienes razón —respondió con una sonrisa débil—. Y me imagino que tienes mucho que quieres saber, así como yo tengo mucho que quiero contarte, así que dejemos el pasado donde debe estar.

—En el pasado.



Durante la siguiente hora, Carlos y yo nos permitimos conocernos un poco más. Él comenzó contándome un poco más sobre todo lo que había leído en el diario.

Sobre cómo se alegraba con cada uno de mis logros y de qué manera siempre estuvo presente.

Aparentemente, Nueva York se había convertido en su segundo hogar, ya que siempre estaba allí, vigilándome.

Me contó un poco sobre la familia, la relación con cada uno de sus hermanos y los accionistas de la empresa.

Entonces, entramos en un tema que no era menos importante. Podía notar su entusiasmo por la idea de trabajar juntos en CWR Arquitectura y Paisajismo.

—¿Quieres saber algo muy interesante y gracioso al mismo tiempo? —pregunté con una sonrisa. Carlos simplemente asintió con la cabeza. —Siempre te admiré como arquitecto, mi sueño era trabajar contigo.

Sentí que nada podría hacerlo más feliz, y la sensación fue increíble. —Oh, mi niña... ¿es en serio?

—Sí, estaba en mis planes enviar un currículum a CWR después de terminar mi posgrado.

—Saber eso realmente me alegra —dijo, y mi atención se dirigió a Rafael, que pasaba por la sala

—En unos minutos les traeré un café —dijo Rafael al pasar junto a nosotros.

—Aprovecha para unirte a nosotros —dijo Carlos, y yo simplemente asentí.

—Claro, lo haré —respondió Rafael antes de dirigirse a la cocina.

Entonces, mis ojos volvieron a Carlos.

—Solo dime que esos planes no han cambiado —pidió, y pude sentir la esperanza en su voz.

—Definitivamente no, pienso alquilar un departamento aquí en Leblon cuando regrese y, si es posible, aprender del mejor —confesé con los ojos brillando.

La verdad era que saber que Carlos era mi padre solo me daba aún más ganas de trabajar con él.

—¿Si es posible? —preguntó con una sonrisa—. Hija, eso es más que posible, esperaré con ansias ese momento.

Sonreí, totalmente satisfecha con el rumbo que estaban tomando las cosas. No esperaba conocer a mi padre a estas alturas del partido, mucho menos sentirme tan bien en su presencia.

Pero eso era exactamente lo que estaba ocurriendo.

Seguimos hablando un poco más sobre la empresa, hasta que Rafael se unió a nosotros. Carlos quiso más detalles sobre el accidente con el ascensor, le contamos lo que sabíamos y, por un momento, hablamos un poco más sobre el tiempo que pasó en coma.

Después de un largo rato, Rafael y yo acompañamos a Carlos hasta la puerta. Papá se despidió de mí con la promesa de que nos veríamos con frecuencia antes de que regresara a Nueva York. Él quería recuperar el tiempo perdido, y yo también, así que dividiría el resto de mi tiempo entre aquí y mi madre.

Rafael entrelazó nuestras manos en el momento en que cerró la puerta detrás de nosotros. Acepté el contacto mientras caminábamos hacia el sofá. Él se sentó y me atrajo para que me sentara en su regazo.

Llevó su mano a mi rostro y lo acarició con el pulgar. Cerré los ojos con ese gesto y, por unos segundos, me permití disfrutar del cariño.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Rafael, haciendo que mi mirada se encontrara con la suya.

La sensación era inexplicable.

Una sonrisa se escapó de mis labios y llevé mi mano sobre la suya. —Estoy feliz... parece que, por fin, todo encaja perfectamente en mi vida.

—¿Me estás incluyendo entre esas cosas? —arqueó la ceja, y mi sonrisa se amplió.

—Sí, con toda certeza.



CAPÍTULO 34

—Princesa —me llamó Rafael, y sentí que mi corazón se aceleraba.

Sus manos me rodearon antes de que pudiera salir del cuarto, me atrajo hacia él. Estaba ansiosa.

¡Dios! La ansiedad me estaba devorando.

—¿Sí? —respondí al sentir su mirada intensa sobre mí, analizándome por completo sin decir una sola palabra.

—Has estado distante en los últimos días, no me gusta eso, no me gusta nada —dijo, serio, haciéndome sentir un escalofrío.

—Hm... Es tu impresión.

—No, no lo es —su voz firme dejó claro que nada de lo que dijera lo haría pensar lo contrario.

Suspiré profundamente e intenté alejarme, pero no fue posible.

—Había motivos para que no quisiera involucrarme con alguien durante el tiempo que estuve aquí... Yo... no sé si puedo lidiar con

esto, Rafael —fui sincera—. Me voy en menos de una semana, y no creo que esto vaya a funcionar.

—No sigas por ese camino, Bianca, perfectamente podemos hacer que esto funcione. Después de un año estarás de vuelta, entonces...

—Entonces estaré aquí, cerca del centro. Tú vives en Búzios, Rafael, ¿vas a dejar tu vida allá para mudarte definitivamente aquí?

—Elegí vivir allá porque me gusta el clima y, al mismo tiempo, puedo gestionar todo desde allí, pero mi empresa está ubicada aquí en la capital, así que no veo cómo algo malo mudarme para acá —dijo, y yo negué con la cabeza.

Entonces, logré salir de sus brazos y di algunos pasos hacia la puerta.

—Esto no está bien, no puedes cambiar toda tu vida así —cerré los ojos por un instante, tomando valor para darme la vuelta y mirarlo una vez más—. En algún momento este encanto se va a acabar.

—No se va a acabar, porque no es un simple encanto... —su voz se quebró cuando sus ojos se tornaron tristes—. ¿Eso es lo que crees que es?

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no es eso lo que sientes? —pregunté, y él simplemente mantuvo su mirada fija en mí por un momento.

La verdad era que tenía miedo, miedo de estar demasiado apegada, miedo de sentir que sería imposible estar tanto tiempo lejos de él.

Rafael dio un paso hacia mí y llevó su mano a mi rostro, atrapando mi mirada en la suya.

—No lo es —su tono hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo.

El poder que tenía sobre mí me asustaba aún más.

El sonido del timbre resonó en el ambiente unos instantes después.

—Debe haber llegado tu amiga —dijo, mientras me miraba con atención—. Tengo que irme para no llegar tarde a una reunión con mi socio, terminamos esta conversación más tarde.

Al decir esas palabras, Rafael se inclinó y dejó un beso en mi frente. Luego se alejó, tomó el blazer que estaba sobre la cama y lo colocó sobre su brazo.

Al minuto siguiente, pasó junto a mí y salió del cuarto.

Necesitaba unos minutos para recomponerme. Fui al baño y me eché un poco de agua en el rostro, luego miré mi reflejo allí.

En las últimas tres semanas, desde que todo pareció encajar, todo había sido perfecto e increíble.

Tuvimos momentos tan intensos, pero no era solo eso. Me estaba gustando cada vez más conocer a Rafael, sentía una conexión tan surrealista y temía que todo terminara en el momento en que tomara el vuelo a Nueva York.

¡Estaba demasiado apegada, maldita sea!

Después de unos minutos, salí del baño, extrañada por el hecho de que Vivian aún no hubiera invadido mi cuarto. Caminé fuera del cuarto y me dirigí a la sala.

Al llegar, encontré a mi padre sentado en el sofá.

—¡Buenos días, mi niña! —dijo, y se levantó. Luego vino hacia mí.

Lo saludé con un abrazo.

—Buenos días, papá, perdón, pensé que era una amiga —dije y me aparté—. ¿Cómo estás?

—Todo bien, pasé por aquí para hablarte sobre el incidente en la obra —dijo al mismo tiempo que nos sentábamos en el sofá.

—Oh... —recorrí la sala con la mirada por un breve momento.

—Rafael tuvo que irse —dijo mi padre, atrayendo mi atención hacia él.

Forcé una sonrisa e intenté disimular la decepción.

—Entonces... ¿sobre el incidente? —pregunté, desviando el tema. Carlos me observó por un instante.

—Fue realmente un acto criminal, Melanie le pagó a un pasante para debilitar los cables de soporte.

—Dinero no le faltaba, al fin y al cabo —dije, negando con la cabeza.

A estas alturas ya sospechaba que ella tenía algo que ver con ese acontecimiento.

—Solo buscaba una venganza sin fundamento —su voz salió contenida.

—Sabes que no tuviste la culpa, ¿verdad? —pregunté, mirándolo fijamente—. Fue una decisión de esa mujer, tú tenías todo el derecho de no querer hablar con ella.

Él dio una sonrisa débil y asintió.

—¿Y tú? Cuéntame qué está mal —preguntó, desviando la atención hacia mí.

—Eh... nada.

—Hija, puedo decir que ya te conozco lo suficiente como para saber que algo está mal.

—Bueno... las cosas están un poco complicadas ahora que se acerca el momento de volver a Nueva York —confesé en medio de un suspiro—. Estaré fuera durante un año y no puedo creer que esto que tengo con Rafael vaya a funcionar.

—¿Por qué no funcionaría? —preguntó, frunciendo el ceño.

—No creo en las relaciones a distancia.

—¿Pero… cómo te sientes respecto a Rafael?

—Estoy asustada, me gusta más de lo que debería y eso... me da miedo —fui sincera, sintiendo en cada momento la mirada de mi padre estudiándome.

—¿Puedo decirte lo que pienso sobre esto?

—Claro.

—Mi niña —sonrió y llevó su mano sobre la mía—. No sufras por adelantado, Rafael es un buen hombre, además de que es evidente que está loco por ti. ¿Y quién dijo que será totalmente a distancia? ¿Él te dijo eso?

—No... Eh... —mi voz falló al darme cuenta de mi error. Ni siquiera había hablado con él sobre eso, simplemente había sacado mis propias conclusiones.

—Rafael es CEO de más de una empresa, solo por este penthouse puedes darte cuenta de que el dinero no es un problema. Cuando el dinero no es un problema, hija, todo se puede hacer —dijo, y yo solo asentí con la cabeza, comprendiendo—. Apuesto a que al menos dos o tres veces al mes Rafael podrá ir a verte.

—Yo... no había pensado en eso —suspiré—. Estoy tan acostumbrada a estar completamente sola en Nueva York, hablando con mi madre solo por teléfono, que ni siquiera consideré la posibilidad de que él pudiera ir a verme.

—Ahora será diferente, no solo estoy seguro de que Rafael irá muchas veces a verte, sino que yo también lo haré.

Sonreí con esas palabras y, sin perder tiempo, lo abracé con fuerza. Por primera vez, de verdad me sentí agradecida de que él estuviera aquí.

—Gracias, papá... —dije y me aparté para mirarlo—. Te amo.

—Oh, mi niña... Yo te amo y siempre estaré aquí cuando me necesites.

—Voy a recordarlo, me estás dando total libertad para molestarte siempre. De hecho, quiero saber todo sobre el avance del proyecto del señor Oswaldo —dije, provocando una risa en él—. Estoy demasiado ansiosa por el resultado de ese jardín.

Me sentí triste por no poder quedarme y ver el resultado. Después de todo, en las últimas tres semanas, fui varias veces a la empresa y al lugar para ver cómo iba el progreso.

Pero aún faltaba mucho, tendría que volver a Nueva York antes de que estuviera terminado.

—Prometo enviarte fotos y videos... tu primer proyecto —sus ojos brillaron—. Estoy tan orgulloso.

Antes de que pudiera responderle, el intercomunicador sonó, atrayendo nuestra atención. Volví la mirada hacia Carlos y le di una sonrisa tímida.

—Ahora imagino que debe ser mi amiga —dije, y él asintió.

Me levanté y fui hacia el intercomunicador.

—¿Hola?

—*¿Señorita Martins?* —una voz femenina se escuchó del otro lado.

—Sí.

—*Vivian Bittencourt está aquí abajo, ¿puedo autorizar su entrada?*

—Sí, por favor.

—*De acuerdo, gracias* —respondió la mujer, y luego colgué el intercomunicador.

—Las dejaré a gusto —Carlos llamó mi atención.

—Puedes quedarte si quieres, no hay problema —dije, y él solo negó con la cabeza. —Entonces te acompaño hasta la puerta.

Al decir esas palabras, fui con él hasta la puerta y lo abracé con fuerza. —Debo ir a Búzios para pasar los últimos días con mi madre.

—Hazlo, seguro quiere matarme por haber pasado la mayor parte de tu tiempo aquí.

—Ella lo entiende —dije y me aparté.

Mi padre sonrió antes de darse la vuelta y comenzar a caminar hacia el ascensor. Permanecí en la puerta, simplemente observándolo alejarse.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, pude ver a Vivian saliendo de allí y encontrándose de frente con mi padre.

Fue gracioso ver a esa descarada mirarlo de arriba abajo, casi devorándolo con la mirada. Negué con la cabeza en medio de una sonrisa, mientras ella lo saludaba con un leve gesto de cabeza, él respondió y siguió hacia el ascensor.

Fue entonces cuando Vivian notó mi presencia. Se acercó a mí y me abrazó con fuerza.

—No puedo creer que en pocos días ya no estarás aquí —dijo, y yo simplemente asentí con la cabeza.

Cuando nos separamos, la muy atrevida desvió la atención de mí y miró hacia el ascensor, aprovechando para echarle un último vistazo a mi padre antes de que la puerta se cerrara.

Entonces, sus ojos volvieron hacia mí.

—Entonces, ese es Carlos Mancini —dijo en medio de un suspiro.

—Sí, amiga, el hombre que casi te comes con los ojos... es mi padre.

—¡Carajo! Tengo que decir que, a veces, ni siquiera es por el dinero, ¿eh? —dijo, haciéndome reír a carcajadas.

—Eres una perra descarada —dije, dándole espacio para que entrara. Yo fui justo detrás.

—Una perra descarada que está usando su único día libre de la semana para venir a visitarte —dijo, y yo hice una mueca.

—¿Y Alexandre? ¿Ya se acabó el encanto? —arqueé las cejas, y esta vez fue ella quien hizo una mueca.

—Alexandre está delicioso y es un excelente contacto. Pero solo eso... —dijo, mientras se dirigía hacia el balcón. Yo la seguí.

—¿Por qué dices eso?

—Puedo decir, con lo poco que lo conozco, que le gusta esa vida de mujeriego. Alexandre necesitará a alguien que sacuda su mundo, y yo... yo no soy esa persona.

—No me digas que te está gustando —dije, sorprendida. Mi amiga negó rápidamente con la cabeza.

—Nada de eso, es solo que ya no tiene tanto sentido para mí —me midió con la mirada y dio una sonrisa pícara—. Prefiero a un buen hombre, que tenga algo de experiencia para aportar.

—¡Vivian! —llamé su atención, haciéndola reír a carcajadas.

—¿Qué pasa? —preguntó entre risas—. Fuiste tú quien se puso a hacer toda esa propaganda, diciendo que tu padre era un hombre increíble.

—Y tú te interesaste justo por esa parte, ¿no?

—Claro, me interesé totalmente por el contenido —negué con la cabeza, sonriendo.

—Bueno, basta de hablar de mí —dijo—. ¿Y tú y el galán, cómo están?

Hice una pequeña mueca al escucharla y miré hacia el sillón que había en el balcón.

—Voy a buscar algo para que bebamos y te cuento —volví mi mirada hacia ella—. Será mejor que nos sentemos, porque viene historia.



CAPÍTULO 35

—¿Estás seguro? —preguntó Caio, mi socio, mientras me observaba con atención.

Me recosté en la silla y asentí con la cabeza.

—Siempre he manejado todo muy bien incluso estando en Búzios, creo que será una oportunidad para expandirnos aún más. Y, claro, puedo volar hasta aquí en cualquier momento.

—Tú mandas, amigo —dijo, soltando una risa contenida—. Trato hecho.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté, serio.

—Es solo que... nunca imaginé que después de tanto tiempo te vería rendido por una mujer.

—Ella lo vale —dije, esbozando una sonrisa de lado. Luego me levanté y cerré la tapa de mi portátil.

—Debí sospechar que esta estadía prolongada aquí tenía nombre.

—Tiene nombre y en este mismo momento está en mi penthouse esperándome para que terminemos una conversación —dije, y él se levantó enseguida.

—Ve, amigo, la reunión fue un éxito y pronto cosecharemos los resultados de la alianza cerrada.

Asentí.

—Nos hablamos durante la semana —dije, y luego tomé mi celular sobre la mesa y me dirigí a la salida, dejando a Caio en su oficina.

Necesitaba volver a casa, en ese momento podría hablar tranquilamente con Bianca. Después de todo, lo que tenía en mente estaba funcionando.

Durante el camino de regreso, mi mente volvió a la mirada de Bianca cuando hablamos por la mañana.

Ella tenía miedo. Y yo la entendía, al fin y al cabo, yo también lo tenía.

Durante la última semana, me había estado preguntando constantemente cómo sería pasar un año lejos, cuando ya me había acostumbrado tanto a su presencia. Despertar a su lado y admirar lo hermosa que era, llegar a casa y encontrarla allí.

Me había acostumbrado a cosas sencillas, como pasar un día entero dentro de casa, viendo una película o disfrutando de su risa deliciosa.

Sabía que, a estas alturas, ya no podría estar sin eso.

Pensé en ello durante todo el camino hasta llegar a casa. Cuando abrí la puerta, noté que todo estaba demasiado oscuro y tranquilo.

Llevé la mano al interruptor y entré, dirigiéndome hacia su cuarto.

—¿Princesa? —llamé, pero no obtuve respuesta.

Llevé la mano a la manija y abrí la puerta, encontrando el cuarto vacío. Fui hasta el baño y comprobé que estaba igual. Más aún, el tocador estaba demasiado ordenado.

Fue entonces cuando volví al cuarto y recorrí el lugar con la mirada una vez más, notando que la maleta y las cosas que solían estar esparcidas ya no estaban allí.

No quería creer que Bianca se había ido sin hablar conmigo, pero era demasiado evidente. Un nudo en el pecho por su decisión fue inevitable.

Salí del cuarto y cerré la puerta. Sin pensar demasiado, tomé el celular y marqué su número, pero no respondió. Entonces guardé el aparato en el bolsillo y me dirigí a mi cuarto.

Cuando encendí la luz, casi no podía creer lo que veía frente a mí. Por un momento, me quedé sin reacción al ver a Bianca sentada en mi cama, mirándome fijamente.

—Has llegado —susurró y se levantó, luego vino hacia mí—. Perdón por lo de más temprano, no debí sacar conclusiones precipitadas antes de que habláramos abiertamente sobre esto.

—¡Jesús, Bianca! —dije, soltando el aire que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo hasta ese momento —. Yo... pensé que te habías ido.

—Eso es tan tierno —soltó una risa contenida. Fruncí el ceño y di un paso hacia ella.

Mis manos fueron a su cintura y la atraje hacia mí.

—¿Te parece gracioso?

—Perdón, como Vivian estaba en auto, le pedí que se llevara mis cosas. Mañana me voy a Búzios para pasar los últimos días con mi madre —susurró.

—Casi me matas del susto —dije, llevando una mano a su rostro, atrapando su mirada en la mía.

—Podemos hacer que esto funcione, ¿verdad? —preguntó, y yo asentí con la cabeza. —Puedes visitarme algunas veces, podemos hablar todos los días... igual que hicimos cuando viajaste.

Sonreí al darme cuenta de que realmente estaba considerando la idea, después de todo, demostraba que había reflexionado sobre nuestra conversación de más temprano.

—¿Qué pasa? —preguntó, desconcertada.

—Me voy contigo, princesa.

—¿Qué? Tú... —su voz se quebró.

Acaricié su rostro con el pulgar.

—Estoy diciendo que me voy contigo a Nueva York —repetí esas palabras, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Ah...

—¿Cómo podría estar sin ti durante un año? —pregunté, con la voz contenida.

Bianca rodeó mi cuello con los brazos y sus labios se encontraron con los míos.

Tardé una fracción de segundo en asimilar su movimiento y llevar mis manos a su cintura, correspondiendo el beso con la misma necesidad.

Bianca no tenía intención de esperar, sus manos ansiosas se deslizaron hacia mi camisa de vestir y comenzó a desabotonar cada botón, mientras el beso se volvía más profundo.

Entonces, estaba quitándome el blazer sin que yo siquiera lo notara. La ayudé a quitar esa prenda, pero cuando sus manos volvieron a mi camisa, las tomé, haciendo que sus ojos se encontraran con los míos.

—Vamos a hacer esto con calma, princesa —dije con la respiración entrecortada. Bianca asintió.

Llevé la mano a la barra del vestido que ella llevaba y lo deslicé hacia arriba, animándola a levantar los brazos. Pasé la prenda por encima de su cabeza y la dejé caer al suelo.

—¿Cómo podría estar sin ti durante un año? —repitió mi pregunta, haciendo que una sonrisa se dibujara en mis labios.

Entonces, mis labios volvieron a encontrarse con los suyos. Pero esta vez, el beso fue lento y lleno de sentimiento. Quería mostrarle, en cada gesto, que estaba con ella, que estaríamos juntos sin importar nada.

Y así lo hice. Con mi cuerpo junto al suyo, la guié hacia la cama y la recosté. Luego comencé a quitar las prendas que faltaban, desnudándola por completo.

Y Dios, era tan hermosa.

Necesitaba sentir cada centímetro de su cuerpo. Y por eso besé, chupé y lamí cada centímetro de esa mujer, tomándome mi tiempo.

Adorándola por completo, le demostré que estaba loco por ella. Era increíblemente excitante verla derretirse por completo en mi boca.

Me encantaba verla así, gimiendo sensualmente solo para mí.

Mientras Bianca se recuperaba de su orgasmo, me levanté y me quité el resto de la ropa, de modo que mi cuerpo quedó sobre el suyo. Impaciente, deseando desesperadamente sentirla.

Me deslicé lentamente, sintiendo sus manos en mi cuello. Con la mirada fija en ella, le mostraba la sensación más pura que sentía.

No podría estar lejos todo este tiempo; Bianca me pertenecía.

Mis labios se encontraron con los suyos, besándola con intensidad y deseo, de una manera que sospecho que nunca antes había experimentado. La sensación que me invadió fue única.

No podría dejarla ir.

Eso fue exactamente lo que dije con cada embestida, caricia y beso. Y al mismo tiempo, sellé la promesa de que estaríamos juntos.

Terminé el beso, anhelando sentir su mirada. Al hundirme en ella, llevé mi mano a su rostro y lo acaricié.

El sentimiento que tenía era genuino. Quería estar con esta mujer, quería cuidarla, la quería en mi vida.

Necesitaba hacerle saber lo que sentía en mi corazón, y que crecía cada día más.

—Mi princesa, mi amor. —Me sumergí de nuevo, y ella respondió con un delicioso gemido—. Te amo.

—Oh, Rafael...

—Te amo, princesa —repetí esas palabras con un gruñido intenso, sintiendo cómo se volvía loca.

Bianca cerró los ojos un instante, y un gemido incontrolable escapó de sus labios sensuales. Saqué casi toda mi verga y me hundí una vez más. Fue entonces cuando abrió los ojos con ansia.

Sentí que su cuerpo estaba a punto de sucumbir a mí, así que apreté cada vez más fuerte contra su punto sensible, viéndola enloquecer con cada deslizamiento.

—Dios, Rafael... —gimió, provocando escalofríos por todo mi cuerpo—. Te... te amo.

Mis labios se curvaron en una sonrisa, y empujé con más fuerza dentro de ella.

Estábamos en sintonía, una sintonía perfecta.

Sentí sus uñas clavarse en mi espalda y su control desvanecerse, mientras se entregaba a un grito lleno de deseo. Me uní a ella en ese mismo instante, gruñendo su nombre mientras una electricidad recorría todo mi cuerpo.

¡Dios! Amaba a esa mujer. Y la verdad era que sí, iría con ella, a donde fuera.

Dejé un beso en sus labios suaves antes de retirarme y dejar caer mi cuerpo en el lado vacío de la cama. Aquello había sido demasiado intenso. Con ella, siempre lo era.

Entonces, mis brazos se dirigieron hacia ella y la atraje hacia mí. Bianca apoyó la cabeza en mi pecho y, enseguida, acaricié su cabello mientras intentaba controlar la respiración.

—¿De verdad pensaste que me había ido? —preguntó Bianca un rato después, llamando mi atención hacia ella.

—Sí, lo pensé —fui sincero.

Ella sonrió con dulzura. Deslicé mi mano hacia su cintura y atraje su cuerpo sobre el mío.

Bianca no protestó, acomodó sus piernas alrededor de mi cintura y sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Qué habrías hecho si me hubiera ido?

—Habría ido tras de ti y te habría recordado lo que te dije aquel día en el balcón —llevé la mano a su espalda, haciendo que se inclinara hacia mí—. No voy a dejar que te vayas, Bianca, nunca.

—Yo... estoy contando con eso —susurró.

Eliminé la distancia que había entre nosotros, dejando un beso lento en sus labios suaves y deliciosos. Luego, algunos besitos antes de apartarme para mirarla una vez más.

—¿Cómo estuvo tu día?

—Eh... estuvo bien dentro de lo posible —respondió Bianca con la voz contenida—. La verdad es que estaba insegura, necesitaba que llegaras para que pudiéramos alinear las cosas.

—¿Y por eso decidiste quedarte calladita en mi cuarto y casi matarme del susto? —arqueé las cejas, ella sonrió.

—Tal vez eso fue un poco intencional —confesó—. Pero tú también podrías haberme dicho lo que planeabas, así yo estaría más tranquila.

—No quería decir nada sin estar seguro, necesitaba confirmar antes de que todo saliera bien —expliqué, y ella solo asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿te vas conmigo el sábado?

—Sí, me voy —dije sin dudar, viendo cómo una sonrisa deliciosa se formaba en sus labios.

—Vivian quiere organizar una despedida para mí el viernes, con amigos cercanos y familia... ¿Qué opinas?

—¿En Búzios?

—Sí, en Búzios.

—Eso será bueno, podemos hacerlo —dije con los ojos fijos en ella.

Bianca llevó la mano a mi rostro y se inclinó, dejando un beso rápido en mis labios. O al menos, eso debería haber sido.

Apreté mis manos en su cintura y profundicé el beso, saboreando cada desliz de mi lengua por su boca.

Cuando nos separamos, estábamos sin aliento. Los ojos de Bianca se fijaron en los míos, y mordió su labio inferior, lo que me hizo aumentar la presión en su cintura.

—¿Puedes repetirlo? —pidió.

Estuve a punto de preguntarle qué, pero su mirada sobre mí lo decía todo perfectamente, así que solo susurré con los ojos fijos en ella:

—Te amo, princesa.



CAPÍTULO 36

Por fin había llegado el viernes, y no sabía si había hecho bien al dejar que Vivian se encargara de mi despedida. Se suponía que sería algo sencillo, pero terminó convirtiéndose en un evento que tendría lugar en la discoteca donde ella trabajaba.

Cuando llegué a Búzios, dejé que mi padre coordinara los detalles con mi amiga, mientras yo disfrutaba de los últimos días con mi madre. Todo quedó en manos de ella, mientras mi padre se encargó de cubrir todos los gastos. Yo me concentré únicamente en mi madre.

Rafael se había quedado en la capital para ajustar algunos detalles con su socio, para que mañana pudiéramos irnos a Nueva York. Y algo que al principio me ponía nerviosa, en este momento, sin duda, me tenía llena de ansiedad.

—¿Estás lista, querida? —la voz de mi madre flotó en el ambiente, trayéndome de vuelta a la realidad.

—Ah, sí... —respondí, y me miré una vez más en el espejo.

Había optado por unos pantalones de cuero negro y un crop top azul marino. Me gustaba mucho ese estilo.

—Estás preciosa —dijo, y yo me giré para mirarla. Entonces, le sonreí.

—Gracias, mamá —respondí, y al minuto siguiente mi atención fue hacia el celular, al notar que acababa de llegar un mensaje.

Lo tomé y abrí el mensaje.

Rafael: *Princesa, estoy llegando. ¿Paso por la casa de tu madre para recogerte o voy directamente a la discoteca?*

—Es Rafael —dije, desviando la atención hacia mi madre.

—Debemos irnos, ¿no? —preguntó, y yo asentí.

—Solo tú y Vivian lograrían hacerme ir a una discoteca a estas alturas.

Sonreí y respondí el mensaje de Rafael diciéndole que fuera directamente a la discoteca, luego guardé el celular en el bolso y caminé hacia mi madre. Ella se giró hacia la puerta y yo la acompañé.

—Tienes solo cuarenta y tres años, mamá, deberías salir más y disfrutar un poco —la miré con atención—. O... podrías simplemente hoy, cuando veas a papá... —dejé la frase en suspenso y le lancé una mirada sugestiva.

—Oh, no, querida, no tengas esperanzas —dijo con convicción, luego llevó la mano a mi brazo, haciendo que me detuviera para mirarla—. Tu padre y yo... eso quedó en el pasado. Lo que alguna vez sentí por Carlos se acabó. No solo se acabó, sino que no quiero tener nada que ver con él.

—¿Por qué has estado sola todo este tiempo entonces? —pregunté.

Esa era una pregunta que siempre había querido hacer; pensaba que, en el fondo, ella tenía esperanzas. Pero su tono me

mostró que estaba equivocada.

—Simplemente porque me gusta estar sola —respondió sin dudar—. Me gusta ser libre.

Asentí con la cabeza, comprendiendo sus palabras.

—No tengo esperanzas sobre ustedes dos —fui sincera—. Solo quiero que sean felices, sin importar con quién.

—Entonces quédate tranquila, querida, soy feliz con la vida que llevo —dijo.

Una sonrisa se formó en mis labios, y volví a caminar hacia la puerta.

El camino hasta el ascensor fue en silencio. Cuando nos detuvimos frente a él, mi madre presionó el botón para llamarlo y yo desvié la atención hacia ella.

Entendía el hecho de ser feliz estando sola, pero... ¿el motivo de su decisión sería mi padre?

—Eh... mamá —llamé su atención hacia mí.

—¿Sí?

—¿Te enamoraste alguna vez después de papá? —pregunté, y la observé con atención.

Ella suspiró profundamente, y antes de que pudiera decir algo, la puerta del ascensor se abrió. Entramos y presionó el botón hacia la planta baja.

Decidí permanecer en silencio y darle su espacio. Y así seguimos hasta que entramos en el auto.

Mamá tomó el volante y, al instante siguiente, se giró hacia mí.

—Estuve enamorada de otra persona —susurró—. Pero no era el momento adecuado. Cuando me di cuenta del sentimiento, me alejé y nunca más lo volví a ver.

Mi madre forzó una sonrisa y arrancó el auto.

Entonces supe que era momento de cerrar el tema. El motivo por el que ella estaba sola no era porque no pudiera olvidar a mi padre, era una decisión que no me correspondía cuestionar.

Eso era.



—Han llegado —dijo mi padre en el momento en que la puerta del ascensor se abrió. Miré brevemente a mi madre, viéndola impasible. Luego volví a mirarlo a él.

—Hola, papá, ¿qué haces aquí afuera? —pregunté, y enseguida caminé hacia él. Lo saludé con un abrazo.

—Estaba esperando que llegaran —dijo, y desvió la mirada hacia mi madre.

—¿Que llegáramos? —preguntó ella cuando me aparté.

—Sí, quería hablar un momento contigo antes de entrar —la miró fijamente.

—Está bien —respondió mi madre, y luego me hizo un gesto con la cabeza.

—Bueno, entonces los veo adentro —dije, y aún alcancé a ver una sonrisa de mi padre para mí antes de caminar hacia la entrada de la discoteca.

Como el lugar estaba reservado solo para nosotros, todo estaba vacío, en realidad, demasiado vacío.

—¡Oh, Dios! —dije con la voz entrecortada al sentir unas manos fuertes rodear mi cintura y presionarme contra la pared.

—Te extrañé, princesa —la voz ronca y sensual de Rafael me hizo estremecer.

—Tres largos días... imagina un año —susurré.

—No lo soportaría —dijo, inclinándose hacia mí, mientras sus manos ejercían una presión deliciosa en mi cintura.

Sentí sus labios rozar los míos, provocándome de la forma en que solo él sabía hacerlo. Con tan poco, me llevaba al borde del abismo, mientras el corazón parecía salirse del pecho.

Entonces, estábamos besándonos. Era intenso, voraz y lleno de añoranza.

Cuando terminamos el beso, estábamos completamente sin aliento. Le sonreí, y él mordió mi labio inferior, tirando de él suavemente.

Una música electrónica comenzó a sonar en el ambiente, lo que nos hizo separarnos.

—Debemos entrar... —dije con la voz contenida.

—Sí, tus amigos te están esperando —dijo con una sonrisa ladeada.

Sonreí mientras entrelazaba nuestras manos, guiándome hacia el bar.

La decoración de la discoteca estaba un poco diferente de lo habitual. En la pista de baile, luces violetas iluminaban el lugar, y había algunos globos y banderolas con frases como:

"Vuelve pronto, tu lugar está aquí" o *"Te vamos a extrañar."*

Negué con la cabeza, segura de que eso era cosa de mi amiga loca.

Cuando llegamos cerca del bar, me encontré con Vivian, Alexandre y Patricia en una mesa grande que estaba cerca de la barra.

Me detuvo antes de que pudiera avanzar hacia ellos, y mis ojos se dirigieron a Rafael, intentando comprender su actitud.

—Quiero presentarte a alguien antes —dijo, y miró en dirección opuesta.

Solo entonces pude ver, en una mesa más reservada, a Marcelo y una mujer. —Volvemos en unos minutos —dije, y pasé la mirada por los tres.

Alexandre simplemente levantó el vaso de whisky, y yo sonreí.

Sin ceremonia, Rafael llevó la mano a mi cintura y me condujo hacia la mesa.

—¿Tu madre? —susurré.

—Sí —respondió, haciéndome sentir mariposas en el estómago —. Pero tranquila, estoy seguro de que le vas a encantar.

Sonreí y desvié la atención hacia Marcelo y su mujer, que se levantaron al notar que nos acercábamos.

—Bianca, déjame presentarte a mi espo...

—¡Oh, Bianca... no veía la hora de conocerte! —la mujer interrumpió al marido y vino hacia mí para darme un abrazo.

Respondí al saludo con una sonrisa en los labios, recibiendo la misma sonrisa de Marcelo, que al mismo tiempo negaba con la cabeza, seguramente por la impaciencia de la mujer.

—Es un placer conocerla también, doña...

—Sonia, me llamo Sonia —dijo, animada.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó Marcelo cuando la mujer se apartó.

—Estoy bien, ¿y ustedes? —pregunté, alternando la mirada entre ambos.

—Bien —extendió la mano hacia mí, y la estreché con un apretón firme—. Sabía que volverías a Nueva York en unos días, pero no imaginaba que te llevarías a mi hijo contigo —dijo entre una sonrisa, lo que me hizo sonrojar.

—Oh... —respondí sin saber qué decir.

—Marcelo, querido, la estás poniendo incómoda —dijo Sonia, y yo negué con la cabeza, intentando disimular.

—Será por poco tiempo —Rafael se pronunció por primera vez, llamando la atención de sus padres.

—Hijo, estoy realmente feliz por esto... ve, y por favor, solo vuelve con esta mujer —dijo doña Sonia, provocando una suave carcajada en mí.

Sentí la mano de Rafael nuevamente en mi cintura, mientras se acercaba.

—No tengo planes de volver sin ella, mamá —dijo con convicción, provocándome mariposas en el estómago—. Ella es mi princesa.

Le lancé una breve mirada a Rafael, sintiendo mi rostro arder de tanta vergüenza.

—Mira nada más a estos dos —dijo Marcelo, orgulloso.

—¿Cuándo habría imaginado ver a mi hijo diciendo eso? —dijo doña Sonia, embobada.

Le dediqué una sonrisa tímida.

—Vamos a sentarnos, chicos —sugirió Marcelo, atrayendo nuestra atención.

—Bianca aún tiene que saludar a los amigos, pero más tarde la traeré para conversar un poco con ustedes —dijo Rafael, y yo asentí.

—De acuerdo, los esperaremos —dijo doña Sonia con una sonrisa.

Entonces, Rafael volvió a guiarme. Esta vez, hacia la barra.

—Tienes que conseguir nuevos amigos —susurró, señalando con la cabeza hacia el bar—. Solo Vivian se salva de ese grupo.

—No imaginé que Patricia vendría, pero... ¿qué tienes contra ellos? —arqueé las cejas—. Para mí está claro que hay algo entre tú y Alexandre.

Rafael simplemente me observó por un momento, con el semblante más serio de lo habitual. Luego, su atención se dirigió hacia adelante.

—Buenas noches a todos —dijo, serio.

Fue entonces cuando supe que aún no estaba dispuesto a hablar.



CAPÍTULO 37

—Buenas noches, guapetón —respondió Vivian, mientras Alexandre y Patricia solo le hicieron un gesto con la cabeza a Rafael. Entonces, ella desvió la atención hacia mí con una sonrisa pícara. —Solo queríamos disfrutar en la discoteca y mira, es toda nuestra.

—No te gustó nada, ¿verdad? —le guiñé un ojo.

Luego, mis ojos se dirigieron a Patricia, y después a Alexandre.

—Me alegra que hayan venido.

Los ojos de Patricia estaban puestos en Rafael. En ese momento, no sabía si había venido para despedirse... o para verlo.

Me acordé de que tenía algo pendiente por contarle a Rafael. Después de tantas cosas, ni siquiera me había acordado de mencionarle la visita de ella a su penthouse.

—Me sorprendió saber que estás volviendo a Nueva York —dijo Alexandre, y mi atención se dirigió hacia él.

—Necesito terminar el posgrado, así que estaré de regreso en un año —dije, sintiendo el apretón de Rafael en mi cintura.

—Siempre enfocada en los estudios, nada ha cambiado —Alexandre me observó con detenimiento.

—Eso va a cambiar un poco, al fin y al cabo, me voy con ella —dijo Rafael, serio. Lo reprendí con la mirada, pero no le importó en absoluto.

—Me alegra por ustedes —Alexandre no se dejó intimidar—. Bianca estaba muy sola en Nueva York, así que... será algo bueno.

—Sí, estoy segura de que lo será —dije, dedicándole una sonrisa a Alexandre, y luego mis ojos se dirigieron a Rafael, que había acercado una de las sillas para que me sentara.

Así lo hice, y él se sentó a mi lado. Lo observé por un momento, dándome cuenta de que, sin duda, era él quien tenía un problema con Alexandre, no al revés.

—¿Tu madre no vino? —preguntó Vivian, atrayendo mi atención.

—Sí... ella y mi padre están conversando —respondí, y ella me lanzó una mirada sugestiva. —Ah, no... nada de eso que estás pensando.

—¿Segura? —preguntó, y asentí con la cabeza.

Entonces mi atención se dirigió a los camareros que venían hacia nosotros. Comenzaron a servir sobre la barra algunas entradas y platos fríos. Después de agradecerles, hicieron lo mismo en la mesa donde estaban Marcelo y su esposa.

—Deberíamos brindar —dijo Vivian, y yo asentí.

—Vamos a esperar a mis padres... —Vivian señaló con la cabeza, haciéndome mirar hacia atrás.

Fue cuando vi a mi padre caminando hacia nosotros, solo.

—¿Y mi madre? —pregunté, preocupada por el rumbo de la conversación.

—Debe venir más tarde —dijo, y en ese mismo momento me levanté. —Tranquila, hija, todo está bien.

—Entonces, ¿por qué no entró?

—Lilian... está conversando con César Augusto —dijo con una pequeña sonrisa, y yo arqueé las cejas.

—¿Y quién es ese? —pregunté sin entender, no recordaba a ningún conocido de mi madre con ese nombre.

—Un amigo que tenemos en común... más precisamente alguien que la ayudó mucho durante el período en que estaba embarazada de ti.

—Oh... —respondí, algo distraída, pensando inmediatamente en la posibilidad de que fuera el hombre del que mi madre había hablado.

¿Sería posible? ¿O estaba demasiado conectada con eso solo porque acabábamos de hablar del tema?

—No te preocupes, mi niña, ella está bien —dijo, y yo asentí.

—Entonces... —Vivian llamó nuestra atención—. ¿Brindamos y aprovechamos la pista de baile, ya que es solo nuestra?

Sonreí, sabiendo que estaba haciendo lo que mejor sabe hacer: levantar el ánimo.

—Perfecto, voy a llamar a Marcelo y a su esposa para que se unan a nosotros —comentó Carlos, y yo asentí.

Mientras él se dirigía a la mesa donde estaban los padres de Rafael, me senté al lado de Rafael.

—Voy a preparar estos tragos personalmente —dijo Vivian, y se levantó. Luego fue hacia la barra, haciendo que el barman le cediera el lugar.

—Yo haré el brindis y me quedaré aquí, vigilándote por ahora —dijo Rafael.

Lo observé por un momento, y una sonrisa se formó en mis labios antes de responderle:

—Estoy segura de que lo harás.



—Querida —la voz de mi madre se deslizó por el ambiente, llamando mi atención.

—Mamá —dije, y me levanté.

—Perdón por la demora... yo... —hizo una mueca—. ¿Te molestaría si simplemente me fuera?

Mis ojos se dirigieron detrás de ella, encontrando allí a un hombre que aparentaba tener la misma edad que mi padre. Él solo me hizo un gesto con la cabeza y continuó observándonos desde lejos.

Entonces, volví a mirar a mi madre.

—¿Es él? —pregunté, observándola con atención.

—Sí... lo es.

Asentí.

—Bien... entonces ve, hablamos después.

—Gracias, querida —dijo mi madre, y la abracé con fuerza.

—Nos vemos antes de que me vaya.

Ella asintió y se dio la vuelta para ir hacia el hombre. Los seguí con la mirada antes de volver a sentarme en la silla.

Mi madre nunca fue fanática de las discotecas ni de lugares ruidosos como lo estaba siendo esa noche. Y dadas las circunstancias, de ninguna manera me molestaba que no participara.

Incluso sin su presencia, podía decir que la noche estaba siendo agradable y divertida. Sin duda, recordaría ese día como algo significativo en mi vida y con personas que realmente apreciaba.

Habíamos bailado tanto que decidimos hacer una pausa.

Rafael y yo terminamos sentándonos en una mesa con taburetes más altos y algo reservada. Patricia y Alexandre habían vuelto a la mesa y estaban bebiendo un poco mientras conversaban.

Vivian, tan acostumbrada a estar siempre lidiando con las bebidas, no pudo evitarlo. En algunos momentos, simplemente iba a la barra para preparar algunos tragos.

Y la última vez que eso ocurrió, mi padre estaba sentado en uno de los taburetes conversando con Marcelo y Sonia en el bar. Sin embargo, desde lejos, podía ver que Vivian estaba intercambiando algunas miradas con él.

—No puedo creer que esa descarada no perdone ni a mi padre —susurré, haciendo que Rafael mirara hacia el bar.

—Solo le está sirviendo una bebida. ¿Qué tiene de malo eso?

Hice una mueca al escucharlo. Entonces, mis ojos se dirigieron a Alexandre y Patricia. Seguían conversando, pero los ojos de ella no podían mantenerse lejos de Rafael.

Quería esperar hasta estar en su casa para preguntarle sobre ella, pero estaba tan incómoda que ya no podía seguir esperando.

—Nosotros... ¿podemos hablar un poco en la terraza? —pregunté a Rafael.

Él me observó por unos instantes.

—Eso es interesante —dijo, y enseguida se levantó.

No dije nada, simplemente acepté cuando me extendió la mano. Sin llamar mucho la atención, nos dirigimos hacia la terraza.

Me detuve cerca de unas mesas que quedaban junto al balcón, donde las personas podían admirar la vista.

—Yo... quiero que me cuentes sobre Patricia —pedí mientras me giraba hacia él.

Rafael frunció el ceño, sorprendido. Pasó la mano por mi cintura y pegó mi cuerpo al suyo.

—Imaginé todos los escenarios posibles cuando me llamaste para venir aquí —dijo con los ojos fijos en mis labios—. Pero ninguno de ellos incluía hablar sobre esa mujer.

—Necesito saberlo —solté, con la voz casi en un hilo, intentando no ceder a la tentación que era la mirada de Rafael sobre mí.

—No hay nada que decir sobre ella —dijo, con seriedad.

—Rafael... no podemos comenzar una relación así. Si quieres que esto funcione, tienes que ser sincero conmigo.

—Estoy siendo sincero, no hay nada —esta vez, sus ojos se encontraron con los míos.

Negué con la cabeza y me aparté. Después de lanzarle una mirada profundamente molesta, comencé a caminar por la terraza queriendo solo una cosa: volver a la discoteca.

Fue entonces cuando sentí las manos de Rafael suavemente en mi brazo, y me detuvo.

—Princesa, no hagas esto... solo confía en mí —susurró con los ojos fijos en los míos—. No tienes que preocuparte por alguien con quien ni siquiera tengo contacto.

Asentí y decidí ser más clara sobre la situación.

—Al principio... al notar cómo Patricia siempre tenía los ojos puestos en ti cada vez que nos encontrábamos, deduje que probablemente tenía cierto interés en ti —él solo asintió mientras me escuchaba—. Pero luego apareció en tu departamento, sabe dónde vives y pareció muy sorprendida al encontrarme allí. Patricia estaba allí porque quería hablar contigo —dije, sintiendo cómo su expresión cambiaba.

Estaba conteniendo la rabia, eso era evidente.

—¿Cuándo pasó eso? ¿Cuándo estuvo ella allí? —preguntó más serio de lo normal.

—Después del día en que nos vio en la discoteca, después de aquella noche... —observé su rostro con atención—. Claramente esto es más de lo que pensé, así que necesito que me digas qué está pasando entre ustedes dos.

—No está pasando nada, Bianca. Patricia es complicada.

—Define complicada —pedí, sintiéndome impaciente. Él suspiró. —Mira, Rafael, así no va a funcionar para mí.

—¿De qué estás hablando?

—Tú sabes todo sobre mí, he sido sincera en todo... incluso sobre Alexandre. Tú quieres que te diga todo, pero no estás dispuesto a hacer lo mismo. No voy a insistir en una relación donde solo yo soy realmente sincera.

—Tienes razón —dijo, atrayendo mi atención—. Es solo que no vale la pena hablar de ella.

—Está bien —asentí, y esta vez fui más firme al intentar alejarme.

Rafael empujó su cuerpo contra el mío y me presionó contra la pared.

—Rafael... —lo llamé, seria.

—Dije que no te dejaría ir. —Entonces, replantea tus actitudes, porque si digo que me voy... no tendrás cómo impedirlo.

Rafael suspiró y llevó una de sus manos a mi rostro.

—Hubo un tiempo en que Patricia me perseguía... eso duró cerca de un año, hasta que finalmente logré que entendiera que entre ella y yo nunca pasaría nada.

Negué con la cabeza, absorbiendo aquella información.

—¿Y nunca pasó nada entre ustedes? —arqueé las cejas, y aunque no quería esa confirmación, pude sentirla antes de que dijera cualquier cosa.

—Hace siete años tuve un momento muy difícil... no voy a decir que Patricia se aprovechó de eso, pero dormí con ella una vez y todo se volvió un infierno después de ese episodio.

—¿Se conocieron hace siete años? —pregunté, sorprendida.

—No, éramos amigos... fuimos juntos a la universidad.

—Oh... eso significa que conoces a Alexandre desde esa época también —concluí. Rafael solo asintió. —Entonces Patricia es la razón de la tensión que hay entre tú y él.

—No, eso... es otra historia. Pero no importa, Bianca. Lo único que importa es que eso pasó hace siete años, y no tengo el menor deseo de volver a tener ningún vínculo con ella. Mucho menos quiero recordar lo enfermizo que fue tener a esa mujer detrás de mí durante tanto tiempo.

—Si ha pasado tanto tiempo, ¿por qué está tan obsesionada contigo ahora?

—No tengo idea... Tal vez el hecho de que, después de tanto tiempo, finalmente estoy con alguien. ¡No sé! Porque a lo largo de los años estuve solo —pareció reflexionar sobre las opciones—. O tal vez porque nos hemos visto con más frecuencia, al fin y al cabo, me mudé a Búzios y con eso me distancié aún más.

Lo observé con atención.

—Bueno, tal vez sean las dos cosas —dije y solté un suspiro—. ¿Nunca sospechaste que ella pudiera estar enamorada de ti?

—Sería hipócrita decir que no, por eso en la época de la universidad solo fuimos amigos, incluso cuando ella se me lanzaba. Pero fue un momento en el que no pensé... yo solo...

—Entiendo —lo interrumpí, comprendiendo perfectamente que no le importó que ella sintiera algo por él, solo pensó con la verga.

—Princesa, no dejes que esa mujer se interponga entre nosotros —pidió.

Asentí con la cabeza. La verdad era que para mí eso no importaba. Si era algo que estaba en el pasado y había ocurrido hace tanto tiempo, no veía motivos para dejar que nos afectara.

—Solo quería entender —dije, tranquila, sintiendo cómo él se relajaba. —¿Fue tan difícil decirme la verdad?

—Solo no quería que supieras esa parte de mi vida.

—Pero si quieres que estemos juntos, necesitas compartir las cosas conmigo —llevé las manos a su rostro y lo acaricié—. Eso es lo que espero, al fin y al cabo, tú me conociste en mi peor momento, ¿por qué no me dejas conocerte a ti también?

—Eres increíble —susurró.

Sonreí y me incliné, dejando un beso en sus labios. Mi intención era darle un beso rápido, pero Rafael quería más. Tomó mi boca con pasión e intensidad.

Sus manos grandes, una vez más, estaban en mi cintura, mientras yo le daba espacio para que profundizara aún más el beso. Sentía el significado de ese gesto, era como si silenciosamente me mostrara lo desesperador que había sido para él la posibilidad de que lo dejara allí.

Le correspondí con la misma intensidad, sellando la promesa de que, mientras fuéramos sinceros el uno con el otro, eso no pasaría.

Cuando nos separamos, estábamos jadeando. Ansiaba más, sin embargo, sabía que ese era el peor momento.

—Nosotros... deberíamos volver —dije con la voz entrecortada —. Antes de que alguien decida venir a buscarnos.

La boca de Rafael se curvó en una sonrisa ladeada. ¡Y Dios mío! Cómo amaba su sonrisa.

—Eso sería embarazoso —dijo, y yo asentí con la cabeza. Entonces me observó con detenimiento.

—Voy a dejar que disfrutes el resto de la noche con tus amigos, al fin y al cabo, te tengo toda para mí el resto del año.

—Hey... —le di una palmada suave en el pecho—. No es exactamente así.

—Es exactamente así, Bianca —su voz ronca y autoritaria me dejó sin aliento—. Tú me perteneces.



CAPÍTULO 38

—Por fin, en casa —dije con una sonrisa para Rafael. Luego llevé la mano a la manija, abrí la puerta y desvié la mirada hacia él —. Bienvenido a mi hogar.

Después de una despedida llorosa como siempre, abrazos fuertes y una madre diciendo que me extrañaría mucho, Rafael y yo viajamos en su jet privado a Nueva York. Así que, tras nueve horas de vuelo, aquí estábamos.

—Gracias, princesa —me guiñó un ojo y me dejó sin aliento.

Le di espacio para que entrara, mientras me preguntaba si algún día lograría acostumbrarme a ese hombre.

Rafael pasó junto a mí con una sonrisa ladeada, totalmente satisfecho con la reacción que había provocado en mí. Cerré la puerta y lo seguí, observando cómo dejaba las maletas en la sala para mirar mejor el departamento.

Tenía que confesar que sentía una mezcla de emoción y nerviosismo. Era la primera vez que dejaba que alguien entrara de esa forma en mi vida.

Fui hacia la puerta de vidrio y la abrí, dando acceso al balcón.

—Aquí es el lugar donde más me gusta estar —dije con una pequeña sonrisa.

Él pasó junto a mí y entró al balcón, admirando la mesa pequeña, el un banco para dos y una zona cubierta con una mesa para estudiar. Pasó la mano sobre la mesa y sus ojos se dirigieron hacia mí.

—¿Te gusta tanto como para venir a estudiar aquí? —preguntó, y yo asentí con la cabeza. —¿Y hace cuánto tiempo vives en este lugar?

—Me mudé a este departamento hace unos cuatro años —respondí, atrayendo su atención hacia mí.

—¿Siempre has estado aquí sola? —preguntó, caminando en mi dirección.

—Sí, me gusta la privacidad... y no no llegué a hacer muchos amigos como para vivir bajo el mismo techo —hice una mueca—. Lo intenté durante algunos meses, pero no funcionó. Entonces mi madre consiguió este lugar para mí —una sonrisa se escapó de mis labios—. Quiero decir, viéndolo ahora, probablemente fue mi padre.

—Interesante —me observó con atención.

—¿Qué pasa? —pregunté, dándole espacio para que regresara a la sala.

—Eso demuestra que no te gusta vivir con extraños, tu privacidad y comodidad están en primer lugar.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué aceptaste mi propuesta de compartir el penthouse? —arqueó una ceja con una sonrisa pícara en los labios.

—Ni me gusta pensar en tu descaro, Rafael. Fuiste convincente —respondí, haciéndolo reír a carcajadas.

Me mordí el labio inferior y lo seguí cuando se dirigió al pasillo, hacia el área íntima. Echó un vistazo a dos cuartos antes de detenerse frente al principal.

Sin duda, la decoración delataba que ese era el mío. Después de todo, fue el primero en el que entró.

Rafael parecía prestar atención a cada detalle del cuarto, como si no estuviera dispuesto a dejar pasar nada.

—¿Cuáles son tus planes... hmm, ahora que estamos aquí? —pregunté, atrayendo su mirada hacia mí.

—Puede que haya momentos en los que necesite volar a Río, por eso el jet estará a mi disposición. Pero la idea es que, mientras tú estudias, yo aproveche el tiempo para expandir mi holding —asentí—. El plan es aumentar la cartera de clientes, con la ayuda de un contacto influyente que tengo por aquí.

—Guau... eso es increíble —dije, sorprendida por lo bien que ya lo había planeado todo.

Rafael sonrió y volvió su atención hacia adelante.

Me sentí aún más feliz, pues parte de mí temía estar complicando su vida por pasar tanto tiempo fuera del país. Pero él simplemente convertiría eso en una oportunidad, y eso era increíble.

Después de leer algunas notas en post-its sobre el espejo, Rafael desvió la atención hacia la estantería que estaba al lado derecho. Analizó algunos títulos antes de fijarse en el libro que estaba sobre el escritorio. Ese había sido el último libro que yo había leído.

—"Un bebé para la CEO, Laudy M" —leyó el título en voz alta, y entonces sus ojos curiosos se dirigieron hacia mí.

Me sonrojé, sabiendo que había descubierto mi secreto más profundo. Era amante de novelas románticas, y mi última obsesión había sido Heitor Karev, un CEO absurdamente atractivo.

—¿Qué estás haciendo, Rafael? —susurré.

—Solo estoy intentando conocerte mejor, princesa —dijo, colocando el libro de nuevo sobre el escritorio. Luego se giró y dio algunos pasos en mi dirección—. Sigo sintiendo que no sé lo suficiente, sigo queriendo más.

Mi corazón casi se salió por la boca al notar la intensidad y el sentimiento genuino que tenía de querer saber siempre más sobre mí. Eso era nuevo, una novedad deliciosa, pero al mismo tiempo, desconcertante.

Sus manos fueron a mi rostro y acarició mis labios con el pulgar, haciendo que un gemido contenido escapara de mis labios.

—Vas a matarme con toda esta intensidad —confesé.

Rafael se inclinó y mordió mi labio inferior. Sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo mientras lo jalaba suavemente.

Entonces, sus ojos volvieron a mí.

—¿Debemos continuar el recorrido por el apartamento?

—Hay algo que podemos explorar juntos —dijo con voz ronca, haciéndome suspirar profundamente.

—Rafael...

—Te deseo, princesa.

Mi corazón se aceleró ante su propuesta, pero también sentí que todo mi cuerpo ardía al pensar en cuánto necesitaba conectarme con él una vez más.

—Me tienes —respondí, sintiendo su mano deslizarse hacia mi cintura. Y en un movimiento rápido, jaló mi cuerpo y lo pegó al suyo.

—Vamos a comenzar esta nueva etapa juntos, aquí y ahora —susurró a pocos centímetros de mis labios—. Quiero explorar contigo cada momento, cada lugar, uno por uno.

Su tono autoritario y la forma en que esas palabras salieron de su boca me hicieron estremecer.

Solo fui capaz de asentir antes de sentir sus labios calientes tomar los míos sin pudor. Con la intensidad que yo amaba, sus brazos me envolvieron mientras él estaba a punto de devastar mi mundo, robar mi cordura y sacudir por completo mi vida con su intensidad y pasión.

Estábamos empezando a escribir nuestra propia historia.

Yo estaba lista para enfrentar el próximo año en Nueva York, siempre que él estuviera conmigo.

Estaríamos juntos, en Nueva York y más allá.



CAPÍTULO 39

—Buenos días, princesa —esa voz ronca y sexy se filtró en mi subconsciente, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera, mientras sentía su aliento cálido y delicioso tan cerca de mí.

Estaba malacostumbrada.

Definitivamente, estaba malacostumbrada. Después de todo, así era como me despertaba desde hacía un año. Con ese hombre extremadamente ardiente e intenso susurrándome al oído: "Buenos días", "Te amo", "Me perteneces".

Dios, sentía que iba a morir cada vez. Incluso después de un año, mi cuerpo reaccionaba exactamente de la misma manera.

Sentí la barba de Rafael rozar mi cuello, mientras depositaba besos suaves allí, enviando ondas de excitación por todo mi cuerpo, haciendo que el sueño se desvaneciera.

—Buenos días, mi amor —respondí con la voz contenida, y giré mi cuerpo hacia él.

—Entonces, hoy es el gran día —dijo con un brillo en la mirada.

Asentí con la cabeza, aún sin creer que me estaba graduando.

—¿Cómo te sientes?

—Ansiosa —respondí, haciendo que su boca se curvara en una sonrisa.

Miré brevemente el reloj sobre el escritorio, constatando que, debido al ajetreo del día, debíamos levantarnos.

—Va a ser increíble, esta noche será especial —dijo Rafael, atrayendo mi atención de nuevo hacia él.

—Sin duda alguna —coincidí, sin poder contener la sonrisa que se formó en mis labios.

Rafael llevó las manos a mi cintura y me atrajo sobre él. Solté un pequeño grito por el susto, pero pronto acomodé mis piernas alrededor de él.

Sus manos cálidas y fuertes se deslizaron por mi espalda, y mi cuerpo se fundió con el suyo. Sus labios tocaron los míos, y apoyé los codos sobre el colchón, entregándome por completo a ese beso delicioso.

Estaba feliz con los cambios en mi vida durante ese año. Ya no me sentía sola, como en los últimos años de universidad. Mi padre se había dedicado a venir a visitarnos todos los meses, y eso era reconfortante y hermoso. Incluso mi madre, que nunca venía al extranjero, sacó la visa y vino algunas veces.

Y lo mejor de todo: tenía a Rafael a mi lado.

No voy a decir que todo ha sido perfecto, porque aunque Rafael está bastante cerca de eso, la perfección no existe. Sí, tuvimos algunos desentendimientos, pero todos terminaron de la misma forma: con pizza.

Nuestra conexión era cada vez más intensa, nuestra relación más seria que nunca, y sentía que lo amaba con locura.

Me había apegado por completo.

Y el hecho de no tener idea de cómo sería la vida después de regresar a Brasil me dejaba un poco ansiosa.

—Necesito terminar algunas cosas hoy, el día será muy agitado —dijo Rafael con voz ronca, y luego mordió mi labio inferior y lo jaló.

Me estremecí con el gesto, simplemente amaba cuando hacía eso.

—Sí... deberíamos levantarnos ahora —coincidí, con la voz entrecortada.

—Pero te deseo tanto —soltó un pequeño gruñido, y sentí su verga palpitar a través de la tela del pantalón chándal.

¡Dios! Teniendo en mente que alguien necesitaría autocontrol, intenté salir de su regazo, pero sus manos deliciosas me lo impidieron.

—Necesitamos comenzar el día más temprano hoy —susurré, manteniendo los ojos fijos en él.

Una sonrisa se formó en mis labios cuando se rindió, suavizando el agarre en mi cintura.

—Estoy segura de que valdrá la pena esperar hasta la noche —dije, y me incliné para dejar un beso suave en sus labios.

—Voy a preparar el desayuno mientras tú te bañas, o definitivamente no saldremos del baño en un buen rato.

—Es una buena idea —le guiñé un ojo.

Entonces, me aparté de él y caminé hacia el baño sin mirar atrás, lista para prepararme para el día que había estado esperando durante todo el año.

Mi graduación.

Dos golpes en la puerta llamaron mi atención. Miré hacia ella, encontrando a Rafael apoyado en el marco.

Mis labios se curvaron en una sonrisa ansiosa mientras lo observaba con la mirada. Llevaba un esmoquin negro que se ajustaba perfectamente a su cuerpo, la barba cuidadosamente arreglada y una mirada intensa sobre mí. Era una visión que quitaba el aliento.

—Estás deslumbrante —dijo, recorriéndome con los ojos.

Di una vuelta para que pudiera ver mejor el modelo de toga que el grupo había elegido. Realmente me había gustado cada detalle: la banda, los detalles en blanco y rojo. Estaba realmente hermoso, y me sentía agradecida de que hubiéramos decidido vestir la prenda en casa, así podía apreciarla un poco más.

Rafael caminó hacia mí, sus manos rodearon mi cintura y se inclinó, dejando un beso en mi frente.

—¿Lista para esto, princesa? —preguntó cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—Sí.

—Entonces, vamos.

Asentí y tomé el birrete que estaba sobre mi escritorio. Entonces, Rafael llevó la mano a mi cintura y me guió fuera del departamento.

Con cada paso hacia la puerta, me sentía más ansiosa. Cuando entramos al ascensor, Rafael seleccionó la planta baja en lugar del estacionamiento. Mi mirada fue brevemente hacia él, pero decidí no preguntar.

El ascensor se abrió y él siguió guiándome hacia la salida. La sorpresa me invadió cuando vi a lo lejos a mi padre, apoyado en una limusina en la entrada.

—Oh, Dios mío —dije, emocionada, con una sonrisa de oreja a oreja.

Sabía que mi padre estaría aquí para acompañarme en este momento, pero habíamos acordado encontrarnos en el lugar donde se celebraría la ceremonia.

Me esperaban Marcelo, Sonia, Vivian, mi madre e incluso César Augusto. Todavía no sabía con certeza cuál era la relación entre él y mi madre, pero me alegraba que todos estuvieran allí.

—¿Tienes idea de lo difícil que fue no contarte que estaría aquí? —dijo Vivian, y me atrajo para abrazarme.

Con una risa, me acomodé en el asiento junto a ella, recibiendo su abrazo.

—Cuánto te extrañé, amiga —dije y me aparté.

Luego, mis ojos recorrieron a todos los demás.

—Estoy tan feliz de que todos ustedes estén aquí.

—Felicidades, querida, estamos muy orgullosos de ti —dijo mi madre, y mi sonrisa se ensanchó.

Carlos y Rafael subieron a la limusina unos instantes después y se acomodaron cómodamente.

—Esto fue increíble, en serio —dije, mirando a todos—. Me encantó.

—Nos alegramos mucho con la invitación, felicidades, Bianca —dijo doña Sonia, la madre de Rafael.

En ese momento, me di cuenta de que el auto había comenzado a moverse. Sonreí y miré a Rafael y a mi padre, agradecida por todo aquello. Estaba segura de que ellos habían tenido algo que ver con esa maravillosa sorpresa.

—¿Qué les parece si empezamos con un brindis? —preguntó mi padre, atrayendo la atención de todos.

—Hmm... eso debería ser después de la ceremonia —bromeé —. Pero me encantaría.

Mi padre sonrió y abrió un minibar que estaba en la esquina derecha. Luego comenzó a repartir copas para cada uno de nosotros. Cuando terminó, tomó la botella de champán y sirvió una a una.

Mi sonrisa ya era enorme cuando sirvió la última copa y colocó la botella sobre el minibar.

—¿A qué vamos a brindar? —pregunté, recorriendo con la mirada a todos.

—A ti, mi amor —respondió Rafael con voz ronca y extremadamente sexy—. A tu éxito, a nuestro éxito... Al día de hoy.

Entonces, extendió su copa hacia el centro de todos.

—Eso... A las nuevas experiencias que están por venir —esta vez fue mi padre quien habló, haciendo el mismo gesto que Rafael.

—Y que todas esas experiencias sean en Brasil, porque ya no aguanto tenerte tan lejos —dijo Vivian antes de extender su copa. Solté una risa y negué con la cabeza.

—Al futuro —completó mi madre, alzando su copa junto con César.

Marcelo y Sonia simplemente acompañaron el brindis, ambos con una sonrisa en el rostro.

—Brindemos entonces, por las nuevas experiencias y por el día de hoy —dije al mismo tiempo que levantaba mi copa hacia todos, haciendo un brindis único e inolvidable.

No podía estar más feliz. Todo apenas comenzaba, y ya podía decir que me sentía realizada solo por ese momento, rodeada de personas que amaba y quería tener siempre cerca.

Seguimos todo el camino conversando y llegamos con gran estilo. Rafael llevó la mano a mi cintura y, como siempre, caminó a mi lado, guiándome hacia el lugar.

Al entrar, me despedí de todos y fui a sentarme junto a mis compañeros de clase. Y tengo que decirlo: la ceremonia fue increíble de principio a fin. Era una conquista que había anhelado mucho: mi diploma.

Después de recibirlo, solo esperé el cierre y me dirigí al área reservada para cambiarnos de ropa.

—Bianca, ¿cuál de estos es el tuyo? —preguntó Lana, una de mis compañeras de clase.

Miré en su dirección, analizando los vestidos que me mostraba.

—El plateado —dije, y fui hacia ella para tomarlo.

—Guau —dijo, y me regaló una sonrisa—. Es hermoso.

—Gracias —respondí, devolviéndole la sonrisa—. Bueno... nos vemos entonces.

Al decir esas palabras, entré en uno de los vestidores y me quité la toga. Luego me puse el vestido y me dirigí al espejo para comprobar.

Tenía que admitirlo: el vestido era realmente hermoso.

Había optado por un modelo largo de tirantes finos, que se ajustaba perfectamente a mi cuerpo. Tenía una abertura lateral extremadamente sensual, que lo hacía aún más elegante.

Para completar, mi cabello estaba suelto con ondas en las puntas, el maquillaje era ligero, pero con un delineado perfecto y un labial color marsala que realzaba aún más mis labios.

—Ya te lo dije hace un momento, pero siento que tengo que repetirlo —la voz de Rafael llenó el ambiente, y lo vi acercarse a través del espejo—. Estás absolutamente deslumbrante.

—Gracias —dije al mismo tiempo que llevaba la mano a mi cabello y lo recogía con cuidado—. ¿Qué haces aquí?

—Sujétalo por mí, princesa —me interrumpió.

Estaba a punto de protestar, cuando vi que sostenía algo en la otra mano. Así que simplemente hice lo que me pidió. Rafael abrió una pequeña caja y la colocó sobre el puf al lado.

Cuando sus manos rodearon mi cuerpo, una sonrisa se formó en mis labios al notar que tenía un collar. Lo observé mientras lo pasaba por mi cuello y lo abrochaba.

—Es hermoso —dije, llevando mi mano libre al collar para tocarlo. Era una pieza bastante delicada con pequeños diamantes.

—Cuando lo vi, pensé en ti. En lo perfecto que sería para hoy —dijo al terminar de colocarlo.

Solté mi cabello y lo miré una vez más a través del espejo.

—Me encantó —sonreí suavemente.

Rafael apoyó sus manos alrededor de mi cintura y se inclinó.

—Deseo tanto follarte, aquí y ahora —susurró en mi oído, haciéndome estremecer.

—Rafael —dije con la voz entrecortada—. No deberíamos...

—Tranquila, princesa —volvió a susurrar—. Por más tentador que sea, no lo haré.

Al decir esas palabras, dio dos pasos hacia atrás, alejándose. Con la respiración entrecortada, me giré hacia él.

—Estás perfecta, y así quiero que estés para las fotos —dijo, y yo asentí.

—Me encantaría que me follaras aquí y ahora, pero tienes razón —respondí con la voz contenida.

Ciertamente, si me tomaba en ese momento, perdería completamente el control. Después de todo, era imposible mantenerme serena cuando él estaba dentro de mí.

Rafael extendió la mano hacia mí y yo la tomé. Y con su forma seductora de siempre, dejó un beso en el dorso de mi mano. Sus

ojos, intensos y llenos de deseo, se clavaron en los míos.

—Más tarde... eso es una promesa.



CAPÍTULO 40

—¡Guau! —comentó Vivian cuando entramos al salón—. Esto definitivamente es de otro nivel.

No podía estar todo más perfecto. La organización del baile de graduación estaba increíble.

—¿Verdad que sí? —coincidí, mientras nos dirigíamos hacia la mesa reservada para mi familia.

Rafael me acercó la silla, le sonreí y me senté. Todos se acomodaron enseguida y permanecimos en una conversación ligera, esperando el discurso de apertura.

El ambiente se iba animando, conforme las personas llegaban y se acomodaban en las mesas reservadas.

No podía estar más feliz, pues había logrado reservar una mesa cerca del púlpito, justo en el centro de todo.

—Buenas noches a todos —dijo la rectora, llamando nuestra atención—. Es con mucha alegría que estoy aquí hoy para decir que es un inmenso honor participar en un momento como este y con personas tan especiales.

Al pronunciar esas palabras, algunos silbidos y aplausos la hicieron hacer una pausa. Su sonrisa era enorme, y el momento, increíble.

—Damos oficialmente inicio al baile de graduación de los alumnos de Arquitectura. Y en este momento, antes de dejarlos disfrutar de la noche, quisiera llamar al púlpito a un invitado especial. Es un hombre con una vasta experiencia que ha hecho historia aquí en Nueva York —dijo, y luego sus ojos se dirigieron a nuestra mesa—. Rafael Armani, por favor, haz los honores.

Mis ojos se dirigieron a Rafael.

—No me dijiste que ibas a dar un discurso —dije, con la mirada fija en él.

—Fue a último momento, no podía rechazarlo —explicó, y yo asentí. —Vuelvo en unos minutos.

Rafael se levantó y dejó un beso en la parte superior de mi cabeza antes de alejarse y dirigirse al púlpito.

—¿Quién lo diría... hmm? —comentó Vivian, y yo sonreí.

Entonces, mis ojos se posaron en Rafael, observándolo mientras saludaba brevemente a la rectora antes de tomar lo que parecía ser un micrófono y ajustarlo a su esmoquin.

—Buenas noches a todos —saludó Rafael—. Me gustaría comenzar diciendo que, en realidad, no estoy aquí para hablar de mis experiencias. Sé que hoy es una noche especial para todos los que están aquí, y quisiera hacerla aún más magnífica para la mujer que amo. —dijo, desviando su atención hacia mí. —Princesa, ¿puedes levantarte y venir aquí un momento?

Una emoción palpable se apoderó del lugar.

—¡Dios mío! —suspiré.

—Mi niña, ¿qué estás esperando? —mi padre llamó mi atención.

Sonreí nerviosa y comencé a caminar hacia el púlpito. Pero no subí, me detuve frente a él, en la parte inferior.

—Quisiera decirles a todos los que están aquí hoy que la vida está hecha de oportunidades, y hay que arriesgarse en cada una de ellas. Yo me arriesgué, en el momento en que dejé todo en Río de Janeiro para pasar el año al lado de la mujer que amo. Y tengo que decirlo: todo salió muy bien. No solo por el crecimiento de mi cartera de clientes, sino porque pude vivir momentos increíbles junto a esa mujer. —Una vez más, sus ojos se encontraron con los míos—. Pronto volveremos a Brasil, después de un año viviendo juntos. Y lo único en lo que puedo pensar es que ya no sé vivir de otra manera.

Hizo una pausa y, enseguida, bajó del púlpito, viniendo hacia mí.

Mi corazón latía desesperadamente a cada paso que ese hombre daba en mi dirección.

—Rafael... —susurré cuando se detuvo frente a mí.

—No puedo imaginar despertar un solo día sin ti a mi lado. No puedo imaginar llegar del trabajo después de un día agotador y no encontrar mi refugio —dijo, y en el instante siguiente, se arrodilló.

Mi corazón estaba a punto de salirse por la boca, mis manos temblaban, y aún no podía creer que ese hombre estaba haciendo eso. *Pero sí, lo estaba haciendo.*

Rafael llevó la mano al bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo. Entonces, su mirada volvió a mí.

—Eres la mujer de mi vida, lo supe en el momento en que puse mis ojos en ti por primera vez. No puedo imaginar mi vida diferente a lo que tenemos ahora... Y aunque siempre enfatizo que eres mi amor y me perteneces —dijo con ese tono autoritario que me dejaba sin aliento. Entonces, abrió la pequeña caja revelando un hermoso anillo de diamantes. —Necesito preguntarte, ¿aceptas ser permanentemente mía?

¡Ah, Dios... cómo amaba a ese hombre!

La sorpresa fue tan grande que no pude encontrar palabras. Seguía repitiéndome una y otra vez que aquello era real.

¡Dios mío! Aquello era real.

—Princesa, ¿quieres casarte conmigo? —su voz se volvió vacilante. Por primera vez, pude verlo realmente inseguro.

Una sonrisa llena de nerviosismo escapó de mis labios mientras buscaba las palabras para responder.

—Dios mío, sí... —mi voz salió en un susurro, haciendo que el alivio se apoderara de Rafael. —No hay nada que desee más, mi amor.

Al decir esas palabras, extendí la mano hacia él para que pudiera colocar el anillo en mi dedo anular. Me di cuenta de que no era solo yo quien estaba nerviosa; sus manos temblaban, revelando que no se sentía diferente a mí.

Eso me hizo sonreír, mientras sus ojos intensos volvían a encontrarse con los míos.

El lugar estalló en aplausos, silbidos y gritos también formaron parte mientras Rafael se levantaba. Pasó sus manos alrededor de mi cintura y me atrajo hacia él.

—Te amo tanto... —susurró, con sus labios a pocos centímetros de los míos. Y sin importarme quién estuviera alrededor, lo besé con necesidad.

Era como si fuéramos solo nosotros dos allí, compartiendo un momento único, en una noche que era más que especial.

Pronto, una música lenta comenzó a sonar en el ambiente. Nos alejamos, aún sin aliento, y los ojos de Rafael se posaron en mí.

—¿Me darías el honor del primer baile? —preguntó con voz contenida.

Mordí mi labio inferior y, sin dudarlo, respondí:

—Me encantaría.



—¿A dónde me estás llevando? —pregunté, mientras lo acompañaba con una venda en los ojos.

Sentía la brisa del mar, lo que delataba que, sin duda, estábamos en alguna playa.

—No seas tan curiosa, ya estamos llegando —respondió, y mi corazón dio un salto en el pecho con la ansiedad que me envolvía.

Después de la increíble propuesta, Rafael y yo disfrutamos la noche como nunca. Bailamos algunas canciones, recibimos felicitaciones de familiares y amigos, hicimos algunos brindis y probamos platos deliciosos.

Puedo decir que aproveché cada momento al lado de todos los que amaba, antes de que Rafael me sacara del baile con la idea de una sorpresa, vendándome los ojos. Y aquí estaba yo, siguiéndolo sin tener idea de lo que estaba tramando.

—¡Dios mío, Rafael! —solté un gritito cuando lo sentí levantarme en brazos y, sin aviso, me lanzó sobre su hombro, dejándome con la cabeza hacia abajo.

Parecía estar subiendo a algún lugar, luego me colocó en el suelo y me sostuvo para que no perdiera el equilibrio. Entonces, sus manos se posaron sobre la venda, retirándola lentamente.

—Llegamos —dijo, mientras me daba la vista más increíble que podría haber imaginado.

Estábamos en un yate, la iluminación era tenue, y la decoración romántica y sensual en la medida justa.

—¿Qué estás tramando? —pregunté, midiéndolo con la mirada.

—Digamos que volveremos a casa de una forma diferente —dijo, haciéndome arquear las cejas.

—¿Y quién estará con nosotros? —pregunté, y él simplemente dio un paso hacia mí.

—Seremos solo tú y yo.

—Oh... —susurré, sintiendo mariposas en el estómago.

Rafael llevó la mano hasta mi cintura, sus ojos llenos de deseo se posaron en mí.

—Te prometo que mañana te mostraré todo el lugar —dijo con voz ronca.

—¿Mañana? —solté un pequeño gemido de anticipación cuando sus manos firmes se deslizaron hasta mi trasero.

Él solo asintió antes de comenzar a guiarme por el yate. No me molesté en prestar atención a la decoración interior, solo lo deseaba a él, tanto como sabía que él me deseaba a mí.

Rafael no me dio tiempo para reaccionar. Apenas entramos en el cuarto, me atrajo hacia su pecho y llevó la mano a mi nuca, tomando mi boca en un beso voraz.

Amaba la forma en que Rafael siempre tomaba el control entre nosotros, pero en ese momento pensé en hacer algo diferente. Ya que él había dedicado el día a sorprenderme, quería que me dejara tomar un poco las riendas.

Así que, mientras nos besábamos con urgencia, deslicé mis manos hasta su pecho firme y lo empujé.

Jadeante, Rafael arqueó una ceja y me miró fijamente. Sonreí y seguí empujándolo hasta el borde de la cama, haciéndolo sentarse enseguida.

—Sin tocarme —ordené.

Él se quedó sin reacción por un momento, y yo seguí mirándolo con atención, esperando que me confirmara que seguiría con eso.

—Esto va a ser interesante —susurró con un brillo distinto en los ojos.

Saqué mi celular del bolso de mano y comencé a buscar una playlist de Two Feet.

—Las lámparas tienen un sistema de sonido integrado, puedes usarlas si lo prefieres —dijo con la voz más ronca de lo habitual, como si el pensamiento de lo que estaba a punto de suceder lo estuviera afectando por completo.

Lo miré por un momento, pero no respondí. Emparejé el celular rápidamente con las lámparas y puse la playlist para sonar en ambiente.

Después de dejar el celular sobre un mueble del cuarto, volví mi atención hacia Rafael.

Aquella música sensual llenando el ambiente, mientras sus ojos ardían sobre mí, me estaba dejando completamente excitada.

Comencé a mover mi cuerpo al ritmo de la música sin apartar la mirada de Rafael. Sus ojos estaban tan fijos en cada uno de mis movimientos, como si estuviera hipnotizado. Y eso, realmente, se sentía delicioso.

Despacio, mientras bailaba, llevé la mano a la parte trasera de mi vestido y bajé el cierre lateral. Luego, comencé a deslizar los tirantes, revelando un poco de lo que llevaba debajo.

Con cada movimiento, sentía que Rafael se volvía más impaciente. La sensación era que estaba a punto de perder el control, y eso me resultaba intensamente delicioso.

Con una sonrisa traviesa, continué con mi espectáculo. Un suspiro profundo escapó de sus labios en el momento en que dejé caer por completo el vestido a mis pies.

Sentí sus ojos arder sobre mí de una forma que nunca había visto antes.

—Carajo, Bianca, ¿de verdad quieres matarme, no es así? —gruñó, levantándose y viniendo hacia mí con hambre.

—Nada de eso —dije, llevando la mano a su pecho firme, obligándolo a permanecer sentado—. Aún no he terminado.

—Necesito tocarte —suspiró con fuerza, mientras luchaba por mantenerse en su lugar—. Estás tan deliciosa.

Y para acabar con él por completo, sin romper el contacto visual, me arrodillé frente a él.

—Ah... —jadeó al darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer.

Metí la mano en sus pantalones, le quité el cinturón y le bajé la cremallera. Levantó las caderas para que pudiera bajarle los pantalones y el calzoncillo, dejando al descubierto su verga erecta.

Lo agarré por la base y me incliné, recorriendo con la lengua toda su longitud.

Rafael gruñó, provocándome un escalofrío. Deseando más, profundicé la succión.

Rodeé su glande con la lengua, provocando que Rafael continuara con sus pequeños gruñidos.

Empecé a mover la mano de un lado a otro, luego deslicé mis labios por su longitud lo más profundo que pude.

Sus manos permanecieron sobre la cama, mientras se contenía visiblemente para no tocarme y tomar el control. Verlo tan entregado a mí me excitó aún más; casi alcanzaba el éxtasis solo por provocarle esas reacciones.

Quería verlo enloquecer, quería que perdiera el control.

—Más despacio —exigió con un gruñido.

Ignorándolo, seguí provocándolo con la boca. Y con cada embestida, sentía que se acercaba cada vez más al orgasmo.

Sentí su mano apartarme con un movimiento rápido. Sonreí ante su desesperación por detenerme, incluso cuando sentía que mi tiempo de juego terminaba allí.

Y, sinceramente, me encantaba que tuviera que tomar el control.

En un abrir y cerrar de ojos, se levantó y me levantó del suelo, tirándome sobre el suave colchón, y antes de que pudiera reaccionar, Rafael estaba encima de mí, rasgándome las bragas y tirándolas al suelo, sin pudor.

Rafael me separó y me abrió las piernas, luego deslizó sus dedos hacia mi concha. Un gemido involuntario escapó de mis labios al sentir su pulgar en mi clítoris.

Mientras me observaba atentamente, continuó el delicioso movimiento.

—Te necesito, ahora... —Mi voz se quebró, necesitaba desesperadamente sentirlo dentro de mí.

—Dios, Bianca —gruñó, intensificando sus movimientos en mi clítoris. Hoy te voy a follar hasta que digas que no puedes más.

La combinación de esos movimientos precisos y ardientes, junto con su delicioso gruñido, fue suficiente para llevarme al límite. Cerré los ojos y me aferré a las sábanas con fuerza; un intenso gemido escapó de mis labios junto con la explosión de sensaciones que me invadió.

Al instante siguiente, vi a Rafael venir su cuerpo contra el mío. Sin darme tiempo a recuperarme, me posicionó.

Entonces, me penetró bruscamente, haciéndome gemir ante su *repentina pero deliciosa invasión.*

—Eres tan buena —gruñó mientras empezaba a enterrarse sin pudor en mi interior, tocando mi punto sensible con tanta perfección que me llevó al límite con solo unas pocas embestidas.

Estaba fuera de control, sentía cómo todo mi cuerpo reaccionaba a sus embestidas. Continuó embistiéndome con movimientos constantes e intensos, llevándome sin esfuerzo al límite una vez más.

—Santo Dios, Rafael —jadeé asustada, sintiendo que me contraía de nuevo a su alrededor, en un orgasmo tan brutal que creía imposible.

Me sonrió, y pensé que iba a morir, con ese hombre mirándome con tanta satisfacción.

—Ah, princesa —gruñó en su propia liberación, uniéndose a mí al instante.

Rafael hundió la cabeza en el hueco de mi cuello, sus manos rodearon mi cintura, envolviéndome por completo en sus brazos.

La respiración intensa, la sensación que me dominaba y el éxtasis prolongado nos hicieron permanecer en esa posición más tiempo del habitual.

Cuando se levantó para mirarme, su mano encontró mi rostro y lo acarició por un momento. Rafael permaneció allí, mirándome profundamente mientras calmaba su respiración.

—Me volviste loco, de verdad que estaba a punto de volverme loco —dijo en voz baja.

—Verlo perder el control fue demasiado excitante para mí —respondí con la voz contenida, aun intentando recuperarme de esa intensidad.

—Esta noche... pienso darte todo de mí —esa promesa saliendo de su boca con tanta sensualidad hizo que una oleada de deseo invadiera mi cuerpo—. Pretendo hacer el amor contigo y mostrarte cuán feliz estoy, porque pronto serás permanentemente mía.

—Te amo —dije con la voz entrecortada, llena de expectativas para el resto de la noche.

Pronto, sus labios se encontraron con los míos, sellando la promesa de que la noche apenas comenzaba.

Después de recuperarnos, Rafael me llevó al baño. Tras un baño relajante, volvimos al cuarto, y entonces cumplió todo lo que había prometido.

Rafael me amó de todas las formas posibles, demostrándome incansablemente con su cuerpo y con su boca cuánto me amaba. Demostrándome que era el único capaz de amarme tan profundamente, mostrándome con cada gesto que yo era su mundo y que ya no podía vivir sin mí.

Demostrándome que sí, yo le pertenecía.



CAPÍTULO 41

Ella dijo que sí.

Sí a un futuro conmigo, sí al comienzo de una vida completamente juntos, sí a formar una familia y a ser permanentemente mía.

Bianca estaba en el balcón del penthouse, sentada en un banco para dos, concentrada en su Kindle. Me apoyé en el marco de la puerta y no sé por cuánto tiempo permanecí allí, simplemente admirándola, mientras recordaba lo increíbles que habían sido los últimos días.

Desde su mirada hacia mí cuando se dio cuenta de que estaba proponiéndole matrimonio en medio del baile de graduación, hasta nuestra entrega y nuestro amor esa misma noche, con la confirmación de que sí, lo haríamos. Y los días que pasamos en el yate, simplemente disfrutando de la compañía del otro, antes de decidir que era hora de volver a casa.

Habíamos llegado a la capital ayer y tomamos el resto del día para descansar, pero esta mañana necesitaba ir a la empresa para ver cómo estaban las cosas. Era hora de volver a la realidad.

Fui hacia ella y me senté a su lado en el banco, solo entonces notó mi presencia.

—Ah, hola... —sonrió. —Te levantaste temprano...

—Perdí el sueño, así que aproveché para leer un poco —dijo, moviendo el Kindle en mi dirección.

—Hmm... —respondí, acomodándome en el banco y apoyé los pies en el borde.

Luego, llevé la mano hacia Bianca y la atraje hacia mí, haciendo que se acomodara entre mis piernas.

Bianca dejó el Kindle en el espacio vacío a su lado y apoyó la cabeza en mi pecho. Pasé mis brazos alrededor de ella y me incliné, dejando algunos besos en la curva de su cuello, sintiéndola estremecerse con mi toque.

La sonrisa tonta fue inevitable.

¿Y por qué estaba así? Porque no hay mejor sensación que amar y sentir que eres amado con la misma intensidad. Y eso era exactamente lo que sentía.

¡Dios! Nunca me imaginé estar rendido por ninguna mujer, y en este momento, aquí estaba yo, sintiendo que lo tenía todo cuando estaba a su lado y dispuesto a entregarle mi mundo.

Realmente estaba rendido ante esta mujer, y no me importaba en absoluto.

—Rafael... —dijo con la voz entrecortada, al mismo tiempo que rozaba mi barba sobre su cuello, hasta llegar a su oído.

—¿Un mes... es suficiente para organizar todo? —pregunté, haciendo que Bianca se girara en mi regazo y sus ojos se encontraran con los míos.

—¿De qué estás hablando?

—La boda, ¿crees que podríamos casarnos en un mes? —pregunté. Ella soltó una risa suave y deliciosa, luego negó con la

cabeza.

Rogaba para que estuviera lo suficientemente loca como para decirme que sí.

—Dios mío, Rafael, necesitamos más tiempo.

—Yo me casaría mañana —dije, midiéndola con la mirada—. Pero tienes razón, es un momento único.

—Sí, lo es —sonrió.

—Pero necesitamos decidir la fecha. Sea en dos o tres meses, necesito que me digas cuánto tiempo necesitas —dije, y ella me estudió con la mirada.

—¿Está tan ansioso así, señor Armani? —me provocó.

Aumenté el agarre alrededor de su cintura y me incliné. Entonces, mordí su delicioso labio y lo tiré suavemente, antes de volver a mirarla con intensidad.

—Y si lo estoy, ¿harás que me decida de una vez? —susurré—. Llevas una semana dándome largas, princesa. No me dices si te quedarás aquí hasta la boda, tampoco me das una fecha.

La sonrisa traviesa se ensanchó en sus labios.

—Está bien, ya no puedo seguir haciendo esto —confesó, y fruncí el ceño. —En cuatro meses, creo que podemos hacerlo.

—¿Viviremos aquí en el penthouse hasta entonces?

—Hmm... no lo sé —me midió con la mirada—. Tal vez me quede en casa de mi madre hasta la boda.

¡Dios! Ella estaba jugando conmigo.

—Bianca... —dije en tono de advertencia.

—Quiero vivir aquí en la capital, porque está cerca de la empresa de mi padre, donde pretendo empezar a trabajar pronto —comenzó a hablar, con seriedad.

—Entonces, podemos vivir aquí en el penthouse y buscar una casa en Leblon, así podremos decorarla exactamente como tú quieras.

Bianca sonrió y llevó la mano a mi rostro. Lo acarició con el pulgar, sus ojos fueron hacia mis labios, y al minuto siguiente, sus ojos estaban sobre los míos.

—Te amo —dijo.

Me incliné y la besé sin prisa, luego le di algunos besos suaves y volví a mirarla.

—Yo te amo —dije, llevando la mano a su rostro y acariciándolo—. ¿Ya desayunaste?

—No, decidí esperar por ti.

—Entonces vamos, tengo que estar en la empresa en la próxima hora para una reunión con mi socio. Seguramente pasaré el día fuera poniéndome al tanto de cómo están las cosas.

—Está bien, aprovecharé para ir a la empresa de mi padre, aún no le avisé que llegamos.

—Te llevo, solo desayunemos y nos preparamos.

—Gracias —se levantó y me miró—. De vuelta a la realidad, entonces.



—No quiero hacerte llegar tarde —dijo Bianca cuando salí del auto para acompañarla.

—Está bien, princesa, solo saludaré brevemente a Carlos antes de irme —dije, llevando la mano a su cintura.

Bianca asintió y juntos nos dirigimos hacia la entrada de la empresa.

—Buenos días —nos saludó la recepcionista con una sonrisa amable. Entonces sus ojos se posaron en Bianca.

—Oh, ya regresaste.

—Buenos días, sí —respondió ella, devolviéndole la sonrisa—. ¿Está mi padre?

—Sí, puedes pasar, Bianca.

Íbamos camino a la oficina de Carlos cuando mi mano, de forma involuntaria, se tensó alrededor de la cintura de Bianca. La escena frente a mí no me agradaba en absoluto.

Carlos estaba en una conversación amistosa con Alexandre en la puerta, lo que me hizo arrepentirme de inmediato de haber venido hasta aquí.

—Miren nada más —nos recibió Carlos con una sonrisa cuando sus ojos se posaron en nosotros.

—La pareja del momento —dijo Alexandre, y Bianca sonrió—. ¿Comprometidos, verdad?

Alexandre me miró brevemente, pero mantuve el semblante impasible y desvié la atención hacia Bianca.

—¿Cómo están? —preguntó ella, deteniéndose frente a ellos.

—Aunque no lo creas, estábamos hablando de ti hace un momento.

—¿Puedo saber sobre qué? —Bianca arqueó las cejas. Parecía tan cómoda que fue inevitable el malestar que me invadió.

—Sobre el plan de marketing que usaremos con tu incorporación a la empresa —respondió Alexandre, y tuve que esforzarme mucho para mantener la calma—. Ya hemos pensado en tantas cosas, apuesto a que te entusiasmarás con todo lo que estamos preparando.

Bianca asintió y juntos nos dirigimos hacia la escalera.

—No me hagan ponerme ansiosa —dijo ella, y Carlos le dio una sonrisa. Alexandre se encargará personalmente de todo. Luego se sentará contigo y te explicará cada detalle.

—¿De verdad crees que es una buena idea? —le preguntó a su padre, un poco insegura.

—Puede que no lo parezca, hija, pero hay personas esperando tu incorporación a la empresa. Personas que vieron el proyecto en aquel penthouse y simplemente lo amaron —dijo Carlos, visiblemente orgulloso.

—Imagino que sí —dije, atrayendo la atención de todos hacia mí—. Bueno, solo pasé para verte, Carlos. Tengo una reunión en unos minutos.

Carlos extendió la mano hacia mí y me dio una sonrisa.

—Qué bueno verte, amigo mío —dijo, y mi boca se curvó en una sonrisa mientras lo saludaba con un apretón firme.

—Qué bueno verte —repetí esas palabras y desvié la atención hacia Bianca.

La atraje hacia mí y dejé un beso en su frente, antes de mirar brevemente a Alexandre y girarme para dirigirme hacia la salida.

No quería ser el hijo de puta celoso pero temía que si me quedaba allí, eso era exactamente en lo que me convertiría. Así que solo necesitaba seguir con mi rutina. Y eso fue lo que hice.



CAPÍTULO 42

—Vamos, Rafael —la voz de Caio resonó en el ambiente—. Cuéntame de una vez, ¿qué está pasando?

Solté un suspiro y lo miré. En la última hora había estado intentando con todas mis fuerzas concentrarme en el trabajo, pero lo único en lo que podía pensar era en Bianca y Alexandre trabajando juntos.

—Nada, ¿por qué lo estaría? —pregunté al mismo tiempo que cerré la tapa de mi portátil y dirigía toda mi atención hacia él.

—Hay algo que te está molestando, eso es evidente —dijo, señalándome con el dedo—. Estás intentando concentrarte, pero desde que llegaste, tu cara seria y tus suspiros te delatan.

Pasé las manos por el cabello e hice una mueca.

—Es Bianca —confesé.

—Lo sabía, tenía que ser ella —me midió con la mirada—. ¿Qué está pasando?

—No quiero parecer celoso, pero adivina quién es el tipo ideal para ayudarla con las cuestiones de marketing en la empresa de

Carlos.

—Estás bromeando —dijo, incrédulo.

—No, es él —admití a regañadientes, sabiendo que Caio ya había pensado en el único que me incomodaría hasta ese punto.

—El mundo es pequeño. Sinceramente, yo también estaría celoso —dijo—. ¿Ella sabe la historia entre ustedes?

—No, no lo sabe.

—Deberías contárselo y decirle cuánto te incomoda todo esto.

Negué con la cabeza y, por un momento, no dije nada. Tomé una de las pilas de papeles que habíamos revisado en la última hora, pero mi mente vagaba por las palabras de Caio.

—Voy a pensar en eso —dije, desviando la mirada hacia él—. Vamos... terminemos esto de una vez.

—Claro —respondió Caio.

Forcé una sonrisa y volví mi atención hacia donde debía estar: el trabajo.

Pasamos las siguientes horas estructurando cómo seguiríamos desde mi regreso. Los planes eran abrir una sucursal en Nueva York y enviar a uno de nuestros empleados de confianza para gestionar desde allí nuestra cartera de clientes.

Eran casi las 6 de la tarde cuando Bianca me envió un mensaje diciendo que su padre la había llevado a una concesionaria para regalarle algo por su graduación, y que seguramente desde allí iría a casa.

Me alegró que finalmente pudiera consentirla como siempre había querido.

Decidí irme a casa y dar el trabajo por terminado. Necesitaba relajarme un poco.

Al llegar, me quité el blazer y la corbata y los dejé sobre la silla. Luego aflojé la camisa social. Fui hasta el minibar en la sala y tomé una botella de whisky, después me dirigí al balcón.

Me senté en uno de los sillones y comencé a disfrutar lentamente de aquella bebida mientras admiraba la vista. La sonrisa fue inevitable al recordar una de las últimas veces que hice eso en ese lugar. Bianca había llegado, y no pude resistirme a darle un buen besuqueo esa morena deliciosa.

¿Quién diría que esa mujer entraría tan profundamente en mi corazón?

—Ah… estás aquí —la voz de Bianca resonó en el ambiente, luego encendió la luz y vino hacia mí—. ¿Todo bien?

—Sí —respondí, dejando el vaso sobre la mesita.

Extendí la mano hacia Bianca, quien la tomó sin dudar. Entonces la atraje hacia mí. Ella se acomodó en mi regazo, pasando ambas piernas alrededor de mi cintura.

—¿Cómo fue con tu padre? —pregunté, y ella abrió una sonrisa de oreja a oreja.

—Ahora tengo un auto increíble —dijo, animada—. ¡Un Maserati negro!

—Eso es genial —dije, intentando seguir su entusiasmo.

Bianca frunció el ceño, y sus dos manos fueron a mi rostro.

—¿Por qué dices que todo está bien, pero yo siento que no lo está? —preguntó, manteniendo los ojos fijos en los míos.

—¿De verdad vas a trabajar con ese tipo? —pregunté, sin poder contener más el sentimiento que me atormentaba.

—Entonces, de eso se trata.

—No me gusta pensar en ti trabajando con Alexandre, en realidad, no me gusta pensar en ti cerca de él de ninguna manera.

—¿Qué pasó entre ustedes? —preguntó, y de forma instintiva quise desviar la mirada.

Pero no lo hice.

¿Cómo podría, una vez más, intentar esconderle mi pasado a Bianca?

—Alexandre era como un hermano para mí, hace siete años —comencé, mientras los recuerdos de aquella época se apoderaban de mi mente—. Éramos muy amigos, hasta que lo encontré follando con mi prometida.

—Oh... Dios mío —dijo Bianca, visiblemente en shock—. ¿Prometida? ¿Él y tu... prometida?

—Sí.

—¿Estás seguro de eso? Digo...

—Absolutamente —la interrumpí—. Los encontré literalmente en el acto... así que dime tu, ¿cómo puedo soportar la idea de tenerlo a tu lado?

—Hay algo muy importante en todo esto —dijo, seria—. Yo no soy ella, jamás haría algo así para lastimarte, Rafael. Te amo, estamos comenzando una vida juntos, así que tienes que confiar en mí.

—Bianca...

—¿No tienes idea de cuánto te amo? —preguntó, y yo solo asentí con la cabeza.

La conocía, pero ¿cómo podría convivir con esta situación?

—Mira... —volvió a hablar—. Entiendo tu lado, fue algo realmente bajo de su parte, pero después de que Alexandre supo que estábamos juntos, nunca más coqueteó conmigo. Eso tiene que significar algo, ¿no?

Suspiré profundamente y me moví, haciendo que ella saliera de mi regazo. Entonces me levanté.

—Rafael... —me llamó, su voz fue casi un susurro cuando me giré para salir del balcón.

Mis ojos se volvieron hacia ella.

—¿Estás escuchando lo que estás diciendo? —reí con nerviosismo—. Acabas de confirmarme que ustedes coquetearon y ahora quieres que me sienta tranquilo con eso.

—Nunca pasó de ahí, y lo más importante... ya no.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para mantener el autocontrol. Quería preguntarle si alguna vez había deseado acostarse con él, pero la verdad era que esa respuesta me atormentaría. Era mejor no saber.

—Alexandre es el encargado de toda la parte de marketing de la empresa, mi padre confía en él... ¿cómo puedo simplemente llegar y decir que no puedo trabajar con él?

—Haz lo que quieras, Bianca, solo quiero que sepas... que estoy totalmente en contra —dije, y me giré, dirigiéndome hacia la sala.

No quería dejarla allí, pero temía que la conversación tomara otro rumbo si seguíamos en ese punto muerto.

Fui al baño y me quité la ropa. Luego me metí en la ducha y abrí el grifo. Mientras el agua me bañaba, cerré los ojos e intenté controlar la respiración.

Fue entonces cuando el sonido del agua corriendo me llamó la atención. Abrí los ojos y vi a Bianca llenando la bañera. La miré fijamente unos segundos antes de coger un poco de jabón líquido y empecé a enjabonarme el cuerpo.

Empezó a quitarse la ropa lentamente, con la mirada fija en mí. Sus deliciosas curvas, sus senos redondos e increíblemente firmes; esa imagen me volvió loco.

Y a pesar de mi enfado, mi cuerpo reaccionó de inmediato.

La vi meterse en la bañera, pero aparté la mirada un minuto después, concentrándome en terminar el baño. Y cuando terminé, cerré la ducha y puse la mano en la toalla, pero sentí las suaves manos de Bianca en mis brazos.

Miré en su dirección y me di cuenta de que se había levantado para alcanzarme.

—¿Qué haces, Bianca?

Me atrajo hacia ella y me recorrió los brazos con las uñas, provocando una onda de electricidad por todo mi cuerpo

—Te necesito —susurró. —Necesito que sepas algo.

Con esas palabras, me empujó suavemente a entrar en la bañera, y a pesar de mi reticencia, lo hice. Me acomodé y entonces la sentí mover su cuerpo sobre el mío y acomodarse en mi regazo.

Mis manos fueron automáticamente a su cintura y la apretaron con una presión agradable.

—Bianca... —dije con voz ronca mientras ella frotarse suavemente contra mí.

—Tócame... —me instó con picardía, haciendo que mi verga saltara.

Deslicé mi mano alrededor de su cintura, guiándola hacia sus pechos y los los rodeé con la mano, como si estuvieran hechos para mí, el ajuste perfecto.

Sin poder contenerme, me incliné y acerqué mi boca a ellos.

—Eso… —gimió Bianca mientras empezaba a succionar sus deliciosos senos, alternando entre chuparlos y acariciarlos.

Y después de darles la atención suficiente, bajé una mano a su concha. Un pequeño gruñido escapó de mis labios al tocarla.

—Estás tan mojada —jadeé, con la mirada fija en ella mientras empezaba a mover los dedos sobre su clítoris.

—Solo tú me pones mojada, amor —gimió tan sensualmente que sentí directamente en mi verga—. Solo tú me vuelves loca cada vez que me tocas, solo tú me llevas al borde del precipicio.

—Carajo, Bianca —gruñí, aumentando mis movimientos contra su clítoris, completamente alucinado con esta mujer.

Podía sentir su cuerpo reaccionando constantemente a mí, pero me estaba volviendo loco con cada palabra que salía de su boca.

Sentí su mano acercarse a mi verga y luego colocarla en su entrada, lo que me hizo dejar de estimularla con los dedos y poner las manos en su cintura.

Entonces, sus ojos se volvieron hacia mí, y mientras deslizaba mi verga en su deliciosa concha, gruñí y la apreté con más fuerza. Acomodó sus piernas y repitió el movimiento, mostrándome una vez más lo perfecto que era nuestro encaje, lo increíble que era nuestra sincronía.

Bianca me rodeó el cuello con sus manos y se inclinó, rozando nuestros labios. Recorrí su espalda con mis manos, abrazándola, y tomé sus labios de forma envolvente, explorándola por completo.

Entre gemidos increíblemente sensuales, Bianca comenzó a montarme, volviéndome loco con cada embestida.

Rompimos el beso sin aliento, y mi mirada se posó en la suya. Mientras seguía frotándome la concha contra mi verga, puse mi mano en su cuello, fijando su mirada en la mía, y mi mirada contenía un poco de todo.

Una mirada llena de amor, deseo, lujuria. Aunque no quisiera admitirlo, también había una sensación de posesión. De hecho, esa era la sensación predominante.

—Eres mía... —gruñí entre jadeos, haciéndola estremecer.

—Sí, Rafael... Yo... —gimió y cerró los ojos.

Sentí su cuerpo tensarse y tomé el control de los movimientos. Entonces, volvió a abrir los ojos.

—Pertenezco a ti... Solo a ti.

Mis ojos estaban clavados en ella, mientras se entregaba a un orgasmo intenso y profundo. Su gemido delicioso y unas cuantas embestidas más hicieron que fácilmente me uniera a ella, gritando su nombre con descontrol.

Llevé mis manos a su espalda y la atraje para pegar su cuerpo al mío. Bianca cayó rendida sobre mí, con la respiración entrecortada.

La abracé con fuerza, sintiendo que necesitaba confiar en ella, porque, me guste o no, tenía razón. Bianca no era Raquel, y aunque no estuviera de acuerdo con ese tipo en nuestras vidas, mientras siguiéramos así, podríamos lograr que funcionara.

Entonces, solo necesitaba aprender a lidiar con los sentimientos que me atormentaban.



CAPÍTULO 43

Desperté con la luz que empezaba a entrar en la habitación. Aún reacia a abrir los ojos, me giré y extendí los brazos para abrazar a Rafael, fue entonces cuando noté el vacío en la cama.

Lentamente, abrí los ojos y confirmé que no estaba allí. Fruncí el ceño y me senté en la cama, mis ojos recorrieron todo el cuarto, dándome cuenta de que no estaba allí.

Me levanté y fui hacia el baño.

—¿Rafael? —llamé, al mismo tiempo que comprobaba que también estaba vacío.

Aproveché para ir al baño y cepillarme los dientes antes de recorrer el penthouse para buscarlo. Y todo estaba completamente vacío.

Eso era, como mínimo, extraño. Después de todo, Rafael nunca salía sin despertarme.

Tomé el teléfono e intenté llamarlo, pero no obtuve respuesta. Entonces, simplemente le envié un mensaje.

Yo: *Amor, ¿fuiste a la empresa?*

Después de enviarlo, mi celular comenzó a sonar. Mi corazón dio un salto ante la posibilidad de que fuera él, pero pronto identifiqué que no, era mi madre.

—Hola, mamá —dije al contestar.

—*Querida, ¿vas a venir hoy?*

—Oh... sí —respondí, recordando que había prometido pasar unos días con ella antes de comenzar mi rutina.

—*¿Puedo esperarte para el almuerzo?*

—Sí, estaré allí... nos vemos en unas horas, mamá.

—*Ok, querida* —respondió, y simplemente terminé la llamada.

Mis ojos fueron hacia el mensaje que acababa de enviarle a Rafael, constatando que aún no lo había visto.

Entonces, decidí desayunar y darme una ducha para seguir con lo que había planeado para hoy.

Cuando terminé de arreglarme, preparé una maleta pequeña y la llevé a mi auto nuevo. Estaba feliz con el regalo, aunque le dijera a mi padre que no era necesario, realmente estaba agradecida.

Decidí hacer una parada antes de tomar la carretera hacia Búzios. Busqué la dirección de la empresa de Rafael en Google, y pronto estaba estacionando frente a ella.

Me dirigí a la recepción y pregunté dónde estaba su oficina, luego subí hacia el piso indicado.

—Buenos días, ¿todo bien? —la secretaria me saludó con una sonrisa amable.

—Hola... Hm... ¿Está Rafael? —fui directa. Luego le di una sonrisa, no quería parecer grosera.

—¿Tiene cita marcada?

—No, pero...

—¿Cómo consiguió subir? —arqueó las cejas.

No pude evitar alegrarme por esa actitud. Significaba que, ciertamente, había un control para que personas como Patricia no pudieran verlo tan fácilmente.

—La recepcionista autorizó mi entrada —hice una pequeña mueca—. Soy su prometida.

—Necesito confirmar esa información —dijo, escueta, y tomó el teléfono. Pero en el instante siguiente, un hombre puso la mano sobre la de ella, impidiéndole continuar.

Mis ojos se dirigieron hacia él, identificando a un moreno exótico, con la mirada fija en la secretaria.

—Ella es realmente la prometida de Rafael —dijo el hombre, y me miró brevemente—. Acompáñame, te llevaré hasta él.

Asentí y simplemente lo seguí, mientras caminaba hacia la puerta que estaba un poco más adelante.

—Me llamo Caio, es un placer conocerte finalmente —extendió la mano hacia mí. Lo saludé con un apretón firme, sabiendo que era socio de Rafael.

—Igualmente —respondí con una sonrisa.

Él dio dos golpecitos en la puerta, y luego la abrió.

—Anda, ese hombre te necesita —dijo, y yo simplemente lo miré antes de entrar, encontrando a Rafael sentado en su silla, con la atención puesta en el portátil.

La puerta se cerró detrás de nosotros, y fue entonces cuando él dirigió la mirada hacia mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, visiblemente sorprendido, y se levantó para venir hacia mí.

—No atendiste mi llamada, no respondiste mi mensaje y no me despertaste esta mañana, como siempre lo haces —dije, seria.

Rafael se levantó y caminó lentamente hacia mí.

—Estaba concentrado revisando un contrato importante —intentó justificarse.

Negué con la cabeza.

—Tú nunca has actuado así, Rafael, y no quiero que empieces ahora.

Rafael soltó un suspiro profundo, y finalmente sus ojos encontraron los míos.

—En realidad, estoy haciendo lo que puedo para respetar tu decisión, princesa, pero estoy muy molesto... —hizo una pausa y se detuvo frente a mí—. Molesto no, esto me da rabia, me vuelve loco saber que pretendes que esto quede entre nosotros, aún sabiendo lo que pasó en el pasado.

—Él no está entre nosotros —enfaticé—. Alexandre y tú tienen un pasado, pero él no me hizo nada directamente. No puedo ignorarlo, y espero que lo entiendas, Rafael —lo miré—. No puedes simplemente seguir evitándome.

Rafael llevó la mano a mi rostro y atrapó mi mirada en la suya.

—¿Sabes lo que quiero hacer ahora? —preguntó con un gruñido contenido—. Exigir que lo mantengas lejos, quiero ser el hijo de puta que te diga que no tienes otra opción más que alejarlo completamente de tu vida. Y por eso te estoy evitando, para ordenar mis ideas.

—No vas a hacer eso —respondí, la voz apenas salió.

Suspiré profundamente, y en un movimiento involuntario mordí mi labio inferior. No sabía con certeza cuál era mi problema, pero aquello había sido extremadamente sexy.

Sentir su mirada posesiva sobre mí, ese lado que Rafael solía esconder tan bien... hasta ese momento.

—No lo haré —dijo al mismo tiempo que acariciaba mi rostro. Luego, sus manos fueron hacia las mías—. Voy a dejar que hagas lo que creas mejor.

—Y te amo por eso —dije, con ternura, mientras llevaba las manos a su pecho.

Me puse de puntillas para besar sus labios suaves.

Podía comprenderlo, pero él necesitaba entender que no había nada entre Alexandre y yo, y aunque pasemos tiempo juntos, sería algo estrictamente profesional.

Rafael pasó la mano por mi cintura y me atrajo hacia él, en un beso lento y delicioso.

Permanecimos unos minutos en ese intercambio de besos, hasta que me aparté para mirarlo.

—Me voy a Búzios a pasar unos días con mi madre —susurré, y él asintió con la cabeza—. No podía irme sin verte.

—Mañana estaré allí para encontrarte.

—Está bien, ¿hablamos más tarde entonces? —pregunté, mirándolo con intención, lista para dejarlo allí y seguir con lo que había planeado.

—Sí, princesa, hablamos.



—Entonces... —dijo mi madre en medio de un suspiro. Dejé el tenedor y el cuchillo sobre el plato, luego miré hacia ella. —No puedo creer que mi niña pronto se casará.

Una sonrisa se formó en mis labios al ver las lágrimas invadir su mirada.

—¿Quién lo diría, doña Lilian? —respondí, haciendo que ella sonriera.

Mis ojos se humedecieron automáticamente, mientras extendía la mano sobre la mesa para tomar la suya.

—¿Ya han definido una fecha?

—Dentro de unos cuatro meses —ella arqueó las cejas—. Sé que puede parecer muy rápido, pero hemos vivido juntos durante un año y pensamos seguir haciéndolo hasta la boda, así que...

—No hay motivos para posponerlo —sonrió—. ¿Es lo que quieres, querida?

—Sí, mamá, es exactamente lo que quiero —dije con firmeza.

—Entonces sigue tu corazón, yo te apoyo. Aunque no he convivido mucho con Rafael, parece ser un gran hombre.

—Lo es —acaricié su mano—. ¿Y tú?

—¿Qué hay conmigo?

—César Augusto... —la miré—. ¿Las cosas han ido bien con él?

—Eso es tan embarazoso... —dijo, y yo solté una risa contenida.

—¿Te habías alejado porque él era amigo de mi padre, verdad? —pregunté, y ella asintió con la cabeza.

—Pero entonces, fue él mismo quien lo trajo hasta mí —suspiró —. Vamos despacio, pero nos hemos conocido bien a lo largo del último año.

Arqueé la ceja hacia ella.

—Doña Lilian, un año es tiempo suficiente, no lo hagas esperar —dije en tono de broma—. Deseo que seas feliz, al igual que también lo deseo para mi padre... ustedes lo merecen, aún más ahora que han dejado el pasado donde pertenece.

—Por ti, querida —sonrió suavemente.

El sonido de un mensaje en mi celular me hizo soltar las manos de mi madre y desviar la atención hacia él.

Había llegado a casa de mi madre hacía unas tres horas, pero Rafael aún no me había escrito.

Pero no se trataba de él. Era un número desconocido.

—¿Todo bien, mi amor? —preguntó mi madre, y mis ojos fueron inmediatamente hacia ella, la sorpresa era evidente.

—Hm... acabo de recibir un mensaje de Marco.

—¿Qué quiere?

—Me enteré de que has vuelto a la ciudad y lo peor, estás comprometida con ese tipo ese. ¿Vas a seguir con eso, Bianca? Sabes bien que tu lugar es a mi lado, he estado esperando desde que te fuiste. —leí ese mensaje en voz alta.

—Oh, Dios mío, se volvió loco —dijo mi madre, preocupada—. ¿Lo viste el día de tu despedida en la discoteca?

—No, ¿por qué? —pregunté, confundida. —Con todo lo que pasó, pensé que era mejor no decir nada, pero lo vi cuando me iba... Estaba en el edificio.

—Eso es muy extraño —dije, y bloqueé el número.

No borré el mensaje, quería mostrárselo a Rafael mañana cuando llegara.

—Ahora estoy preocupada.

—No te preocupes, mamá, él no está tan loco como para acercarse a mí. Está muy claro que quiero distancia, así que no te preocupes, ¿sí?

—De acuerdo —asintió con la cabeza.

Forcé una sonrisa para ella y me levanté.

—Sé que te gusta esa siesta después del almuerzo, ve a descansar. Yo me encargaré de los platos y aprovecharé para llamar

a Vivian, necesito hablar un poco con ella.

—Me alegra que sigan siendo tan amigas, incluso después de tanto tiempo lejos.

—A mí también.

—Está bien, aceptaré tu sugerencia, porque realmente necesito acostarme un poco.

Mi madre se levantó y fue hacia el cuarto. La seguí con una sonrisa en el rostro, y cuando salió de mi vista, tomé el celular para llamar a Vivian.

No quería preocupar a mi madre con mis cosas, pero necesitaba hablar con alguien sobre Rafael.

Tal vez realmente estaba creando una pelea innecesaria al insistir en que aceptara mi relación con Alexandre, así que la persona más abierta para conversar sobre eso era Vivian.



CAPÍTULO 44

—Llamaste... —dije al contestar el teléfono.

—*Te dije que llamaría, princesa.*

—¿Cómo estás? —pregunté, sentándome en la cama, preocupada por lo que pasaba por cabeza de Rafael.

—*Bien, ¿y tú? ¿Disfrutaste el día con tu madre?*

—Sí... Voy a pasar por la discoteca hoy para conversar un poco con Vivian.

Rafael no respondió de inmediato, el silencio se hizo presente por un largo minuto, hasta que finalmente habló:

—*¿Puedo ir contigo mañana? ¿No crees que sería mejor?* —sugirió de repente.

—Bueno... quiero hablar un poco con ella a solas —hice una pequeña mueca, aunque sabía que él no la vería.

Nuevamente, el silencio se hizo presente.

Sabía que Rafael era más celoso de lo que demostraba, y que en ese momento, ciertamente se estaba conteniendo para no

pedirme que no fuera. Pero realmente necesitaba a Vivian, y con su rutina tan agitada, lo más tranquilo para conversar era en la discoteca.

—*Está bien... diviértete* —dijo, seriamente—. *Pero no tanto.*

—Descuida —solté una risa suave—. ¿Nos vemos mañana entonces?

—*Sí, estaré allí.*

—De acuerdo... Hm, te amo, mi amor —dije, con el corazón en un puño.

Rafael se estaba esforzando, pero sabía que aún estaba molesto conmigo, y lo único que yo quería era que todo estuviera bien pronto.

—*Yo te amo, princesa* —dijo suavemente, antes de terminar la llamada.

Permanecí mirando el celular unos instantes, antes de levantarme para tomar mi bolso y las llaves del auto.

Como no pensaba beber más de una o dos copas, no veía necesidad de pedir un coche por aplicación.

—¿Ya te vas, hija? —preguntó mi madre mientras pasaba por la sala. Le sonreí y asentí.

—Prometo no llegar tarde. —Está bien, cualquier cosa me llamas.

Asentí con la cabeza y me dirigí hacia la salida, rumbo al ascensor.

El camino hasta la discoteca fue rápido, afortunadamente no había tráfico, y estacionar fue más fácil de lo que imaginaba.

Seguí el mismo recorrido de siempre, fui hasta la terraza y, en lugar de hacer fila para entrar, simplemente di mi nombre al guardia, que autorizó mi entrada y me dejó pasar.

Entonces, me dirigí hacia el bar.

—¡Mira a la prometida más linda de todas! —gritó Vivian al verme acercarme, y de inmediato le hice una mueca. —¿Y el galán? Pensé que vendría contigo.

—No... hm... —me senté en el taburete frente a ella—. Está en la capital.

—¿Todo bien? —preguntó, preocupada.

—Un shot de tequila, por favor, voy a necesitarla para contarte todo —dije, y miré brevemente hacia al lado, asegurándome de que podríamos conversar allí sin problemas.

—Enseguida —se giró, y pronto estaba preparando el trago para mí.

La seguí con la mirada hasta que colocó la dosis de tequila frente a mí. La bebí de un solo trago, y ella se apoyó en la barra para estar más cerca de mí.

Después de colocar el vaso sobre la barra, la miré fijamente.

—Voy a comenzar un proyecto de marketing con Alexandre y bueno... digamos que hace siete años Rafael lo encontró en la cama con su prometida —fui directa.

—¡Carajo! —dijo Vivian sin poder ocultar la sorpresa.

—Eso mismo pensé yo también —dije con una sonrisa incrédula—. El asunto es que Rafael no quiere que esté cerca de Alexandre, y yo... no quiero alejarme, al fin y al cabo, él no me hizo nada directamente.

—Cuando dijiste que necesitabas hablar, no imaginé que fuera tan serio —dijo en un tono un poco más bajo.

—¿Estoy equivocada al tomar esta postura? —pregunté, y sentí que me observaba con atención.

—Vamos a ver... cuéntame desde el principio tu relación con Alexandre —dijo, y yo suspiré profundamente.

Durante la siguiente hora seguí conversando con Vivian, según lo permitía el ambiente. A veces teníamos que parar un poco para que ella ayudara a las chicas en el bar, otras veces alguien se acercaba demasiado, pero logré explicarle todo: cómo conocí a Alexandre y cuánto me agradaba como persona, aunque hubiéramos coqueteado algunas veces.

Entonces, por enésima vez, Vivian fue a ayudar mientras la novata preparaba un trago.

—Listo, aquí estoy —dijo Vivian al acercarse una vez más—. ¿De verdad no vas a beber más?

—Estoy en auto, mejor no —dije, y ella asintió.

—Mira, respecto a todo esto, yo creo que tiene que haber amor, confianza y respeto —dijo, seria—. Entiendo al galán, pero tú y...

Vivian interrumpió su frase, y sus ojos se dirigieron detrás de mí. Seguí su mirada, encontrando a Alexandre con una expresión pícara dirigida hacia nosotras.

—Chicas —dijo, y se sentó en el taburete a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin poder ocultar la sorpresa.

—Es viernes —se encogió de hombros.

—¿Qué dices, Vivi? —dijo Alexandre con la misma sonrisa pícara, y ella rodó los ojos—. Antes no ponías los ojos en blanco, pero ahora que estás saliendo con...

—¡Eh! —lo interrumpió con un grito.

Fruncí el ceño y la miré.

—¡Descarada! ¿Estás saliendo con alguien? —pregunté, incrédula. Al fin y al cabo, no me había dicho nada.

—Es Alexandre quien habla de más, cree que siempre tiene que haber una razón para que yo no caiga más en sus cuentos —dijo, y solté una carcajada.

—¡Oh... Dios mío! —dije mientras intentaba calmarme.

Vivian simplemente dio la espalda y volvió unos minutos después, entregándole una cerveza a Alexandre.

—Gracias —le guiñó, y ella me lanzó una mirada antes de dirigirse una vez más hacia la novata.

—Entonces, Rafael me contó lo que pasó entre ustedes hace siete años —dije en voz baja, mientras lo observaba.

Pareció sorprendido por aquella información, y entonces sus ojos se dirigieron hacia mí.

—¿Qué exactamente te contó?

—Creo que todo, sobre Patricia, su prometida —dije, con seriedad.

—Eso significa que Rafael realmente te ama, mucho. Nunca lo vi compartir cosas personales con ninguna mujer —Alexandre volvió su atención hacia mí, haciendo que mi corazón palpitara—. Ni siquiera con Raquel.

Yo sabía que Rafael me amaba, pero saber que el hecho de compartir cosas tan personales, que posiblemente no contaba a nadie, era por amarme tanto... eso me calentó el corazón

—Entonces, Raquel es su nombre...

—Es una historia larga, pero en la época en que te conocí, estaba intentando mantenerme alejado de todo el lío que se formó entre Rafael y Raquel, por eso me mudé a Nueva York. Luego volví a Brasil y aquí estamos —su tono triste, de repente, me hizo reflexionar—. No debí haber vuelto, ¿estás de acuerdo conmigo?

—¿Por qué tengo la sensación de que hay más en esta historia de lo que parece? —pregunté, y él me dio una sonrisa con una pizca de sarcasmo.

—Tal vez la haya —dijo, y antes de que pudiera decir algo más, su celular comenzó a sonar.

Alexandre llevó la mano al bolsillo y sacó el celular, luego lo atendió sin mirarme.

—Sabes ser insoportable cuando quieres —dijo, seriamente—. ¿Dónde estás?

De repente, Alexandre llevó la mano al cabello y se rascó la nuca. No quería entrometerme en la conversación, pero estando tan cerca, era inevitable.

—Carajo... está bien, te llevo a casa.

Cuando terminó la llamada, llevó la mano al vaso y lo vació de un solo trago.

—¿Todo bien? —pregunté, atrayendo su mirada hacia mí.

Alexandre se levantó y sacó algunos billetes de la cartera. Luego los colocó sobre la barra, apoyando el vaso, y se giró hacia mí.

—Tu prima es extremadamente fastidiosa a veces, cree que puede darme órdenes solo porque nos conocemos desde hace tanto tiempo.

—¿Patricia está aquí? —pregunté, y él asintió.

—Lamentablemente. No me preguntes por qué la traje conmigo, porque ni yo lo sé —negó con la cabeza, con una pequeña sonrisa.

—¿Ustedes están juntos?

—Ah, no —Alexandre hizo una mueca—. Patricia siempre ha sido una amiga.

—Oh...

—Nos vemos por ahí, Bianca, cuídate —dijo, y al instante siguiente se dio la vuelta.

Volví mi atención hacia Vivian, que estaba atendiendo a un cliente. Entonces, simulé el gesto de llevar un vaso a la boca,

esperando que ella lo notara.

—¿Necesitas un trago? —una voz femenina atrajo mi atención. Miré en esa dirección y me di cuenta de que se trataba de la novata que Vivian estaba entrenando.

—Un tequila, por favor —pedí.

—Dame solo un instante —dijo, amable, y se giró para prepararlo.

Entonces mi atención volvió a Vivian, que se acercaba.

—¿Qué estás escondiendo, Vivian? —pregunté, midiéndola con la mirada—. Después de que Alexandre dijo eso, desapareciste de nuestro lado.

—Solo quería dejarlos a gusto, imaginé que querrías intercambiar algunas palabras con él.

—Parecía tan triste con eso, fue extraño —confesé.

—Tu trago —la novata me entregó la dosis de tequila. Luego se giró hacia Vivian. —Acabo de usar la última dosis de ese tequila, y algunas bebidas están por terminarse, ¿puedes revisarlo?

—¿Tan rápido? —preguntó Vivian, y ella asintió.

Tomé esa dosis y, al igual que la vez anterior, la bebí de un solo trago.

—Nena, ya vuelvo —dijo Vivian dirigiéndose a mí, y yo simplemente asentí.

Entonces la seguí con la mirada mientras salía de la barra y se dirigía hacia las mesas.

En ese instante, me invadió una fuerte náusea. Me levanté lista para dirigirme al baño. Pero con cada paso que daba hacia donde estaban, más extraño sentía mi cuerpo.

—¡Jesús! Necesito sentarme —dije, sintiendo cómo la náusea me invadía.

—¿Qué pasó? —la voz de la chica del bar resonó—. No parecías bien, vine enseguida hacia ti.

—Creo que bebí demasiado rápido... ¿eso era realmente tequila puro?

—Sí, ven, siéntate un poco. Voy a buscarte un vaso de agua —dijo, y asentí.

Me senté, y vagamente percibí cómo la chica se alejaba. Todo giraba, la vista comenzaba a nublarse, y sentía que algo no estaba bien. Después de todo, yo estaba acostumbrada a beber socialmente.

—Aquí... toma un poco de agua —la voz de la chica atrajo mi atención, aunque extrañamente no quería arriesgarme a tomar nada que viniera de ella—. Bebe ya, Bianca, te hará bien.

—¿Hm? —pregunté, algo desorientada.

—Agua, te traje agua —dijo, un poco impaciente.

—¿Puedes llamar a Vivian? —pedí.

—Ya la llamé, ¿no recuerdas que me lo pediste hace unos minutos? —preguntó, y me sentí aún más confundida.

¿Lo había pedido? Mi cabeza era realmente un desastre.

Sentí que un vaso era empujado hacia mí, fue entonces cuando noté cuán seca estaba mi boca. Llevé el vaso a los labios y, con su ayuda, lo tomé.

—Eso es, chica. Uno de los chicos te llevará hasta Vivian —extendió la mano hacia mí.

No recuerdo haber tomado su mano, pero cuando me di cuenta, ella ya me estaba guiando entre la gente junto el bartender. Pronto, el ruido de la música electrónica se volvió más distante, pero por la demora, sentía que no me estaban llevando hacia Vivian.

Lo sentía, pero no tenía fuerzas para protestar.

Intenté mantener los ojos abiertos, pero fue imposible. Mi cuerpo se volvía cada vez más débil, y fue imposible resistirme por completo a la oscuridad que se hacía presente con cada segundo.

Simplemente dejé que esa oscuridad se apoderara de mí.



—¡Suéltame, carajo! —desperté sobresaltada por un grito que aún resonaba en mi cabeza.

—Rafael, no... —la voz desesperada de Patricia me hizo esforzarme por sentarme en la cama.

Todo giraba, mi cabeza latía con tanta fuerza que era difícil pensar con claridad. Cuando finalmente comencé a estabilizarme, recorrí con la mirada el cuarto, dándome cuenta de que no conocía ese lugar.

—Quítate de mi camino, Patricia —la voz seria de Rafael me hizo desviar la mirada hacia la puerta, buscándolo.

Fue entonces cuando entró, sus ojos se dirigieron hacia mí de una forma que hizo que mi corazón se encogiera. Su mirada parecía cargada de decepción.

—Rafael... —susurré, e intenté levantarme, pero mi atención fue inmediatamente hacia el lado al sentir que alguien se movía en la cama.

Fue cuando me di cuenta de que mi peor pesadilla parecía estar ocurriendo. Alexandre estaba a mi lado y, peor aún, se sentó y retiró la sábana, desconcertado, revelando que solo llevaba puesta un calzoncillo.

Miré desesperada hacia mi cuerpo, constatando que lo único que me cubría era una sábana. Estaba desnuda.

¡Dios mío! Estaba realmente desnuda.

Mis ojos fueron de inmediato hacia Rafael, que parecía digerir la escena que tenía frente a sí, mientras Patricia le sujetaba el brazo.

—Yo no... tengo idea... de cómo... —comencé a explicar, totalmente desconcertada.

Los ojos de Rafael vagaron de mí hacia Alexandre una vez más, y me sentí desesperada por lo que podía estar pasando por su mente. ¿Qué diablos pasó ayer?

—Yo y Alexandre nunca... yo no hice eso, R...

Interrumpí mi frase y tragué en seco en el momento en que Rafael se dio la vuelta y salió del cuarto. Sentí que mi mundo se desmoronaba, y la opresión en el pecho solo aumentaba.

—Pero... qué infierno —vociferó Alexandre.

—¿Cómo es que...? —intenté hablar con la voz contenida. Recorrí con la mirada una vez más el ambiente, sin reconocerlo. —¿Dónde estamos?

Alexandre llevó la mano a la cabeza y masajeó los ojos.

—Estamos en mi maldito penthouse, Bianca —me midió con la mirada y suspiró—. No tengo idea de cómo llegaste aquí, pero él nunca nos va a perdonar por lo que acaba de ver.

El desespero se apoderó de mí al escuchar esas palabras. No tenía idea de lo que había pasado, pero considerando el pasado entre esos dos, era el peor escenario en el que Rafael podía encontrarme.

Mi corazón se desplomó mientras esa frase martillaba en mi cabeza.

Rafael nunca me perdonaría por esto.



CAPÍTULO 45

El sonido insistente de mi celular me desperto. En un movimiento automático, llevé la mano la mesita de noche y tomé el celular.

—¿Hola? —atendí sin siquiera revisar quién podía ser.

—Rafael, querido, perdona que te llame a esta hora —una voz suave flotó del otro lado de la línea.

Me senté en la cama, somnoliento, y alejé el celular para ver quién me estaba llamando. Fue cuando me di cuenta de que era Lilian, la madre de Bianca.

—¿Está todo bien? —pregunté, preocupado.

—No lo sé —suspiró pesadamente—. *¿Por casualidad Bianca está contigo?*

—No, no está —dije, y di un salto fuera de la cama—. ¿Qué pasó?

—Vivian me llamó preguntando si Bianca había llegado a casa, porque se fue sin decir nada, pero es algo que a veces hace. Solo quería confirmar que todo estuviera bien, ya que Bianca no contesta el celular.

Mi corazón comenzó a descompasarse al escuchar esas palabras. Fui hacia el clóset y empecé a tomar algunas prendas.

—¿Llamaste a Carlos? —pregunté mientras me vestía.

—Sí... él tampoco tiene idea de dónde está.

—Está bien... avísame si algo cambia —dije, y luego terminé la llamada.

Fui al contacto de Bianca y puse a llamar mientras terminaba de vestirme. Pronto apareció el mensaje de que el número estaba fuera de área o apagado. Entonces, abrí la aplicación de mensajes para intentar ver cualquier rastro del último contacto que ella hubiera tenido con el celular.

No había mensajes, ni marca de última conexión, pero el punto verde en tu estado de Whatsapp me hizo hacer clic para revisar.

Era un video confuso, no aparecía nadie, solo el movimiento en el lobby de un edificio. Mi corazón se encogió al reconocer tan bien aquel lugar. Era el edificio donde vivían Patricia y Alexandre.

Suspiré profundamente y analicé las posibilidades. Y aunque no me gustaba para nada la idea, fui a la lista de contactos bloqueados y desbloqueé el número de Patricia.

Luego lo miré por un instante antes de tomar aquella decisión. Era necesario, era por la seguridad de Bianca, así que puse a llamar.

—¿Rafael? —la voz sorprendida de Patricia flotó del otro lado de la línea tras cuatro tonos.

—¿Bianca está contigo? —fui directo.

El silencio se hizo presente del otro lado de la línea, lo que me puso aún más agitado. Salí del clóset y me dirigí hacia la sala, luego tomé las llaves del auto.

—¿Patricia? —volví a preguntar.

—Esto no es asunto mío, pero...

—Dilo ya, Patricia —dije, impaciente, mientras entraba al ascensor.

Ella suspiró profundamente.

—¿Sabes qué? Aunque Alexandre sea mi amigo, tú no mereces esto —sus palabras me hicieron detenerme en seco—. *Hace un rato los vi... el ruido era tanto que abrí la puerta para mirar, vi lo suficiente para saber que esa mujer no te merece.*

—¿Me estás diciendo que está con Alexandre? —pregunté, sintiendo que mi mundo se derrumbaba.

—Puedes verlo con tus propios ojos... tengo acceso a su penthouse —dijo, y por un momento no pude responder, simplemente no quería creer que algo así estuviera ocurriendo.

—Voy para allá, llego en menos de diez minutos —dije, y terminé la llamada.

Con el corazón en la mano, fui hacia el auto y me dirigí al lugar donde vivían Patricia y Alexandre.

En el camino, envié un mensaje a Lilian y Carlos para que no se preocuparan, pues sabía dónde estaba Bianca. Sin dar demasiados detalles, solo los tranquilicé.

Salí del auto y me dirigí al lobby. Patricia ya me esperaba abajo, y apenas pude mirarla a la cara. Simplemente pasé por ella y fuimos hacia el ascensor.

—Mira, Rafael... —susurró cuando llegamos al piso.

—Solo abre esa puerta para mí —dije con la voz contenida.

—La voy a abrir, pero tienes que prometerme que no harás ninguna locura.

—Ábrela ya, Patricia —ordené, aún sin creer que realmente encontraría algo parecido a lo que viví hace siete años.

Sin decir una sola palabra, Patricia introdujo la contraseña y abrió la puerta. Entré de inmediato, encontrándome con algo que no

me gustó nada.

Ropa tirada por todo el suelo del apartamento, prendas familiares para mí. Un pantalón de cuero negro y un crop top. También había ropa masculina, y mi sangre hirvió al ver aquella escena. Podía imaginar perfectamente cómo había ocurrido todo, la prisa por deshacerse de cada prenda era evidente.

Me dirigí hacia el cuarto con pasos largos, fue entonces cuando sentí la mano de Patricia en mi brazo.

—Rafael, tienes que ir con calma —pidió. Tiré de mi brazo, pero ella no me soltó.

—Suéltame, carajo —dije con la voz contenida, solo queriendo la confirmación de lo que estaba viendo.

Patricia siguió intentando detenerme, pero entré en el cuarto y me encontré con una escena que hizo que mi mundo se derrumbara por completo. Mi princesa, desnuda bajo las sábanas, con ese tipo, y los ojos perdidos en mí, intentando explicar lo inexplicable.

Aquello era demasiado para mí. Podía soportar lo que hizo Raquel, pero jamás podría soportar el golpe de Bianca. La amaba demasiado.

En un momento de desesperación, me giré hacia la puerta y simplemente salí del cuarto. Pero con cada paso que me alejaba de todo, los pensamientos comenzaron a atormentarme. La incertidumbre de estar tomando la decisión correcta parecía clavarse en mi pecho.

Su mirada confusa hacia mí, la voz perdida diciendo que no sabía lo que había pasado... Aquello me hizo detenerme a mitad de camino, con los puños cerrados, intentando contener la emoción que me invadía.

Estábamos hablando de Bianca, de mi Bianca. Y, por ironía del destino, palabras contundentes de Carlos flotaron en mi mente.

"Perdí a la única mujer que amé toda mi vida por no darle un voto de confianza. Cuando me di cuenta, ya la había perdido, no había nada que hacer."

Eso era lo que siempre decía cuando hablaba de Lilian.

Sin pensar demasiado y maldiciéndome internamente por amar tanto a esa mujer, di la vuelta y me dirigí una vez más hacia el cuarto.

La verdad era que no sabía lo que había pasado, ni cómo había ocurrido, sin mencionar que la Bianca que conocía sería incapaz de toda esa suciedad. Y podría parecer una locura de mi parte, pero incluso viendo la escena, no conseguía creer que ella hiciera algo así conmigo.

—Rafael... —la voz de Patricia resonó al verme allí una vez más.

La ignoré y llevé mis ojos hacia Bianca. Ella tenía la cabeza hundida entre las manos, en medio de un sollozo. Me acerqué a ella y, sin decir una palabra, llevé mis manos sobre su cuerpo, envolviéndola con la sábana.

—Rafael... —susurró con la voz temblorosa.

—No estoy haciendo esto porque te perdoné por lo que vi, solo no voy a dejarte aquí con ese tipo ese —dije con la voz contenida, y la tomé en brazos—. No cuando dices que no sabes lo que pasó.

Bianca asintió y rodeó mi cuello con sus brazos, luego apoyó la cabeza en mi pecho. Pasé por encima de mi orgullo cuando me giré y comencé a caminar con ella hacia la puerta.

—Rafael... —la voz del desgraciado flotó en el ambiente, haciéndome mirarlo una vez. —No sé cómo pasó esto, pero jamás lo haría contigo a propósito... ni ahora, ni hace siete años.

—Voy a descubrir lo que pasó, y será mejor que te prepares si la forzaste a algo —dije, autoritario, y luego salí del cuarto sin mirar atrás.

Estaba llegando al ascensor cuando escuché pasos apresurados en mi dirección.

—¿Vas a quedarte con ella? —gritó Patricia, desesperada. Y su tono hizo que un escalofrío recorriera mi espalda—. ¿Después de lo que viste aquí vas a quedarte con ella?

Esa pregunta me apretó el pecho. La verdad era que, por más que hubiera visto aquello, algo gritaba dentro de mí que había algo mal.

En el fondo, conocía perfectamente a mi mujer, al punto de saber que jamás haría algo así. Y no saber realmente cómo todo había llevado a lo que pasó me estaba volviendo loco.

Presioné el botón para llamar al ascensor, dispuesto a ignorar a Patricia.

—Rafael —gritó cuando di un paso hacia el ascensor.

—No es que eso sea asunto tuyo, Patricia, pero si tanto quieres saber... —miré brevemente a Bianca, luego mis ojos se volvieron hacia ella—. Soy incapaz de dejar ir a esta mujer, necesito a Bianca en mi vida, así que sí, incluso después de todo, me la llevo conmigo, porque no imagino mi vida sin ella.

Apenas dije aquellas palabras, la puerta del ascensor se cerró. Fui incapaz de mirar a Bianca después de decirlas, simplemente seguí con ella hacia el auto, sintiendo cómo lloraba en mis brazos.

La coloqué en el asiento del pasajero y rodeé el auto para tomar el volante. Decidí llevarla al penthouse, pero el camino fue duro y silencioso. Agradecí mentalmente que no intentara explicarse, porque no tenía ánimos para hablar.

Al llegar, la tomé nuevamente en brazos y la llevé así hasta llegar el cuarto. La deposité en la cama y la miré por un momento. Pensé en decirle que hablaríamos después, pero las palabras se me quedaban atascadas en la garganta. Simplemente no podía pronunciar ni una sola. Entonces, me giré con la intención de alejarme de aquel lugar.

—Por favor... no te vayas —pidió Bianca con la voz temblorosa, haciéndome detenerme en medio del cuarto. Cerré los ojos al mismo tiempo que apretaba los puños, y entonces me obligué a responderle.

—Yo... no puedo quedarme aquí ahora, no puedo hablar contigo ahora —dije con la voz contenida, sin poder girarme hacia ella.

—Por favor —insistió, y me dejé llevar por el sentimiento que flotaba sobre mí.

Me giré hacia ella, con la mirada cargada de lo único que podía sentir: dolor.

—¡Carajo, Bianca! ¿Tienes idea de lo que me estás pidiendo en este preciso momento? ¿Tienes idea de lo que me hiciste?

—Yo no lo hice... no estuve con él, Rafael, eso...

—Esa mierda no habría pasado si me hubieras escuchado. Te pedí que no dejaras que ese hijo de puta se metiera entre nosotros —dije, tomado por la rabia—. Te lo dije, Bianca, lo incómodo que era para mí que estuvieras tan cerca de él, ¡y mira lo que pasó!

Comencé a decir todo lo que tenía atorado en la garganta, pero me detuve en el momento en que volvió a llorar. La verdad era que Bianca sabía que todo aquello podría haberse evitado. Cuando le pedí que se mantuviera lejos de Alexandre, o cuando le sugerí que me esperara para ir juntos a la discoteca, todo lo que pasó podría haberse evitado si me hubiera escuchado.

—Entonces, discúlpame por no querer quedarme contigo ahora, pero realmente necesito un tiempo para aclarar mis ideas y pensar si esto es lo que quiero para mi vida. Y, sinceramente, creo que tú también deberías hacerlo.

Me giré sin esperar una respuesta y salí del cuarto. Sabía que tal vez había sido demasiado duro con ella, pero era imposible guardar todo aquello dentro de mí. Y, en ese momento, necesitaba estar solo, para pensar con calma en lo que haría ante todo esto.

El futuro ahora parecía incierto, esa era la verdad.



CAPÍTULO 46

No pude quedarme en el penthouse. Después de dejar a Bianca en el cuarto, me sentí sin lugar, sin piso. Todavía no me había dado cuenta, el dolor que estaba sintiendo era el peor que había sentido en toda mi vida. El dolor que sentí hace siete años no se comparaba en absoluto con el que sentía en ese momento.

Fue entonces cuando tuve la certeza de que realmente no podría vivir sin esa mujer. Tomé el auto y conduje sin rumbo, mientras pensaba en cómo actuar. Y sin tener a dónde ir a esas horas de la madrugada, acabé yendo a la empresa.

El teléfono no dejaba de sonar, tuve que silenciarlo para que Patricia entendiera de una vez que la última persona con la que quería hablar en ese momento era ella.

Entré en mi oficina y tomé una botella de whisky, necesitaba desesperadamente algo que me hiciera olvidar, o terminaría perdiendo la cabeza.

Mientras bebía, mis ojos se dirigieron al celular que, a pesar de estar silenciado, mostraba que seguían llegando mensajes. Lo tomé, y allí estaban: mensajes de Patricia.

La sensación fue extraña, el déjà vu que cayó sobre mí me hizo estremecer. Había pasado por esto hace siete años, de la misma forma. Patricia estaba, curiosamente, demasiado preocupada por el rumbo de mis decisiones. La diferencia era que, en aquella época, éramos amigos.

Sin pensar demasiado, entré en los contactos y llamé a Rodolfo. Necesitaba verificar las cosas, y tenía que ser ahora.

—*¿Hola?* —respondió con voz somnolienta.

—Te necesito, y te necesito ahora —dije, con seriedad.

El silencio se hizo presente del otro lado de la línea, y pude escuchar el momento en que saltó de la cama.

—*¿Qué necesitas?*

—Las imágenes de las cámaras de la discoteca, quiero todas desde el momento en que abrió esta noche hasta ahora.

—*¿Cuál es el problema de ustedes? ¿Creen que pueden llamarme de madrugada para pedirme favores?* —preguntó en medio de un suspiro.

—Es Bianca, la encontré en la cama con Alexandre y necesito saber cómo pasó —expliqué, serio, intentando con todas mis fuerzas no perder el control.

—*Oh... hermano* —su tono fue más tranquilo—. *Por eso no creo en esas hijas de puta, es lo que pasa cuando confías en las mujeres. Ya te pasó con Raquel, en mi caso fue con Natalia, creo que no necesitamos más pruebas de que es una completa trampa entregarles el corazón. Por eso prefiero jugar con ellas...*

Negué con la cabeza al escucharlo.

—No creo que ella haya sido capaz de algo así.

—*¡Carajo, Rafael, despierta! La encontraste en la cama con el tipo, ¿y aún tienes dudas?*

—Solo... mándame esas malditas imágenes.

—Está bien, dame unos minutos y te las envío.

Terminé la llamada y tomé el vaso de whisky, bebiendo lo que quedaba de un solo trago. Luego me levanté y fui hacia la silla, encendí mi portátil y simplemente esperé que Rodolfo hiciera lo que le pedí.

Unos minutos después, me envió la aplicación que usaba para monitorear las cámaras, junto con el usuario y la contraseña. Descargué la aplicación y la instalé, entonces comencé a revisar las imágenes.

Con el corazón en la mano, en el fondo, tenía miedo de lo que vería allí, pero lo necesitaba.

Sincronicé todas las cámaras y pude ver el momento exacto en que Bianca llegó. Un tiempo después, mientras Bianca estaba en la barra, noté que Alexandre y Patricia llegaron juntos y fueron a la pista de baile.

Lo cual, para empezar, era extraño. Después de todo, Patricia me había dicho que estaba en casa cuando presenció la escena entre Alexandre y Bianca.

¿Cómo podía venir desde Búzios a la capital con Alexandre sin saber que Bianca iba en la misma dirección?

Después de un rato, Alexandre se unió a Bianca en el bar y mi atención se centró completamente en ese momento. Se quedaron conversando, y aunque no podía saber qué decían, no parecía un coqueteo. De hecho, Alexandre tenía el semblante triste.

¿Tal vez estaba demasiado desesperado como para no ver cosas donde sí las había?

Tal vez.

Seguí observando, hasta que Alexandre atendió el teléfono y dijo algo a Bianca antes de salir. Mientras Bianca permanecía en el bar, él se dirigió hacia Patricia, y la última imagen que vi fue de los dos en el estacionamiento, yéndose solos.

Volví mi atención a las cámaras del bar. Vivian salió y Bianca bebió otro trago. Se levantó de repente y parecía desorientada al pasar entre la gente, mientras la chica que la había atendido la seguía.

Era extraño, no vi que Bianca bebiera mucho, pero parecía realmente desorientada. La chica miraba de un lado a otro, luego le entregó otro vaso a Bianca y, enseguida, la levantó y la guió hacia un hombre.

Esa escena hizo que mi corazón se acelerara. El hombre siguió llevándose a Bianca, hasta que ella pareció perder la conciencia. Fue entonces cuando él la tomó en brazos y la llevó, colocándola en un auto y saliendo con ella.

Era extraño, toda esa mierda era demasiado extraña. Tuve la certeza de que, fuera lo que fuera lo que pasó, estaba en lo cierto al no creer que Bianca hiciera eso conmigo. Visiblemente, no estaba con Alexandre.

Retrocedí el vídeo varias veces, y no sabía si era cosa mía, pero Patricia parecía haber hablado con esa chica por unos instantes. Su semblante mostraba un nerviosismo inusual.

Con eso en mente, envié las grabaciones que consideré relevantes a Rodolfo y me levanté, decidido a descubrir lo que realmente había pasado esa noche.

Abrí el cajón de mi escritorio y saqué una pluma grabadora, la miré por un momento mientras pensaba en todo.

—Pensé que nunca tendría que usarte —dije para mí mismo y suspiré—. Parece que tendrás un propósito, al fin.

Me levanté decidido a esclarecer la historia, pero antes necesitaba hacer una parada. Porque, si estoy en lo cierto sobre todo, Bianca había sido dopada.



Suspiré profundamente antes de entrar al penthouse. Y cuando lo hice, no vi señal alguna de Bianca.

Caminé lentamente por el lugar y me dirigí al cuarto donde la había dejado. Seguía envuelta en una sábana, exactamente en la misma posición en la que la había dejado.

Bianca no se molestó en levantarse, simplemente abrazó la almohada y permaneció allí.

Con el corazón en la mano, caminé hacia la cama y me senté en el borde. Se me apretó el corazón aún más cuando pude verla de cerca.

Sus manos firmes estaban debajo de la almohada, el cabello desordenado, las lágrimas secas en el rostro delataban que había llorado hasta quedarse dormida.

Llevé mi mano a su rostro y lo acaricié, con el único pensamiento de que no podría seguir sin ella. Aparté un mechón de su cabello detrás de la oreja y continué con las caricias. Fue en ese instante cuando ella abrió los ojos lentamente.

Permanecí simplemente observándola, mientras asimilaba mi presencia allí.

—Rafael... —susurró con la voz entrecortada—. Estás aquí... tú...

—¿Cómo te sientes, princesa? —pregunté con voz serena.

—Yo... yo... yo no hice eso, tienes que creer en mí —dijo entre sollozos y llevó la mano a mi camisa, agarrándola con fuerza—. Yo... yo no lo hice.

—Bianca, calma —pedí, y llevé mi mano hacia ella.

Teníamos que hablar, pero en ese momento, lo que importaba era que estuviera bien. Entonces la atraje hacia mí, y la senté en mi regazo. Luego acaricié su espalda.

—Tienes que creer en mí —dijo entre sollozos.

Mi corazón se apretó de una forma que no creí posible. ¿Cómo podría dejar a esta mujer? ¿Cómo podría no importarme?

—Yo te creo, yo te creo, ¿de acuerdo? —dije, intentando tranquilizarla. Pero ella estaba completamente desorientada. La atraje hacia mí y la abracé con fuerza.

En el instante siguiente, la vi derrumbarse en llanto.

—Princesa, no llores —pedí con la voz embargada, muy cerca de derrumbarme junto con ella.

Fue inevitable.

Solo me di cuenta de que estaba llorando cuando las lágrimas cayeron sobre su hombro.

Me permití perder el control, diciéndome a mí mismo que todo estaría bien, que solo necesitábamos conversar. Pero, antes que nada, tenía que asegurarme de que ella estuviera bien.

Después de un tiempo indeterminado, mis ojos se encontraron con los de ella, y llevé la mano a su rostro. Sin pensar demasiado, atraje su cara hacia mí y tomé su boca en un beso, al principio, vacilante y tranquilo, pero que pronto se transformó en algo que desbordaba el sentimiento más puro que sentíamos el uno por el otro: un amor inexplicable, confianza, pasión y alivio. Demasiadas emociones para un solo beso.

Pero que calmaban completamente mi alma.

Cuando nos separamos, llevé mi mirada a su rostro.

—Necesito llevarte al hospital para un chequeo, luego resolveré algunas cosas y volveré, para que hablemos —expliqué.

Bianca simplemente asintió, sin cuestionar.

Entonces supe lo que debía hacer.



La llevé al baño y la bañé, luego la ayudé a cambiarse y la llevé al hospital. Expliqué la situación al médico y llamé a Carlos, explicándole brevemente lo que había pasado. Después de eso, solo había un lugar en el que necesitaba estar.

Unos quince minutos después, estaba estacionando una vez más frente al edificio donde vivía Patricia. Logré entrar fácilmente, ya que el portero me reconoció. Entonces subí hasta el penthouse y toqué el timbre varias veces.

Pasaron algunos minutos antes de que Patricia abriera la puerta, tiempo suficiente para activar la grabadora de la pluma. Cuando apareció, me sonrió, como si la visión frente a ella realmente le agradara.

—Volviste... —susurró—. ¿Qué...

—Me dijiste que el ruido en el pasillo te hizo venir hasta aquí y revisar la puerta, encontrando a Alexandre y Bianca en pleno acto —dije, con seriedad—. Pero vi las grabaciones de la discoteca, y tú claramente estabas allí con Alexandre. Así que... volví. Para que me digas en la cara qué es lo que no me estás contando.

—¿Las grabaciones? —preguntó al mismo tiempo que su mirada cambiaba por completo. Estaba asustada, era evidente.

—¿Pensaste que no lo comprobaría?

—¿Ella dijo eso? —La voz seria de Alexandre llenó el ambiente. Entonces me giré, encontrándolo con la puerta abierta y los ojos fijos en nosotros dos—. Porque Patricia fue la última persona que estuvo conmigo antes de que me desmayara.

—Qué bueno que estás aquí, así podemos aclarar esta historia —dije, y sin que Patricia me diera permiso, entré en su penthouse.

—Alexandre... —dijo Patricia con la voz contenida.

Él entró enseguida. Crucé los brazos y mi mirada se dirigió a Patricia.

—Entonces, ¿vas a contarnos lo que realmente pasó? —pregunté, con seriedad—. Analicé las grabaciones durante bastante tiempo y llegué a la conclusión de que pusieron algo a la bebida de Bianca. También pude verte hablando exactamente con la persona que sospecho que lo hizo.

—Dios mío... —Alexandre dijo, visiblemente atormentado—. Siempre fuiste tú, ¿verdad? Te consideraba mi amiga, carajo.

—Yo... no sé de qué estás hablando —respondió Patricia, visiblemente afectada.

—¿No sabes? La insistencia para ir a la discoteca ayer, la insistencia para irnos. —Río con incredulidad—. El último trago cuando llegamos a mi penthouse, ¿pusiste algo en mi bebida?

Fruncí el ceño y miré a Alexandre. Ya estaba claro para mí que Patricia había armado una escena, sin embargo, algo en sus palabras me llamó la atención.

—¿Qué quisiste decir con que siempre fue ella? —pregunté, atrayendo su atención hacia mí.

—Hace siete años, no me quito la culpa, Rafael. Estuve con Raquel en un momento de debilidad, porque la amaba demasiado... —susurró, y yo resoplé—. Pero lo hice porque Patricia me dijo que ustedes habían terminado. Sé que no estuvo bien, pero simplemente fui a buscarla... —Su voz se quebró. Sus ojos, llenos de rencor, se dirigieron a Patricia—. Tuviste el descaro de pedirme disculpas y decir que no sabías que ellos habían vuelto.

Todo empezó a encajar. Patricia había sido mucho más meticulosa de lo que pensé, no solo en ese momento, sino desde

antes también.

Todo por una obsesión sin fin.

—Dios mío, estás más enferma de lo que pensé —dije, atrayendo la atención de Patricia hacia mí.

La situación se volvía más clara a cada minuto.

¿Todo había sido obra de esta mujer desequilibrada desde el principio?

—No, Rafael... —La voz de ella sonó completamente desesperada—. Escúchame, puedo explicarlo.

—¿Explicar qué? —pregunté, sin paciencia. Entonces di un paso hacia ella y tomé su rostro entre mis manos. —Mira, será mejor que me digas quién es el tipo que trajo a Bianca desde Búzios hasta aquí, y te juro que si se aprovechó de ella de alguna forma, vas a pagar.

—No planeaba aparecer, pero ya que preguntaste por mí, no puedo quedarme callado —una voz burlona llenó el ambiente—. Es bueno verte de nuevo, Rafael.

Solté a Patricia y mis ojos se dirigieron hacia la puerta que daba entrada al área íntima. Tardé unos instantes en reconocerlo, pero ¿cómo podría hacerlo, si estuve cara a cara con él hace seis años?

Era increíble.

El hombre que estaba con Patricia no era nadie más, nadie menos que el exnovio de Bianca.



CAPÍTULO 47

Quería simplemente golpear al imbécil, pero cuando mis ojos fueron a su mano, me quedé inmóvil. Miré brevemente a Alexandre, antes de volver la mirada hacia el revólver que tenía el desgraciado en la mano.

—¿Qué... qué estás haciendo, Marco? —preguntó Patricia con la voz temblorosa.

—¿No es lo suficientemente claro para ti, muñeca? —preguntó, y en el instante siguiente levantó la mano, apuntándome con el revólver.

—Tenemos un trato. No puedes hacerle esto a Rafael —dijo Patricia, caminando hacia él.

—Teníamos un acuerdo —desvió la atención hacia Patricia—. Lo rompiste en el momento en que te aliastes con esa mujer para que Bianca quedara atrapada en el ascensor, ¿recuerdas? —la cuestionó, y sentí una vez más que mi mundo se desmoronaba, al saber que Melanie no había planeado ese incidente sola.

Patricia dio algunos pasos hacia Marco, y miré a Alexandre. Intercambiamos una breve mirada, y desvié la atención una vez más, viendo a Patricia se puso delante del revólver para intentar detenerlo.

—No pasó nada con Bianca —dijo con la voz contenida—. Tienes que cumplir tu palabra.

—No lo haré, no cuando escondiste esa arma entre tus cosas. ¿Pretendías matarla, verdad? —preguntó de repente. Apreté los puños, asimilando las palabras del desgraciado. —Considera que estaremos a mano cuando lo mate.

Marco levantó un poco la mano, apuntando nuevamente hacia mí.

—¿Intentaste matar a Bianca? —pregunté con la voz contenida, conteniéndome para no actuar por impulso.

—Rafael —dijo Patricia con la voz embargada, pero mi atención estaba completamente en el desgraciado.

—Eso es lo que oíste, Patricia tuvo participación en aquel accidente —Marco llevó la mano libre hacia Patricia y la empujó al suelo, haciéndola gritar. Luego dio algunos pasos en mi dirección—. Pero eso no importa ahora, tenemos cuentas pendientes, ¿recuerdas lo que me hiciste hace seis años?

—¿Entonces es por eso? —arqueé las cejas.

—¿Ustedes estaban juntos en esa época? —Marco preguntó en un tono descontrolado, y fruncí el ceño.

Vi de reojo a Alexandre dando algunos pasos suaves hacia nosotros, así que solo necesitaba mantener la atención de Marco en mí.

El momento era tenso, mi corazón latía descontroladamente, pero tenía que seguir, o lo peor sucedería.

—¿Y si lo estábamos? Al fin y al cabo, tú la traicionaste primero —dije, serio—. ¿Y sabes qué? Lo haría todo de nuevo, pero en vez

de pedirle a mi seguridad que se encargara de ti, yo mismo te rompería la cara.

Todo fue muy rápido. Escuché a Marco amartillar el revólver, y en el instante siguiente, Alexandre tenía la mano sobre él, desviándola en otra dirección.

Se disparó un tiro, rompiendo una lámpara. Luego comenzó una lucha cuerpo a cuerpo. Di algunos pasos hacia ellos, pero antes de que pudiera alcanzarlos, se disparó otro tiro.

Alexandre gritó, y enseguida el revólver cayó al suelo. La tomé en un movimiento rápido y la apunté al desgraciado.

—Se acabó para ti —dije, mientras Alexandre lo inmovilizaba con un mataleón.

Desvié la atención hacia Patricia, que permanecía en el suelo, en estado de shock por todo lo que había pasado. Sus ojos perdidos se dirigieron hacia mí, y volví la mirada a Marco, mientras sacaba el celular del bolsillo y llamaba a la policía.

Estaba dando la dirección del lugar cuando vi sangre en el suelo. Mis ojos siguieron el rastro, y me di cuenta de que Alexandre tenía una herida en la pierna. Fue entonces cuando también pedí una ambulancia.

Terminé la llamada y aseguré el revólver. Luego la coloqué en la cintura y me dirigí hacia ellos.

Con la ayuda de Alexandre, giré a Marco de espaldas y llevé mi rodilla a su espalda. Entonces le sujeté las manos hacia atrás y miré a Alexandre.

—Gracias, por todo —agradecí. Alexandre asintió y se dejó caer al suelo, presionando el lugar donde había sido herido.

—¿De verdad crees que vas a librarte de mí? —preguntó Marco entre un gemido de dolor, atrayendo mi atención.

—Ah, sí... me aseguraré de que no salgas de prisión —dije, autoritario—. Aunque tenga que gastar la mitad de mi dinero en eso,

no vas a salir.

—¡Hijo de puta! —insultó cuando hice más presión sobre él.

—Solo cállate —dije, sin ninguna paciencia.

—Nunca tuve la oportunidad de decir esto... —la voz de Alexandre resonó en el ambiente—. Perdóname por haberte herido tanto en aquella época. Sé que eso te destruyó, pero también me destruyó a mí.

Lo medí con la mirada, y por un momento, pude sentir la sinceridad que venía de Alexandre. Admito que eso me hizo querer alejarme, pero al mismo tiempo me hizo darme cuenta de que nunca le di la oportunidad de explicarse.

—¿No pensaste en confirmarlo conmigo antes de correr a meterte con ella? —pregunté, de repente.

Lo que pasó ya no me afectaba, pero quería entender a Alexandre.

—Fallé contigo, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, asimilando todo lo que acababa de descubrir. La situación estaba en el pasado, Alexandre no era del todo culpable de lo que ocurrió, fue Patricia quien llevó todo hacia donde ella quería.

—Rafael... —dijo Patricia con la voz embargada. La miré, aunque fuera lo último que quisiera hacer.

—¿Crees que tienes derecho a decir algo ahora? —pregunté, serio.

No importaba el estado de shock en el que parecía estar, no importaban los sentimientos enfermizos de esa mujer, no podía sentir pena, no después de haber sido tan baja como para herir a Bianca.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedo ser yo? Te he esperado por tanto tiempo, llevo esperando veinte años y tú nunca...

—Siempre fui muy claro contigo respecto a eso, Patricia. Nunca te vi como otra cosa que una amiga —vociferé—. Y ahora ni siquiera puedo verte como eso.

Las sirenas comenzaron a resonar con fuerza por todo el ambiente, anunciando que la policía estaba llegando. Marco intentó forcejear una vez más, en vano.

Mi mirada se dirigió a Alexandre, que seguía en la misma posición, presionando el lugar donde había sido herido, con los ojos en el suelo. Sentí que se culpaba, y entonces entendí que no fui el único que sufrió con toda esta situación.

—¿Sabes qué fue lo que más me dolió de todo esto? —pregunté, atrayendo la atención de Alexandre—. Que fuiste tú, mi hermano.

Los policías irrumpieron en el lugar junto con el equipo de socorro, antes de que Alexandre pudiera responder. Le dediqué una sonrisa cómplice, y él pareció muy afectado por mi confesión.

Todo se volvió demasiado agitado. Me aparté de Marco y dejé que los agentes se encargaran de él. Entregué el arma mientras explicaba toda la situación. Marco y Patricia serían llevados a la comisaría, mientras que Alexandre sería trasladado al hospital.

Sabía que aún tenía un camino por recorrer antes de poder volver con Bianca, pero era un camino completamente necesario para que, por fin, pudiéramos vivir nuestra vida en paz.

Eso era lo que más deseaba, aún más después de un día tan tenso y agonizante como este, un día que parecía no tener fin. Pero que pronto pasaría. Al fin y al cabo, iba al encuentro de mi puerto seguro.



CAPÍTULO 48

En el momento en que la luz solar invadió el cuarto apreté los ojos y solté un pequeño gemido al mismo tiempo que llevé las manos sobre ellos para ayudarme a escapar del resplandor del sol.

—Perdón —la voz de mi padre resonó en el ambiente, haciéndome mirar en su dirección—. Solo estaba acomodando la cortina, no quería despertarte.

Tardé algunos instantes en procesar esa información. Todavía estaba un poco desorientada, sin contar que todo lo que había pasado había sido demasiado para mí.

—Está bien —dije, y me senté lentamente en la cama—. Creo que ya dormí lo suficiente.

Llevé las manos al rostro y las deslicé por él, sintiéndome más estable en el ambiente hospitalario.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, y se acercó a mí. Luego se sentó en la cama y me midió con la mirada.

—Mejor —dije, sintiendo que en ese momento podía pensar con más claridad, a como estaba antes—. Definitivamente mejor.

—La medicación ya está haciendo efecto —llevó la mano al botón al lado de la cama y lo presionó.

—¿Rafael aún no ha vuelto? —pregunté, atrayendo su atención de nuevo hacia mí.

—No... —me tomó la mano—. Aún no tengo noticias de él, pero tu madre está en camino.

—Perdón, no quería preocuparlos.

—No fue culpa tuya —forzó una sonrisa.

De repente, la puerta se abrió, atrayendo nuestra mirada hacia ella.

El médico que me había atendido más temprano cerró la puerta y se acercó a nosotros con una sonrisa amable en el rostro.

—Hola, Bianca, ¿cómo te sientes? —preguntó el doctor Felipe en el momento en que se detuvo cerca de mí.

—Oh, mucho mejor.

—Perfecto, voy a examinarte una vez más y darte el alta —desvió la mirada de mí hacia mi padre—. Los resultados de los exámenes salieron hace poco y todo está bien, solo necesitas descansar hoy.

El sonido de un celular sonando llenó el ambiente. Mi padre desvió la atención hacia el aparato y lo silenció, luego volvió la mirada al médico.

—Eso es excelente, entonces mientras la examina, aprovecharé para atender una llamada —dijo, y me miró brevemente.

El médico simplemente asintió y mi padre se dirigió hacia la puerta. Mis ojos lo siguieron hasta que lo perdí de vista.

En los minutos siguientes, el médico me hizo algunas preguntas de rutina mientras medía mis signos vitales. Respondí lo mejor que pude, aunque por más que intentara concentrarme aquí,

mi cabeza estaba en Rafael. Él había salido de aquí decidido a descubrir lo que había pasado.

—¿Bianca? —la voz del médico me trajo de vuelta a la realidad.

—Ah... ¿si?

—Estaba diciendo que voy a darte el alta, ¿de acuerdo? —preguntó, y asentí.

—Perdón, no hay nada que quiera más que eso.

—Me lo imagino, solo espera unos minutos.

El médico se giró y se dirigió hacia la puerta. Aproveché el momento para tomar mi ropa y fui al baño a cambiarme. Fui despacio, porque no me sentía al cien por ciento, aunque sí mucho mejor.

Cuando salí del baño, encontré a mi madre caminando de un lado a otro en el cuarto. Se acercó a mí y me abrazó con fuerza.

—Querida... ¿qué pasó ayer? —preguntó con la voz embargada.

—Está todo bien, mamá, solo necesito descansar —dije, y luego me aparté para mirarla.

—Tuve tanto miedo cuando tu padre me dijo que estabas en el hospital.

—Ahora está todo bien. Entre discoteca, bebidas... puede pasar —intenté tranquilizarla—. ¿Y mi padre? ¿Lo viste?

—Sí, Carlos tuvo que salir por un momento. Te llevaré a casa y más tarde él nos encontrará allí —dijo, con firmeza.

—¿Dijo algo?

—No, solo que necesitaba encargarse de algo —llevó la mano a mi hombro—. ¿Vamos?

—Hm... claro, vamos al penthouse.



Pasé las horas siguientes siendo muy consentida por mi madre. Me preparó una sopa y me hizo compañía durante mucho tiempo.

Mi padre envió un mensaje, diciéndome que estuviera tranquila, que estaba con Rafael y que más tarde vendría a verme.

Mi madre y yo terminamos viendo algunas películas para que el tiempo pasara. Eran poco más de las siete de la noche cuando la puerta se abrió, haciendo que mi corazón diera un salto.

Miré en su dirección, encontrando allí los ojos de Rafael sobre mí. Alivio, eso fue lo que sentí.

Dado lo que había pasado, tenía una necesidad más allá de lo normal de sentir su toque, su olor. Así que, sin importar que mi madre estuviera allí, o la presencia de mi padre justo detrás de él, me levanté y fui directo a los brazos de Rafael.

Fui con todo, como si necesitara ese contacto para poder respirar.

Mis brazos rodearon su cuello, y en el mismo instante, sentí sus manos fuertes rodear mi cintura. Lo sentí hundir la cabeza en mi cuello, mientras aspiraba mi perfume.

—Princesa —susurró.

No sé cuánto tiempo permanecimos en esa posición, pero Rafael se apartó y acarició mi rostro.

—¿Está todo bien? ¿Qué pasó? —pregunté, y pasé la mirada entre él y mi padre. Después de todo, por la demora, sabía que algo había ocurrido.

—Bueno, Rafael va a contarte todo —dijo mi padre, y miró a mi madre—. ¿Te quedarás esta noche?

—Ah... no, imagino que ellos necesitan un tiempo. Me iré a casa de César —dijo, y mi padre asintió.

—Puedo llevarte, necesito intercambiar algunas palabras con él.

—Te lo agradezco, pero estoy en auto —respondió, y luego se volvió hacia mí—. Querida…

Salí de los brazos de Rafael y la abracé con fuerza.

—Gracias, mamá, por todo —dije, y luego me aparté—. Puedes quedarte aquí si quieres, hay cuartos suficientes para eso.

—Lo sé, mi amor, pero prefiero ir con César —acarició mi rostro—. ¿Me cuentas todo después?

—Claro, te lo contaré —dije, y la abracé una vez más.

Cuando me aparté, miré a mi padre y lo abracé.

—Gracias por hoy, papá —agradecí, y lo sentí besarme en la parte superior de la cabeza.

—Siempre estaré aquí para ti —respondió, y asentí con la cabeza.

Entonces nos alejamos.

—Rafael, hablamos pronto —dijo mi padre, y se despidió con un abrazo.

—Sí, seguimos en contacto —respondió Rafael, y luego saludó a mi madre con un apretón de manos—. Gracias por estar aquí, Lilian.

—Siempre estaré —dijo, y lo atrajo hacia un abrazo.

Solté una risa contenida con la escena y la observé mirarme una vez más antes de irse con mi padre hacia la salida.

Cuando la puerta se cerró, la inseguridad me invadió. A pesar del momento que tuve con Rafael más temprano, la verdad era que no tenía idea de lo que pasaba por su cabeza.

—Necesitamos hablar —dijo, tranquilo.

—Sí...

Rafael se acercó y me dio un beso en la frente. Luego sus ojos se fijaron en los míos. Eliminó la distancia entre nosotros y volvió a besarme la frente. Después entrelazó nuestras manos y me llevó hacia el baño.

Al entrar, no dijo nada. Simplemente comenzó a desvestirme, y al minuto siguiente se desvistió él también y me llevó dentro de la ducha.

Lo observé mientras ajustaba la temperatura del agua, y luego me atrajo hacia él.

Rafael se bañó conmigo sin ninguna segunda intención. Me cuidó, igual que lo había hecho más temprano.

Cuando terminamos, apagó la ducha y me secó. Luego hizo lo mismo consigo y fuimos hacia el cuarto.

Lo vi dirigirse al vestidor. Rafael volvió de allí con pantalones deportivos y un camisón en las manos. Me vistió en silencio y me llevó a la cama.

Luego se acostó y me llevó con él, colocándome frente a su cuerpo y envolviéndome en sus brazos.

—Conseguí las grabaciones de la discoteca —dijo unos instantes después—. No necesitas contarme nada, me precipité cuando dije que pasó porque no me escuchaste.

—Si te hubiera esperado... —susurré.

—Tú me perteneces, Bianca —dijo con el mismo tono autoritario, haciendo que mi corazón diera un salto—. Eso significa que no me gusta verte sola en lugares como una discoteca, pero no voy a imponértelo.

Llevó la mano a mi rostro y lo acarició.

—¿Qué pasó hoy con Patricia?

—Ella te dopó con la ayuda de tu ex...

—¿Qué? —me interrumpió, incrédula.

—Tu exnovio y Patricia estaban juntos. Marco la llevó al penthouse de Alexandre, Patricia lo dopó y entonces todo ocurrió.

—Oh... Dios mío.

—Van a pagar por eso. Cuando fui al penthouse de Patricia, Alexandre apareció y Marco también. Estaba armado y... hubo un enfrentamiento. Alexandre recibió un disparo en la pierna, pero está bien.

—¡Dios! —dije al mismo tiempo que me incorporé en la cama, llevé la mano al interruptor para ver mejor el rostro de Rafael—. ¿De verdad estás bien?

—Sí, princesa, no te preocupes —Rafael llevó la mano hacia mí y me atrajo una vez más hacia él. Luego volvió a apagar la luz—. Pasé la tarde en la comisaría, di mi declaración y les dejé una grabación que hice, donde hay suficiente material para encarcelar a los dos. Así que ahora se acabó.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. No sabía exactamente cómo explicar la sensación que me invadía, pero el peso que tenía en el corazón comenzó a disiparse.

Tenía miedo, pavor. Todo era tan incierto que estaba al borde de perder la razón.

Rafael eliminó la distancia que quedaba entre nosotros y, luego, comenzó a acariciar mi cabello mientras yo estaba recostada sobre su pecho, dejando que el alivio me envolviera.

—Eso, princesa, déjalo salir —susurró mientras seguía acariciándome.

—Tuve tanto miedo —dije entre un sollozo, sintiéndolo abrazarme aún más fuerte.

—Te amo tanto, princesa —hizo una pausa, y entonces lo sentí susurrar nuevamente al oído—: Siempre estaré aquí para ti, recuérdalo.



CAPÍTULO 49

En algún momento, me quedé dormida. Lo último que recordaba era sentir el calor del cuerpo de Rafael contra el mío y sus manos acariciándome lentamente, mientras susurraba cuánto me amaba.

Eso me tranquilizó mucho. Me sentí feliz con cómo había terminado nuestra noche.

Cuando desperté, encontré a Rafael acostado a mi lado, durmiendo conmigo envuelta en sus brazos, de la misma forma en que estábamos ayer.

Con un movimiento suave, llevé la mano a su rostro y lo acaricié. Todo seguía muy vívido en mi mente.

—Despertaste —susurró, somnoliento, y luego abrió lentamente los ojos—. ¿Cómo estás?

—No lo sé... Hm... —respondí, sintiendo el corazón a punto de explotar. Retiré mi mano, sintiéndola sudar más de lo que debería.

Él llevó la suya hacia mi rostro, haciendo que mis ojos permanecieran fijos en los suyos.

—¿Qué pasa, Bianca?

El silencio se formó entre nosotros. Rafael continuó mirándome, esperando una respuesta.

—Tú... estás aquí —dije, con la voz entrecortada—. ¿De verdad estamos bien?

—Princesa, ya te lo dije antes, soy incapaz de dejarte ir —comenzó a acariciar mi rostro—. Perdóname si, en algún momento, te hice pensar lo contrario.

Esas palabras tuvieron un gran impacto en mí. Sentía que el corazón se me iba a salir por la boca.

—Rafael... —lo llamé, mientras las lágrimas se formaban en mis ojos. Pero esta vez, no era tristeza lo que quería invadirme. Estaba feliz, feliz por escuchar esas palabras.

—Eres todo para mí, ¿me oyes? —susurró, intensamente, y la ansiedad que me tomaba con cada palabra solo hacía aumentar—. Todo.

Descendió las manos hasta mi cintura y me atrajo hacia él, girándose de espaldas al colchón y llevándome a quedar sobre su cuerpo.

—¿Qué... estás haciendo?

—Voy a demostrarlo de una forma que no te queden dudas —dijo con voz ronca, haciéndome estremecer—. ¿Quieres?

—Sí, yo... lo necesito —respondí con la respiración entrecortada.

Rafael me dedicó una sonrisa que demostraba a la perfección lo complacido que estaba con mi reacción.

Bajé la mano hacia su pecho, acortando la distancia entre nuestros labios. El beso comenzó lento y apasionado.

Un escalofrío me recorrió en cuanto sentí su mano deslizarse suavemente por mi espalda.

Recorrí su firme pecho con la mano y comencé a acariciar su abdomen, sintiéndolo deliciosamente entre mis dedos. Y no me detuve ahí, moviendo la mano cada vez más abajo, cada vez con más sensualidad.

Lo sentí jadear entre mis labios al tocarlo a través de la tela de su chándal, dándome cuenta de lo duro que estaba. Metí la mano dentro de su calzoncillo y saqué su verga.

Terminé el beso y me recosté sobre su regazo. Luego, lo agarré por la base y comencé a acariciarlo con un movimiento de vaivén, con la mirada fija en Rafael.

Un dulce gemido escapó de sus labios. Mordisqueé ligeramente mi labio inferior y él me sonrió. Rafael puso su mano sobre la mía y detuvo la caricia. Con un movimiento rápido, me levantó de encima y me recostó en el colchón.

—¿Siempre tienes que tomar el control? —susurré con una sonrisa, mientras pasaba mis piernas alrededor de su cintura.

Una sonrisa llena de picardía se formó en los labios de Rafael, y me midió con la mirada. Luego se inclinó, hasta que sentí su respiración cálida cerca del lóbulo de mi oreja.

—Sí, princesa, lo tengo que hacer —murmuró, y comenzó a mordisquear mi cuello.

Cerré los ojos para disfrutar mejor cada sensación.

Sentí su barba rozar mi piel deliciosamente mientras dejaba un rastro de besos hacia mis pechos, provocando una oleada de excitación con cada roce.

Las manos de Rafael trabajaban al ritmo de sus labios. Con especial atención a mis pechos, me quitó lentamente el camisón.

Sus labios seguían fielmente cada movimiento. Luego me quitó las bragas, dejándome completamente desnuda.

Sentí que se bajaba de mí y se ponía de pie. Abrí los ojos y vi cómo se quitaba el chándal y el calzoncillo con la mirada fija en la

mía. Y la imagen de su verga palpitante mientras me admiraba me hizo salivar

Como si supiera los pensamientos indecentes que me atormentaban al verlo, me dedicó una sonrisa deliciosa y caminó hacia mí mientras sus manos jugaban con su verga en un movimiento delicioso, ofreciéndome un espectáculo privado.

Le hice espacio para que se tumbara a mi lado, luego me atrajo hacia él y puso su mano en mi nuca, haciéndome mirarlo. Luego apoyó su frente contra la mía y mantuvo sus ojos fijos en los míos, mientras sentía su mano libre deslizarse por mi cuerpo.

—¿Te gusta que yo tenga el control, verdad? —preguntó en un susurro sensual, mientras un gemido se escapaba de mis labios. Continuó provocándome, moviendo sus dedos hacia mi concha. —Quiero oírte hablar.

—Sí, Rafael, me gusta mu... —mi voz se apagó.

Cerré los ojos y un profundo gemido estalló en el momento en que sus dedos tocaron mi clítoris. Y para volverme loca, comenzó a introducir sus dedos con la presión justa en mi concha.

—Me encanta cómo te entregas por completo a mí —gruñó mientras sus movimientos se volvían aún más precisos en mi clítoris.

Puse mi mano sobre su verga y comencé a acariciarlo mientras sus dedos me acercaban al límite. Su boca encontró la mía, y lo besé con un deseo abrumador, su lengua me invadió con tanta intensidad que sentí que el clímax me invadía por completo.

Desesperada por sentirlo, me acomodé encima de él y abrí las piernas, apoyando el pie en el colchón, y guié su verga hacia mi concha.

La mano de Rafael subió, apretándose alrededor de mi cintura, manteniéndome fija en él mientras me penetraba lentamente.

—Así… necesito más —gemí desesperada, con la mirada fija en él.

Empecé a controlar el movimiento, pero no por mucho tiempo. La mano de Rafael dejó mi cintura, luego entrelazó nuestras manos y las acercó a mis senos, manteniéndonos firmes allí mientras aumentaba sus movimientos dentro de mí, profundos y fuertes, tocando ese punto que me dejaba a su merced.

Amaba esa conexión, esa intensidad y entrega. Era capaz de hacerme desmoronarme tan deliciosamente, como nadie más lo había hecho.

No tenía ni idea de cuánto duró el momento, pero después de llevarme al límite una vez más, cambió mi posición, colocando su cuerpo sobre el mío. Dejando mis piernas apoyadas en sus hombros, me invadió intensamente.

Permanecimos en esa entrega, gimiendo y gruñendo con cada embestida profunda, sin apartar la mirada el uno del otro.

Al darse cuenta de que estaba a punto de alcanzar otro orgasmo, Rafael se inclinó un poco más cerca, presionando su frente contra la mía sin apartar sus ojos de los míos. Entonces me penetró con embestidas rápidas, provocando que el orgasmo nos invadiera a ambos. Sentí cómo me inundaba con su placer mientras compartíamos un gemido intenso y entregado.

—¡Dios! ¡Cuánto. Te. Amo! —gruñó lentamente, con la respiración entrecortada.

El momento había sido tan intenso, tan poderoso, que pensé que me quedaría dormida allí mismo. Me hizo espacio para bajar las piernas y rodear su cintura con ellas, mientras él se inclinaba para darme un beso rápido. Luego se apartó para mirarme.

Esa entrega, la mirada y el momento me trajeron un alivio inexplicable. Supe en ese instante que sí, que estaríamos bien pase lo que pasara. Nunca había tenido tantas ganas de luchar por alguien, y sabía que él sentía lo mismo.

Todos estos factores me dieron aún más tranquilidad, porque lo más importante que teníamos: el deseo de que funcionara.



CAPÍTULO 50

—Princesa —escuché vagamente esa voz encantadora llamarme, y luego sentí la mano de Rafael moviéndome suavemente, intentando despertarme.

Abrí los ojos despacio, pero la luz solar que invadía el cuarto me hizo cerrarlos de nuevo.

—Princesa, ¿estás bien? —la voz de Rafael me hizo abrir los ojos una vez más.

Llevé las manos al rostro y lo froté antes de sentarme en la cama, sintiendo a Rafael retirar sus manos de mí y simplemente observarme.

Desvié la mirada hacia el mueble al lado de la cama, constatando en el reloj que eran casi la una de la tarde.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —pregunté entre un bostezo —. La degustación será a las 6.

—Estoy preocupado por ti. No fuiste a trabajar ayer porque estabas cansada, te acostaste temprano y sigues durmiendo hasta

ahora. ¿Estás bien? —preguntó, y se acercó un poco más, llevando la mano a mi rostro para observarme de cerca.

Su actitud hizo que una sonrisa escapara de mis labios. Rafael era un hombre en toda la extensión de la palabra, tenía que admitirlo. Me cuidaba de una forma que nunca pensé que alguien fuera capaz. Su preocupación constante todo el tiempo me dejaba completamente embobada.

Así era desde que empezamos a salir, pero en los últimos tres meses, después de todo el alboroto, su cuidado parecía aún mayor.

Aunque sabíamos que Patricia y Marco habían sido arrestados y no saldrían de allí pronto, él comenzó a valorar aún más mi seguridad.

Así que, cada vez que necesitaba salir a algún lugar, sentía que uno de sus guardias me acompañaba, y no servía de nada discutir, al fin y al cabo, eso no era negociable.

Pero no me molestaba, solo demostraba cuánto se preocupaba por mí.

Pensé que sería tranquilo, pero conciliar la organización de la boda con los planes para anunciar que mi padre y yo trabajaríamos juntos en la empresa... definitivamente no lo fue.

Después de todo lo que pasó, estaba decidida a hablar con mi padre sobre cambiar la empresa que se encargaría del marketing de todo, pero Rafael lo negó de inmediato. Dijo que ya no era necesario.

Al principio, no lo entendí. Hasta que me contó sobre la conversación que tuvo con Alexandre, y no podía estar más feliz, porque sentía que los dos tenían un vínculo fuera de lo común.

Lo noté cada vez que intenté unirlos. Ya fuera organizando reuniones para discutir los pasos aquí en casa, o llevando a Rafael a la empresa. Aunque al principio se mostraban incómodos, el tiempo estaba haciendo su trabajo y sanando las diferencias entre ellos.

Fue algo bueno que ocurrió en estos tres meses, en los que la campaña de marketing fue un éxito y ya tenía una cartera de clientes solicitando mis proyectos.

Eso era emocionante, pero decidí que comenzaría solo después de la boda. Al fin y al cabo, con tan poco tiempo, necesitaba concentrarme en el casamiento.

La organización de cada detalle, como la casa donde viviríamos y toda la decoración que debía ser impecable.

Y tengo que decirlo: me sentía muy agradecida por tener a Vivian y a mi madre para ayudarme, porque sin ellas estaba segura de que estaría completamente perdida.

—Tienes que decirme si está siendo demasiado para ti —su voz me trajo de vuelta a la realidad. Volví a sonreír al encontrar sus ojos llenos de preocupación, solo esperando que le respondiera.

Llevé mi mano sobre la suya en mi rostro y la acaricié por un momento.

—Estoy bien, mi amor —respondí, dándole un poco de tranquilidad—. Creo que solo estoy ansiosa por la boda, ansiosa por ver todo en su debido lugar.

—¿Almorzaste? —preguntó, y yo simplemente negué con la cabeza. —Ve a darte una ducha entonces, yo voy a prepararte algo —dijo Rafael con tono autoritario.

Lo miré por un momento, sabiendo que sería una pérdida de tiempo discutir con él.

—Está bien, pero haz algo ligero, de lo contrario no voy a poder participar en la degustación —dije con una pequeña sonrisa y me levanté.

—Creo que deberíamos reprogramarla —dijo Rafael, y se levantó justo detrás de mí. Luego se detuvo frente a mí. —De ninguna manera, ya la reprogramamos la semana pasada. Así que basta de cambiar la fecha, estoy bien.

—Está bien, princesa —se acercó y se inclinó para dejar un beso en mis labios—. Ve a la ducha, y te esperaré en la cocina. Y sí, haré algo ligero.



—Me gusta mucho este estilo de decoración —dije, señalando una de las fotos sobre la mesa. Luego, desvié la mirada hacia mi madre, doña Sonia y Rafael—. ¿Qué opinan?

—Me gusta mucho —dijo mi madre con una sonrisa en el rostro.

—Simplemente perfecto —respondió doña Sonia poco tiempo después.

Rafael tomó la foto para observarla mejor.

—Al aire libre, una decoración más natural y acogedora. Me gusta eso... —dijo, y desvió la mirada hacia mí—. Como dijo mi madre, perfecto.

—Entonces, vamos a elegir este —dije, y miré a Bárbara, una de las propietarias del buffet elegido, que nos estaba acompañando personalmente.

Ella extendió la mano y Rafael le entregó la foto.

—Es una excelente elección, Bianca. Particularmente, creo que es una de las más bellas.

—Sí, me encantó.

—Entonces, tenemos aquí otro punto decidido... —Bárbara sonrió dulcemente—. ¿Comenzamos con la degustación?

—Claro, vamos.

—Por favor, acompáñenme —pidió, y se giró al minuto siguiente.

Nos levantamos y seguimos a Bárbara, hasta entrar en una sala donde dos chicas con delantal y gorro acababan de colocar algunas bandejas sobre la mesa del lado izquierdo.

Nos dirigimos hacia una mesa puesta en el centro. Rafael me acercó una silla para que me sentara y se acomodó en la silla a mi lado. Mi madre y doña Sonia se sentaron frente a nosotros.

—Siéntanse cómodos. Comenzaremos a servirles poco a poco cada uno de los platos que seleccionaron anteriormente. Así que solo necesito que me vayan diciendo qué está aprobado para el gran día y qué no, ¿de acuerdo? —preguntó Bárbara, con amabilidad.

—Está bien, muchas gracias —sonrió antes de desviar la atención hacia la tableta, donde haría todas las anotaciones necesarias.

Comenzaron sirviéndonos algunos aperitivos, como salami, quesos, salchichitas, una mermelada de piña con tostadas simplemente divinas.

Y tenía que admitir que solo me di cuenta de cuánto hambre tenía cuando empecé a comer. Estaba teniendo que controlarme, y claro, aprobando todas las opciones posibles.

No tardaron en traernos algunas piezas de comida japonesa. Rafael y yo, como buenos amantes, no podíamos dejar de pedir.

Fui directo al gunkan, pero tuve una sorpresa no muy agradable cuando llevé la pieza a la boca. Mi estómago se revolvió y tuve que hacer un esfuerzo enorme para no vomitar.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas al obligarme a tragar esa pieza.

—¿Qué pasa, princesa? —preguntó Rafael, al mismo tiempo que me entregaba un vaso de agua.

Tomé el vaso y bebí, para entonces mirarlo.

—Creo que no me cayó muy bien —respondí, y tomé una servilleta para limpiar las lágrimas que invadían mi mirada.

—Pero tú amas el gunkan —dijo, y llevó los palillos hacia una pieza de gunkan. La tomó y la llevó a la boca.

—Voy a probar otra cosa —dije, mientras Rafael comía.

Entonces llevé los palillos hacia el sashimi y lo llevé a la boca, pero la sensación fue aún peor. Tuve que salir de la mesa, y Rafael me acompañó.

Bárbara nos indicó dónde estaba el baño y nos dejó tranquilos.

Sin poder contenerme, lo vomité todo, mientras Rafael sostenía mi cabello.

—Debiste decirme que no te sentías bien, mi amor —dijo Rafael mientras acariciaba mi espalda.

Y, Dios mío, aquello era tan embarazoso.

—Te encuentro en unos minutos, por favor, solo...

—De ninguna manera, no voy a dejarte aquí —sonrió—. En la alegría y en la tristeza, ¿recuerdas?

—Ay, Dios mío, aún no nos hemos casado —dije mientras pasaba la mano por la boca, intentando limpiarla.

—¿Será que fue la mezcla de frutas?

—Creo que sí —respondí, y me levanté.

—Rafael, querido... —la voz de mi madre resonó en el ambiente, atrayendo nuestra atención—. Voy a cuidar de Bianca ahora, ¿puedes continuar con la degustación?

Rafael miró a mi madre, luego sus ojos se dirigieron a mí.

—Solo ve, necesitamos seguir —dije, y él asintió.

—Voy a pedir que lo pospongan.

—Nada de eso, vamos a terminarlo hoy. Me gusta todo lo que fue preseleccionado.

—Bianca tiene razón... en unos minutos volvemos y yo les ayudaré a decidir —dijo mi madre, y él asintió.

—Está bien —respondió Rafael, y después de medir mi rostro con la mirada, dejó un beso en mi frente y se dirigió hacia la salida.

—¿Te sientes mejor después de vomitar? —preguntó mi madre, y yo hice una mueca.

—Más o menos.

Mi madre abrió la bolsa y sacó dos cajas, luego me las entregó.

—¿Qué es esto?

Las tomé y sentí que el corazón me daba un salto al leer el nombre: prueba de embarazo. Mis ojos se dirigieron con urgencia hacia mi madre.

—Creo que fue la mezcla de todo lo que comí... No creo que...

—Lo sospecho desde el mes pasado, por eso las compré —dijo, con seriedad.

—Pero sería imposible, yo... yo tomo pastillas —dije, mientras esa posibilidad caía sobre mí.

—¿No fallaste ni un solo día con la pastilla? —arqueó las cejas.

—Soy muy puntual con la pastilla, yo no... —mi voz se quebró y mis ojos se fijaron en los de mi madre—. Cuando fui dopada, hace tres meses. Oh, ¿eso sería posible? Fue solo un día y... —dejé esas palabras en el aire.

—Solo hazlo, vamos a salir de dudas —sonrió, y luego salió del baño—. Te espero aquí afuera.

Asentí con la cabeza y cerré la puerta. Luego me senté sobre la tapa del inodoro mientras pensaba en esa posibilidad.

Pasaron algunos minutos hasta que reuní el valor para hacer las pruebas. Después de orinar y colocar una pequeña muestra en cada una, solo me quedaba esperar.

Fueron los cinco minutos más angustiantes que había tenido en mucho tiempo. La ansiedad y la incertidumbre estaban sobre mí.

Miré una vez.

Miré otra.

Hasta que, casi al mismo tiempo, las pruebas mostraron un resultado que, definitivamente, no esperaba.

¡Dos líneas, Dios! Aparecieron dos líneas en ambas pruebas, aquello era incontestable.

Con los ojos abiertos de par en par, abrí la puerta del baño y mi mirada se encontró con la de mi madre, que seguía en el mismo lugar.

Le mostré la prueba, y ella sonrió al instante.

—¿Y ahora, mamá? —pregunté, sin rumbo.

—Bueno... —su sonrisa se amplió—. Parece que ahora debes hacerte un análisis de sangre para confirmar, y pensar en cómo le contarás esto a Rafael.

Al escucharla, solo fui capaz de asentir. No sabía con certeza lo que estaba sintiendo. El hecho de que no fuera algo planeado me dejó en shock, pero, al mismo tiempo, pensar que tenía una vida creciendo dentro de mí me hizo llevar la mano al vientre en un movimiento involuntario.

Aquello era la prueba más hermosa del amor incondicional que había entre Rafael y yo.



CAPÍTULO 51

Casarme.

Yo estaba a punto de casarme.

¿Y cómo me sentía? Ansiosa, nerviosa y feliz. ¡Muy feliz!

Nunca imaginé que las cosas pudieran suceder así para mí. Mi vida cambió de la noche a la mañana. Gané un padre, una familia y un amor.

Un amor para toda la vida.

Y más que eso, había una vida dentro de mí.

Sí, realmente estaba embarazada, y durante un tiempo pensé en cómo le daría esa hermosa noticia a Rafael.

Porque sí, él aún no lo sabía.

Guardaba ese secreto bajo siete llaves, desde que descubrí, hace un mes, que seríamos padres.

Fue difícil guardar el secreto ante la constante preocupación de Rafael por mí. En algunos momentos quise contárselo, de hecho,

estuve muy cerca de hacerlo. Pero quería que fuera especial, y en mi cabeza no había momento más especial que este.

Solté un suspiro profundo, intentando calmarme, y caminé hacia el espejo para mirarme una vez más.

Había optado por dejar el cabello suelto, sujeto solo en los laterales, con rizos en las puntas y una tiara de perlas.

Un maquillaje clásico, con un delineado perfecto y labial en tono marsala. El vestido estilo princesa, con los hombros descubiertos y completamente bordado en encaje.

Estaba hermosa, realmente parecía una princesa.

Sonreí al pensar en la forma tan amorosa en que Rafael siempre me llamaba, y simplemente la amaba.

Y en ese momento, mi sonrisa era aún mayor, por sentirme perfectamente como una princesa.

—Estás preciosa —la maquilladora llamó mi atención hacia ella.

La miré a través del espejo, encontrándola con una sonrisa amigable. Le devolví la sonrisa antes de mirarme una vez más en el espejo.

—Eh, hija, ¿todo bien? Rafael va a tener un infarto en cualquier momento —la voz de mi padre se extendió por el ambiente, haciéndome sonreír. Miré hacia la puerta y lo encontré con una sonrisa en el rostro, una mirada llena de orgullo y emoción. —Estás tan hermosa... como Rafael siempre dice, una princesa —completó, y sentí mis mejillas arder de vergüenza.

—Gracias, papá —respondí, mientras él extendía la mano hacia mí. Entrelazamos nuestros brazos y juntos comenzamos a caminar hacia el lugar donde todos nos esperaban.

Todo estaba muy hermoso, exactamente como lo habíamos planeado.

Habíamos alquilado un hotel junto al mar, con una playa privada. La ceremonia se celebraría en el jardín del hotel, con una vista privilegiada de la playa y el mar.

El arco de flores estaba frente al mar, el atardecer empezaba a teñir el cielo en ese preciso instante. La alfombra de tono beige claro marcaba el camino, los arreglos de flores blancas y las sillas cómodas para los invitados.

Todo estaba demasiado perfecto.

Me detuve en el momento en que la música comenzó a sonar. Solté un suspiro profundo, intentando prepararme para el momento.

—¿Todo bien, querida? —preguntó mi padre, haciéndome esbozar una pequeña sonrisa.

—Sí... Vamos —respondí, y volví a caminar, comenzando a avanzar por la alfombra.

Rafael estaba junto al oficiante, simplemente esperando, con una mirada... Ah, esa mirada que me provocaba mariposas en el estómago.

Y con cada paso, más nerviosa me sentía por el momento que estaba a punto de suceder.

La emoción parecía crecer cada vez más, las ganas de llorar y el corazón desacompasado. Todo parecía intensificarse con cada paso hacia Rafael.

Intentando controlarme, miré brevemente a los invitados, viendo allí rostros conocidos, de personas que amaba. Familiares lejanos, personas que trabajaban en la empresa de mi padre, personas importantes para mí.

Miré hacia donde estaban las madrinas y los padrinos. Allí vi los rostros que tanto me apoyaron.

Mi amiga Vivian, Caio y su esposa, Rodolfo y Alexandre con sus acompañantes. Y para sorpresa de todos, Alexandre fue invitado

personalmente por Rafael para formar parte de este momento con nosotros.

Les dediqué una breve sonrisa antes de volver mi atención hacia mi hombre. Que no estaba diferente de mí. Lo conocía bien como para saber que se estaba conteniendo, tanto como yo.

Le sonreí, y él me devolvió la sonrisa de inmediato, caminando hacia mí y hacia mi padre, haciéndome dar cuenta de que aquello no era un sueño.

Me estaba casando. Casándome con el hombre de mi vida.

Rafael se detuvo unos pasos adelante y esperó a que llegáramos hasta él. Luego desvió la atención de mí hacia mi padre por un momento, y lo atrajo hacia un abrazo.

—Gracias, Carlos, gracias por todo.

—Solo quiero que sean felices —dijo mi padre, alejándose, y después de devolverle la sonrisa a Rafael, se giró hacia mí.

—Lo seremos —respondí con una pequeña sonrisa, mientras él se inclinaba y dejaba un beso en mi frente. Luego nos observó a los dos y se retiró.

—Estás preciosa, mi princesa —susurró Rafael para que solo yo pudiera escucharlo. Con esa mirada que me dejaba sin aliento desde la primera vez que lo vi.

Sonreí, mientras tomaba mi mano y me guiaba hacia el oficiante. Quien nos sonrió antes de comenzar la ceremonia.

Y durante todo el tiempo, el oficiante dijo palabras hermosas para nosotros, explicándonos el significado del amor y del matrimonio. Cómo debíamos entregarnos el uno al otro por completo. Dándonos la bendición de Dios para que la unión fuera eterna.

Fueron palabras hermosas y conmovedoras, que hicieron el momento aún más especial.

Al final, el oficiante nos indicó que intercambiáramos los votos y las alianzas.

Rafael comenzó, y me sentí muy agradecida por ello.

—Princesa, aquí y ahora estamos cumpliendo el sueño tan esperado. Y, Dios, cómo ansiaba este momento —suspiró nervioso, arrancando algunas risas de los invitados y de mí—. Porque sí, si tú hubieras dicho que sí, me habría casado contigo la misma noche en que te pedí matrimonio. Pero tú quisiste hacer las cosas bien, y lo entiendo. Porque todo está tan hermoso, tan perfecto, que será imposible no suspirar cada vez que recuerde el día de nuestra boda. —Su voz se quebró, haciéndome esbozar una pequeña sonrisa, mientras luchaba para que las lágrimas no cayeran—. Tú, mi princesa, viniste a cambiar completamente mi vida, a darme un motivo para querer ser mejor cada día. Eres la mujer de mi vida.

Entonces tomó mi mano y comenzó a colocar la alianza.

—A partir de hoy, puedo decir que tú, mi princesa, mi amor, eres permanentemente mía. Y deseo que juntos podamos construir una hermosa familia, mi amor. No veo la hora de que esto pase.

Terminó de colocar la alianza y llevó mi mano hacia su boca. Luego cerró los ojos por un momento y dejó un beso prolongado allí. Entonces sus ojos se encontraron con los míos nuevamente.

—Te amo más que a mí mismo —completó.

Me estremecí ante tanta intensidad. Tenía la certeza de que jamás me acostumbraría a ella. Pero simplemente la amaba, la amaba demasiado.

Tomé la alianza y me preparé para decir mis votos.

—Mi amor, me gustaría comenzar agradeciéndote por ser ese hombre increíble que siempre está atento y preocupado por mi bienestar, por ser ese hombre que me pone en primer lugar, por encima de todo —dije con la voz temblorosa, mientras él asentía como si estuviera de acuerdo y me respondía siempre en un susurro —. Llegaste en el momento más difícil de mi vida y me ayudaste a

soportarlo todo. No sé qué habría hecho sin ti —dije con una pequeña sonrisa, haciéndolo sonreír también.

Tomé su mano y coloqué la alianza antes de dar el siguiente paso. Sabía que sería imposible dejarlo para después.

—Y, bueno, hay algo que me gustaría compartir contigo y con todos los aquí presentes —dije, manteniendo mis ojos fijos en los suyos. En ese momento, mi corazón comenzó a latir aún más fuerte. Estaba muy ansiosa por confirmar si su reacción sería aquella que había imaginado tantas veces—. Desde el mes pasado he guardado este secreto para contártelo solo hoy, mi amor —hice una pausa, con los ojos llenos de lágrimas, intentando controlar la voz temblorosa.

Rafael prestaba atención a cada detalle.

—Pensé que las cosas serían como siempre, pero, como somos una pareja nada tradicional, tengo algo que contarte —me detuve y solté un suspiro, mientras las lágrimas invadían mi rostro sin permiso. Rafael llevó la mano a mi rostro y comenzó a secar cada una de mis lágrimas suavemente con el pulgar.

—Ya no somos solo tú y yo. La familia que sueñas que formemos... nuestra familia ya está creciendo, porque dentro de mí existen dos corazones. Dos corazones que te aman, papá.

Rafael fue tomado por la sorpresa en el momento en que esas palabras salieron de mi boca.

Sus ojos se llenaron de lágrimas a una velocidad surrealista. Hizo el intento de abrir la boca dos veces antes de finalmente lograr decir algo.

—¿Tú... tú estás hablando en serio? —preguntó con la voz temblorosa, mientras al fondo se escuchaban algunos silbidos y aplausos.

Asentí, observando cómo las lágrimas inundaban por completo su rostro.

En un instante, Rafael cayó de rodillas a mis pies, llorando como un niño. Entonces me atrajo hacia él y comenzó a besar mi vientre.

Había personas por todas partes, pero el momento era nuestro, solo nuestro. Por un instante, olvidé todo lo demás. Por un instante, me concentré en que solo éramos nosotros dos allí.

—Te amo —susurré con la voz entrecortada, mientras lo animaba a levantarse.

Él besó mi vientre una vez más y se puso de pie, atrayéndome en un movimiento rápido.

Rafael me abrazó con fuerza y luego se apartó un poco, llevando sus labios hasta los míos, sin importarle quién estuviera allí.

Me besó durante un largo minuto, un beso lleno de pasión y amor. Luego se apartó, mirando hacia los invitados.

—¿Lo escucharon? ¡Voy a ser papá! —dijo, haciendo que algunas personas rieran. Y los silbidos volvieron con fuerza. Nuestros padrinos y madrinas eran los principales culpables de todo el alboroto.

Recorrí el ambiente con la mirada, buscando a mi madre y a mi padre, que hasta ese momento no sabían la noticia.

Los encontré sentados. Mi madre estaba visiblemente emocionada, mi padre lloraba como un niño, igual que Rafael.

Les sonreí, y ellos me devolvieron la sonrisa de inmediato. Mi padre susurró entre los labios:

—Te amo, hija.

—Yo también te amo —balbuceé, antes de volver mi atención hacia Rafael, que seguía el gesto con una sonrisa en el rostro.

Rafael me atrajo hacia él una vez más. Sus labios tocaron los míos suavemente, luego se apartó para mirarme.

Esa mirada me hizo derretirme aún más. La mirada de un hombre completamente enamorado... y algo más. Algo que era bueno, pero que me sentía incapaz de descifrar.

—Gracias, mi princesa, por hacer este momento aún más especial. Gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo.



CAPÍTULO 52

Voy a ser papá. De verdad.

Todo aún parecía un sueño, todavía no lo había asimilado, pero nada podría hacerme más feliz.

Casarme con la mujer de mi vida y comenzar nuestra tan soñada familia.

—Te amo —susurré una vez más mientras la guiaba en un baile lento, solo nuestro. Bianca sonrió dulcemente, haciendo que el corazón me latiera con fuerza.

Al notar que la música llegaba a su fin, deslicé mis manos por su cintura y la atraje con más fuerza, haciéndola soltar un pequeño gritito al mismo tiempo que su sonrisa se ampliaba.

Entonces la incliné conmigo, mientras miraba dentro de sus ojos.

Varios flashes se hicieron presentes, mientras me acercaba a sus labios, dejando allí un beso delicioso... y una buena foto para el fotógrafo.

Terminé el beso y, lentamente, me aparté, encontrando sus hermosos ojos fijos en mí. Sonreí y la atraje, dejándola nuevamente recta frente a mí.

Comenzó otra canción suave, pero no la llevé a bailar. Solo apreté mis manos alrededor de su cintura y la atraje hacia mí.

—¿Cuánto tiempo, mi amor? —pregunté, llevando una de mis manos a su vientre.

—Casi dieciséis semanas —respondió, haciendo que mi corazón palpitara.

¿Casi dieciséis semanas? Eso significa que...

—¿Casi cuatro meses? —Miré su vientre y fruncí el ceño.

Sí había notado que había ganado un poco de peso el último mes, pero era tan poco que era difícil creer que estuviera embarazada de tanto tiempo.

—Mi doctora dijo que puede pasar, es probable que mi vientre comience a crecer de ahora en adelante —explicó, dejándome aliviado.

—¿Y ya sabes el sexo del bebé? —pregunté con los ojos fijos en los suyos. Mi ansiedad, sin duda, era muy evidente, porque mi princesa soltó una risita antes de negar con la cabeza.

—Lo dejé para que lo descubramos juntos —respondió, haciendo que una sonrisa tonta se formara en mis labios—. Cuando volvamos del viaje.

Ah, amaba a esta mujer. ¡La amaba demasiado!

Tenía muchas ganas de saber el sexo del bebé, pero me encantaba la idea de que lo descubriéramos juntos.

—Entonces, al final, el viaje de solo cuatro días no era por el proyecto que estás haciendo —concluí, y ella asintió.

—Gracias, mi princesa —dije con la mirada inundada de gratitud. Y estaba a punto de tomar a esta mujer y abrazarla con

fuerza, cuando una mayor agitación se hizo presente.

—¡Miren a estos dos! —la voz de Vivian invadió el ambiente, haciéndonos voltear hacia ella—. Te digo, ¿eh? Si para mí fue muy difícil guardar este secreto el último mes, no quiero ni pensar cómo fue para Bianca.

La miré brevemente, y ella hizo una mueca que mostró perfectamente lo difícil que fue.

—Aprovechen para dormir bastante, porque en unos meses será algo complicado —dijo Rodolfo, atrayendo nuestra atención.

—Eso es cierto —Alexandre coincidió, acercándose a nosotros —. Felicidades a los futuros papás.

Sonreí a Alexandre y acepté cuando me dio un abrazo de lado. La verdad era que finalmente me sentía bien con su presencia. Conversamos un poco más sobre todo y pude, por fin, comprenderlo todo.

No prometí que seríamos como antes, pero sugerí que dejáramos que las cosas se acomodaran. Y desde entonces, todo iba sorprendentemente bien entre nosotros.

—Todo valdrá la pena —dije, y desvié la atención hacia Bianca, que tenía una sonrisa sexy y deliciosa en el rostro.

Los fotógrafos aprovecharon, nos acercamos a nuestros padrinos y el momento nos regaló buenas fotos.

Y con una sonrisa en el rostro, todos fuimos hacia el área reservada para las fotos y comenzamos a tomar algunas más para guardar el momento.

Después de eso, los cuatro fueron a disfrutar un poco de la fiesta, y nosotros comenzamos a seguir las instrucciones del equipo para tomarnos fotos con todas las personas que eran importantes para nosotros.

Así recibimos las felicitaciones de mi socio y su esposa, de mis padres, los padres de Bianca, algunos amigos íntimos y familiares

que estaban celebrando el momento con nosotros.

Todos estaban muy felices con la noticia, especialmente Carlos.

Después de muchas fotos y saludos, fuimos a la pista de baile a disfrutar un poco con nuestros amigos. No tenía idea de cuánto tiempo permanecimos disfrutando de esa noche, pero debía admitir que estaba loco por dejar a todos allí y poder disfrutar un poco más de la compañía de mi esposa esa noche, antes de nuestro viaje de luna de miel.

Tomé su mano y la llevé hacia un lado de la pista de baile donde pudiéramos tener un poco más de privacidad, mirándola con la sonrisa que solo ella conocía.

Entonces la atraje por la cintura hacia mí, haciéndola suspirar y morderse el labio inferior.

—¿Qué te parece si cerramos esta etapa aquí y continuamos en nuestra suite?

—¿Ahora? —preguntó, mientras la apretaba un poco más contra mí. Ella sonrió con el gesto, mostrándome que solo estaba jugando un poco conmigo.

—Ah, princesa, te necesito tanto. Necesito tanto un momento solo nuestro —supliqué en voz baja.

—Lo necesito tanto como tú, así que creo que en este momento, eso sería perfecto —dijo, haciéndome esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Estás lista para esto? —pregunté sin apartar los ojos de ella.

—¿Para qué, mi amor? —soltó, con una voz que denotaba ternura.

—¿Para una vida entera a mi lado, siendo permanentemente mía?

—Sí, estoy lista para eso —llevó la mano a mi corbata y me atrajo hacia ella, dejando un beso delicioso en mis labios. Luego se apartó, dejándome sin aliento.

—¿Y tú? ¿Estás listo para ser permanentemente mío?

—Siempre lo estuve —respondí, haciéndola suspirar.

Entonces, en un movimiento rápido, la tomé en brazos, dispuesto a hacer aquello que tanto anhelaba: Llevarla de allí lo más rápido posible.

Podía decir que estábamos listos para comenzar nuestra familia y vivir nuestro felices para siempre.

Sí, después de todo, puedo decir que nuestra relación está consolidada. Y no había nada que pudiera suceder que me hiciera separarme de esta mujer.

Durante este año y médio desde que nos conocimos, aprendimos a confiar el uno en el otro y nos volvimos totalmente dependientes.

Sí, sabía que no era lo ideal volverse dependiente de una persona. Pero, aun así, me sentía feliz de decir que necesitaba a esta mujer conmigo, así como necesitaba el aire para respirar.

Soy incapaz de vivir sin ella.

Y estaba extremadamente feliz de saber que ese sentimiento era recíproco.

Y nosotros tendríamos el resto de nuestras vidas para demostrar, de todas las formas posibles, cuánto nos amamos y cómo solo necesitamos el uno al otro para ser felices.

Porque sí, esa promesa, en este momento, estaba siendo finalmente sellada.

Soy permanentemente suyo, así como ella es mía.



EPÍLOGO

TRES AÑOS DESPUÉS

Ella tenía la sonrisa más bonita y sexy de todo el universo. Era lo que venía a mi mente cada vez que la veía sonreír.

Mi morena, mi princesa. ¿Cómo podría no amar a esta mujer?

Bianca estaba en el jardín, jugando con nuestra hermosa niña.

Tenía una sonrisa tonta y feliz en el rostro, y yo simplemente la observaba, mientras corría detrás de Melissa, la tomaba en brazos y luego la alzaba en el aire, haciéndola reír a carcajadas.

Esa escena me hizo darme cuenta de una sola cosa: Yo era el hombre más afortunado del mundo.

Desvié brevemente la atención hacia el portátil en el que había estado trabajando la última hora y lo apagué. Luego me levanté y fui hacia las mujeres de mi vida.

—Hm... ¿terminaste el trabajo? —preguntó Bianca cuando sus ojos se posaron en mí. Negué con la cabeza.

—No puedo concentrarme cuando ustedes parecen divertirse tanto —dije, y Bianca me regaló otra de esas sonrisas que me dejaban sin aliento.

—Estoy intentando cansarla para poder enviar el proyecto de los Bellucci —dijo, desviando la atención hacia Melissa—. ¿Verdad, mi amor? Pero tú lo estás poniendo difícil para mamá.

Melissa sonrió cuando Bianca volvió a lanzarla hacia arriba.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté, extendiendo la mano hacia nuestra hija, que de inmediato se inclinó hacia mí.

Bianca dejó que ella viniera hacia mí, y comencé a morderle el cuellito, haciéndola reír a carcajadas.

—No, papá —dijo Melissa entre risas. Me aparté para volver a mirar a Bianca.

—Parecías concentrado, no quería interrumpirte.

—Ustedes nunca me interrumpen, mi amor —dije, y enseguida tuve que volver a prestarle atención a Melissa. La puse en el suelo. —Corre que papá va a atraparte.

Melissa soltó una carcajada y salió corriendo. Mi mirada fue brevemente hacia Bianca.

—Voy a enviar el proyecto y darme una ducha mientras estás con ella.

Asentí, antes de ir al encuentro de mi niña para jugar un poco. Y así lo hice durante unos treinta minutos, hasta notar que ya estaba cansada.

La llevé adentro y le di un baño. Luego la llevé a la cuna y le preparé su biberón. No tardó mucho en dormirse, así que encendí el monitor de bebé y el monitor de llanto. Después cerré la puerta del cuarto y me dirigí a nuestro cuarto.

El portátil de Bianca estaba sobre el escritorio. Me acerqué y observé de cerca el proyecto en el que trabajaba. Tenía ese toque

especial de siempre.

Sentía un orgullo inmenso por esta mujer, por cómo lograba manejarlo todo, incluso con Melissa, y aún así se estaba convirtiendo en una arquitecta muy solicitada. La gente competía por tener un proyecto con ella. Era increíble.

Mi atención fue captada por el sonido del agua al abrirse en el baño, y lo único que vino a mi mente fue su cuerpo delicioso, mientras el agua caía sobre él.

Con eso en mente, verifiqué que el monitor de bebé estuviera funcionando sobre el mueble al lado de la cama, y luego me quité la ropa.

Me dirigí al baño y entré, atrayendo la mirada de Bianca hacia mí.

—¿Dónde está nuestra princesita? —susurró.

—Después de tomar su biberón, se durmió —dije, con la voz ronca, mientras me acercaba a ella—. No te preocupes, le di su baño antes... y el monitor está activo.

Cuando me uní a ella, Bianca tomó el frasco de jabón líquido y lo vertió en su mano, sin romper el contacto visual conmigo.

—¿Qué vas a hacer, mi amor? —pregunté con la voz ronca y llena de deseo, conteniéndome mucho para esperar su respuesta. Necesitaba escucharla.

En un instante, su mano se deslizó lentamente por mi pecho, provocando un pequeño gemido.

—Te ayudaré con eso —respondió, provocándome, deslizando su mano suavemente hacia mi verga—. A bañarse, ya sabes...

—Ah, princesa —gruñí.

Bianca me agarró la verga por la base y la acarició un momento.

Estaba a punto de arrodillarse frente a mí cuando extendí la mano hacia ella y la bloqueé. Bianca me miró inquisitivamente y le dediqué una pequeña sonrisa.

—¿No quieres? —preguntó con picardía, enviando una descarga eléctrica por mi cuerpo.

—Me encanta esa deliciosa boquita en mi verga, pero necesito sacarte de este baño cuanto antes —sonrió al oírme.

Agarré el frasco de jabón líquido y vertí un poco en mi mano sin romper el contacto visual con ella.

Llevé mis manos a sus pechos y los enjaboné lentamente, aplicando una suave presión. Bianca gemía con cada roce, lo que me hacía desear cada vez más estar dentro de ella.

Lentamente, mis manos descendieron, explorando cada parte de su delicioso cuerpo, mientras analizaba cuidadosamente cada reacción hacia mí. Y, al igual que yo, ella reaccionaba de la misma manera a cada caricia, a cada estimulación. Esto me volvía aún más loco.

Saber que nada había cambiado, saber que se derretía por completo por mí cada vez, con cada avance, era increíblemente excitante.

Y me encantaba.

Llevé mis dedos a su concha y me estremecí al darme cuenta de lo mojada que estaba mi mujer por mí. No pude resistirme a estimularla con precisión, hasta que sentí cómo se deshacía entre mis dedos con un gemido sensual y delicioso.

Y, carajo, la necesitaba tanto que me consumía.

Sin poder esperar más, abrí la ducha y la cerré. La sequé brevemente e hice lo mismo, mirándome con esa picardía que tanto me gustaba.

Sin poder resistirme, la apreté contra la pared del baño y levanté sus manos sobre la cabeza, sujetándolas, mientras me

regalaba una sonrisa que delataba a la perfección cuánto disfrutaba viéndome perder el control.

Tomé su boca con necesidad y deseo, mostrándole exactamente lo que me estaba haciendo, lo desesperado que estaba por estar dentro de ella.

Dejé sus labios y bajé a mordisquear su cuello, sintiendo su escalofrío con cada roce.

Con un movimiento rápido, la levanté y la llevé a la cama. La arrojé sobre el colchón suave y en un instante, estaba encima de ella. Besando sus labios, dejé un húmedo rastro de besos hasta llegar a sus senos, succionándolos, lamiendo cada uno de sus deliciosos senos mientras exploraba su cuerpo con mi mano libre.

Al oír los embriagadores gemidos escapar de su boca, supe que era imposible demorarme; necesitaba urgentemente estar dentro de mi mujer.

Fue entonces cuando subí para encontrarme con ella. Con un movimiento rápido, puse mis manos sobre ella y la giré para que me diera la espalda, ofreciéndome una de mis vistas favoritas.

Me encantaba todo de ella, pero esta era una de mis posiciones favoritas. Sentí mi verga palpitar al ver su redondo y delicioso culo ante mí. La acaricié con la mano antes de darle palmadas en ambos lados, haciéndola gemir cada vez, y mi verga palpitaba aún más, ansiosa por ella.

Le esbocé una pequeña sonrisa de satisfacción cuando levantó el culo hacia mí. Puse las manos en sus caderas, la acerqué un poco más y apreté mi cuerpo contra ella. Froté mi verga contra su entrada y gemí, dándome cuenta de lo mojada que estaba por mí.

—¡Carajo! —gruñí, deslizándome dentro.

—Eso es lo que me haces, mi amor —gimió, volviéndome aún más loco—. Siempre me vuelves loca.

Al oír su delicioso gemido, me aparté y me hundí de nuevo, intensamente, cada vez más profundo.

—Me gusta esto —gimió mientras la colocaba de lado, juntando nuestros cuerpos.

Después de un tiempo incalculable, decidí cambiar de posición y la giré. Aunque me encantaba esa posición, quería besarla, quería sentir aún más su calor.

Con un movimiento rápido, llevé mi mano a su cabello y lo recogí, apartándolo a un lado, animándola a que me diera espacio para besarla. Y así lo hice, mientras me hundía de nuevo en ella, seguí provocándola con mi boca.

No tardé en sentir su concha caliente apretarse alrededor de mi verga y su pierna temblar, indicando que estaba a punto de correrse. Me aparté un poco para mirarla a los ojos y continué, hundiéndome más y más, listo para unirme a ella.

Y así lo hice, al escuchar su gruñido delicioso y descontrolado, mientras una de sus manos se aferraba a las sábanas de la cama. La acompañé con un suspiro profundo, dejando que su nombre escapara de mi boca mientras disfrutaba cada segundo de nuestra liberación.

Ah, Dios, esto era increíble.

La solté y me aparté, luego dejé caer mi cuerpo completamente de espaldas sobre la cama, intentando recuperar el aliento. Miré hacia el mueble al lado de la cama, constatando que en el cuarto de Melissa todo seguía en silencio.

Bianca se giró hacia mí y la atraje, apoyando su cabeza sobre mi pecho. Llevé mis manos a su cabello y lo acaricié, simplemente disfrutando del momento cálido que estábamos compartiendo.

—Amor... —Bianca llamó mi atención unos minutos más tarde.

—¿Sí, princesa?

—Quería saber cómo haremos dentro de unos meses. La parte más difícil será estar sin intimidad durante seis semanas —dijo, haciéndome congelar por un instante.

Entonces levantó la cabeza, me miró a los ojos y esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Crees que podremos hacerlo otra vez?

No sabía con certeza qué era lo que me invadía. La ansiedad por saber si estaba entendiendo bien, el corazón acelerado por esa insinuación tan dulce, la felicidad por pensar que, quizás, eso que tanto deseé después de tener a Melissa estaba sucediendo.

—¿Estás embarazada? —pregunté, y ella asintió con una sonrisa. —¿De verdad estás embarazada? —volví a preguntar, sin poder creerlo, mientras las lágrimas invadían sus ojos. Ella volvió a asentir.

—Ah, mi amor. ¡Qué noticia maravillosa! —dije, y me coloqué sobre ella. Apoyé mi antebrazo en el colchón y la miré por un momento, sintiéndome el hombre más feliz del mundo. —Sí, lo haremos todas las veces que tú quieras.

—¿Estás feliz? —preguntó, mientras yo usaba mi mano libre para acariciar su rostro.

—Más que nunca —me incliné y tomé su boca deliciosa entre mis labios una vez más.

El beso comenzó lento, pero pronto se volvió más urgente. Deslicé mi mano libre para explorar su cuerpo, mientras la reclamaba por completo entre mis labios.

Y como lo imaginé, al final del beso, ya estaba listo otra vez. Esa era exactamente la sensación que esta mujer me provocaba.

Me posicioné entre sus piernas, haciéndola sonreír al notar que yo estaba completamente duro para ella una vez más.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Siete meses —dijo en un susurro entrecortado, haciendo que mi boca se curvara en una pequeña sonrisa.

—Entonces debemos aprovechar cada minuto disponible antes de eso.

—Sí, debemos —su voz salió como un suspiro cálido, mientras se acercaba a mí con entrega total.

—Te amo, mi princesa.

Y entonces, estaba hundiéndome en ella una vez más.

—Yo te amo —dijo entre suspiros, mientras me hundía más profundo, mostrándome con cada gesto lo que significaba esa noticia para nosotros.

Amaba a esa mujer, amaba la forma en que siempre estábamos entregados el uno al otro, y cómo la conexión que teníamos solo crecía, sin cesar.

Y estaba listo para abrazar el mundo, listo para hacer cualquier cosa por esta mujer. Así era como me sentía, y sabía que así sería por el resto de nuestras vidas.

Sí, siempre haría todo por Bianca, por nuestra familia que estaba creciendo una vez más. Y nada me hacía más feliz que eso.

Y si había algo que sabía desde el primer momento en que puse mis ojos en esta mujer, era que ella tendría todo de mí en cada instante. Eso nunca cambiaría.



CAPÍTULO EXTRA - BÔNUS

¡Estaba radiante! La música electrónica vibraba en cada rincón de la discoteca, los destellos sobre la pista de baile, la gente bailando y disfrutando la noche como si no hubiera un mañana.

Así que sí, me sentía radiante y orgullosa de todo lo que veía. Más de lo normal, al fin y al cabo, era evidente cuánto estaban funcionando los cambios que hice junto con el equipo de marketing.

En pleno lunes, el movimiento aquí en el Garden Club Night estaba a todo vapor. Eso solo significaba una cosa: no habría ningún arrepentimiento por parte de mi jefe delicioso por haberme ascendido a gerente de la discoteca.

De repente, sentí mi celular vibrar entre mis senos. Sin pensarlo mucho, metí la mano discretamente en el top y saqué el aparato.

Miré la pantalla, y la sonrisa fue inevitable al notar que se trataba de mi mejor amiga, Bianca.

Dirigí la mirada al bar, y al ver que las chicas se manejaban muy bien, caminé hacia la terraza en busca de un poco de privacidad.

—¡Hola, nena! —contesté, cuando estaba lo suficientemente lejos de todo el ruido.

—*Pensé que no ibas a contestar* —dijo, arrancándome una risa.

—Deja el drama, Bianca, sabes que estoy trabajando —dije, y luego me apoyé en la terraza para apreciar la vista de la ciudad.

—*Sí, lo sé...*

—¿Todo bien? —pregunté, notando su tono diferente—. No sueles llamar en mi horario de trabajo.

—*Es solo que...* —suspiró—. *¿Cuándo tienes día libre?*

—Hm... mañana —respondí, pensativa, al notar que algo ciertamente no estaba bien—. De hecho, estaba pensando en aprovechar para ir a visitarte, sabes... antes de que vuelvas a Nueva York.

—*Todavía estoy en la capital, me voy a Búzios el miércoles.*

—Mucho mejor, así podré conocer dónde has estado estos últimos meses. Dijiste que hay una piscina que me encantaría, no veo la hora de verla.

—*Oh, sin duda* —respondió, más animada. Eso hizo que una sonrisa se formara en mis labios. —*¿Entonces te veo mañana?*

—Sí, cuenta con eso —dije, luego miré hacia atrás y noté que una pareja se acercaba, entre besos. —Tengo que colgar, amiga, pero mañana estaré ahí temprano para saber qué te está afligiendo.

Pude escuchar la sonrisa contenida de Bianca al otro lado de la línea.

—*Rafael saldrá temprano para resolver algunas cosas, así que tendremos el espacio solo para nosotras.*

—¡Perfecto! —respondí y terminé la llamada.

La vida de Bianca se había puesto patas arriba en los últimos tres meses. De repente, la noticia de que el padre que pensó toda

su vida que la había abandonado, era un hombre a quien siempre admiró... y estaba muerto. La historia no era exactamente como ella la imaginaba. Después del golpe de pensar que él estaba muerto, el hombre apareció vivito y coleando.

Sin contar que el bombón al que ella estaba evitando, por tener que volver pronto a Nueva York para terminar su posgrado, la conquistó de forma incontestable.

Me imaginaba lo que la estaba afligiendo, por eso sentía que lo correcto era ir hasta ella y descubrir qué pasaba por esa cabecita.

—¡Ahí estás! —la voz de Bárbara resonó en el ambiente, lo que me hizo girar y mirarla. —¿Estás ocupada?

—No —respondí, luego bloqueé el celular y lo guardé una vez más entre los pechos—. ¿Necesitas algo de mí?

—Hay un cliente pidiendo el nuevo cóctel, no me siento segura aún para prepararlo sola.

—¡Vamos! —le guiñé un ojo, y ella sonrió antes de girarse hacia la salida.

La acompañé, y mi atención fue hacia la pareja que había llegado a ese ambiente hacía poco.

—Con calma, chicos —dije con una sonrisa, al notar que se trataba de dos jóvenes que seguramente no tenían más de diecinueve años.

Se separaron algo desconcertados.

—Que mala eres —dijo Bárbara, cuando nos alejamos de la pareja.

Me sorprendí al dar algunos pasos hacia la pista de baile, al notar un rostro muy conocido para mí, acompañado de una mujer hermosa.

Alexandre Sánchez no podía decir que no estaba en su derecho, pero ¿qué podía decir yo sobre lo que acababa de ver?

¿Qué es un sinvergüenza? ¿Un canalla de los peores?

Eso era exactamente lo que él era.

Seguí observando cuando pasó las manos por la cintura de la morena y la atrajo para susurrarle algo al oído, mientras bailaban en la pista.

Sin querer darle más atención de la que merecía esa escena, continué mi trayecto hasta la barra. Al pasar detrás del mostrador, noté que Laís estaba terminando un cóctel, parecía concentrada.

Sonreí y desvié la mirada, constatando que Bárbara estaba justo detrás de mí.

—Vamos, como el cliente está esperando lo haré rápido y luego repasamos desde el principio, ¿vale?

—Vale.

Sin perder tiempo, tomé la coctelera, una copa y los ingredientes que necesitaría, y comencé a preparar el cóctel. Sentí la mirada de Bárbara sobre mí, luego Laís se acercó.

Finalicé con dos hojas de menta y una rodaja de limón en la copa. Entonces, llevé la copa hacia Bárbara.

—Entrégaselo al cliente, te esperaré —dije, ella asintió y tomó el cóctel.

La observé ir al encuentro del cliente que esperaba sentado en uno de los taburetes. Él le sonrió dulcemente, y después de anotar en la comanda, volvió hacia mí.

—La gente está curiosa con la novedad —dijo al acercarse.

—Esa es la idea —respondí, amable—. Ahora vamos, quiero verte preparar el cóctel para mí, después de haberme observado hacerlo de principio a fin.

Bárbara hizo una mueca, lo que me hizo reír a carcajadas. Entonces se giró y comenzó a revisar los ingredientes, mientras parecía pensar en voz alta sobre los pasos que yo había seguido.

Mis ojos se dirigieron involuntariamente hacia donde estaba Alexandre hace unos minutos. Me distraje con él y la mujer durante un tiempo indeterminado, hasta que nuestras miradas se cruzaron. Él me lanzó una de esas sonrisas de canalla.

—¿Vivian? —llamó Bárbara. Desvié la mirada para encontrarla con los ojos fijos en mí, al mismo tiempo que extendía el cóctel listo hacia mí.

—Perdón, me distraje —respondí y tomé el cóctel, luego lo llevé a la boca. —Dios... ¡esto está perfecto!

Coloqué la copa sobre la barra y miré una vez más al cretino, antes de volver la mirada hacia Bárbara.

—¿Vas a contarme qué pasa? —Ella arqueó las cejas hacia mí. Sin decir una palabra, señalé con la cabeza en dirección a Alexandre, haciendo que ella siguiera mi movimiento con la mirada.

—Sabes que él no vale la pena, Vivian.

—Sí, lo sé.

—¿Sigues saliendo con él?

—Digamos que anoche estuve con él —dije y sonreí débilmente, haciendo que ella pusiera los ojos en blanco.

—Lo sé, es algo casual.

—A juzgar por cómo parece afectarte, no es nada casual.

—No es que me afecte... —hice una pausa, intentando encontrar las palabras adecuadas—. No siento nada por él, pero mi ego está empezando a resentirse.

—Hum... no te muevas de aquí. —Me escaneó con la mirada antes de caminar hacia un cliente que acababa de llegar.

Alexandre era un hombre delicioso y sabía muy bien cómo complacer a una mujer en la cama. Pero, aun así*, ¿hasta qué punto valía la pena arriesgarse?*

Sabía perfectamente que el hecho de sentirme molesta al verlo con otra solo me mostraba que debía alejarme, porque en ese momento, sentí que esa incomodidad no era una buena señal.

No quería empezar a sentir algo por él, así que, antes de que eso se profundizara, debía ponerle fin a todo, como siempre lo hice cada vez que me vi cerca de empezar a enamorarme del hombre equivocado.

Y Alexandre, definitivamente, era el hombre equivocado.

Molesta por la magnitud que habían tomado mis pensamientos, volví mi atención hacia Bárbara, que estaba terminando otro cóctel. Desvié la mirada hacia Laís y Pamela, luego me dirigí hacia ellas.

—¿Cómo está el stock de bebidas, necesitan alguna reposición?

—Todo tranquilo, Vivi —dijo Laís. Pamela solo asintió con la cabeza mientras servía una cerveza para un cliente.

—Cualquier cosa, me avisan —dije, firme.

Me giré para revisar cómo estaba el movimiento, y aunque sabía que hoy seguramente las chicas cerrarían a las 3 de la mañana, pensaba irme antes. Después de todo, necesitaba descansar un poco antes de conducir unas dos horas para encontrarme con mi amiga.

Así que debía dejar todo funcionando perfectamente bien.

Me sobresalté al notar que Alexandre caminaba hacia mí, de la mano con la morena con la que estaba hace poco. Suspiré y forcé una sonrisa para él.

—Vivian —me miró fijamente.

—¿Qué puedo servirte? —pregunté, directa.

—Tu compañía después del turno, ¿qué opinas? —preguntó con esa sonrisa de canalla, y dio una leve señal con la cabeza hacia

la morena, que me miraba con expectativa.

—Dos está bien... tres es demasiado.

No podía creer que ese desgraciado estuviera proponiendo algo así, tan descaradamente.

—Ni lo sueñes —respondí, seria—. ¿Qué puedo servirte?

—Dos dosis de Macallan —respondió, midiéndome con la mirada.

Sin decir una palabra, me giré para preparar la bebida para ellos, teniendo plena certeza de que, por más que fuera algo casual, Alexandre definitivamente no era el hombre para mí.

—Aquí está —entregué las bebidas junto con la copia de la comanda.

Alexandre tomó la bebida de un solo trago, la mujer lo acompañó con facilidad. Luego, al dejar el vaso sobre la barra, volvió a mirarme.

—La invitación sigue abierta, por si cambias de opinión —Alexandre me miró de forma sugestiva, y yo negué con la cabeza, con una sonrisa incrédula.

—Eres un canalla, de los peores —fui sincera, lo que hizo que él soltara una risa suave.

—Nada que no supieras ya, pelirrojita —me guiñó el ojo, antes de pasar su mano libre por la cintura de la morena y llevársela hacia la pista de baile.

Negué con la cabeza, entre una sonrisa.

En ese instante, me sentí aliviada, porque me di cuenta de que, a pesar de la irritación que sentí, estaba lejos de sentir algo por él.

Nos llevábamos bien y podríamos seguir siendo buenos amigos, pero necesitaba acabar con todo lo demás.

La verdad era que estaba cansada de relaciones casuales. Así que hombres como Alexandre, definitivamente, estarían fuera de mi lista.

Eso era lo que esperaba.



Me levanté bien temprano para ir al encuentro de Bianca. Su tono de voz me dejó tan preocupada que salí antes del trabajo y me desperté a las siete de la mañana, lista para tomar la carretera hasta la capital.

Y fue exactamente lo que hice, después de tomar un café bien cargado. Conduje por poco más de dos horas, antes de estacionar el auto frente a la dirección que ella me había enviado.

Y tenía que decirlo.

¡Guau!

¡Doble guau!

El edificio era puro lujo, y estaba claro en cada rincón que en ese ambiente solo pisaban personas con muchísimo dinero.

Encantada, fui escoltada por uno de los guardias hasta la recepción, para que confirmaran mi autorización.

Y en cuanto lograron hablar con mi amiga, me autorizaron a subir. Con el pase libre, me dirigí al ascensor, mientras admiraba un poco más todo el lugar.

Entré en el ascensor y seleccioné el último piso. En ese instante, comencé a pensar en cómo podría bromear con la princesa del penthouse cuando la puerta se abrió.

Dios mío, la puerta del paraíso ciertamente acababa de abrirse.

Tuve que contenerme para no mostrar demasiado, mientras un hombre increíblemente sexy venía hacia mí. Era alto y fuerte. Los ojos azules y el cabello comenzando a encanecer le daban un encanto fuera de lo común.

Debía destacar que el tipo exudaba poder y experiencia.

Y la seriedad con la que me miró hizo que una oleada de excitación recorriera todo mi cuerpo, e inmediatamente me vi imaginando cómo sería una noche con ese hombre.

¡Carajo! No debería estar pensando en eso, de ninguna manera.

El hombre me dio una leve señal con la cabeza, lo que me hizo estremecer. Le respondí del mismo modo y seguí caminando.

Solo entonces me di cuenta de que Bianca estaba en la puerta de su penthouse, mirándome con una sonrisa en el rostro.

Caminé con pasos largos hacia ella y la envolví en un abrazo apretado, intentando desviar un poco la atención del hombre que acababa de ver.

—No puedo creer que en pocos días ya no estarás aquí —dije, mientras ella me abrazaba con la misma intensidad.

Sabía que debía prestarle total atención, pero cuando nos separamos, no pude resistirme. Miré hacia atrás, en dirección al ascensor, con la esperanza de ver a ese hombre una vez más.

Nuestras miradas se encontraron justo antes de que el ascensor se cerrara, y sentí mi cuerpo arder ante esa última mirada.

¡Carajo!

Fue entonces cuando recordé la foto que había visto del padre de mi amiga, cuando descubrí que el hombre estaba vivito y coleando.

Me giré hacia Bianca en ese mismo instante, y por su cara ya sabía la respuesta.

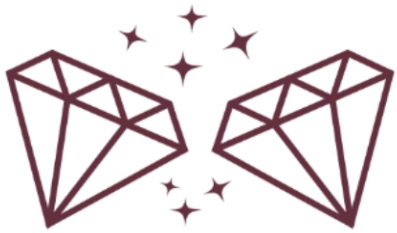
—Entonces, ese es Carlos Mancini —suspiré y la medí con la mirada, buscando una confirmación.

—Sí, amiga, el hombre que casi te comes con los ojos... es mi padre.

¡Oh, mierda! Gran mierda.

LIBRO SALVANDO AL CEO – Próximamente en Amazon. Sígueme en Facebook y Instagram para estar al tanto de los lanzamientos.

@autor.mayaradias.es



SOBRE EL UNIVERSO MULTIMILLONARIOS

El universo Multimillonarios estará compuesto por siete historias independientes de personajes que se entrelazan en algún momento a lo largo de los libros. A continuación, dejo el próximo lanzamiento, para quienes disfrutaron de mi escritura y desean conocer un poco más sobre la próxima pareja.

TÚ ME PERTENECES – LIBRO 1 (Rafael y Bianca)

SALVANDO AL CEO: Una oportunidad para amar – LIBRO 2 (Carlos y Vivian) – fecha prevista de lanzamiento: 05/03/2026



Diferencia de edad + Padre de la mejor amiga + Romance prohibido + Segunda oportunidad

Él la desea desesperadamente;

Ella no pierde la oportunidad de provocarlo;

Solo una cosa le impide llevarla a la cama: ella es la mejor amiga de su hija.

Carlos Mancini es el CEO de la empresa de Arquitectura y Paisajismo más grande del país. Con un pasado lleno de heridas, se cerró al amor y dedicó su vida únicamente a los negocios y a cuidar, desde lejos, de su hija, Bianca Martins.

Después de que su vida se volviera un caos, él retomará el control de su empresa, al mismo tiempo que, por fin, se acercará a su hija. Lo que Carlos no esperaba era que, en el momento en que

su hija entrara en su vida, conocería de cerca a su mejor amiga, Vivian Bittencourt: una mujer sexy, divertida y fascinante.

La atracción entre los dos fue inmediata. Carlos no era el tipo de hombre que dejaba pasar una oportunidad, pero sabía que Vivian era la única mujer con la que no debía involucrarse. Como si no fuera suficiente con que ella fuera veinte años menor, además era la mejor amiga de su hija.

Esto era una locura.

Carlos intentará luchar contra ese deseo, pero Vivian no está dispuesta a ponérselo fácil. Ella se propondrá como objetivo salvarlo de una vida solitaria y vacía.

Él intentará resistirse, pero ¿hasta cuándo?

LA HIJA DE MI SOCIO – LIBRO 3 (Alexandre y Gabrielle) Fecha prevista de lanzamiento: 06/04/2026



Diferencia de edad + Hija del socio + Romance prohibido + Protagonista virgen

Ella es **virgen**, más joven y prohibida.

Él es un mujeriego, mayor, y acaba de romper una regla: no involucrarse con la **hija de su socio.**

Y ahora estarán **obligados a trabajar juntos.**

Gabrielle Alencar se graduó en Publicidad en una universidad de renombre y solo quiere trabajar para su padre. Para celebrar esta nueva etapa en su carrera, nada mejor que muchos cócteles con sus amigas y, ¿por qué no?, perder la virginidad con un hombre desconocido y extremadamente atractivo.

Sería perfecto… si el hombre que debería convertirse en un recuerdo no fuera justamente el socio de su padre.

Alexandre Sánchez no imaginaba que ser un mujeriego sin límites lo llevaría a involucrarse y desear a la única mujer que debería estar fuera de su alcance, y que ahora se ha convertido en su peor pesadilla.

Él desea desesperadamente a la mujer dieciséis años menor: la única hija de su socio, un territorio totalmente prohibido.

Dicen que lo prohibido es mejor, pero ¿Alexandre arriesgará los negocios y la amistad con su socio solo por lujuria?
